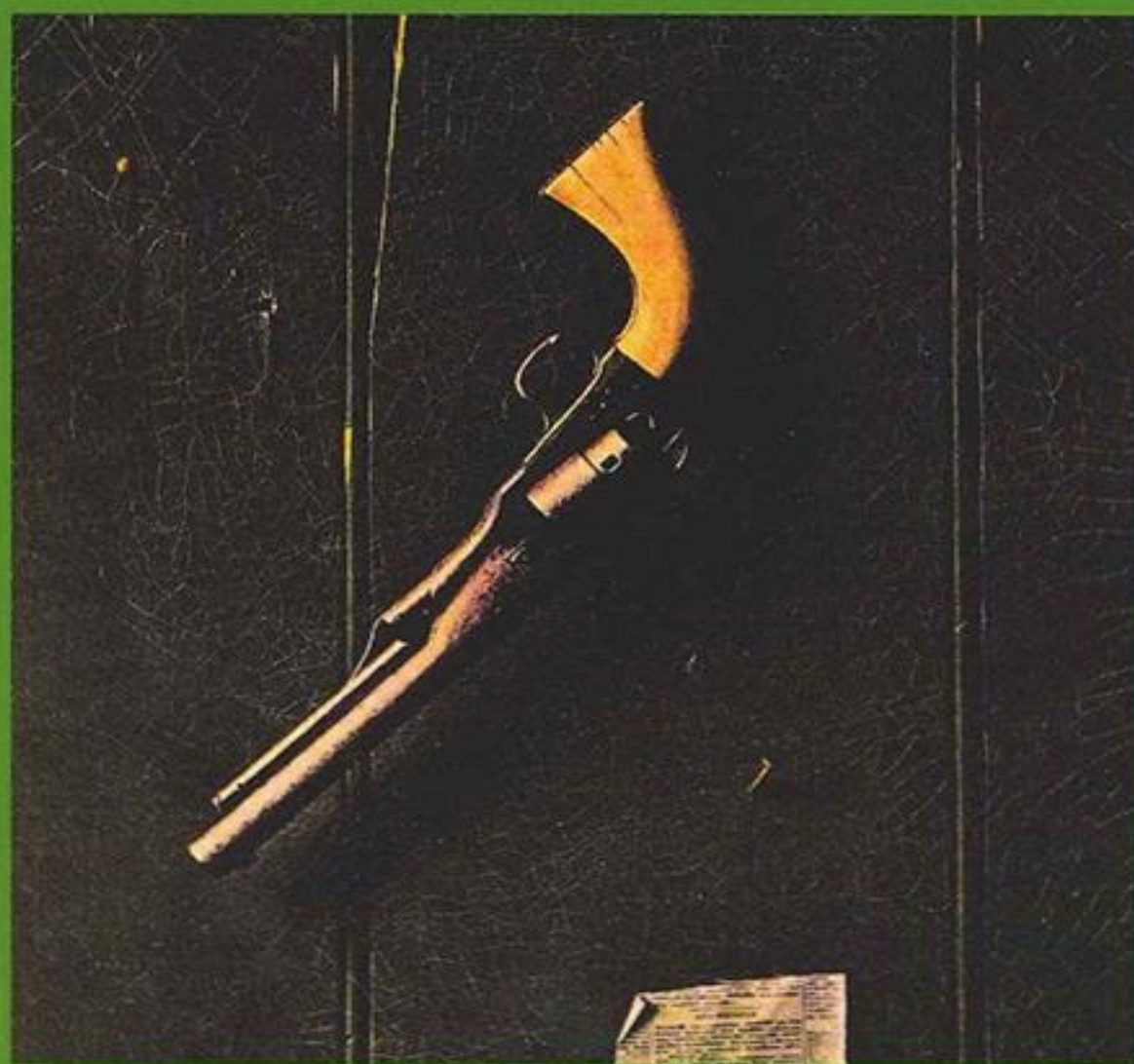


Richard Ford

Un trozo de mi corazón

Premio
Princesa de
Asturias



se

Lectulandia

Algunas novelas crean un pequeño mundo cerrado. *Un trozo de mi corazón* se despliega inmensa en sus paisajes, tanto humanos como geográficos, y abarca incidentes violentos, crueles y azarosos. Richard Ford cuenta la historia violenta —pero también conmovedora y divertida— de dos hombres; uno de ellos persigue a una mujer, el otro se busca a sí mismo. Robard y Sam se conocen en una peculiar casa en una isla del Mississippi que no figura en los mapas. Las intenciones que les animaron a dirigirse a la isla se vuelven muy pronto confusas ante la rareza del mundo en que se encuentran, y, en un explosivo final, acaban por sacrificar sus propósitos iniciales. El libro se inicia con un asesinato misterioso, con una víctima desconocida. Lo que sigue es intenso y a menudo brutal, y culmina con un personaje notable, un hombre valeroso, superviviente y depredador al mismo tiempo, que se convierte en su propia —y última— víctima. En este libro sombrío e intenso la escena, la acción y los diálogos están dotados de una vitalidad sobrecogedora, y conforman un impacto inolvidable.

Lectulandia

Richard Ford

Un trozo de mi corazón

ePub r1.0

German25 19.05.18

Título original: *A piece of my heart*

Richard Ford, 1976

Traducción: Mariano Antolín Rato

Ilustración de portada: «The Faithful Coalt», William M. Harnett, 1890

Editor digital: German25

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

W. W. enfiló el dique bajo la lluvia, con su viejo Plymouth derrapando en las rodadas y el cañón de su fusil, todavía caliente después del disparo, apuntando salvajemente fuera de la ventanilla. Miró hacia el campamento de abajo, entre los sauces, y durante un momento no vio más que la casa y el desembarcadero bajo un manto de lluvia, aunque había distinguido desde lejos cómo la camioneta de Robard había coronado el dique tres minutos antes y desaparecía por el otro lado, y él se había lanzado en su persecución. Condujo más despacio entre los sauces mientras la lluvia arreciaba. Gruesas gotas se deslizaban por el cañón del fusil y le mojaban los pantalones, aunque no lo notaba. Por fin distinguió la camioneta de Robard, al abrigo de las ramas más bajas, humeando y vibrando bajo la lluvia. Dejó que el coche rodara hasta que se detuvo justo detrás de la camioneta, y todavía con el uniforme de béisbol puesto descendió y se dirigió con cautela hacia el desembarcadero, donde un chico rubio estaba de pie al lado del agua, con un fusil apuntando hacia sus pies y mirando un bote vacío que se deslizaba por el lago en dirección a los bajíos.

Cuando el chico notó que se acercaba alguien, se volvió rápidamente, alzó el fusil y le apuntó directamente al vientre.

—¿Quién demonios es usted? —dijo, con las comisuras de los labios temblándole como si tuviera ganas de sonreír.

W. W. miró en dirección al agua, acarició el gatillo todavía caliente y se preguntó si debería disparar al chico y de ese modo evitar que le disparara a él. Decidió que no, y sonrió.

—Soy W. W. El juez de paz de Helena.

—¿Y qué hace con ese uniforme de béisbol y un rifle, W. W.? —dijo el chico, dejando que se notara que le faltaban tres dientes delanteros, detrás de los cuales se podía ver una lengua que se esforzaba por llenar el vacío.

—Voy detrás de Robard Hewes. No lo habrás visto, ¿verdad?

—¿Detrás de quién?

—De Robard Hewes.

—Oiga, W. W. —dijo el chico, pasándose la lengua por la comisura de los labios

y volviendo a dejar que el cañón de su rifle apuntara hacia sus pies—. Nunca he oído hablar de él. Pero le voy a decir una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó W. W.

—Acabo de matar a un hombre, aquí, apenas un minuto antes de que usted apareciese.

—¿A quién has matado? —dijo W. W., mirando hacia el bote vacío impulsado por la brisa.

—Maldito si lo sé. Fuera quien fuera, no tenía nada que hacer por aquí. Se lo digo yo. Se lo digo yo y debe creerme.

Primera parte

Robard Hewes

En la oscuridad distinguía los alargados haces de luces que descendían por la montaña hacia Bishop. Atravesaban el desierto después de caer la noche, una vez que habían dejado Reno al crepúsculo, y avanzaban en dirección a Indio en plena noche. Sentado en la habitación delantera a oscuras, miraba por la puerta abierta, fumando y oyendo a los escarabajos bullir contra el mosquitero protector de la puerta y el aire que penetraba por la ventana. En un punto lejano se oyó un camión que se disponía a atravesar la pradera en dirección a la montaña. En la ciudad oyó un claxon que sonaba mucho rato y neumáticos que rechinaban, y luego el sonido se fue desvaneciendo hasta fundirse en el silencio nocturno. Soltó el humo del cigarrillo y se pasó la mano por el pelo.

—Entonces —dijo ella—, ¿cuánto tiempo vas a estar fuera? —Y dejó los platos en el alféizar de la ventana, mirando hacia la luz púrpura—. ¿Qué crees que va a pasar?

—Irá todo bien —dijo él—. Volveré.

Y ella se volvió, con su espesa mata de pelo sobre los hombros, más oscura que la de él, y desapareció hacia el interior de la casa sin añadir nada más. Parecía como si acabara de darse cuenta de que estaba atrapada en una situación que la dominaba, y un instinto cuya existencia ya había olvidado, pues llevaba ocho años sin necesidad de pensar en huir, la empujara a emprender la retirada. Él oyó que la puerta se cerraba.

Se levantó de la mesa, apagó la bombilla y se puso a esperar a que fuera totalmente de noche para marcharse con tiempo más fresco.

Sentado en medio de aquella soledad, se preguntaba qué hacer. Cuando tu marido coge y se limita a salir de la vida en común que has mantenido con él, después de vivir ocho años sometida a una dependencia que él rompía de repente, y se aleja en la noche sin decir por qué, ¿qué haces? ¿Qué cambios puedes introducir en tu vida? Él sentía que, al volver, debería aceptar cualquiera de los cambios que hubiera introducido ella. Trató de pensar en otra posibilidad, y decidió que no la había.

Espiró humo en la oscuridad. Un coche pasó por la carretera polvorienta con los faros encendidos y la radio sonando tan fuerte que se podía oír desde la casa. El coche llegó al final de la carretera, volvió a perderse en el desierto, y la música poco a poco se desvaneció.

A las nueve se dirigió al fondo de la casa, encendió la bombilla, llenó un cazo y lo puso al fuego. La cocina olía a frío, aunque en ella hacía más calor que en las otras habitaciones. Olía a gas. Enjuagó el termo y lo puso del revés sobre el fregadero. Cogió el café instantáneo, se sentó a la mesa y esperó.

Se acordó de cuando estaba sentado en el calor de la casa de dos habitaciones, en Hazen, esperando a los médicos que venían desde Memphis. Entonces, ya había aclarado los cacillos, los había puesto en fila sobre la barra de madera, cada uno con una cuchara, guardado la lata de café instantáneo y empezado a esperar a que fuese la hora para ir de caza, calentándose con las llamas del quemador de gas y la bombilla eléctrica de la esquina, que lanzaba sombras a la habitación del fondo donde estaba el camastro.

Aguardó en el frío hasta que los médicos bajaron por el camino, con sus pesados vehículos dando tumbos y bamboleándose, barriendo con sus faros el campo hasta el borde del bosque, donde podía distinguir, a través de la puerta cuya parte superior era de cristal, ojos rojos como rescoldos que brillaban y desaparecían entre los árboles.

Había esperado en la ventana hasta que aquellos viejos con altas botas de agua y cazadoras de loneta pasaron al interior. Quitó el cazo del fuego y preparó café mientras las voces de los hombres llenaban la habitación, riendo y tosiendo hasta que hizo más calor, y desapareció para esperar en el camastro, hasta que por la ventana divisó los primeros reflejos plateados de la bruma asomando detrás de las copas de los árboles; entonces condujo a los hombres a través de la quietud del campo, hacia el bosque, y poco a poco la cabaña fue haciéndose más pequeña hasta convertirse en un punto de luz y finalmente desaparecer con el ardor de los primeros rayos de sol. Con el frío, los hombres se pusieron taciturnos y parecían torpes como trozos de hulla, mientras avanzaban con dificultad entre los árboles, con sus botas rechinando a la vez, hasta que la tierra firme dejó paso al agua. Los instaló en los botes y chapoteó en el agua, avanzando entre los árboles hasta que oyó el ruido de los patos como a cien metros más allá, en aguas profundas. Por encima distinguió sus siluetas que surcaban limpiamente el pálido cielo. Indicó a los hombres que bajaran, sujetó los botes mientras ellos se metían en el agua hasta la altura de los muslos, les dijo cuáles eran las direcciones que no debían seguir, sobre todo hacia el canal del riachuelo, luego los dejó avanzar ruidosamente por el agua, riéndose en las sombras, hasta que ya no los oyó y arrastró los botes de vuelta a tierra firme.

Luego volvió por el mismo camino hasta la casa y esperó, dormitando bajo la luz, hasta que la mañana se hizo resplandeciente y cristalina. Entonces volvió a dirigirse por entre las hileras de judías hasta los botes, donde encontró a uno de los hombres, siempre uno, que había vuelto, y estaba tumbado en el fondo de un bote, dormido y

con los labios azulados, un mechón de pelo rubio cruzándole la sien, dormido incluso antes de que hubiera amanecido. Lo remolcó, mientras todavía dormía, de vuelta a la espesura, atravesando el agua negra, hasta donde los otros gritaban y enturbiaban el agua y disparaban; hasta donde los patos abatidos sangraban sobre la superficie agitada y nadaban en círculos entre los árboles.

Había esperado muchas veces allí, en aquella cabaña, a los médicos que venían de Memphis, o a los vendedores de pescado que venían en coche desde Gulfport y Pass Christian, o a los judíos de Port Arthur, que habían conducido toda la noche atravesando Louisiana y llegaban antes de que amaneciera, vomitaban en el barro del patio, y bufaban en la noche. Había esperado allí muchas mañanas, sin pensar en nada, a cualquiera a quien el viejo Rudolph le hubiera cobrado (mil dólares por cabeza) antes de mandárselo, y lavado las cucharillas, y luego se había eclipsado sin hacer ruido en la fría habitación a oscuras, esperando para llevarlos a donde estaban los patos.

Hasta que decidió no hacerlo más, al cabo de tres años, sin siquiera avisar al viejo Rudolph, ni mandarle un mensaje. Se había largado con Jackie, bajo la luz difusa, azul y diáfana como si una niebla muy fría se hubiera interpuesto entre ellos, y atravesaron en coche Little Rock pasada la media noche, hasta Bishop, donde se sintió con la suficiente distancia entre él y la cabaña y los campos y toda su vida de allí, como para que resultara casi imposible volver. Y cuando al fin hubo recorrido esa distancia, se sintió a salvo.

Puso unas cucharadas de café en el termo y echó agua hasta que el vapor de ésta le llegó a la cara. Puso el tapón, y apagó la lumbre. Se dirigió a la habitación delantera, se sentó junto a la puerta y escuchó a Jackie; su respiración, cualquier señal, un crujido en el somier que le indicara que estaba allí, pues ella se había ido sin decir nada y se encerró en la habitación y apagó la luz sin hacer el menor sonido desde entonces. Él se sentó, la silla rechinó en la oscuridad, y esperó, a la escucha del menor ruido. Notaba la corriente de aire que pasaba por debajo de la puerta, el olor de la genciana que, atravesando la casa, se dirigía hacia el este de vuelta al desierto. Se puso de pie y se dirigió hasta el alféizar de la ventana, recogió la bolsa de papel con su ropa hecha un bollo y caminó hasta la puerta y miró la meseta en dirección a Bishop, disuelta en la noche, la carretera de la montaña invisible excepto cuando un par de haces luminosos daban la espalda al valle.

Pensó que su vida estaba llena de comienzos, como hoy acababa de decidir que lo estaba; y que si uno iba a seguir viviendo, entonces tendría que haber tiempos muertos en los que no había respiración ni vida, momentos que separaban lo que había pasado de lo que acababa de comenzar. Era a estos vacíos, pensó, a los que había que acostumbrarse.

Giró el picaporte y cruzó el porche en dirección a la camioneta. Jackie, que estaba adormecida, lo oyó caminar sobre las tablas y la hierba húmeda, oyó sus zapatos en la grava, y el saliente de la cerradura que volvía a encajar al cerrarse la puerta por su

propio peso; oyó al camión jaderar y rugir. Y seguía tumbada, sin que la despertaran los sonidos, sin enterarse de que él se marchaba, consciente sólo de los sonidos y del frío aire que agitaba la sábana y se colaba por debajo de la puerta dentro de la habitación desde la cual, si despertando de repente se hubiese sentado sobresaltada en la cama, podría haberlo llamado, segura de que estaba allí, fumando en la oscuridad, sin creer que todo aquello realmente había sucedido.

2

Despertó en medio de una luz grisácea a primera hora de la mañana, y dejó que todo aquello desfilara otra vez por su mente.

Doce años atrás, en Helena, había estado tumbado en el cuartucho con papel rosa en las paredes, alerta a los sonidos de más allá de los tablones de ciprés, y oyó el peso de un cuerpo en los escalones, pasos que cruzaban la puerta, y volvió la cabeza pero no pudo ver nada.

—Muy bien —dijo, sobresaltado, mientras la oscuridad se llenaba de un intenso olor dulzón—. No consigo ver nada. ¿Quién es?

—Soy yo —dijo ella, dejando caer su falda e inundando de olor a gardenias toda la habitación.

Las rodillas de la mujer se doblaron sobre la cama justo cuando él trató de incorporarse para verla en la oscuridad, y sólo vio sus pechos balanceándose en dirección a él y desaparecer, y sus brazos que lo estrechaban contra ella. Cuando trató de hablar, sólo pudo decir:

—Querida, querida. —Y eso fue todo.

Por la mañana, ella se levantó y se frotó los ojos y estiró los brazos, sus axilas pálidas y a la vez oscuras en la luz polvorienta. La cama olía a agrio.

—Robard —dijo ella, pasándose los dedos por el pelo húmedo—. Despiértate ya —(aunque sin duda estaba despierto). Lo miró, con los labios fruncidos, y él forzó a sus ojos para que miraran, centímetro a centímetro, hacia los sesgados y molestos rayos del sol.

—Te voy a decir una adivinanza —dijo ella.

—¿Una qué? —preguntó él, olfateando las sábanas.

—¿Por qué los pájaros se despiertan cantando todas las mañanas? —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo? —volvió a preguntar él, sin haber oído bien.

—Porque —dijo ella, hundiendo el vientre y sonriendo— son felices por estar vivos un día más. —Y soltó una carcajada.

De repente su expresión cambió y lo miró como si antes nunca lo hubiera visto y estuviese sorprendida de encontrárselo allí, tumbado. Y él se fijó en la palidez de sus

ojos: alguna decepción que no era capaz de adivinar pero sí de percibir, algo como una zona muerta que de pronto se hubiese apoderado por completo de ella. Pensó que era la señal de algo perdido, algo irrecuperable, aunque eso era lo único que sabía, y sintió que sólo era una parte.

Un año antes había llegado una carta sin remitente y pasó un mes en la estafeta de correos antes de que le llegara un aviso para que la recogiese. Decía:

Robard:

Ahora estamos en Tulare. W. W. es lanzador. Ven a verme, por favor.

Tu prima. Beuna.

A pesar del mes transcurrido, el sobre aún conservaba aquel mismo olor a gardenias, intenso y lozano, de modo que al olerlo se le erizó la piel de la nuca, y decidió entonces que tenía que ir, aunque sólo fuera para ver qué pasaba; ya buscaría la explicación más tarde.

Había estado sentado junto a ella en las gradas del estadio de Tulare bajo el agobiante calor del atardecer y los dos observaban a W. W. que, en la tierra batida, bajo las luces, hacía un lanzamiento tras otro sin que nadie consiguiera batear ni, a veces, siquiera ver la pelota. Los seis últimos bateadores fueron eliminados rápidamente, de modo que el partido terminó en menos de una hora y media.

Beuna llevaba un conjunto veraniego rojo de dos piezas con un dibujo de elefantes. La parte de arriba le apretaba tanto los pechos que él dudaba de que pudiese tragar nada. El vientre le asomaba por encima de los pantalones cortos; él pensó entonces que ahora, doce años después, ella lucía más rotunda, pero a punto como un melocotón en un huerto, y femenina de un modo que él nunca había visto anteriormente, y ni siquiera imaginado que fuera posible. Estaba sentada a su lado y poco a poco apretaba su muslo contra el suyo hasta que empezó a sentir como si un gran giróscopo diera vueltas junto a él. Beuna no pronunció palabra ni hizo el menor sonido, y durante la hora y media, él estuvo sentado como si por su pierna pasase una corriente de calor, pusiera en marcha un circuito a través de su cuerpo y saliera por sus dedos, llevándose toda su fuerza y resistencia según se iba.

Cuando se apartó, ella lo miró con la cabeza ladeada, reteniéndolo como la aguja de una brújula.

—Robard —dijo, y su voz sonó como una burbuja que brotara del interior entumecido de la garganta—. Te quiero.

La primera hilera de focos de las tribunas se apagó, dejándolos sumidos en una extraña penumbra.

—De acuerdo —dijo él, buscando con la vista en el estropeado terreno de juego alguna señal de W. W., consciente de que atraería la desgracia con sólo estar allí.

—Estoy *tan* cachonda —dijo ella—. ¡Dios mío! —Hundió la mano en el pantalón de Robard y apretó hasta que éste notó que en el fondo de su garganta había un ruido que no podía liberar—. ¿Robard? —susurró, acercando la boca a un centímetro de la

oreja de él y apretando lo más fuerte que podía—. ¿Me quieres?

—De acuerdo —repitió él, incapaz de recobrar el aliento.

—¿Sólo eso? —preguntó ella, y sus ojos se estrecharon amenazadoramente y aflojó la presión, de modo que él tuvo tiempo para notar que la saliva se le espesaba como si fuese caldo.

—Se hace lo que se puede —dijo él, aspirando por la nariz y tratando de mantener la garganta contraída.

—Bueno —dijo ella, contrariada, mirándose los dedos de los pies apoyados en la grada de más abajo. Robard oyó la voz de W. W. que llamaba en la oscuridad, al otro lado del terreno de juego. Detrás de él oyó risas. De pronto, ella volvió a apretarse contra su cuerpo, hundiendo todavía más la mano en sus pantalones, como si estuviera clavando un clavo, hasta que él notó como si una espantosa visión fuera a aparecer allí delante. Los últimos focos se apagaron, dejándolos sumidos en una desdichada oscuridad—. Ya que te lo tomas de ese modo —dijo ella lentamente—. Supongo que estará bien.

En el camino de vuelta a través del desierto, él trató de poner las cosas en orden. Por lo general, lo sabía, los asuntos de la vida de uno no suelen terminar de acuerdo a como según todas las estimaciones razonables *deberían* terminar. O según como las personas implicadas hacen las cosas o bien toman medidas que de un modo natural hacen más difícil que se hagan esas cosas. Pues una vez que una fuerza se inicia en uno, aumenta y adquiere dimensiones y matices y vida aparte y, a veces, tan acabada y legítima como la de uno mismo. Y si un hombre pudiera sentarse a examinar su propia vida de modo práctico y sensato, vería y entendería que en su vida nunca terminaba nada. Que las cosas sólo cambiaban y se convertían en algo distinto.

A las tres semanas llegó una carta a la estafeta central de correos escrita en papel de un drugstore. Decía:

Robard:

Ya no estamos en Tulare, sino en Tacoma, Washington. No es un sitio agradable y llueve. W. W. jugó bien en Tulare e hizo buenos lanzamientos en Oakland, pero todos los batearon, y vino en autobús aquí al día siguiente y yo vine en coche. Hay un dique enorme detrás de nuestra casita y tengo miedo de que me lleve una inundación. No sé lo que me pasará, pero pasará algo. Huele el papel. Te quiero todavía más. Beuna.

Alzó la carta hacia la luz, allí, de pie en el alargado y espacioso vestíbulo de la estafeta de correos, y olió el papel en donde estaba escrito, y se acercó rápidamente a una alcantarilla y lo hizo pedacitos y dejó que éstos aletearan a través del desagüe seco.

A los quince días llegó una carta con matasellos de Helena, Arkansas, con un mensaje escrito en papel de un Holiday Inn. Decía:

Robard:

Estoy en casa. W. W. dice que volverá a lanzar en Oakland pero todavía sigue en Tacoma jugando con los chicos. Cambiará de idea. Te quiero cada vez más. Beuna.

Se había sentado en los escalones de la estafeta de correos pensando en W. W., que vivía en un extraño bungalow muy pequeño en Tacoma, en W. W. preguntándose qué podría suceder en la vida de un hombre en el espacio de una semana, y cómo podría volver a encarrilar las cosas y arrancar a Beuna de la casa de su padrastro y llevarla adonde estaba él, de modo que volviera a tener una oportunidad en Oakland, donde alguien lo podría ver.

Una semana después llegó una carta que sólo decía:

Robard:

W. W. ha fracasado. Yo sabía que iba a pasar... Beuna.

Había apostado consigo misma, pensó él, que ella conseguiría quedar como la víctima y él como el culpable por querer continuar su carrera de lanzador de béisbol, y que había ganado.

Y después de ésa, una carta todas las semanas desde Helena rogándole que fuera, siempre escrita en el mismo papel color rosa, siempre cargada de promesas y llena de todo tipo de perfumes que según ella serían útiles para lo que le estaba pidiendo. Y él esperó y esperó y tiraba todas las cartas a la alcantarilla y trataba de olvidarse de ellas.

Aunque entonces se preguntaba qué habría visto él años atrás en Tulare en el instante en que había dicho «De acuerdo», cuando ella esperaba algo más estimulante, y qué era lo que hacía que ella relegase a W. W. a una región tan extraña y alejada, al punto que renunciara a la *única* cosa que sabía hacer. Doce años antes habría creído que sólo se trataba de un acto de inmadurez debido al hecho de que a ella le gustaba verse con su primo a sólo tres metros de la cabecera de la cama de su madre, y habría creído también que era normal que hubiese provocado los suficientes alborotos íntimos como para justificar cualquier tipo de remordimiento. Y lo único parecido al remordimiento que conocía ella entonces, era mostrarse con aire abatido a causa de algo misterioso que no podía explicar y de lo que, con toda la conmoción que se producía a las tres de la madrugada, no tenía tiempo de hablar. Pero la cosa no funcionó. Había durado demasiado para tratarse de un acto de inmadurez. Y cuando la había visto en Tulare, ella había clavado en él sus claros ojos como si fuera un insecto al que estuviera estudiando, y él de nuevo había constatado el mismo deplorable error de cálculo que ella siempre manifestaba, como si ese error indicase un vacío que tratara desesperadamente de llenar.

A las cinco y media se había levantado, vestido, y dirigido sierra arriba, hacia Mammoth, donde permaneció sentado dentro de la camioneta mientras oscurecía y la luz se ponía verde justo cuando comenzaba a llover entre la niebla. A las seis y

media, el capataz que vestía un chubasquero amarillo, apareció en un camión de la empresa, se subió a la caja y leyó un papel donde decía que la obra cerraba porque el Estado tenía que hacer un estudio. El capataz dijo que había trabajo en Keeler en la instalación de una tubería del canal del acueducto, y que todo el que quisiera ir debía apuntarse antes de mediodía. Los hombres empezaron a alejarse casi antes de que hubiera terminado de hablar, dirigiéndose hacia sus furgonetas, ansiosos por ponerse a cubierto de la llovizna y llegar a Keeler antes de que la lista estuviera completa y tuvieran que pedir limosna. Cuando el capataz terminó de leer el papel, se lo guardó en el bolsillo, volvió a subir al camión y se alejó.

Él volvió a la furgoneta pensando en que podría regresar y tomar el desayuno con Jackie, y pensar en lo de ir a Keeler después de haber dormido un poco.

De Mammoth volvió por la carretera en dirección sur. En la sierra la lluvia estaba amainando y dejaba pasar la luz del día. Comenzó a pensar en que había algunas cosas que no llegaba a entender. Primero, que hacía ocho años, cuando había dejado de trabajar para Hazen y viajado con ella por el país, y había empezado a trabajar en la sierra siempre que encontraba dónde, se había sentido tan asustado y desesperado como cualquiera de los demás cada vez que se quedaba sin trabajo, y había ido a donde pudiera encontrar uno nuevo. Y había sentido el mismo pánico al escuchar al capataz, la misma angustia que los otros que iban camino de Keeler en busca de un trabajo nuevo. Lo que pasaba era que no podía ponerse a cavar zanjas y a instalar la tubería sin haberlo elegido antes. Cuando se le terminó el primer trabajo en Lone Pine, ocho años antes, porque hacía una temperatura de cuarenta y cinco grados, había sentido pánico. Y lo primero que recordaba haber visto era a los hombres corriendo como si los hubiera disparado un cañón. Y se había unido a ellos porque la cosa era contagiosa y no se podía resistir. Y todo aquel lío, pensaba, había proporcionado a su pánico algo en lo que ocuparse, y cambiar de trabajo una y otra vez, arriba y abajo del Inyo, había llegado a parecerle la mejor solución porque era una solución, y porque era mejor que nada.

Pero ahora, al cabo de ocho años, pensaba, debería preguntarse si era la mejor solución, y si de hecho lo había sido alguna vez. Si quería el trabajo debería ir hasta allá abajo por la mañana y esperar junto a la obra hasta que el calor hiciera que alguno se desmayase, y reemplazarlo sin hacer preguntas.

Aunque en lo que estaba pensando, claro, era en Beuna. Todos aquellos años de desesperación constante y de conmociones internas para conseguir trabajo y no sentirse angustiado, podrían reducirse a un montón de gestos incoherentes como los de un hombre con la manga enganchada en una trilladora. Y fuera lo que fuera lo que ella le hubiese inoculado allá en Helena, doce años atrás, no había permanecido muerto, dada toda la actividad que parecía haber motivado, sino simplemente mal interpretado.

Debajo de la niebla, la lluvia se había desplegado en un manto de plata. La camioneta emergió de debajo de las nubes en dirección a la luz e inició el largo

descenso hacia el desierto, donde a unos setecientos metros por encima de la llanura él pudo notar que el aire ya era más caliente. La carretera que divisaba debajo se curvaba en un prado oval que separaba el borde de la sierra del desierto. Una hilera de chopos dividía el prado a lo largo del reborde que unía las últimas estribaciones de la montaña con las afueras de Bishop, que aparecía entre una bruma malva a medio camino del horizonte.

Pero ¿qué te pasa?, se preguntó, ya preocupado. ¿Qué pasa cuando ella se las arregla para inocularte algo peligroso y lo mantiene vivo durante años con la fuerza de un perfume de gardenias y unas cuantas cartas llenas de promesas? ¿Qué pasa cuando reconoces que es importante —lo que hiciste tú y lo que hizo ella y lo que podrías hacer, y cuándo y cómo y a quién—, y eso te deja con una especie de funesta ansiedad que sólo una cosa puede calmar?

Tomó la larga curva que descendía hacia la carretera en sombra que llevaba a la ciudad. Aquello le preocupaba porque sabía que las cosas no desaparecen de tu vida una vez que se inician, y que tu vida sólo se enriquece a base de comienzos, los de un día añadiéndose a los del siguiente, hasta que llegas a una edad o adquieres un temperamento tales que ya no los puedes soportar más y tienes que abandonar los comienzos y dejar que tu vida termine por sí misma. ¡Y él todavía no había alcanzado ese punto! Conque fuera lo que fuese lo que ella hubiera fomentado en su interior, no desaparecería por sí solo, sino que se manifestaría en los momentos más inesperados y haría pasar un mal rato a todo el mundo, a no ser que se hicieran serios ajustes para transformarla a ella y a eso que le había inculcado en algo con lo que *fuera capaz* de vivir, de la misma manera como uno vive con otras cosas.

Condujo por la ciudad hasta delante de la estafeta de correos y se detuvo, pensando, en medio de aquel calor, que ver a Beuna como un estorbo o como algo a lo que sobrevivir sólo era un modo de considerarla, y no necesariamente el mejor. Entró donde el aire era frío y seco. La sala era una galería alargada y vacía con tragaluces que inundaban de sombras el espacio. Recogió la carta en el mostrador y volvió a la calle mirando a uno y otro lado para ver si distinguía a algún conocido. Pensó en el desayuno y decidió saltárselo.

Puso la carta bajo el quitasol de la camioneta e inició el camino de regreso hacia las montañas. Condujo nuevamente a través del prado hasta cruzar el puente de la Work Progress sobre el Inyo Creek, se detuvo, se apeó y regresó caminando hasta la barandilla. La brisa era ahora más fuerte y agitó el papel. Leyó las palabras una y otra vez, meditando en ellas cuidadosamente, mientras sus labios articulaban las palabras. Y al cabo de un rato avanzó caminando bajo la luz salpicada de amarillo y verde y anduvo entre los juncos y dejó el sobre en la superficie del agua y contempló cómo daba vueltas y se alejaba, hasta que desaparecía como una luz trémula. Durante un momento pensó en la carta, en la hoja que se agitaba en su mano, y de repente la plegó en cuatro y dio la espalda a la hierba mojada. Subió a la orilla y se metió la hoja en el empuñadura y volvió a encaminarse hacia la camioneta.

Nuevamente pensó en que ver a Beuna como un obstáculo sólo era un modo muy limitado de considerarla. Y que no era el único, pues otro era pensar que aún no había terminado con aquella parte de su vida, con mujer o sin mujer, aquella parte que incluía a Beuna, y en general a las mujeres, y que todavía le quedaba eso, la posibilidad de hacer lo que quisiera, y que a los treinta y cuatro años aún era joven, en la medida en que uno sólo vive una vez, y que para él era ahora o nunca.

4

Condujo hacia Arizona y por la tarde durmió una siesta detrás de un motel de Flagstaff. Se despertó a las cuatro y condujo hasta el anochecer. Pasó la noche en el asiento de la camioneta en las afueras de Bluewater, Nuevo México, se despertó con el sol ya alto y condujo hasta Grants, donde se detuvo a desayunar. Se apeó entre la carretera y las vías de Santa Fe, una zona batida por el viento, y contempló los vagones con ganado que cambiaban a la línea principal que venía del sur de Texas, con el ganado dormido de pie en el aire fresco y violáceo. Observó cómo se formaba el tren y desaparecía hacia el este; luego condujo hasta Albuquerque y cruzó nuevamente el reborde púrpura de los Manzanos para volver al desierto.

Al dejar Santa Rosa, vio un Buick descapotable detenido junto a la carretera y una mujer rubia con pantalones blancos de pie a su lado, bajo el sol, protegiéndose los ojos con una mano y agitando la otra desganadamente como si estuviera señalando a alguien. El Buick tenía los faros traseros hundidos, y los intermitentes parpadeaban débilmente a la luz del sol. Miró la carretera para ver si había alguien, pero sólo vio la mancha negra de Santa Rosa que temblaba en el paisaje monótono del desierto.

Cuando se detuvo, la mujer dejó de agitar la mano y se la llevó a la cintura, pero mantuvo los ojos protegidos con la otra. Él se apeó y se dirigió hacia el Buick. El asiento trasero estaba sembrado de latas de cerveza, algunas de las cuales dejaban escapar su contenido.

—El sol es malo para la piel, ¿lo sabías? —dijo la mujer, indiferente, retirando la mano de modo que él pudo ver su cara.

—¿Qué te ha pasado? —dijo él, señalando el coche.

—Él dice que es la bomba, pero yo no sé nada de esas cosas. Lo que sé, es que se detuvo. —Sujetó un trozo de su blusa entre el pulgar y el índice y se la separó de la piel.

—¿Y dónde está? —dijo él.

—En Variadero, construyendo un palacio de la hamburguesa. —Volvió a protegerse los ojos con la mano y lo examinó como si hubiera oído algo que no le gustaba.

Él se metió en el Buick e hizo girar la llave de contacto.

—No creo que vaya a servir de nada —dijo ella, y poniéndose a la sombra del coche comenzó a arreglarse el peinado.

Él hizo girar la llave. El motor arrancó perfectamente, pero se detuvo enseguida. Apretó el acelerador y accionó varias veces la llave tratando de arrancar, pero sin resultado. Por fin renunció y miró a la mujer que seguía fuera, bajo el calor. Se parecía mucho a muchas mujeres con las que se había cruzado, con pequeñas estrellitas azules en las orejas y una piel caliente que hacía que pareciese mayor de lo que era, todo lo cual hizo que le entraran ganas de largarse.

—La mitad es de Larry —dijo ella, y contrajo la boca, mirando hacia otra parte—. Él desayuna camino del trabajo, y yo desayuno mientras vuelvo a casa. —Se rio—. Sin embargo, jamás cojo autoestopistas.

—Nadie dijo que lo hicieras —dijo él, mirando el gran salpicadero cromado, mientras trataba de decidir si alguno de los indicadores señalaría lo que iba mal en el motor.

—Nunca los cojo —enfaticó ella.

—Está bien —dijo él, y se apeó—. Oye, no consigo que arranque tu cacharro. —Con el dorso de la mano se secó el sudor de la barbilla.

—¿Qué demonios puedo hacer? —preguntó ella, mirándolo.

—Puedo llevarte hasta algún sitio —propuso él.

—Curvo —dijo ella, haciendo una mueca con la boca.

—¿A cuánto queda?

—¿Qué más da, si vas en esa dirección?

—Nada —dijo él, y empezó a volver hacia la camioneta.

La mujer rebuscó dentro del Buick, sacó un cartón con latas de cerveza, y fue detrás de él.

—Tendré que dejar mis objetos de valor —dijo, y se echó a reír.

—¿Piensas dejar los intermitentes encendidos? —preguntó él, mirando la cerveza con expresión de infelicidad.

—Que se vayan al infierno —dijo ella, y subió a la camioneta.

Se sentó muy rígida, sacando la mano por la ventanilla para que la brisa pasase entre sus dedos. Desde el momento en que entró en la camioneta pareció diferente, un poco más frágil, pensó él, de lo que le había parecido que era cuando estaba de pie junto al Buick. Tenía una pequeña magulladura debajo de la oreja, que se tocaba con los dedos, y cada vez que el viento le apretaba el pelo contra las sienes, él se la miraba.

—El aire acondicionado supone una diferencia —dijo ella, sintiendo el aire caliente que corría entre sus dedos—. Se lo ponen a las camionetas.

—¿De verdad?

Ella lo miró, luego volvió su rostro hacia la brisa.

—¿Qué hace tu marido?

Ella subió la ventanilla y le lanzó una mirada dura.

—Es peón de albañil. Tiene ocho años menos que yo. —Se echó hacia adelante, rompió el cartón de las cervezas un poco más y puso una lata encima del salpicadero—. California es en la otra dirección, ¿no? —dijo, abriendo la lata.

—¿De verdad?

—No habrás robado nada, ¿eh? —dijo ella, dejando resbalar la cabeza contra la ventanilla.

—Nada.

—Conque no has robado *nada*. Pues yo *robo* todos los días, y eso no me lleva a ninguna parte —rio—. ¿Me encuentras vieja?

Él miró su cuello corto y trató de aparentar que estaba calculando.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—La cuestión no es ésa —respondió ella, dando otro trago a la cerveza y dejando la lata en el reposabrazos—. La maldita cuestión no es ésa. La cuestión es si *parezco* vieja. Vamos a ver, ¿te parezco vieja? —Lo miró con atención para ver si pensaba decirle una mentira.

—No —dijo él.

Alzó levemente la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Tengo treinta y un años. ¿Los represento?

—No —dijo él, pensando que si hubiera tenido que elegir entre un centenar de edades posibles, treinta y uno habría figurado en segunda posición después de cuarenta y uno—. Eso quiere decir que tu marido tiene veintitrés.

Le lanzó una mirada de sorpresa.

—Es algo que no me preocupa —dijo.

—Nadie ha dicho eso.

Ella tomó otro trago de cerveza y dijo:

—Lo llevo a trabajar por la mañana y lo recojo por la tarde. Todas las putillas de la ciudad van a pasearle el culo por delante para que se lo vea bien, pero saben que yo apareceré en el Buick a las seis en punto con un cartón de cerveza en una mano y algo todavía mejor en la otra, así que no tiene que ir a ninguna parte a buscar diversiones, me tiene a mí. Yo soy su maldita diversión.

—¿Dónde vives? —preguntó él, dando una calada a su cigarrillo.

—En Ragland —respondió ella, señalando hacia el desierto, donde él distinguió las diáfanas colinas redondas del sur.

—¿Cuántos kilómetros diarios tienes que hacer?

—Unos ciento diez o ciento veinte —dijo ella—. Depende.

Él empezó a calcular los kilómetros y la miró y volvió a hacer la suma, y miró tristemente la carretera. Ella tomó un largo trago final de cerveza y dejó que la lata le cayera entre las piernas, apretando los labios como si acabara de decidir algo.

—Eso es mucho —dijo él—. Yo las dejaría que le paseasen el culo por delante.

—Ocúpate de tus cosas —dijo ella—. El Buick es mío. Si un día me apetece ir en él hasta la luna, iré.

Apartó la vista y la clavó en el desierto. Él decidió que, mientras pudiera, lo mejor era dejar las cosas como estaban, e hizo un esfuerzo supremo por mantener la boca cerrada.

—Lo único que pasa es que no quiero que me deje —dijo ella lentamente, hablando en voz tan baja que tuvo que mirarla para ver si hablaba con él—. He tenido todos los problemas que soy capaz de soportar —dijo—. Me gustaría que las cosas fueran más fáciles, ya sabes.

—Claro, claro —dijo él.

La mujer sacó otra cerveza del cartón y la abrió.

—Sólo llevamos cuatro meses casados —dijo, dando un sorbito y haciendo girar el borde de la lata contra el labio—. Tuve un marido que se me *murió* hace siete meses. Tuberculosis en el cerebro. —Lo miró apreciativamente—. Sabíamos que la tenía, pero no creía que se fuera a morir tan pronto. —Chasqueó la lengua, lo volvió a mirar y arrugó la nariz—. Empezó a caérsele la carne y tuve que enterrarlo al mes siguiente.

Poco a poco parecía adquirir un atractivo que antes no tenía, y él dejó pasar la cosa.

—Fue en Salt Lake, ¿sabes? —Estaba abstraída y daba golpecitos con la lata en la ventanilla—. Era mormón, ¿entiendes?

Él asintió.

—Me idolatraba. Todo el tiempo que estuvimos casados, ¿sabes? —Se le endureció la cara—. Una vez muerto, ellos venían a traerme comida y tartas y frutas, lo que fuera. Pero cuando quise conseguir un crédito para comprarme un coche y poder ir a trabajar, ninguno pareció darse por enterado. Y eso que yo había sido como ellos querían. Y dejaba que se reuniesen en mi casa. —Frunció la boca—. Raymond había nacido mormón. Pero yo me crié entre caballos en una granja cerca de Logan.

Tomó otro trago de cerveza y la mantuvo delante de los dientes, sin dejar de mirar el desierto. Era algo después del mediodía. El sol había empalidecido el desierto hasta donde se destacaban las montañas. Él la observó mientras ella miraba hacia otra parte, contemplando cómo subían y bajaban sus pechos, y se las arregló para ver la blanca línea del sostén entre la blusa y el hombro y la curva de los senos y esto hizo que se sintiera un poco ruin, un poco miserable, porque lo que hacía estaba mal.

La mujer dejó escapar lentamente el aliento.

—Un amigo mío tenía ese Buick acumulando polvo en el garaje. —Seguía mirando al desierto—. Le dije que si me dejaba pagarle un poco todos los meses, se lo compraba. Siempre quise tener un Buick, y no parecía que lo fuera a tener nunca. Es raro verse obligada a renunciar antes de que todos tus sueños se hagan realidad. —Lo miró y se le dilató la nariz—. De cualquier modo, allí se quedaron los mormones —dijo—, y mandé al infierno a Salt Lake. Deja que te diga una cosa: no permitas que te engañen. Son unos mamones, lo juro por Dios.

Él volvió a mirarle la blusa para ver la curva de sus pechos, pero se había movido

y no sirvió de nada, por lo que dejó que sus ojos volvieran a clavarse en la carretera.

Ella se dio unos golpecitos en los dientes con la lata.

—Creo que ahora me va mejor —dijo—. Juzgo menos a la gente. No es fácil conocerse a uno mismo. —Se reclinó en el asiento con las manos plegadas sobre el estómago como si se sintiera mejor—. ¿Adónde vas?

—A Arkansas —dijo él.

—¿Dónde está tu mujer? ¿La has dejado en casa para que se ocupe de los niños?

—No he dicho que estuviera casado —contestó él, sintiéndose molesto.

—Ya lo sé —suspiró ella—. Tú nunca ocultas *nada*, ¿verdad? Estás por encima de todo. —Sonrió.

—Creo que no —dijo él.

—No quería molestarte.

—No lo has hecho. ¿Cómo te las arreglaste para volver a casarte tan pronto?

—Cuestión de mala suerte —respondió ella, y se echó a reír—. ¿Por qué no tomas una cerveza? Me sentiría mejor si tomaras una.

Él lanzó una mirada al espejo retrovisor y no vio más que las franjas blancas de la carretera que se alejaban.

—No, gracias.

Ella quitó el anillo metálico que había caído sobre la entrada de aire.

—Deja que me acerque un poco... de todos modos, en Curvo no me conoce nadie.

Se estiró en el asiento y apoyó la cabeza en su hombro y puso los pies encima del salpicadero. Dejó descansar la lata de cerveza, de la que salía un poco de espuma, sobre el estómago, y le puso los dedos alrededor del muslo. Y lo único que él consiguió pensar fue en que no iba a hacer nada para detenerla.

La mujer alzó la cerveza medio caliente hasta la cara de él y se la pasó por la mejilla.

—A Larry le gusta —dijo, sonriendo—. Hace que se relaje.

La miró, allí encogida bajo su hombro, con los ojos verdes de pequeñas pupilas clavados en él, y cogiéndole la cara la llevó hasta su pecho.

—¿Tengo pinta de tener treinta y dos años? —preguntó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Por supuesto que no —la tranquilizó él—. ¿Crees que yo tengo treinta y cuatro?

—Estás casado.

—También tú.

—Tienes razón —dijo ella—. Pero ahora no hablemos de eso. —Una de las lágrimas se deslizó por su mejilla hasta el labio.

—Me gustaría saber cómo te volviste a casar —dijo él, manteniendo la camioneta en la carretera.

Ella lo abrazó y la lágrima desapareció.

—Bueno, fui en coche hasta Albuquerque y empecé a vivir en Alameda. ¿Sabes dónde está?

—Sólo estuve un par de veces —dijo él, sintiendo que lo invadía un agradable calor.

—No está lejos —dijo ella—. Cogí una casa y todas las tardes iba a trabajar en coche al Howard's. Lo llamo Howard's. —Le pasó una uña por la pierna y él sintió que se le erizaba la piel de la nuca—. Una noche iba conduciendo y no había ninguna luz. Bebía Ezra Brooks. Y por lo que fuera, me salí de la carretera y atropellé a un tipo y lo maté. Lo seguí como a un hierbajo. Nunca se hubiera enterado de que lo habían atropellado. Se limitó a caer, bum. —Dejó que la mano se deslizara por el muslo de él—. De este modo. Ni tuve tiempo a tocar el claxon. Me detuve, volví y vi que no se movía, le toqué el corazón y no le palpitaba, y pensé que no hacía falta ser enfermera para saber que estaba muerto. Pero no había ni una gota de sangre. Estaba igual que si acabara de vestirse. Así que cogí la carretera y anduve hasta el Amoco para que uno de los empleados llamara a la policía. Y gracias a Dios que había tirado mi botella de Ezra, pues cuando iba andando por la carretera apareció un borracho en coche e hizo como que me iba a atropellar por detrás, pero el hijoputa me alcanzó y me tiró a la cuneta y me rompí una pierna. El muy cabrón siguió como si nada y yo me quedé allí, destrozada, dando alaridos. Hasta que apareció la policía y encontró *mi* coche y al tipo que había atropellado.

Lo miró esperanzada.

—¿Cómo acabaste casándote con él?

Los dedos de ella tamborilearon en la pierna de él.

—Porque nos llevaron al hospital St. Dominic por culpa de una inesperada inundación en las montañas. —Frunció los labios y no dijo nada durante unos momentos—. Metieron a todo el mundo en el hospital, y yo tuve que compartir la habitación con un hombre. Y resultó que era Larry. Lo habían operado de una hernia por cargar ladrillos. Y en cuanto le dieron de alta, empezó a traerme flores y cuando me repuse comenzamos a ir a un sitio y a otro, y la cosa continuó, ya sabes. ¿No es romántico? —Sonrió.

—¿Cuánto hace que dura todo eso? —preguntó él.

—Dos meses, y una semana —respondió ella.

—No es demasiado tiempo —dijo él.

—La vida es un soplo —susurró ella, y alzó la mano para bajarle la cremallera del pantalón—. Me he cansado de hablar —dijo, observando su mano, que se hundía en los pantalones, como si fuera algo que no pudiese mantener quieto.

Curvo estaba a unos quince kilómetros, junto a la carretera de grava que describía una curva gigantesca hacia el este, luego volvía hacia el norte y se alejaba de la ciudad, que sólo era un edificio rojo de madera, dos surtidores de gasolina y una hilera de dependencias destrozadas, con el desierto extendiéndose a su alrededor en todas direcciones. Él observó que las dependencias eran jaulas de varios tipos, con puertas de tela metálica que permitían ver lo que había en el interior. La jaula más grande era un cobertizo cuadrado en mal estado hecho con tablas y al que le habían arrancado la puerta para poner tela metálica en su lugar. En una de las tablas podría leerse, recién pintada, la inscripción ZOO.

Se detuvo entre los surtidores y la construcción y miró por la ventanilla de la parte de la mujer esperando que apareciese alguien. El edificio parecía una tienda y en el escaparate se amontonaban boyas rojas para pescar y carretes de sedal, con un par de cañas desmontadas que iban de esquina a esquina. Un gallo cacareó entre las jaulas, y él lo oyó batir las alas como si tratara de escapar.

—¿Dónde está la gente? —se quejó ella, al tiempo que se levantaba el pelo de la nuca—. Aquí trabaja un chico..., he visto su vieja camioneta la semana pasada. Toca el claxon. —Cogió el volante, pero él la detuvo.

—Me bajaré —anunció él, lanzando una mirada a las jaulas—. ¿Cómo te llamas?

—Jimmye —dijo ella.

—¿Jimmye qué?

—¿Y tú?

—Robard.

—¿Robard qué?

—Sólo Robard.

—Es un nombre bastante tonto.

—Eres muy amable —dijo él, abriendo la puerta.

Recorrió la hilera de jaulas, mirando dentro de cada una para ver si veía a alguien acurrucado en su interior. En la que tenía escrita la palabra ZOO no había más que unos trozos arrugados de celofán y un intenso olor a podrido, como si hubiera alguna cosa muerta dentro. La segunda jaula consistía en una estructura de cuatro postes pintados de creosota, con tela metálica alrededor y llena de mapaches, dos de ellos grandes y gordos y otros ocho o nueve pequeños amontonados en un rincón. Todos los mapaches se quedaron quietos y lo miraron, luego, todos a un tiempo volvieron a trepar por la jaula. En la tercera jaula, un gallo marrón, negro y dorado se había subido a la rama de arriba del tronco de un fresno que había penetrado desde el exterior, y se mantenía lo más lejos posible de los mapaches. Daba la impresión de que los mapaches querían atrapar el gallo, y sólo esperaban encontrar la más mínima apertura en la tela metálica que les permitiese resolver el asunto de una vez por todas. El gallo observaba atentamente en derredor, con su picuda cabeza pasando rápidamente de un mapache a otro, por si conseguían atravesar la tela metálica, lo que le supondría una nueva serie de problemas.

De repente la mujer hizo sonar el claxon y lo mantuvo apretado durante bastante tiempo, de modo que la tranquilidad del lugar saltó hecha pedazos. Él recogió un terrón y lo lanzó contra la camioneta.

—¡Qué mierda pasa! —gritó la mujer, dentro del coche, sacando la cabeza por la ventanilla, con la boca muy abierta—. ¿Quién me está bombardeando?

—Deja de tocar el claxon. No servirá de nada.

—¡Tengo un calor de mil demonios! —gritó ella.

—Todos tenemos calor —dijo él, frunciendo el entrecejo con aspecto desolado.

La mujer volvió a meter la cabeza dentro de la camioneta y desapareció debajo de la ventanilla de atrás.

Se oyó que se abría un pestillo al final de la hilera, y una chica muy joven con tejanos salió de la última jaula y avanzó desenfadadamente guiñando los ojos bajo la luz del sol, como si lo conociera. Se pasó el pelo por detrás de las orejas, luego se lo sujetó con una goma, haciendo que su cara pareciera perfectamente redonda.

—¿Hay un mecánico? —quiso saber Robard, mirando detrás de ella para ver si salía alguien más de la jaula. La chica llevaba una camisa con bolsillos en punta y botones de nácar, que pertenecía a una persona más grande que ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó con expresión de desagrado.

—No lo sé —respondió él, volviendo a mirar hacia la camioneta, con la esperanza de que la mujer no volviera a tocar el claxon—. ¿Son tuyos estos animales?

La chica paseó la vista por la hilera de jaulas como si tratara de decidirse.

—Sí —contestó.

—Son bonitos —observó él, lanzando otra mirada inquieta a la camioneta y tratando de imaginar cómo iban a conseguir que funcionase el Buick de la mujer.

—¿Quiere ver a Leo? —preguntó la chica, inclinando la cabeza hacia el sol de modo que sólo lo podía ver con un ojo.

—Ya lo he visto, si es ése —dijo él, señalando al gallo.

—No, no lo es —dijo ella, sonriendo tímidamente—. Está allí —indicó con un gesto hacia atrás.

Volvió a la jaula de la que acababa de salir, pasando delante de dos que estaban vacías. Se detuvo frente a la última y señaló con el dedo a un lince leonado bastante grande que permanecía tumbado en el polvo, mirando al vacío. La chica miró al lince y luego lo miró a él como si esperara que se saludasen. Él observó al lince durante un momento, notando una sensación de frío interior motivada por los animales salvajes y el temor a lo que te podían hacer si les dabas la espalda. Al fondo de la jaula, casi a sus pies, había una gran liebre de largas patas, echada, observando al lince, con su delgado lomo apretado contra la tela metálica por la que pasaban mechones de pelo que formaban pequeños hexágonos.

Él miró a la chica, esperando que ésta le diera alguna explicación.

Leo se puso a resollar, e hilillos de espesa saliva transparente se deslizaron de su lengua hasta formar un charco en el polvo. Parecía desinteresado por la liebre, aunque

a ésta se la veía bastante preocupada por la presencia del felino, y no dejaba de observarlo, las afiladas orejas agitándose nerviosamente y el hocico husmeando el aire como si calculara el riesgo que corría.

Él retrocedió, miró a la liebre y no dijo nada, aunque al cabo de un minuto advirtió algo en Leo que no había visto antes. Su pata trasera derecha terminaba a la altura de la última articulación, y una espesa pelambreira rojiza cubría el muñón, que reposaba detrás de la otra pata, como si ésta contuviera al propio muñón.

—¿Qué le ha pasado en la pata? —preguntó él, apoyando las manos en las rodillas y mirando la pata mutilada del lince.

—Es de nacimiento —le informó la chica, mirando a Leo del modo en que el hombre había visto a los vendedores mirar los coches usados—. Un tipo se lo dio a mi padre en Missouri. Se lo había encontrado en un tocón hueco, muerto de hambre. —Arrugó la nariz como si en aquello hubiera algo asqueroso. Se puso de puntillas, pasó los dedos por la tela metálica y llamó al lince, que se tumbó de espaldas, se revolcó en el polvo y estiró las patas—. Ven aquí, Leo —dijo, y el felino se relajó y la miró con la cabeza al revés, los ojos brillantes y semicerrados. La liebre también la miró con atención y se encogió todavía más en el rincón donde estaba.

—Sabe que lo llamo —dijo, riendo—. Es lo que quiere.

—No lo dudo —aseguró él.

La liebre volvió a medir la distancia.

—¿Ha visto mis mapaches? —preguntó la muchacha, irguiéndose, para luego recorrer la hilera hasta la jaula donde los mapaches se agarraban a la tela metálica.

—Los he visto —respondió él.

Volvió a poner sus ojos en la liebre y sintió el impulso de abrir la jaula de una patada, pero el lince hizo que se contuviera; tumbado en el polvo, medio dormido, sólo esperaba que alguien hiciera eso. Siguió a la chica por delante de la hilera.

—Me hice con los dos mayores —dijo—, y los demás vinieron por sí mismos. — Le miró como si esperara ver lo que iba a responder—. Le vendo uno por sesenta centavos.

Él notaba el olor apestoso que llegaba de la primera jaula.

—No lo quiero —dijo.

—Sí lo quiere —lo contradijo, mirándolo con ojo profesional.

—Te compraré esa liebre.

—No está en venta —dijo ella. Miró hacia la carretera desierta y poco a poco fue concentrando su mirada en la camioneta aparcada al sol—. ¿Es suya esa camioneta?

—Sí —respondió.

—¿Sabe arreglarla?

—Lo que necesita reparación es el coche de la señora, no la camioneta.

—Lonnie no volverá antes de que anochezca. Pero entonces no podrá ponerse a trabajar. Estará demasiado oscuro. No tendrá luz suficiente.

—¿Y aquí no hay nadie más? —Estaba empezando a ponerse nervioso.

—Nadie —le informó ella—. Está en Tucumcari. Estará borracho perdido cuando vuelva. No será capaz de ponerse a trabajar.

Él miró hacia el sol, de color cereza y perfectamente redondo.

—¿Es la mujer que está en la camioneta? —preguntó la chica.

La parte de atrás de la cabeza de la mujer era visible por la ventanilla oval. Estaba maquillándose la cara frente al espejo retrovisor.

—La misma.

—Entonces tendrá que pasar la noche aquí, o ir a Tucumcari —dijo la chica, dando la espalda a las jaulas—. No hay ningún mecánico entre aquí y allí. No hay nada en esa dirección. —Señaló la carretera que se perdía en el desierto—. Lonnie estará bien por la mañana. Lo arreglará. Sólo tiene veintidós años, pero no es idiota.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó él, mirando la decrepita parte trasera de la casa. Una lavadora blanca a la que le faltaba una pata estaba medio volcada fuera.

—Se largó —respondió ella, y frunció los labios.

—¿Se murieron los dos?

—Se marcharon a Las Vegas. No han vuelto.

—¿Esperas por ellos?

—Eso parece —dijo, y lo miró con indiferencia.

Él estaba cada vez más nervioso.

—¿Qué hora es? —preguntó.

La chica consultó su reloj de pulsera, un delgado brazalete plateado con una esfera del tamaño de los botones de su camisa.

—Las tres en punto —dijo—. Tenemos una habitación. Había un ventilador, si es que Lonnie no lo ha vendido.

Soplaba una brisa del desierto que atravesaba las jaulas y traía hasta sus narices el hedor de los mapaches.

—Voy a tener que limpiar esa jaula vacía —dijo la chica, arrugando la nariz para que supiera que también ella notaba el olor.

—¿Qué había dentro?

—Estaba esa liebre —dijo ella, quitándose un mechón de pelo rubio que la brisa había empujado hasta su sien.

Él se volvió a mirar a la liebre que, apretada contra la tela metálica, miraba de un modo extraño al lince. En su interior notó un leve pánico.

—Deja que te compre esa liebre —dijo muy deprisa.

Ella frunció el entrecejo.

—Leo tiene hambre cuando refresca un poco —dijo—. Pero esa liebre no lo sabe.

—Apuesto lo que sea a que se lo imagina.

La chica soltó una risita y le hizo saber que le daba igual lo que supiera la liebre. La brisa le agitaba los cortos mechones de pelo sobre la frente, lo que hacía que pareciese mayor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Mona Nell —respondió la chica, encogiéndose de hombros y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Cómo se llama esa mujer?

—Creo que dijo que Jimmye.

—Así es como se llama mi padre —dijo la chica, y se echó a reír.

Él miró la camioneta y a la mujer muy tiesa en el asiento, dándole la espalda, que se arreglaba el pelo frente al retrovisor. Tuvo el impulso de volver a donde ella estaba, y al mismo tiempo se sintió impotente para hacer algo así.

La chica volvió a soltar una risita, se agachó y empezó a fastidiar a los mapaches que se amontonaban contra la tela metálica.

Él volvió a la camioneta sintiendo como si la chica ejerciera una influencia sobre él que no podía entender bien, pero que lo retenía.

—¿Dónde demonios están todos? —preguntó la mujer, asomándose ceñuda por la ventanilla, el pelo perfectamente ahuecado y los ojos morados como una magulladura.

—Se han ido —le informó él, en voz bastante baja—. No volverán hasta la noche. —Se apoyó en la ventanilla y volvió a mirar a la chica, que seguía agachada en el polvo.

—Pues vaya mierda —dijo la mujer apretando los dientes—. ¿Qué demonios se supone que debo hacer para ir a recoger a Larry a las seis?

—Según parece, dos cosas —dijo él, mirando al suelo—. Ir en coche a Tucumcari. La pequeña dice que el mecánico está allí. O quedarte aquí y llamarlo. Puedes decirle a Larry que venga por ti.

La mujer lo miró arrugando el entrecejo como si no le gustase que él pronunciara aquel nombre. Entrecerró los ojos.

—¿Tienen teléfono?

Él miró el alero de la casa y vio una línea que se unía a la principal de la carretera.

—Supongo —dijo.

La mujer miró el cable. El sudor le perlaba las raíces del pelo.

—Larry Crystal, eres un hijoputa —masculló, y él se dio cuenta de que había pronunciado su apellido—. Se irá con esa zorra a tomar cervezas en cuanto se dé cuenta que no he llegado. Así de asqueroso es. —Agachó la cabeza como si viera todo lo que iba a pasar.

El primer camión que pasó por delante de la gasolinera tomaba las curvas haciendo chirriar los neumáticos; era un tráiler diesel que arrastraba el humo del tubo de escape, desierto adelante. Llevaba una gran inscripción en un lado y bajo el polvo y la grasa se leía: DÉJAME CON MI DOLOR, y debajo de eso, LLÉVATE OTRO TROCITO DE MI CORAZÓN, como si una línea siguiera a la otra y la frase tuviera sentido. Él se quedó mirando la inscripción y se rascó la nuca, preguntándose qué querría decir. Pensó en

pedirle a la mujer que echara una ojeada, pero parecía malhumorada y renunció a hacerlo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Todavía hay tiempo —la tranquilizó él.

La chica estaba al final de las jaulas y acariciaba al lince, pronunciando su nombre una y otra vez con voz suave.

—Vayámonos de aquí —dijo la mujer.

—¿Y adónde vamos? —quiso saber él.

—A un motel de Conchas. Nos quedaremos allí, tú y yo. Venga.

Él la miró para que supiera que se lo estaba pensando.

—¿Y el coche?

—A la mierda con él. Ese coche es una porquería.

Él apoyó la frente en la mano y clavó la vista en el polvo, tratando de decidir qué hacer.

—Creía que *estabas* preocupada por él.

—¿Nos vamos de una vez de aquí? —dijo ella impaciente—. Ya me preocuparé por él mañana.

—Pero...

—¡Y una mierda! —exclamó ella—. Deja que de mis cosas me ocupe yo. Si necesito consejo, se lo pediré a ese coñito que tan caliente te pone.

—Yo no estoy caliente —dijo él, manteniendo la cabeza pegada a la mano y escupiendo al polvo.

La mujer se tranquilizó, y él decidió dejar tranquilas las cosas un rato.

—Estoy esperando —dijo ella.

—¿Y a qué esperas? —replicó él.

La mujer lo miró con las pupilas dilatadas, y él comprendió que aquél era el modo en que miraba cuando quería parecer enfadada.

Estaba sentado mirando la larga curva de la carretera, y suspiró. La dirección de la brisa cambió y ahora llegaba desde detrás de la casa. La chica estaba en cuclillas y emitía un sonido agudo como el de una paloma. Él imaginó que la mujer necesitaría tiempo para darse cuenta de que no estaba dispuesto a que mandara en él alguien que no le importaba lo más mínimo, fuera cual fuere el premio que obtuviese por ello, aunque eso significara renunciar al premio.

—No hay necesidad de que te enfades —dijo, con la boca en el antebrazo—. La mujer apartó la vista. —No hay necesidad de ir a ninguna parte.

—Si supieras lo que me importa a mí... —murmuró ella, dejando caer los hombros.

—Aquí tienen una habitación. —La mujer miró el alargado edificio rojo, luego a él, y después nuevamente a la carretera—. El chico podrá ocuparse de tu coche mañana —agregó él, notando que las cosas se le escapaban.

Ella se mordió el labio inferior y tamborileó con los dedos.

—¿Tienen aire acondicionado? —preguntó.

—Un ventilador —dijo él.

El rostro pálido de la mujer pareció ponerse más pálido mientras él la miraba, igual que una tela áspera tendida al sol.

—Podría servir —dijo, mirando hacia el desierto y las siluetas brumosas de los cactus que salpicaban el horizonte—. Con este calor no se puede bailar —suspiró.

6

La chica los condujo hasta el interior de la casa, donde estaba oscuro y fresco, y se detuvo detrás de un mostrador de tienda, ante un viejo libro de registros. La habitación estaba iluminada por la escasa luz que se filtraba a través del atestado escaparate, y por el resplandor verdoso que provenía del armarito de los congelados del fondo de la tienda. Él tuvo que acercarse a la página para ver dónde firmar, y cuando la chica le señaló el sitio, miró el libro durante un momento y firmó «Mr.& Mrs. S. Tim Winder», usando el bolígrafo sujeto al libro de registro por una cadenilla. El único nombre que figuraba en la página estaba arriba de todo, escrito en mayúsculas cuadradas, y decía: «RAMONA ANELIDA WHEAT, LA REINA».

La chica los condujo entre dos pilas de cajas de salchichas de Frankfurt y cereales Wheat Chex y, pasada una cortina, por dos tramos de escalones, hasta un lugar silencioso donde hacía más calor, y que a él le olió igual que una nevera cerrada que hubieran dejado, al sol. La luz iluminaba un cuadrado de linóleo verde, y la habitación los recibió igual que un horno. Había una cama metálica marrón, una cómoda cubierta con un paño, una silla, y un ventilador de techo al que le faltaba un aspa.

—Será mejor que abran la ventana —les aconsejó la chica, parpadeando por el calor y levantándose la cola de caballo para refrescarse la nuca—. Hará menos calor cuando se ponga el sol. Ya verán como terminarán pidiéndome una manta.

—¿No hay cuarto de baño? —preguntó Jimmye, que parecía desesperada por el calor.

—Ese ventilador funciona. —La chica se puso de puntillas y tiró de la cuerdecita. El motor zumbó como si luchara contra una gran resistencia, pero las aspas permanecieron quietas—. El servicio está abajo —dijo—. Tenemos dos.

Él fue hasta la ventana, la levantó, y se echó hacia atrás para dejar que entrase la brisa, pero el aire no se movía. La camioneta parecía abandonada en el descampado y la luz del sol se reflejaba en su capó. Trató de pensar en cómo había llegado hasta tan lejos, cómo había subido a ese cuarto cuando debería encontrarse en la carretera camino de alguna parte, y no lo consiguió.

—¿No hay lavabo? —preguntó la mujer.

—En los servicios —respondió la chica—. Llevaré un vaso. Lonnie volverá esta noche. Ya lo oirán, porque siempre hace mucho ruido. Vendrá con una borrachera de espanto.

—Me muero por conocerlo —dijo la mujer, sentándose en la cama—. ¿Qué otras cosas hace?

—Nada —dijo la chica, y se quedó con la boca abierta, moviéndose hacia adelante y hacia atrás mientras miraba a la mujer—. Tienen que dejar la habitación a las ocho y media. Si no, les cobraré un día más. —Tiró la llave encima de la cómoda y salió dando un portazo antes de que la mujer pudiera hablar.

—¿De la mañana o de la tarde? —gritó ésta, pero sus palabras quedaron apagadas por el portazo—. Asquerosa de mierda —dijo. Él seguía mirando la camioneta—. Te conozco —dijo la mujer, riendo y saltando levemente en la cama—. Le has echado el ojo a ese chochito.

Él cruzó el cuarto y se detuvo delante de la cómoda, la miró y suspiró con las manos metidas en los bolsillos, preguntándose si debería dejarla plantada allí mismo, salir por una Grapette y no volver nunca más.

—¿Qué miras? —quiso saber la mujer, y se dejó caer en la cama, mirándolo desafiante.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué mueves así esa horrible cabeza?

—Por nada —respondió él, tratando de dejar de pensar.

—Te crees un tipo joven y muy apetecible, ¿a que sí?

—No pensaba en eso.

—Seguro que sí —dijo ella—. Crees que estás demasiado bueno para coger conmigo, pero tengo que darte malas noticias: no estás tan bueno como crees. —Los ojos se le habían puesto redondos de nuevo y parecía asustada—. Estás a mi mismo nivel. Tal vez te haya llevado un tiempo llegar hasta aquí, pero ahora, puedes estar seguro de que has llegado. —Se apoyó en los codos.

—¿Cómo te hiciste esa marca que tienes en el cuello?

—Me la hizo él —dijo orgullosamente la mujer—. No es una *marca*. ¿No sabes lo que es un mordisco cariñoso, Robert? ¿Crees que me ha pegado alguien?

—No pensaba en eso —dijo él.

—Espero que no. —Ella se acarició la marca, como si creyera que se la podía notar.

El ventilador había empezado a girar. Él cogió la silla y la acercó a la cama. Se sentó con los codos en las rodillas y hundió la cara entre las manos. La mujer le sonrió y él se dio cuenta de que ella lo sabía todo.

—¿Vas a seguir mucho tiempo enfadada conmigo? —preguntó tranquilamente.

—No estoy enfadada —dijo ella—. No eres nadie.

—Tienes razón. —Escuchó cómo su propia respiración se le escapaba entre los dedos.

—No me ocultas *nada*, ¿verdad, Robert?

—No —dijo él.

La sonrisa de la mujer se dulcificó, y debajo de la barbilla le apareció una pequeña papada.

—¿Por qué estás aquí conmigo? Soy una mujer casada —dijo—. ¿Estás casado tú?

—Eso creo.

—¿No tienes el menor sentido de la decencia?

—Creo que no.

—Esto es adulterio, muchacho —dijo ella, sonriendo con audacia—. ¿Quién va a pagar la cuenta?

—El último que se despierte, supongo.

La mujer se acercó a él, dejando que sus piernas se separaran un poco.

—Me vas a dejar tiesa, ¿verdad, Robert? —Dejó que sus pantorrillas se frotaran contra las rodillas de él, y los pantalones se le subieron hasta los tobillos.

—Como-se-llame, vendrá por ti —dijo él.

—Seguro que lo hará. Y será mejor que no te encuentre aquí, o lo pasarás mal.

La mujer seguía riéndose, y él sintió el impulso de correr a la puerta y no detenerse hasta llegar a la frontera de Texas.

—No encontrará a nadie más que a ti —dijo.

Ella se alzó sobre los codos y se montó encima de él, con el pantalón subido hasta las rodillas y los ojos muy abiertos. Él le pasó las manos por las pantorrillas y luego las deslizó dentro de la tela, y notó los tendones de sus muslos. La mujer se tumbó sobre la colcha, respirando regularmente y dejando que la cabeza se moviera de un lado a otro.

—No me encontrará —dijo él. Tenía la garganta seca.

Ella soltó un gemido profundo y volvió la cara para mirar los soportes metálicos sobre los pies de la cama.

Él le desabrochó el pantalón y se lo quitó lentamente. Tenía la piel azulada. Soltaba el aire por entre los dientes, como si le hicieran daño aquellos prolegómenos. Él dejó el pantalón en el respaldo de la silla y sus manos subieron a lo largo de las piernas de la mujer. Ésta arqueó la nuca y hundió los codos en el colchón.

—¿Robert? —dijo, con los brazos separados y los puños cerrados.

—¿Qué?

—¿Te parece que tengo treinta años? Me refiero a cuando me miras.

El linóleo se deslizó. Él trató de subirse a la cama y prestar atención a lo que la mujer estaba diciendo, todo a un tiempo.

—No, cariño —respondió suavemente. Ella entonces levantó las piernas y facilitó el camino a su mano, con la cara vuelta hacia la colcha, y sonrió—. Desde donde yo estoy, parece que tengas menos de veinte.

—Ya no estoy enfadada contigo —susurró ella, con una voz que se perdía en el

interior de su garganta.

—Eres muy cariñosa —dijo él—. Ahora eres muy cariñosa, de verdad.

7

A las siete una luz grisácea se alzaba por el este. Los mapaches estaban pegados a la tela metálica mirando el sol que ascendía lentamente. Leo, tumbado e inmóvil, tenía los ojos clavados en la liebre, que se había adormilado con el frescor del amanecer, mientras la brisa acariciaba levemente su piel y dejaba ver una suave pelusa blanca.

Él yacía tumbado junto a la mujer, sintiendo la brisa que circulaba por la habitación, agitaba las cortinas y le ponía la piel de gallina. La puerta de la calle se cerró de golpe y oyó que la chica se movía por el descampado, arrullando a los mapaches. La mujer se estremeció y él la miró esperando que abriera los ojos, pero ella se mantuvo inmóvil, respirando como si apenas estuviese viva. Notaba el olor a salvia en la brisa, un débil aroma ardiente que irritó su nariz, y oyó las garras de los mapaches que descendían por la tela metálica hasta la chica.

—Haces que el mundo me resulte agradable —le había dicho la mujer, y él no consiguió imaginar por qué, y se quedó con la barbilla apoyada en la almohada, escuchando.

—¿Y no te pasa eso todo el tiempo?

—No —dijo ella, pegando los labios a su oído—. Y me molesta que la gente no lo pase bien.

—¿Y él no hace que te sientas bien?

—Larry sí, a veces.

—¿Por qué te quisiste acostar conmigo?

La mujer volvió a su lado y cruzó los brazos bajo el mentón.

—No me fío de él —dijo, como si fuera algo que siempre había sabido, pero que acababa de descubrir.

—Vas a buscarlo todos los días —observó él—. ¿En qué no confías?

—Si no *fuera* a buscarlo, se liaría con una puta del bar, como está haciendo en este mismo momento.

—Pues vete *allí* —dijo él.

—Hay un montón de bares de alterne entre Ragland y Variadero, ¿entiendes? —dijo ella.

Él se frotó la barbilla contra la almohada y trató de pensar en algo.

—Parece como si no supiera lo que se pierde.

—Eres un encanto —dijo la mujer, y le dio un beso en el hombro—. Lo quiero. Pero no puedo confiar en que no me deje.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tengo que engañarlo para que no tenga oportunidad de librarse de mí, como cuando estaba en Salt Lake.

—Eso no tiene sentido —dijo él.

La mujer sonrió.

—Si lo engaño un *poco* y él se entera de lo que soy capaz, la cosa se equilibra, ¿entiendes? —dijo—. No debe considerar que es más que yo, porque probablemente se dé cuenta de que yo ya soy más que él. Resulta peligroso que uno note que puede engañar al otro siempre que quiera sin tener que pagar por ello. Todo empieza a romperse. Hay que mantener el equilibrio. —Le pasó los dedos por el vello del vientre—. Me gustas mucho —dijo con una extraña voz aguda.

—Espera un momento —dijo él, e imaginó a Larry poniendo ladrillos en Variadero mientras el sol caía, y preguntándose dónde estaría su mujer y si iba a aparecer o no, o si se habría parado en la carretera en algún bar de mala muerte y no vendría hasta mañana—. ¿Sabe él a qué juegas tú?

—No hablemos más —le pidió ella, cogiéndosela con el puño cerrado y abriendo mucho los ojos—. Me apetece hacerlo ahora mismo, ¿entiendes?

—Espera un momento —dijo él.

—No espero —dijo ella—. No espero.

Cuando la mujer se durmió, él se quedó tumbado mirando en el techo el dorado oropel de la goteras. Comprendió que cuando llovía, llovía hasta que las tablas se empapaban y el agua caía por las paredes y dejaba la casa flotando como un arca. Se adormeció y se sintió sometido a un tremendo cataclismo, como si el cielo se hundiera sobre las jaulas, ahogando a los animales, llenando la caja de la camioneta y haciéndolo flotar a él dentro de la casa hasta que tenía que agarrarse a las patas de la cama para salvarse de la inundación. La luz se filtraba dentro de la habitación por los cristales formando rectángulos móviles en la pared. Se incorporó sobresaltado, oyó el ruido de una camioneta y dos portazos y voces que venían desde abajo. Se dirigió al porche de madera y se detuvo donde su madre estaba observando muy enfadada a los dos hombres que hablaban, uno a continuación del otro, en voz baja, tratando de evitar la mirada de su madre y librarse de toda aquella historia y largarse enseguida. Las siluetas de los hombres se destacaban delante de los faros de la camioneta que iluminaban las telas de araña, y durante un momento su madre los miró mientras hablaban, observándolos atentamente, pasando la vista de uno al otro, manteniéndolos inmóviles hasta que hablaron tan rápido que las palabras se convirtieron en una jerigonza incomprensible. Y al cabo de un rato se limitó a mirar la luz de los faros y los hombres terminaron y se fueron. Según contaba la mujer, su padre se había ido a las colinas a primera hora de la tarde para asistir a un servicio religioso y había llevado a la mujer con él en la camioneta. A los tres cuartos del

trayecto, en la larga pendiente llena de raíces y badenes que serpenteaba Bostons arriba hasta la cima del monte Skylight, donde se suponía que tenía montada la tienda encima de un montículo, la vieja camioneta se había averiado mientras atravesaban un torrente, una estrecha corriente de agua de primavera que corría montaña abajo hacia el río Illinois. La mujer dijo que se apeó y se metió entre la maleza, mientras su padre se quedaba y manipulaba los cables del salpicadero, tratando de que la camioneta arrancara antes de la caída de la noche. Cuando la mujer volvió a salir de la maleza, se había puesto a llover, «una lluvia inimaginable» dijo ella, que golpeaba los costados de la camioneta como una maroma, y el agua llegaba ya hasta el borde de las puertas y se arremolinaba de tal modo alrededor de la camioneta que ni un hombre fuerte habría sido capaz de atravesar la corriente sin caer. Y ella dijo que podía verlo, doblado sobre el salpicadero, examinando cables y fusibles, ignorando, supuso, que el torrente había crecido y que no podría salir de allí. Ella misma, una mujer maciza de mirada socarrona, nacida en Tonitown, dijo que nunca había imaginado que la cosa fuese a terminar así, y subió y se agachó debajo de un ciruelo a esperar a que parase la lluvia y el nivel del torrente bajara para poder ir a la iglesia, que resultaba accesible por otra carretera. Y mientras estaba allí, el agua se puso oscura y cremosa, y subió todavía más, arrastrando ramas de pino, y calada hasta los huesos vio que las ramas golpeaban contra la camioneta y el agua subía hasta las cerraduras de las puertas. Dijo que creía que Mr. Hewes se dio cuenta de que las cosas no iban bien, porque bajó la ventanilla y le dijo algo que ella no consiguió oír, y trató de abrir la puerta, pero el agua hacía mucha presión y el otro lado se hundió antes de que ella se diese cuenta. Y dijo que Mr. Hewes subió la ventanilla y miró hacia afuera, riéndose y haciendo muecas y señas divertidas con las manos, señas que ella no entendió mejor que las palabras que antes le había dicho. Dijo que durante bastante tiempo, puede que unos diez minutos, los dos siguieron sentados mirándose, ella en la orilla, debajo del ciruelo, empapada, y él encerrado dentro de la cabina, con el agua bramando a su alrededor, y sonriendo y haciéndole señas, perfectamente seco. Hasta que de repente, dijo ella, el agua pareció que se tragaba la camioneta sin que ni una ola ni una rama chocase contra ella, sin el menor signo de que fuera a producirse el desastre, y súbitamente volcó y el agua la arrastró lejos de su vista, en la oscuridad.

El propio Robard sintió la angustia de aquel largo instante, y sin respiración se creyó suspendido entre el momento en que el agua arrastraba la camioneta y el momento en que quedaría inconsciente al chocar contra una superficie dura, y conseguía subirse al techo de su propia camioneta, de modo que notaba que lo único que le quedaba era esperar el impacto y la larga somnolencia que terminaba en la muerte.

Detrás de la casa las nubes se habían amontonado entre el cielo y la tierra. El sol había desaparecido, dejando el firmamento turbio y rosáceo. Por el este había oscurecido hacía tiempo. Él permaneció tendido en la luz hermosa. Hacía fresco en la habitación, y oía a la chica fuera incordiando a los mapaches y obligándoles a subir a los barrotes de la jaula. Se levantó en silencio, se vistió en un rincón y se dirigió a la puerta con los zapatos en la mano. En el suelo, al otro lado, la chica había dejado una manta, y el hombre la recogió y volvió a entrar y tapó a la mujer con ella, sin que se despertase. Bajó los escalones hasta la tienda, donde la nevera difundía una luz tenue y el compresor zumbaba en la oscuridad. Cogió una barra de caramelo de un bote de plástico y una soda del refrigerador y salió al descampado donde el aire estaba en calma y olía a salvia.

La chica alzó la vista cuando oyó que se cerraba la puerta, y volvió a jugar con los mapaches cuando vio que era él.

—¿Ha cogido una Butterfinger? —preguntó sin mirarlo.

—Y una Grapette —precisó él, quitándose la barra de caramelo de la boca y echando una ojeada a las jaulas.

—Diecisiete centavos —dijo la chica. Tenía el pelo lleno de finas hebras de oro mezcladas con algunas casi blancas—. Les he dejado una manta —agregó, sin levantar la vista—. Hará frío. Llamé a la puerta pero no contestó nadie.

—Debimos de quedarnos dormidos —dijo él, interesándose por lo que veía en la jaula del lince, pero resistiéndose a acercarse.

Los mapaches mordisquearon y chuparon los dedos de la chica cuando se terminó el apio. El gallo estaba subido a la rama y examinaba a los mapaches con curiosidad, como si no comprendiera nada de lo que hacían.

—¿Qué ha sido de tu liebre? —preguntó el hombre, guardándose en el bolsillo el papel de la barra de caramelo.

—¿Qué pasa con mi liebre? —dijo la chica.

El hombre siguió la hilera de jaulas con la mirada.

—¿Ya le ha llegado su hora?

La chica soltó una risita y sacó una bolsa de cacahuets del bolsillo de la camisa y se puso a dárselos a los mapaches.

—Su hora ya pasó hace tiempo —dijo.

El hombre miró rápidamente a la chica, advirtiendo que se burlaba de él.

—Creía que me habías dicho que no tenía hambre antes de la puesta de sol —dijo, y se dirigió hacia la jaula de Leo.

—No puedo decirle a Leo cuándo debe tener hambre o no.

—Pues yo no he oído nada —dijo él, alzando la vista a la ventana donde las cortinas de tela estampada ondulaban suavemente hacia afuera.

—Leo nunca hace ruido. A veces la liebre pía un poco, como si fuese un pájaro, pero normalmente se rinde y no dice nada.

Leo estaba tumbado contra el fondo de la tela metálica; había despedazado un

trozo de la parte trasera de la liebre y empezaba a comérsela con gran cuidado. Él examinó el suelo, pero en el polvo no había rastro de lucha, como si la liebre hubiera renunciado a resistirse cuando Leo decidió que había llegado el momento. Se veían dos marcas paralelas allí donde Leo había arrastrado a la presa hasta su propio territorio, y a él se le ocurrió que la liebre podría haber muerto simplemente de miedo. Después de pasar el día entero al sol mirando los ojos de Leo, probablemente los minutos finales habían sido demasiado para ella, y cuando vio que el lince se levantaba, se quedó seca. La larga espera había podido con ella. Leo comenzó a estirar de un tendón que tenía sujeto con las patas delanteras; estiró hasta que lo partió.

Sintió una terrible angustia y miró a la chica, que lo estaba observando, agachada sobre el polvo. Consideró que era necesario que alguien se sentara a su lado, hablara con ella y le dijera que no obraba bien y le diera una idea de cómo debían ser las cosas. Pero no era asunto suyo y no ganaría nada haciendo una cosa así. Si la chica quería darles de comer liebres a los lince, entonces nada en el mundo lo podría evitar, pues le habían enseñado a hacer lo que hacía. Y nada cambiaría eso.

—¿Qué hora es? —preguntó.

La chica miró su reloj de pulsera y dijo:

—Las siete cuarenta. A las ocho ya anochece.

Él vio que el cielo era de un gris acero hasta el horizonte. La sombra de un murciélago aleteó en el aire y desapareció.

—Lonnie no volverá hasta muy tarde —dijo la chica.

—¿Me harías un favor? —preguntó él, y se pasó los dedos por el pelo.

—Depende —le advirtió la chica.

—Dile a esa señora —y miró hacia la ventana, detrás de la cual todo estaba en sombra—, que me he tenido que ir.

La chica se puso de pie, se sacudió el polvo de los tejanos y metió el paquete de cacahuets en el bolsillo de la camisa.

—¿Y quién me va a pagar? —quiso saber. Él abrió su cartera y sacó un billete—. Son tres dólares y diecisiete centavos. —Y miró la botella vacía de Grapette que todavía tenía en la mano.

—Quédate con el cambio, por el favor —dijo él.

—No estará enferma, ¿verdad?

—Dile que he dicho que me tenía que ir. No le importará.

—No le va a gustar —dijo la chica, con seguridad, balanceándose sobre los talones.

—No le importará —repitió él.

—Lo que *usted* diga —dijo la chica, y lo miró—. No le mentaré.

—Lo sé —dijo él, avanzando hacia la camioneta.

Ella lo siguió fríamente con la vista.

Contempló las últimas hebras doradas del pelo de la chica. Lanzó una ojeada a la

ventana y vio que las cortinas se hinchaban con la brisa, y puso en marcha el motor. Dejó la botella vacía en la lata de aceite que había junto a los surtidores, mientras la chica lo observaba todo el tiempo y después se dirigía a la casa, con la cola de caballo balanceándose entre los hombros para desaparecer dentro de la tienda y cerrar la puerta de golpe. La oyó subir la escalera interior. Avanzó muy despacio sin dejar de mirar hacia la puerta, como si esperara que la mujer y la chica apareciesen igual que mastines. Pero no salió nadie, y dejó que la camioneta llegara a la carretera. Seguía mirando la casa por el retrovisor según se alejaba, y le alegró pensar que cuando la mujer despertara se sentiría satisfecha con el mundo, y con ella misma, y con Larry, y puede que con él.

A las ocho y cuarto ya era de noche. Pasó por Tucumcari, una franja de tiendas y construcciones de estuco gris con luces congeladas en la oscuridad. Miró el interior de los bares buscando a alguien que pudiera ser el hermano de la chica, algún muchacho apoyado contra una pared esperando a encontrarse mejor. Buscaba una camioneta que estuviera aparcada en los espacios con grava, pero no había nada que se correspondiera con lo que imaginaba: un chico con una botella cogida por el cuello mirando el cielo como si no consiguiera resolver un enigma que lo angustiaba. Se detuvo a la salida del pueblo, cenó comida mexicana y un flan y condujo durante cincuenta kilómetros hasta Glenrio y desde allí siguió los indicadores llegando a Texas antes de la medianoche.

9

Durante la noche condujo por la llanura de Texas hasta Oklahoma. Después de las dos de la madrugada tuvo calambres en las piernas y los ojos comenzaron a picarle. Distinguió figuras en la cinta de carretera que iluminaban los faros, que se desvanecían cuando la camioneta las alcanzaba. A las dos y media metió la camioneta en un sembrado, durmió una hora encima de una mesa de madera y al despertar se frotó los ojos y entró en Arkansas.

La carta que tenía en el zapato decía:

Robard. Tengo una bolsita de plástico y sé cómo voy a usarla cuando te vea en carne y hueso. No puedo esperar para siempre.

Tienes que venir por ella. Te espero. Beuna.

En el papel, debajo de la firma, había una señal donde Beuna había puesto algo mojado. Luego lo había dejado secar antes de doblarlo y meterlo en el sobre, de modo que el papel estaba arrugado y con una mancha amarillenta, aunque no se había pegado. Alrededor de esa mancha, Beuna había trazado un círculo con tinta y una flecha que señalaba la frase «Te espero». Aquello hizo que sintiera calor por dentro. Aunque era bastante cierto que una vez que ese calor desapareciera nada resultaría

seguro. Lo más que podía recordar de Helena era una plantación de algodón del delta. Había vivido allí hacia 1959, trabajando en la Missouri Pacific, en Memphis, y viviendo de prestado, para ahorrar el alquiler, dos días por semana en casa de una prima de su madre, y cogiéndose a Beuna en el granero esas dos noches, y luego pasando el día por ahí esperando a que oscureciera. Todo lo cual suponía que eran como unos quince días los que había pasado en Helena, Arkansas. Pensar en ello le ponía nervioso, pues quince días era demasiado poco tiempo para esperar que una persona volviese después de doce años y retomara la aventura allí donde había quedado, entre toda aquella gente, y además consiguiera que funcionase del modo en que quería, sin el menor desliz ni la más mínima irregularidad. Y se imaginó que lo único que podía hacer cuando llegara el momento era actuar rápidamente y mostrarse lo bastante astuto para largarse antes de que empezase el tiroteo.

Había arreglado unas cuantas cosas antes de abandonar Bishop. De pie delante de la puerta, se había convencido de que tenía que actuar hábilmente, no confiar en nadie, pues no tenía nadie en quien confiar y no existía ninguna razón para creer que el sitio o cualquiera de sus habitantes hubieran mejorado o se hubiesen vuelto más comprensivos que cuando él había tratado de comportarse honestamente trabajando para el viejo Rudolph, y terminó por sentirse descorazonado por la mezquindad que infestaba la zona y a todos sus habitantes como un aire que no se podía respirar, pero sin el cual era imposible vivir. Se lo había dicho a sí mismo una y otra vez, allí, de pie delante de la puerta, esperando la noche, y cuando se marchó de Bishop ya se lo sabía de memoria.

Lo que ocurría era que detrás de esos planes que abrigaba, permanecía aquella convicción de que el lugar lo compensaría lo bastante como para hacer lo que había ido a hacer, lo recompensaría, en cierto sentido, por haber nacido allí y por haber intentado, y de todo corazón, quedarse allí cuando estaba claro que a nadie le gustaba que se quedase. Y desde el momento en que se dio cuenta de que conservaba esa confianza, y ello a pesar de todo lo que se había obligado a sí mismo a creer, estuvo absolutamente seguro de haber cometido un error, y de que lo único que podía hacer en adelante era dar la vuelta y regresar al sitio del que venía sin pensar en nada más. Pero entonces ya era demasiado tarde para eso, y no iba a retroceder, no después de haber llegado tan cerca. Por lo tanto, era preciso que mereciese la pena.

Desayunó en Little Rock y volvió al aire frío de fuera para llamar por teléfono. Se quitó el zapato, sacó la carta, y la estiró sobre la repisa de la cabina telefónica donde pudiera tenerla a la vista. Llamó a Helena y escribió el número justo debajo de donde decía «Te espero», y marcó. El teléfono estuvo sonando mucho tiempo. El tráfico

matinal era lento. Se fijó en dos policías que salían del café y se ponían a mirar la camioneta, hablando como si la quisieran comprar, después se reían de algo y su coche dejaba el aparcamiento.

Contestó una voz situada a bastantes centímetros del teléfono.

—¿Sí...? —dijo la voz.

—¿Beuna? —Consiguió a duras penas que su voz resultara audible.

—¿Qué te crees? —dijo ella. Oyó que el auricular chocaba contra algo duro como si ella tratara de impedir a telefonazos que se oyeran más palabras—. ¿Quién es? —preguntó, y su voz se hizo débil, luego recuperó la fuerza—. W. W. será mejor que olvides tus estúpidas bromas.

—Soy yo —dijo él, notando que las palabras se le atragantaban.

—Voy a colgar —le advirtió ella. Oyó que iba a dejar el auricular—. Hablaré con el sheriff.

—Soy Robard —susurró él. Y todo pareció deslizarse hacia atrás, como si el paisaje del mundo se hubiera movido hacia el fondo, dejándolo en el calamitoso centro, solo y sin defensa. Un sudor frío le humedeció las palmas de las manos y se le erizaron los pelos de los brazos.

—¿Quién?

—Robard.

—¡Oh, mierda! —exclamó ella, como si en donde se encontraba hubiera ocurrido algo desagradable.

—¿Beuna?

—¿Dónde estás? ¡Dios mío!

—En Little Rock —dijo él, cambiando de mano el auricular y secándose la cara.

—Iré a reunirme contigo —dijo ella, sin respiración.

—No, iré yo. Tú no te muevas de ahí.

—Robard, me he portado tan mal —dijo ella, sollozando—. Al oírte he sentido como un estremecimiento.

—No te muevas —repitió él. Las manos le empezaron a temblar.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Me voy a correr por teléfono.

—Ahora no —dijo él.

—¡Me voy a correr, lo voy a hacer!

—No lo hagas, no hagas eso, maldita sea.

—No lo puedo evitar, y sólo por oírte.

—¡No! —chilló Robard al auricular.

—¿Robard?

—¿Qué?

—¿Podemos vernos en alguna parte? Eso no está tan lejos.

—Ya veremos —dijo él. Su mente se sumió en la oscuridad, como si lo dominara

una excitación que debía controlar pero que no sabía cómo.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Tengo la bolsita.

—Ya me acuerdo. —Recordaba lo de la bolsita, sin saber exactamente qué podía pasar con ella.

—Vamos a tener que ir a Memphis para hacerlo. En el hotel Peabody hay habitaciones con duchas de ocho chorros que te dan masaje por todas partes a la vez.

—Muy bien —dijo él, atragantándose.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Quiero hacerlo contigo en ese sitio.

—Lo haremos —dijo él, preguntándose qué querría hacer—. Te volveré a llamar.

—W. W. no estará aquí en todo el día. Está trabajando en la fábrica de carabinas de aire comprimido y jugando al béisbol en Forrest City. No volverá hasta muy tarde.

—Muy bien —dijo él, y los pensamientos se le agolparon—. Pero no podré llegar hoy.

—¿Estás con una chica?

—No —respondió él, apretando la cabeza contra el cristal y haciendo fuerza hasta que la cabina se puso a crujir porque todo su peso se concentraba únicamente en un punto del cristal.

—Entonces, ¿por qué no puedes?

—Oye, te llamaré —dijo él.

—No me hagas perder la cabeza.

—Tengo que irme.

—¿Me quieres?

—Ahora no puedo hablar de eso.

—Dijiste «de acuerdo», la última vez. Lo recuerdo.

—¿Qué otra cosa querías que dijese?

—No lo sé —confesó ella, en voz baja—. Dime «de acuerdo» otra vez, y con eso bastará.

—De acuerdo. —La línea quedó un momento en silencio—. Piensa en ello, y en las duchas ésas.

—¡Dios santo! —gimió ella—. Vas a conseguir que me corra.

—Nos veremos pronto —dijo él, con ganas de cortar la comunicación.

—¿Robard?

—Vaya...

—¿Te pasa algo?

—Nada —murmuró él. Plegó la carta con una mano y se la metió en el bolsillo de la camisa encima del envoltorio de Butterfinger.

—Creía que pasaba algo —dijo ella.

—Todo va maravillosamente.

—Eso es —dijo ella—. ¿Crees que todo va maravillosamente?

—Sí, cariño, lo creo.

—Yo también —dijo ella, dulcemente—. Ahora que estás aquí, todo va maravillosamente. Ha sido todo tan espantoso...

—Tengo prisa —la interrumpió él, incapaz de recobrar el aliento.

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella, y colgó.

11

Se detuvo en Hazen a comprar cigarrillos y se dirigió andando hacia donde vivía el viejo. A unos ochenta kilómetros de Little Rock, Hazen se alzaba en medio de arrozales, a lo largo de Rock Island; un silo para trigo junto a las vías del tren, unas cuantas jaulas y gallineros para los cazadores de patos, y varias casas y caravanas entre los robles y arrayanes, eso era todo, si se exceptúa un huerto de pacanas convertido en arrozal que se prolongaba en campos marrones que ondulaban hasta el pueblo siguiente, situado a treinta kilómetros por lo menos.

Había llegado a Helena once años atrás, y enseguida había empezado a trabajar para Rudolph, cuidando de los estanques en verano y en invierno sentado dentro de la cabaña que el viejo había hecho construir para que los cazadores no pasaran frío. Los problemas de Rudolph se habían terminado y lo único que le quedaba por hacer era pasarse las noches allí sentado lamentándose.

Cruzó las vías de Rock Island y bajó hacia la derecha, a través de los hierbajos, y por el sendero de grava hasta donde distinguía la casa de madera blanca con las habitaciones del viejo en la esquina, a oscuras, bajo el alero sur. Recordaba al viejo hundido sobre su desfondado colchón, con su ropa interior atrayendo la pálida luz del cuarto, tosiendo y resoplando con los ojos clavados en el suelo vacío, tratando de pensar en algo que decir a modo de importantes instrucciones, antes de mandarlo a la cabaña de la bomba a cuidar de las compuertas. Oía a la dueña de la casa en el piso de abajo haciendo sonar las pequeñas sartenes que usaba para prepararle los huevos al viejo, mientras éste, con la barriga descansando en los muslos, dormía intermitentemente, esperando que le viniera a la cabeza una palabra que pudiera tener sentido para alguien. Finalmente murmuraba algo que le brotaba de la cavidad del pecho: una compuerta que cerrar, un canal de desagüe que había que tener abierto durante una hora, una zanja que era necesario inspeccionar porque había fugas, lo que fuera, siempre que contribuyese a que el agua circulara de un sitio a otro. El viejo a veces se detenía, resoplaba y lanzaba una ojeada a la oscuridad, y después bajaba la escalera, cruzaba la caliente cocina y salía a los fríos campos.

Cuando vino a Helena por primera vez, lo recordaba, había un hombre que se

llamaba Buck Bennett que trabajaba para el viejo Rudolph. Éste lo había contratado para que echase a los pescadores del pueblo de sus reservas de pesca, patrullara por los caminos y vigilara la propiedad. Bueno, eso cuando no estaba demasiado borracho para encontrar la insignia de vigilante por la que le pagaba el viejo, o demasiado borracho para mantener su viejo jeep fuera de las zanjas, donde el viejo le había prometido que se quedaría ya que no podía dejar que el camión de auxilio entrara en la propiedad para sacarlo de ellas, aunque, dijo, Buck podía venir y mirar su jeep siempre que quisiera si tenía dudas acerca de que aún estaba allí.

Buck llegaba al caer la tarde, bebía bourbon, se sentaba en la única y desvencijada silla que había en la cabaña de la bomba, y le hablaba del viejo.

Buck decía que el viejo había bajado desde Republican City, Nebraska, en 1941, le había vendido la mitad de la granja de cerdos heredada de su padre a su hermano Wolfgang, y se había trasladado en tren con dos grandes baúles a Little Rock. Apenas llegar alquiló un cuarto en un hotel para viajeros al pie del puente de Main Street, y compró un Buick cupé con el que recorrió toda la región entre Little Rock y Memphis con intención de encontrar un terreno barato. Al poco tiempo adquirió trescientas cincuenta hectáreas de marisma treinta kilómetros más allá de Hazen, tierras que ningún granjero habría pensado en comprar, y mucho menos en cultivar, pues el río La Fourche, que las atravesaba de parte a parte, las inundaba todas las primaveras dejando una sólida capa de cieno y agua estancada que cubría todo el terreno, por lo que hasta los que cultivaban arroz habían renunciado a explotarlo y sólo servía para la caza de patos. Decía que Rudolph, con treinta y pico años y fuerte como un toro, había tomado posesión de esas tierras y arrancado prácticamente con los dientes cada árbol y construido un laberinto de zanjas y diques y compuertas de hierro para drenar el agua de las depresiones y canalizarla hasta un viejo estanque que él mismo había cavado con tres excavadoras de la primera guerra mundial. En un año había convertido ese pantano en una granja, levantando una casa de madera de dos pisos y un molino metálico, y había traído a un austríaco y a su familia de Republican City para que se ocuparan de la granja, mientras él dejaba el hotel para viajeros instalándose en el R. E. Lee, de la calle Markham, y enamorándose de su dueña, quien también lo era de seis establecimientos similares entre Memphis y Shreveport, ya que su marido se había ahogado en el lago Nimrod dejándole todo aquello.

Buck decía que no pasó mucho tiempo antes de que Rudolph le hubiera contagiado sus sentimientos a la dama en cuestión, una mujer menuda, nerviosa y pelirroja llamada Edwina, y que se habían casado en el vestíbulo del hotel por todo lo alto, y que Rudolph se instaló inmediatamente en la suite de su mujer, que estaba en el undécimo piso, y se puso a pedir cestas de fruta y cajas de bourbon, y a poner en movimiento a los botones que subían y bajaban el ascensor para traerle una u otra cosa, hasta que Edwina le tuvo que decir que el hotel era para otra cosa, y no para satisfacer sus caprichos.

Cuando la granja empezó a proporcionarle más dinero del que podía contar

(aunque no más del que podía ahorrar), Rudolph se dedicó a llevar a los amigos de Edwina a cazar patos en el gran estanque o en los bosques donde en invierno dejaba que el agua se estancara. Pero, contaba Buck, cada vez que hacía eso, se las arreglaba para enfadarse mucho con todos sus invitados porque conducían demasiado deprisa por los caminos de grava que él mismo había construido, o porque mataban a las hembras jóvenes en lugar de a los adultos de cabeza verde, o debido a cualquier otra infracción de las reglas que iba dictando según se le iban ocurriendo, y finalmente echó de su propiedad a todos los amigos de su mujer que no hacían las cosas del modo en que él quería que se hicieran, aunque Buck decía que resultaba difícil entender cómo debían ser éstas. Empezó a llevar un viejo rifle del calibre 12 a su lado, en el asiento del coche, como argumento contundente que podría utilizar contra cualquiera que no estuviese de acuerdo con él o contra todo el que quisiera que se fuese de sus tierras. Y durante todo ese tiempo vivía en Little Rock como un califa y salía pocas veces de la suite y bebía Evan Williams y comía fruta y daba órdenes a la gente, incluida Edwina, y hacía que todos los que lo trataban desearan no haberlo conocido.

Buck decía que no pasó mucho tiempo antes de que Edwina se divorciara de él y se casara con un italiano que se llamaba Tarquini, quien era quince años menor que ella y siempre iba muy bien vestido, y al que Rudolph había llevado un par de veces a su granja antes de enterarse de lo que pasaba los días en que él se quedaba solo en ella y dejaba a Edwina en la ciudad. Buck contaba que Tarquini sólo era un decorador de Chicago al que Edwina había contratado para redecorar en plan lujo sus hoteles, pero con el que no pudo resistirse a meterse en la cama, pues ella y Rudolph no se llevaban maravillosamente bien.

Según los términos del acuerdo al que llegaron, Rudolph obligó a Edwina a que le donara una habitación del R. E. Lee, de por vida, y una comida diaria, y cuando todo hubo terminado volvió a Hazen, desde donde podía ir a la granja siempre que le apeteciera, conducir su viejo coche por los caminos y junto a las zanjas, echar de sus tierras a todo el que no le gustara y pasarse el tiempo pensando en lo que le había pasado.

Buck decía que le parecía que el viejo probablemente utilizaba la granja para vengarse de Edwina al no invitar a ninguno de los conocidos de ésta a cazar con él, y le pagaba a él, Buck, para que durante el invierno se ocupara de los cazadores, a los que cobraba mil dólares por la temporada, haciendo que Edwina se enterara de ello, pues se lo mencionaba a los camareros del comedor cuando iba a la ciudad a tomar su comida gratis y a quedarse en su habitación gratuita.

Decía que el viejo bajaba hasta la cabaña al caer la tarde con una botella de Williams y un antiguo vaso del hotel R. E. Lee, y le servía un trago a Buck, miraba cómo se lo bebía, y luego se sentaba y lloraba como un niño. Buck decía que tenía que seguir bebiendo hasta que la cosa terminaba, pues no podía soportar el oír llorar al viejo mientras le relataba la historia una y otra vez. Por fin, contaba, le decía

Rudolph que se trataba de un malentendido, y luego se dormía. El viejo se quedaba allí sentado, decía, mirando los arrozales por la puerta abierta, incapaz de dormir porque tenía un problema que no conseguía resolver. Y Buck decía que él nunca habría bebido tanto como bebía de no haber sido por todas aquellas noches.

Se dirigió a uno de los lados de la casa y llamó a la puerta, con la intención de preguntar qué había sido del viejo y luego seguir. La vieja salió a la puerta y le sonrió como si lo reconociese, y dijo que Rudolph todavía seguía en sus habitaciones.

Pensó que debería dejarlo y marcharse de allí. Sonrió a la mujer, ésta le flanqueó el paso, y se encontró dentro antes de darse cuenta, mientras ella le señalaba la escalera del fondo del estrecho pasillo. Subió. Tuvo la impresión de que estaba cometiendo un error haciendo como si quisiera ver al viejo cuando en absoluto lo quería ver, y se sintió decepcionado al enterarse de que aún seguía vivo, cuando ya debería estar muerto. La puerta en lo alto de la escalera estaba cerrada, y por una rendija se filtraba una delgada línea de luz. Oyó a la mujer leer el periódico en voz alta en la cocina y el rechinar de la silla donde estaba sentada.

Llamó a la puerta y el viejo dijo que entrase. Estaba de pie en medio de la habitación, debajo de una bombilla, con un pantalón de popelín y sin camisa, mirando con ojos enfurecidos como si estuviera listo para echarse encima de él. Tenía el torso musculoso medio inclinado hacia un lado, y blancos y erizados mechones de pelo por encima de las orejas. Lamentó haber entrado.

El cuarto olía a agrio. El viejo lo miraba con atención, como si creyese reconocerlo, igual que le había pasado a la anciana de abajo, pero no estuviera seguro.

—Para cuestiones de trabajo —dijo de repente— debes ver a Minor. No a mí.

—No, señor —dijo él, y se apoyó en la moldura de la puerta, pensando en desaparecer.

—¿Quién eres? —preguntó Rudolph y avanzó debajo de la bombilla.

—Soy Hewes —respondió él—. Solía trabajar en el número dos.

El viejo dio un paso más hacia adelante.

—Te largaste sin decir ni adiós —le espetó el viejo, como si aquello hubiera pasado la noche anterior—. A la semana fui a ver qué demonios era de ti, y me encontré con mi casa abierta de par en par, las luces encendidas, el propano saliendo por los quemadores. —Retrocedió un paso y pareció encorvarse junto a la mesa—. ¿Qué dices a eso?

—Tuve que marcharme de repente —alegó él, fijando la vista en la única ventana cerrada que había detrás de la cabeza del viejo.

—Bueno, ¡pues la casa ya no existe!

—¿Qué pasó?

El viejo lo miraba de reojo, como si acabara de decidir que, en realidad, era otra

persona.

—¿Recuerdas a Buck Bennett?

—Sí, señor.

—Buck Bennett era un hijoputa loco. ¿Te acuerdas de eso? —El viejo sonrió amistosamente como si en aquel mismo momento pudiera ver a Buck borracho a punto de caer al suelo.

—Creo que sí —dijo él.

—Bueno, pues estaba borracho. —El viejo se agachó, se subió un calcetín blanco con gesto brusco y se rascó la nariz—. Recibió a cinco matasanos de Nueva Orleans allí abajo, se olvidó de encender el gas después de haberlo abierto. Los matasanos se emborracharon y se quedaron allí sentados esperando la hora de la cacería, y uno a uno se fueron durmiendo y no volvieron a despertar. Encontraron el cadáver de Buck en la cama con un donut en la mano. Debió de ponerse a comerlo antes de dormir, y todos los demás estaban allí sentados a la mesa con la cabeza apoyada en los brazos. Ni siquiera tenían un donut. —El viejo se pasó la mano por la cara y luego le dirigió una mirada de disgusto, como si aquello hubiese sido una gran inconveniencia.

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó él, tratando de recordar el rostro de Buck.

—En diciembre hará seis años —le informó el viejo, rápidamente—. Llevaba dos o tres días sin ver al maldito hijoputa. No vino a que le diera instrucciones. De modo que imaginé que estaría borracho, y fui a su casa y allí me encontré a los seis. El lugar apestaba. No conseguía eliminar el olor. Así que, una vez que los hubieron sacado a todos, volví con un bidón de gasolina, y prendí fuego a aquella maldita casa, y se quemó y se vino abajo. —Sonrió—. De modo que ya no hay casa. Planté soja justo donde tú vivías.

—¿Y ahora qué hace con los cazadores? —preguntó él, que seguía tratando de recordar la cara de Buck.

—Los meto en casa de Minor. Es sensato y siempre tiene un fuego encendido. No volveré a dar trabajo a borrachos. —Los pequeños ojos azules del viejo parecieron llenársele de lágrimas.

—Buck decía que nunca se habría emborrachado tanto si usted no le hubiera traído el bourbon.

—Es un jodido mentiroso —gritó el viejo, levantándose de la silla, con los ojos soltando chispas. Se agarró al respaldo y lo apretó hasta que la madera crujió—. Buck ya le pegaba al frasco la primera vez que lo vi, y fue la jodida bebida la que lo mató, porque lo dejaba atontado y ni siquiera se acordaba de encender el condenado piloto.

—Pues él se imaginaba que usted le hacía beber para que no pudiese buscar otro trabajo y de esa manera no pagarle nada. No podía hacer nada por evitarlo, Mr. Rudolph, pero lo sabía.

—Buck se fue a California..., ¿a que no lo sabías? —Observó que la cara del viejo se retorcía en una expresión de enfado tras otra—. Fue allí y aprendió a emborracharse como una cuba y cuando volvió aquí intentó hacer de eso su oficio.

—Hay personas que no tienen suerte —dijo él, observando con placer que el viejo cada vez estaba más enfadado.

—Lo que hay es personas que no saben cuándo tienen que dejar una cosa —exclamó el viejo, echando chispas—. Tienen que joderlo todo. ¿Qué andas haciendo por aquí, Hewes..., tratas de joder lo poco que queda?

—Quería verlo.

—¿Y para qué demonios? —El viejo estaba debajo de la bombilla, fulminándolo con la mirada.

—Si pudiera, para estrangularlo.

El viejo sonrió.

—Puede que el viejo Buck no supiera muchas cosas, pero sabía bastante bien cómo ir matándose poco a poco. Tú ni siquiera sabes hacer eso, Hewes. —La sonrisa de Rudolph aumentó hasta el punto de que pudo ver las manchas oscuras de sus encías.

Miró al viejo que, en el cono de luz escamosa, se burlaba de él, hasta que sintió la necesidad de irse y volver de noche y prenderle fuego a la casa y todo lo que había dentro.

Cruzó nuevamente la cocina y se dirigió de vuelta hacia la camioneta, sin detenerse. Se subió y empezó a pensar en Buck, en el momento en que decidió suicidarse, allí, despierto en la fría casucha y mirando afuera sin ver nada en absoluto, sabiendo que al cabo de una hora o de media llegarían los médicos, y que no tenía nada de que ocuparse, aparte de permanecer sentado con el viejo mientras éste miraba los campos y lloraba, hasta que él mismo se dormía y el viejo seguía allí sentado medio despierto hablando de Edwina y Tarquini y de cómo éste se la había quitado. Imaginó que fue entonces cuando a Buck se le ocurrió que ya estaba harto y que abriría el propano y se iría a dormir, y todo por una especie de cansancio, y que lo mejor que podía hacer era dormir para siempre.

Se quedó sentado en la camioneta bastante rato, oyendo los camiones que pasaban zumbando por la carretera camino de Memphis, y decidió que, aunque aquello hacía que se sintiese mal, para él no significaba nada de nada, y en absoluto afectaba su vida.

Cuando había trabajado como guardagujas en Helena, los viejos ferroviarios contaban que tiempo atrás, el río había estado donde ahora estaba la ciudad, y que la antigua ciudad se alzaba sobre la ladera de kudzus que dominaba la ciudad actual, y donde ahora estaba West Helena. Contaban que una noche el río había cambiado de curso así por las buenas, desplazándose unos diez kilómetros hacia el este y dejando una llanura de barro espeso a la que miraban nerviosos los que vivían en la ladera.

Contaban que poco a poco los de la ladera se atrevieron a bajar y empezaron a establecerse en donde había estado el río, y a construir tiendas y casas. Al cabo de un tiempo, todos habían bajado. Cambiaron el nombre de la ciudad por el de West Helena y llamaron Helena a la nueva de abajo. Los ferroviarios hablaban de esta migración como «La Gran Bajada», y juraban que los habitantes, al abandonar la ladera, habían cometido un grave error y sufrirían muchas desgracias puesto que, y esto parecía tener sentido, la ciudad actual existía porque el río quería, y creían que todo lo que perteneciera al río tendría que pagar un precio, y cuando llegara la hora de pagar, el precio iba a ser excesivo.

Cuando se lo contó a Beuna, ésta lo miró con pena y dijo:

—Mierda, Robard. Vamos a morir antes o después. Que esos condenados imbéciles imaginen el motivo. Pero yo me contento con saber que no lo hay.

Llegó a Helena a mediodía y siguió ladera abajo hacia la ciudad, bajo un cielo pálido y ardiente, y luego continuó todo derecho mientras la angustia lo dominaba. Las calles bullían de campesinos que habían venido a comer a la ciudad. Pensó que todos los que se fijaban en su camioneta, se fijaban en él, y cualquiera que se fijase en él, suponía una amenaza. Miraba las puertas y las entradas a las callejas, por si W. W. salía de repente de un bar y se ponía a contemplar los vehículos que pasaban y distinguía algo que reconocía aunque no supiera por qué, pero de lo que se acordaría si tenía otro minuto para pensar en ello.

Cuando apareció por Tulare, W. estaba triste, como si una idea maligna que se hubiera apoderado de su mente no lo fuese a dejar vivir porque la preocupación hacía más lentos sus lanzamientos. W. se había puesto a darle vueltas a la idea y fruncía el entrecejo y se comportaba como si tuviese una ciruela sujeta entre los dientes y la encía y no pudiera hablar, aunque seguía muy agitado. Él había tratado de mantenerse donde W. lo pudiera ver siempre que quisiera hacerlo, pensando que así terminaría con la inquietud que dominaba al lanzador, y de la que no se conseguía librar.

En las calientes gradas, le preguntó a Beuna si sabía en qué estaba pensando W., y ella se rió tanto que todo su cuerpo comenzó a temblar violentamente.

—¿Que en qué piensa? —dijo, con voz de desprecio—. En su cerebro no hay más que una pelota de béisbol. Y que yo sepa las pelotas de béisbol nunca sospechan nada.

A no ser, pensó él, mirando a la gente que atravesaba Main Street arriba y abajo, que W. no resultara lento en absoluto si se enteraba de lo que hacía su mujer mientras él montaba piezas de carabinas de aire comprimido. Todos aquellos años en que había cobrado unos buenos cheques, en lugar de terminar montando carabinas de aire comprimido por tres dólares ochenta a la hora y lanzando en la Industrial League de Forrest City, sin duda habían acumulado en él una gran reserva de frustración y maldad de la que no se podría librar si no cogía al que estaba acostándose con su mujer y conseguía pegarle un tiro.

La única alternativa, pues, era ser listo y mantenerse al margen. Hacía tiempo que

había decidido eso. Pero mientras esperaba que el semáforo se pusiera verde, pensaba en que todos los que pasaban por delante de la camioneta lanzaban una mirada a su matrícula y no a él, y que no tenía nada que hacer en la ciudad. Podría volver de noche, recoger a Beuna, y huir con ella a algún sitio donde no se tuviera que sobresaltar cada vez que un insecto chocaba contra la tela metálica de la puerta, ni tuviera que ponerse a recoger la ropa por miedo a que fuera W. W. que volvía por sus zapatos con tacos o a dejar la bolsa de la comida antes de ir a lanzar unas pelotas. Imaginaba que tenía que dejar su camioneta aparcada en un sitio poco visible, pegada a una pared, y no acercarse a la casa hasta que llegase el momento, pues cuanto más se acercaba, mayor riesgo corría, y cada vez que estaba con Beuna, estaba rogando que le pegaran un tiro.

Pasó el cruce, se detuvo y se volvió para inspeccionar la calle, pensando que si esperaba conseguiría ver una cara. Como no la vio, se apeó, entró en el drugstore, compró un periódico, y condujo hasta alejarse de la ciudad, con los ojos clavados en la carretera.

Tres kilómetros después del último motel se detuvo en un *drive-in* y aparcó junto a la fachada más alejada de la ciudad. El restaurante era una pequeña construcción de cemento rosa con un toldo rojo y blanco que imitaba el teclado de un piano. Una chica salió, anotó lo que quería y se alejó. De los campos llegaba una brisa que levantó polvo e hizo flamear el toldo.

Abrió el periódico y miró las ofertas de trabajo. Había un trabajo en Helena para instalar linóleo, otro, también en Helena, para trabajar en un equipo de dragado con el Cuerpo de Ingenieros, un empleo en San Bernardino, otro en Elaine para atender las tierras de alguien que, además, ofrecía dos comidas y alojamiento, y un empleo para manejar una máquina de estampación en la fábrica de carabinas de aire comprimido.

Dejó el periódico sobre el salpicadero y miró por debajo del toldo hacia los campos, al fondo de los cuales se veía la espesura verde detrás de la que estaba el río. El toldo flameaba suavemente con la brisa y el sol aparecía y desaparecía detrás de las nubes, y podía oler su sandwich que se freía en la cocina. Trató de reflexionar en lo que estaba a punto de hacer. Sin siquiera pensarlo, se había puesto a buscar trabajo, como si encontrarlo constituyera una necesidad imperiosa. Aquello lo irritó. ¿Qué iba a ser de Jackie, tumbada en su cama, pensando Dios sabe en qué? ¿Estaría haciendo planes para no verlo más, para marcharse a algún lugar donde él nunca la pudiera encontrar? Le había parecido que cuando se producía un cambio en tu vida, las decisiones se tomaban por adelantado. Uno calibraba la situación y consideraba los diversos aspectos para elegir de modo equilibrado. Así era como entendía él la vida, sin tener en cuenta lo imprevisible. Cuando se alejó de Hazen, lo hizo después de un largo periodo de reflexión. Había considerado los distintos aspectos y encontrado la solución, aunque ésta hubiera llegado en mitad de la noche y pareciera una estupidez, aunque no lo fuese. Pero se preguntaba si en realidad las decisiones no se tomaban al revés, y primero se actuaba de un modo, y luego se buscaba la razón de ese acto

basándose en el número de personas a las que se había hecho desgraciadas o felices. ¿Y si no era sólo ignorancia pensar que las decisiones se tomaban de otro modo? En ese caso, parecía que no había ninguna decisión que tomar, se hacían cosas para las que más tarde se buscaban razones, una vez que se veía cómo salían. De manera que lo único que podía hacer con Jackie, allí tumbada haciendo planes, era ver lo que pasaba y mandarle una postal.

La chica volvió con una bandeja donde llevaba una cerveza y un sandwich. Le sonrió, dejó la bandeja en el borde de la ventanilla y se secó las manos en los pantalones.

—¿Va a querer algo más? —preguntó arrancando una nota y dejándola sobre la bandeja. Tenía un poco de bozo sobre el labio, que había teñido con agua oxigenada.

—¿Hacia dónde queda esa fábrica de carabinas de aire comprimido? —dijo él, tratando de distinguir a la chica detrás de los botes de mostaza y ketchup.

Ella miró hacia el pueblo.

—Por allí —respondió, señalando con la mano hacia Memphis.

—¿Entonces en qué dirección queda Elaine? —Lamió la mayonesa que salía por el borde del pan.

—Por allí —dijo la chica, señalando la carretera que pasaba por delante del *drive-in* y desaparecía en la espesura. Se había puesto colorete y tenía unos puntos minúsculos pintados en torno a la nariz a manera de pecas—. Treinta kilómetros —dijo—. No hay nada más que una tienda, una desmotadora abandonada y el campamento de pesca de un viejo en la ladera. Solía ir allí cuando estaba casada.

—¿Ya no estás casada? —dijo él, preguntándose con quién podría haberlo estado.

La chica negó con la cabeza y pareció un poco molesta.

—Lo dejé.

—¿Y por qué?

La chica se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No me dejaba vivir a mi aire.

—¿Dices que Elaine es el sitio más alejado de esa fábrica de carabinas de aire comprimido que podría encontrar por aquí?

La chica se dio la vuelta y miró unos momentos el restaurante, luego se volvió hacia él.

—Yo diría que hay montones de sitios a los que podría ir que están más lejos de esa fábrica de carabinas de aire comprimido que Elaine, Arkansas, aunque dudo que pueda encontrar uno peor.

—Lo que necesito es un sitio tranquilo desde el que pueda ir a la fábrica siempre que necesite hacerlo.

—No creo que vaya a encontrar un sitio más tranquilo que ése —le aseguró ella.

—Muy bien —dijo él, y sonrió, y la chica tamborileó en la bandeja con las uñas y se alejó.

La carretera del río seguía los hilos telefónicos durante una docena de kilómetros entre pantanos y cultivos, luego describía una curva a través de los cipreses antes de continuar junto al curso del antiguo río, una brillante herradura bordeada en sus dos extremos por pantanos con juncos naranjas y verdes.

La sinuosa carretera terminaba por volver hacia los campos, más allá de los vagones cargados de algodón y los plateados depósitos de amoníaco de los camiones cisterna, cubiertos de escarcha bajo la luz del sol. El hombre observó el alargado dique de hierba, plano y ambarino, que partía del extremo del pantano para alcanzar las primeras aguas profundas, detrás de las cuales se extendían los terrenos oscuros e inundables que protegía el dique.

Elaine se reducía a una tienda de comestibles junto a la carretera, con los campos encharcados desparramándose a su alrededor. El depósito de algodón en ruinas estaba entre la maleza de enfrente. Detrás de sus paredes metálicas, dobladas y retorcidas, se veía maquinaria oxidada y las vigas de ciprés que sostenían lo que quedaba en pie. La tienda era un pálido rectángulo liso de ladrillos, anclado al final de un camino de tractores que se alargaba desde las tablas y por encima del dique. Un círculo donde estaba escrito «Siéntase seguro con Puro» se distinguía vagamente en la fachada norte, y del alero colgaba un cartel que decía GOODENOUGH'S.

Al otro lado del camino de tractores estaba aparcado un Oldsmobile del 57 verde claro con una nevera Servel blanca de pie dentro del maletero. Al coche lo habían retirado de la carretera, y un cartel que tenía pintado en la puerta decía LOS REPTILES DE LA NOCHE 1\$ EL CARTÓN DE FUEGOS ARTIFICIALES. Unas estrellas de un verde más oscuro rodeaban el cartel, y habían serrado los tiradores de la Servel, reemplazándolos por grandes cerrojos.

Los chicos estaban agachados en el polvo al lado de la nevera. Aparcó la camioneta junto a la tienda. Uno de los chicos dio un salto, saludó con la mano y se quedó mirándolo mientras cruzaba la calle.

—Oiga, señor —dijo el chico, frotándose las manos y sonriendo de modo que él pudo ver un espacio vacío en su boca donde había habido bastantes dientes.

Los dos chicos eran blancos y tenían la cara redonda y un pelo rubio y liso que brillaba al sol. El que estaba de pie era mayor, aunque el que permanecía sentado tenía los ojos separados y una boca muy grande, lo cual hacía que pareciese más serio. El menor todavía conservaba sus dientes, y cuando miró de reojo los enseñó todos. Habían trazado un juego de tres en raya en el polvo, y el más joven lo estaba mirando.

—Busco a un hombre que se llama P. H. Gaspereau —dijo él, mirando el camino de tractores que conducía hasta el dique.

El chico más alto sonrió, se apoyó en el costado del frigorífico y señaló con la mano.

—Vaya hasta el otro lado del dique y siga el camino, lo llevará directamente a su casa —dijo, y lanzó una mirada al juego para advertir al otro chico que no hiciera trampas—. ¿Viene de California a pescar? —preguntó a continuación el chico, con una mueca.

Volvió a mirar la camioneta y no consiguió ver la matrícula debido al modo en que estaba aparcada contra la pared de la tienda.

—¿Dónde pescáis aquí? —dijo él.

El chico señaló con el dedo hacia el dique.

—No es un buen sitio. Ha hecho el viaje para nada.

—Ya encontraré algo que hacer —dijo él, mirando la maleza del dique.

—Aquí no hay nada que hacer —aseguró el chico más pequeño sin levantar la vista. Trazó un cero en una de las casillas y luego lo borró—. Es mejor ir a Nueva York.

—Es un ignorante —dijo el mayor, sonriendo.

—Puede que tenga razón.

—A lo mejor mañana me voy volando hasta la luna, pero todavía no me he comprado las alas —dijo el chico mayor.

El más pequeño le dio un golpe al mayor con su palo, y éste pasó el pie varias veces por el juego de tres en raya.

—Estabas ganando tú, idiota —dijo el más pequeño.

—Debería comprarse un paquete de fuegos artificiales —le sugirió el mayor, olfateando como si fuera la señal de que empezaban las cosas serias.

—No voy a pescar —dijo él.

El chico más bajo se levantó, se quitó el polvo de los pantalones, sacó de la nevera un gran vaso lleno de gelatina roja, y bebió un trago. Dentro de la nevera había varias cajas blancas de cartón salpicadas de barro, y una caja de cartón gris en la que estaba escrito «M-80s».

—¿Es de los que van a la isla? —preguntó el más alto, con indiferencia.

—¿Qué isla? —dijo él.

—Al otro lado del lago hay una gran isla. Ni siquiera es Arkansas. Está en Mississippi.

—Nunca oí hablar de ella.

—El dueño es un tipo de Mississippi. Un viejo. —El chico dejó entrar y salir la lengua por el vacío donde habían estado sus dientes—. Siempre tiene a alguien allí, cazando. Una vez llevé allí al entrenador del equipo de fútbol de la Universidad de Mississippi.

—No le haga caso —le advirtió el más pequeño, le dio otro golpecito con el palo a su hermano y volvió a meter el vaso en la nevera.

—Cállate, ignorante —le espetó su hermano, y le pateó una rodilla, lo que no pareció molestarle—. Los llevé cuando a Gaspereau le estaban abriendo la garganta en el hospital de veteranos de Memphis.

Un autobús Trailways apareció en la carretera, con el intermitente indicando que se disponía a girar.

—¿Cómo se llama ese tipo? —preguntó él, lanzando una ojeada al autobús y luego al chico que tenía delante.

—Lamb —respondió el chico, mirando en dirección al autobús—. Ese viejo es peor que una serpiente.

Consideró el nombre detenidamente y decidió que no significaba nada para él. El autobús disminuyó la marcha, cruzó la carretera y se detuvo debajo del alero de la tienda. Se abrió la puerta y descendió un hombre pálido y corpulento vestido con una chaqueta de lana y zapatillas de tenis, que se protegía los ojos de los rayos del sol con la mano. En cuanto puso pie en tierra, el autobús reemprendió la marcha y desapareció más allá del depósito de algodón. Una vieja salió de la tienda y se detuvo debajo del alero hablando con el hombre que acababa de llegar.

—¿Qué tal el algodón? —preguntó él, volviéndose para mirar el agua que reflejaba franjas de cielo entre las plantaciones.

—Húmedo —respondió el chico mayor con seguridad—. Imposible que las máquinas vengan en septiembre. No va a haber más algodón si falta el sol. —El chico lanzó una mirada al sol, como amenazándolo.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

Los ojos color ladrillo del más pequeño brillaron y señaló con el pulgar el Oldsmobile.

—Nos quedaremos con el culo hecho mierda, pero iremos a Nueva York en ese cacharro, y dejaremos de estar sentados en el polvo como un par de idiotas.

La mujer se dirigió al costado de la tienda, quedó debajo del letrero de «Siéntase seguro con Puro» y señaló en dirección al dique. El hombre se inclinó para escuchar, con aspecto de interesarse por lo que pasaba al otro lado.

—Es un ignorante —aseguró el chico mayor, con una sonrisa de conmiseración—. Cree que subiendo a ese coche se arregla todo.

Se le ocurrió que tal vez aquel hombre anduviese detrás del mismo trabajo que él, y para adelantársele lo mejor sería que cogiera la carretera ya, pues con aquel calor al otro le llevaría más tiempo si iba a pie. Se secó una gruesa gota de sudor que resbalaba por su sien.

El chico mayor giró sobre sus talones, abrió la nevera, bebió un largo trago del vaso y cerró la puerta.

—No hace falta ser mayor para saber más cosas que tú —dijo.

—Tú nunca serás adulto —le replicó su hermano—. Oyéndote, se diría que sabes algo, y la verdad es que no sabes nada de nada.

Él volvió a cruzar la carretera sin dirigir la palabra a los chicos. Oyó que la mujer decía algo de Gaspereau, y le lanzó al hombre una mirada de desconfianza. Un halcón se dejaba ir con las corrientes ascendentes por encima de los campos, y durante un momento contempló cómo se alejaba hacia el río, ascendiendo y

disminuyendo de tamaño a cada segundo. Aquel hombre no le parecía que quisiera ser vigilante de la propiedad de nadie. Más bien parecía un empleado de banco. Pasó junto a la camioneta, mirando por encima del hombro. Se había quitado la chaqueta de lana y tenía la camisa empapada de sudor y el vientre le desbordaba por encima del cinturón.

Condujo lentamente la camioneta a la carretera hasta llegar a la altura de aquel hombre. Bajó la ventanilla y lo miró con desconfianza, viendo cómo sudaba bajo la polvorienta luz del sol.

—¿Adónde vas? —preguntó.

El hombre apoyó el codo en la ventanilla y se secó la cara con la chaqueta.

—A una isla de mierda —respondió.

—¿Por ese trabajo? —dijo él, listo para acelerar.

Parecía que a aquel hombre le molestaba mucho el sudor que le corría por la cara, y respondió frunciendo el entrecejo.

—No sé de qué me hablas —dijo, apartándose de la camioneta, listo para reemprender la marcha.

Trató de imaginar lo que el otro pretendía y qué estaría haciendo con aquel calor vestido igual que un empleado de banco.

—Sube —le indicó secamente.

—¿Cómo? —dijo el otro hombre.

—Te llevo. No merece la pena caminar con este calor.

—¿Crees que te voy a quitar el trabajo? —dijo el otro hombre, abriendo la puerta de la camioneta, pero todavía protegiéndose los ojos con la mano.

—No —dijo él, lanzando una mirada triste a los campos—. Pero si mientes te atropellaré con esta camioneta.

—No es la peor proposición que me han hecho hoy —admitió el hombre, deslizándose sobre el asiento—. Por lo menos sé lo que me espera. Me llamo Newel. —Le tendió la mano.

—Los nombres me importan una mierda —le espetó él.

—Muy bien, pero el mío es Newel —dijo el otro hombre, utilizando la misma mano para secarse el sudor, y dejándola luego colgar fuera de la ventanilla.

—Hewes —murmuró él, deseando no haberlo dicho—. No merece la pena que lo recuerdes. Si quieres que te diga una cosa, no tiene el menor sentido.

Segunda parte

Sam Newel

En el taxi había empezado una vez más a pasar revista al primer día, reprochándose cada iniciativa tomada. Había encontrado habitación en la avenida Harper, husmeado la buhardilla, abierto la ventana y dejado entrar el aire, que se mezcló con el del cuarto y circuló entre sus bolsas y debajo del somier de la cama, mientras él se asomaba para acostumbrarse al clima, tratando de concentrarse y de percibir algunos de los detalles de la ciudad. Antes de dejar Columbia se había convencido de que Chicago, una ciudad empantanada en mitad del país, era un sitio raro para estudiar Derecho. El aire olía a periódicos apilados y la ciudad parecía decaída y mugrienta como un prestamista. A la mañana siguiente había cruzado el Jackson Park, aturdido bajo la niebla opaca, hasta el largo paseo de cemento, mientras calculaba la altura del sol del Medioeste que más allá de las balizas teñía el cielo de tonos amarillentos, cobrizos y magenta, hasta que se hizo plenamente de día. Por fin, el tiempo terminó por parecerle encantador, y fue como si el aire que circulaba por las calles de la ciudad tuviera un olor a pan recién hecho que se mezclaba con la niebla. Volvió a la cama sintiéndose exaltado, listo para empezar. Lo que demostraba, pensaba en el taxi que iba disparado por Midway bajo la lluvia, que las cosas buenas nunca duran mucho.

En la estación la lluvia había empezado a golpear contra los adoquines. Entró, sacó un billete, dejó la maleta al final de una hilera de bancos, volvió a salir y se quedó bajo la marquesina para tomar el aire. Un taxi se detuvo delante de él, y después de que el pasajero descendiera, salió disparado por la avenida. Caminó por la acera protegido por la marquesina de la estación hasta que distinguió la cadena de luces de Michigan, más intensas por encima de la calle Randolph y culminando en los resplandores del Wrigley Building. Sintió la antigua exaltación que esperaba le proporcionase un modo inteligente de evitar aquella huida en la noche para hacer un viaje lunático al que no conseguía encontrarle el menor sentido. La sola idea del viaje ensombrecía su mente, y tuvo la repentina necesidad de llamar a Beebe y pedirle que mandara un taxi a recogerlo, lo cual, estaba seguro, la emocionaría.

El viento cambió de dirección. Anunciaron el tren y él volvió al interior para recoger su maleta. Un grupo de negros bien vestidos estaba de pie junto a los torniquetes que llevaban al andén, hablando en voz muy alta y cargando de paquetes a una mujer gorda que iba de viaje. Todos los hombres llevaban claveles rojos. Él llegó al final de la última hilera de bancos y descubrió que su maleta había desaparecido. Un niño de párpados caídos, sin duda hijo de uno de los negros, estaba en el banco donde antes había dejado la maleta, frotándose distraídamente las manos.

Los negros siguieron hablando en voz aún más alta; de repente uno de ellos gritó algo que sonó como a «pasteles», y todos se pusieron a abrazar a la mujer cargada de paquetes. El niño se levantó y lanzó una mirada distraída por encima del hombro, frunció los labios y se dio la vuelta, como si hubiera visto lo que esperaba. Los negros empezaron a arrastrar los pies alejándose de la puerta y hablando en voz más baja, luego callaron, se detuvieron, y sólo se oyó el sonido de un teletipo al final del vestíbulo.

Él volvió a donde estaba sentado el niño y lo miró.

—¿Dónde está la maleta? —dijo, y examinó en derredor de él. El niño lo miraba como si fuera invisible y volvió a fruncir los labios—. ¿Quién la ha cogido? —preguntó, mirando colérico la cara del niño hasta que distinguió el matiz ámbar de sus ojos soñolientos.

El niño sonrió, asomó un trozo de chicle por entre los dientes y dejó que colgara de sus labios igual que el badajo de una campana invisible.

—Fue la policía —dijo.

Él paseó la vista detenidamente por el amplio vestíbulo buscando una chapa de policía que brillara en las sombras, pero no vio más que a un maletero que fumaba junto a las puertas de salida. Una radio empezó a sonar al final de la sala de espera, y él miró, a través de los cristales, hasta donde podía distinguir los faros de los taxis que se acercaban a la marquesina bajo la lluvia. Estaba desesperado.

—¿Has visto adónde demonios fueron?

—No —respondió el niño, enroscó el chicle con las manos y se lo volvió a meter en la boca.

Dejando al niño, avanzó dando tumbos por el desierto vestíbulo y, con las manos vacías, empujó el torniquete. Los negros lloraban y agitaban pañuelos en dirección al humeante tren. Los evitó, se apresuró por el andén y subió los escalones plateados. Desde la plataforma del tren lanzó una mirada acusadora a los negros, que seguían llorando bajo la lluvia. Ninguno de ellos tenía su maleta. Poco a poco empezaron a darse la vuelta y a alejarse hacia la salida de la estación, y él vio cómo se hacían más y más pequeños y desaparecían.

Apesadumbrado, se reclinó en el asiento y contempló la ciudad deslizarse bajo la lluvia, y vio que en los barrios viejos todos los empleados que vivían en las afueras se dirigían al centro de la ciudad para ver a Beebe. El vagón se puso a traquetear cerca de la calle 65, y el tren ganó velocidad. Pudo distinguir una hilera de árboles en primer plano y al fondo la oscura Midway y los faros que nadaban bajo la lluvia de Hyde Park.

El tren se detuvo en la 103, pero no subió ni bajó nadie, y después pitó y se alejó de las luces color naranja, dejando detrás la ciudad sumida en las tinieblas, bajo el agua.

—La ciudad está para resolvernos los problemas —había dicho Beebe, dejando que sus dedos juguetearan en un rayo de sol.

—Mi padre estaría de acuerdo con eso —dijo él.

—Naturalmente. —Ella sonrió y pasó el dedo a lo largo de la helada línea de luz y sombra—. Fue precisamente la ciudad la que tan amablemente permitió que nos conociéramos. Estoy segura de que él lo habría aprobado.

Él se instaló en la mitad a oscuras de la cama, mirando la calleja por la ventana, sin pensar en nada.

—Hoy me parecerías mucho más agradable si no estuvieses tan grosero —se quejó Beebe.

—Estudio Derecho —argumentó él—. No tengo tiempo que perder en ese Comité para el Pensamiento Social o comoquiera que se llame eso que apoyas tú.

—Deberías ir —insistió ella, echando aliento con indiferencia al frío cristal—. He ido a la conferencia de Jane Jacobs. Cree que haríamos bien si todos viviéramos en ciudades.

—Deberías probar en la parte sur antes de decidirte —dijo él.

—He estado allí muchísimas veces —dijo ella, pasando la uña por el cristal empañado—. Me llevo bastante bien con los negros. —Él quedó en silencio—. ¿A qué se dedicaba tu padre?

—Vendía almidón.

—¿No hay un montón de chistes sobre vendedores de almidón que tienen erecciones tremendas?

—No lo sé.

—Sólo trataba de cambiar de tema para hablar de algo más divertido. —Beebe quedó callada un momento, luego dijo—: Esta mañana en el aeropuerto me tropecé con un exhibicionista.

—¿Cómo fue?

—No estoy segura. Era un taxista de la parada que hay delante de la Pan Am. Me incliné para decirle que quería ir al centro y allí estaba su lingam entre las piernas.

—¿Te llevó?

—Claro que no.

—¿Le dijiste algo?

—Le dije: «Eso se parece mucho a un pene, sólo que es más pequeño». Estaba leyendo el Time, se tapó con él y se alejó. Estoy segura de que lo fastidié.

—La ciudad todavía no ha resuelto ese tipo de problemas. A menos que sólo le interesases tú.

—No seas cínico, ¿quieres? —Beebe parecía molesta—. ¿Por qué te pusiste a cojear antes? Fue muy raro. ¿A quién habías visto?

—A nadie. —Él miraba el callejón, apretando la nariz al cristal hasta que se le entumeció la piel.

—Entonces, ¿por qué cojeabas?

—Hace que algunas personas sientan compasión.

Beebe estiró el cuello y trató de ver lo que él estaba mirando en la luz que caía.

—Me temo que no te creo —dijo.

—Muy bien, maldita sea —dijo él, exasperado—. Cuando salí del supermercado A & P, vi a un hombre que era exactamente igual que yo, y llevaba su jodida bolsa del ejército a la lavandería.

—¿Y qué?

—Me asusté. Parecía que estaba en mucho mejor forma que yo, y no tenía tripa. Y no tenía tampoco la mirada triste. Me fijé bien en eso.

—¿Hablaste con él?

—Mierda, claro que no. ¿Qué le iba a decir? ¿Y si él no encontraba que se parecía a mí?

—No entiendo por qué te pusiste a cojear.

—No me gustan los jodidos Doppelgängers. —Cruzó la habitación y dio una palmada al radiador, haciendo que resonara—. Esta jodida mierda no vale para nada.

Beebe inclinó la cabeza hacia el alféizar de la ventana y su cara iluminada a contraluz se convirtió en una silueta en el horizonte del marco.

—Te gusta bien poco la ambigüedad —dijo, frotándose suavemente la nariz con el dedo y mirando cómo el hombre se movía entre las sombras.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Seguir con lo que estás haciendo aunque nada esté claramente definido —explicó ella—. Es la fuente de la energía espiritual de los científicos. Creo que también les resulta bastante útil a las demás personas, como a ti, por ejemplo.

—¿Qué demonios debo hacer?

—Haces que las cosas sean terribles cuando sólo están un poco confusas. —Beebe le sonrió alegremente.

—¿Como qué? —preguntó él.

—Como decidir que algo es tan espantoso que de repente te pones a cojear para indicar tu decadencia.

—Muy bien, entonces mírame. —Él sacó pecho y comenzó a mover los brazos perpendicularmente a sus hombros—. Parezco Prometeo —dijo, y se miró el pecho, preguntándose si ella estaría de acuerdo con lo que él veía.

—No puedo verte bien —dijo Beebe.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué es lo que me falta?

—Soportar la ambigüedad —dijo ella, sonriendo.

Él mantuvo los brazos extendidos como un pájaro gigante planeando en la penumbra.

—Todo lo que creo que sé, es ambiguo —dijo—. Por ese mismo motivo me alejo volando a mil quinientos kilómetros por segundo. Lo verías si te mantuvieras atenta el tiempo suficiente.

—No lo creo —declaró ella—. Tienes caspa en las pestañas.

Le lanzó una mirada de desaprobación y comenzó a examinarse las cutículas de las uñas.

Él entró y salió de la oscuridad, haciendo rechinar el suelo.

—Vas a coger frío así, sin ropa —le advirtió Beebe—. ¿Por qué no vienes conmigo? Te calentaré. —Le sonrió y alzó el brazo, dejando libre el sitio de la cama que podía ocupar.

Él frunció el entrecejo en la penumbra.

—Entonces, ¿qué debo hacer con las cosas que no puedo soportar?

—Dejar que se resuelvan por sí mismas.

—Como tú —dijo él.

—Hay cosas que dejo de lado —dijo ella, dándose la vuelta y dejando los pechos al aire—. Si allá abajo todo fuera tan maravilloso, viviría allí, ¿no te parece?

—¿Si fuera tan maravilloso dónde?

—Mississippi, todas esas tonterías.

—No podría decirlo.

—Yo por supuesto que sí —aseguró ella—. Me gusta vivir en sitios maravillosos. Soy caprichosa y deliro mucho. No me gusta pensar en cosas desagradables. Me siento muy orgullosa de vivir *aquí*, salta a la vista.

—Por supuesto —admitió él—. Me he pasado toda la vida esperando a vivir en este lazareto. Es un lugar maravilloso, con sus putas y sus degenerados y sus asesinos y toda esa porquería.

—¿No te parece que coger conmigo te lleva de vuelta al pasado?

—Se me cruzó por la mente —dijo él—. Pero no sirve de nada.

—Sólo trataba de fastidiarte —dijo Beebe—. Nadie ha oído jamás hablar de algo así.

—Las pasiones tienen que venir de alguna parte.

—Entonces, ¿de dónde vienen las mías?

—No lo podría decir.

—Esta noche tomo un avión para Amsterdam —anunció Beebe—. ¿Te gustaría que te comprase un traje para la ceremonia de graduación? Puedo comprar la tela

muy barata.

—No voy a asistir a esa ceremonia —dijo él.

—Pero necesitas un traje. ¿No se te hiela el culo?

—Sí.

—Entonces ven a calentártelo. —Beebe apartó la colcha y él pudo distinguir sus muslos en la penumbra.

—Me estoy poniendo a prueba —dijo él.

—¿Para resistir qué, querido?

—La ambigüedad. Pongo a prueba mi resistencia.

—Estupendo. —Beebe permaneció unos segundos en silencio—. Pero ¿cómo sabes si la *has* pasado o no? —Se puso las manos detrás de la cabeza y después se tumbó, de modo que las elipses de sus axilas brillaron en la oscuridad.

—Es una buena pregunta.

—La verdad es que no creo que importe, ¿o sí?

—Sí.

—Bueno, pues a mí no. No me importa en lo más mínimo. Eres un chico muy serio, Newel, y sólo tienes veintiocho años.

Beebe estiró los dedos hacia atrás hasta que tocaron el cristal gélido de la ventana y su cuerpo brilló luminosamente a la luz de la luna.

3

En 1947 tenían un Mercury negro y su padre había sufrido un ataque al corazón y no podía ir a visitar él solo a sus clientes durante los meses de verano. De modo que su madre conducía el coche. Y durante el ardiente verano fueron a Louisiana y pasaron un día de julio en la otra orilla del río Vidalia, el primero. Y cuando llegaron a Ville Platte, el Mercury se averió y tuvieron que quedarse en el hotel Menges que tenía ventiladores en el techo y libélulas en las habitaciones. Recordaba que había salido del hotel a la calle vacía del mediodía y se había dirigido con su padre al despacho de la agencia, y que había una mujer detrás de una ventanilla de cristal con un vestido escotado y los labios muy rojos, y que luego volvió a la habitación del hotel de la mano de su padre. El techo estaba cubierto de grasa que llegaba suspendida en el aire, y encima había una capa de polvo esponjoso como la hoja del sicomoro. Y durante los nueve días que pasaron en Ville Platte, tuvo miedo de las libélulas y creía que podían picar y matar aunque su madre le repetía una y otra vez que no hacían eso.

4

Apoyada contra la ventana, humedecía con sus labios el vello de su vientre.

—¿Estás contenta contigo misma? —preguntó él.

—Claro —murmuró ella—. ¿Tú no? —Giró sobre el estómago y le sonrió.

Él quedó en silencio.

—Sienta bastante bien —continuó ella suavemente, examinándole el estómago desde más cerca, como si hubiera encontrado una anomalía—. No hace daño estar contenta con una misma. No me castigo con cosas que ni puedo recordar.

—¿Qué haces, entonces?

—No dejes que me molesten. —Le volvió a sonreír—. Tienes un pecho de estibador, Newel. ¿Cómo te las arreglaste para tener tanto músculo? Yo admiraba mucho eso cuando éramos niños. —Pasó el dedo a lo largo de sus costillas hasta que a él se le erizó la piel.

—Tengo frío —dijo él, irritado.

—Claro que lo tienes. —Beebe lanzó una carcajada—. No tienes un gramo de grasa en el cuerpo. Métete en la cama.

—Quiero contarte una historia.

—Si dejas que te caliente.

—¿Quieres oírla?

—Claro que sí.

Se sentó muy tieso y apoyó la cabeza en la invisible ventana y dijo:

—Una vez, cuando tenía diecisiete años, fui a cazar conejos con Edgar Bonyton, al otro lado de Edwards, Mississippi, en un campo que él conocía. Llevábamos como una hora sin haber visto ningún conejo, y yo me alejé por mi cuenta siguiendo una cerca, y anduve y anduve hasta que oí un disparo. Y en cuanto lo oí, eché a correr junto a la cerca hasta donde lo había dejado a él. Y estaba allí de pie mirando algo que yo no conseguí ver hasta que me acerqué más. No decía nada, estaba allí quieto con la boca abierta. Y cuando llegué adonde estaba él, miré hacia la hierba y había una gran lechuza, caída entre las matas. Nos miraba a Edgar y a mí con su cara en forma de corazón y una especie de miedo atroz en los ojos, y sus garras bien a la vista y el pico muy abierto como si nos fuese a despedazar. Y Edgar no decía ni una palabra, se limitaba a mirar la lechuza como si ésta lo hubiera hipnotizado, aunque tenía un ala completamente destrozada por un disparo, un ala que estaba en el suelo entre nosotros y la lechuza, muy blanca por abajo y sin señales de sangre. Edgar parecía tan asustado que me quedé allí, mirándolo sin poder apartar los ojos de él. Me sentía atraído y horrorizado a la vez. Y no me podía mover. Justo entonces llegó olfateando el perro de Edgar, puso los ojos sobre la lechuza e hizo ademán de lanzarse sobre ella, pero Edgar lo agarró por una oreja y tiró de él hacia atrás, pues la lechuza habría matado al perro, por mucho que tuviera una sola ala. Y yo no podía hacer nada, estaba como paralizado. El perro ladraba y Edgar le gritaba, tiraba de él, y la lechuza retrocedió unos cuantos centímetros en el matorral y sus ojos aumentaron de tamaño y se oscurecieron, como si se dispusiese a librar la batalla final. Y de repente Edgar le disparó a la cabeza con la escopeta y la lechuza desapareció, o al menos allí no quedaba nada que te dijese que la lechuza seguía en aquel sitio, era como si se hubiese desintegrado en medio segundo, dejando una mezcla de

sangre y plumas, algo polvoriento e informe. Estuve a punto de desmayarme, me parece, porque un segundo antes estaba mirando a la lechuza y al segundo siguiente estaba mirando algo que era completamente distinto. Ninguno de los dos sabía lo que había pasado hasta que terminó pues Edgar estaba detrás de mí pasando un mal rato con su perro, y se imaginaba que librarse de la lechuza era lo más fácil del mundo pues ya le había arrancado un ala y la tenía a su merced. Pero todo eso pasó tan deprisa que supongo que me desmayé, aunque no cayera al suelo. Edgar la había borrado. La lechuza había desaparecido instantáneamente.

Se deslizó por el cristal.

—Es una historia espantosa —dijo ella de mal humor—. Lamento que me la hayas contado. No tiene ningún sentido.

—Pero la entiendes, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero yo no soy responsable. Ni tampoco tú —dijo ella, y avanzó un segundo hacia el claro de luz, y desapareció.

5

Por la doble ventana, veía el humo que se alzaba ante la luna creciente, inundaba el cielo de Illinois con la bruma aterciopelada de los campos de maíz, se extendía hacia el este en la noche y llevaba la lluvia hasta el valle de Wabash, dejando el cielo límpido y aterido de frío.

A las cuatro y media se despertó en la oscuridad. El tren cruzaba un largo puente metálico. Las traviesas resonaban entre él y la distancia, y percibía las exhalaciones malvas de un río que ascendían como un espectro líquido en las tinieblas. El resto era oscuridad.

Se había sentado y observaba cómo se ponía el uniforme.

—Sería más fácil si hubiese algo más de luz —le sugirió Beebe, rebuscando en su bolso de viaje.

—Me gustas más a oscuras —le confesó, examinando su vientre apoyado entre los muslos.

—¿Y por qué, Newel? —preguntó ella, recogiendo otra prenda de ropa del suelo.

—No me gusta ver cómo se visten las mujeres —explicó él—. A veces veía vestirse a mi madre y aquello me molestaba. Me parecía algo clínico, como si yo le hablase por el pene.

—¿Te dejaba que mirases cómo se desvestía?

—¿Acaso Hollis agitaba su cosita delante de tu cara cuando eras niña? Seguro que no.

—No —dijo ella, pasándose un peine por el pelo y moviéndose ruidosamente por la oscuridad.

Él cruzó las piernas debajo de los muslos y se cubrió con la sábana.

—Dime una cosa —dijo Beebe, guardando el peine en el bolso y cerrándolo con el dedo del pie.

—Yo no sé nada. Tú eres la viajera... cuéntame tú algo.

—No seas desagradable. Sólo quería saber cosas de tu padre.

—Ya me has preguntado por él, ¿no lo recuerdas? Cuando te conté que vendía almidón, dijiste que te daba lo mismo.

—¿Qué ha sido de él?

Se apoyó en los codos y dejó que la sábana se deslizara por sus piernas.

—Lo mataron en Bastrop, Louisiana, cuando iba camino de Nueva Orleans. Marchaba detrás de un camión muy grande y supongo que lo quiso adelantar, no lo sé exactamente. Era viajante y nunca pasaba de cien, y jamás circulaba pegado a los coches. Pero por algún motivo iba detrás de ese camión, y de repente se soltó un cargamento de tubos de acero y cayó encima de su coche. Murió decapitado. Seguía sentado al volante, pero sin cabeza. Habría seguido conduciendo si la hubiese tenido. Los tubos ni siquiera alcanzaron la brújula que había sobre el salpicadero.

—¡Por el amor de Dios, Newel! ¿Por qué tienes que entrar en tantos detalles?

—En tanto hijo, tengo derecho a adornar un poco las cosas, ¿no crees?

—¿Cuántos años tenías?

—Sabes condenadamente bien los años que tenía —dijo él, irritado—. ¿Qué importa los años que tuviera?

—Simplemente trataba de comprender por qué estás tan excitado. Hoy empezaste a cojear delante del A & P y te pusiste pálido como el papel sin motivo aparente. Me intrigaba, sólo eso. —Beebe recogió su blusa del suelo—. ¿Y qué piensas *ahora* de Mississippi? Nueva York es un lugar completamente distinto. Este sitio no tiene nada que ver con ninguno de los que he estado. —Miró las paredes y siguió abotonándose la blusa, deteniéndose después de cada botón como para comprobar la disposición del cuarto.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Si te asustaste —respondió ella, sin dudarlo— de que tu padre muriera de un modo tan raro.

—Ya veo —dijo él, apoyó la cabeza en el cristal y se subió la sábana hasta el pecho, dejando al aire de la cintura para abajo—. No es peor que estar aquí —señaló la puerta con el dedo—. Esas malditas putas de este edificio, justo debajo de nosotros. Cuando andan por ahí las cosas pueden ser muy jodidas, en especial si son negras, y seguro que lo son. Aquí hay de todo, por si te quieres asustar. Una pobre paquistaní se las arregló para que la degollaran en plena avenida Kenwood. Es bastante molesto. —Se volvió a tumbar en la cama.

—¿Y al otro qué le pasó? —preguntó ella.

—¿Qué otro?

—A tu padre y su accidente.

—¿Crees que necesita una especie de coda?

—¿Cómo lo voy a saber? —dijo Beebe—. Sólo trato de que te olvides de ese sitio espantoso, termines Derecho y dejes de andar dando vueltas como un animal enjaulado. Aunque parece que te gusta revolcarte en el fango.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—¿Quieres que te diga lo que le pasó y por qué no puedo soportar mi terrible pasado?

—Sí.

Se pasó la mano por la frente.

—Señor. Hay cosas más importantes que ésa. Murió de un modo casi cómico, por el amor de Dios, comparado con cómo vivió.

—Cuenta, cuenta. Me tengo que ir.

—Se me ocurre que para ti volar a Bélgica es lo mismo que para otras personas bajar a la calle por un perrito caliente.

—Me gusta lo que hago —aseguró ella, y sonrió—. Y es a Holanda. Amsterdam no está en Bélgica. Cualquiera día de éstos me sentaré a escuchar tus teorías, pero ahora no tengo tiempo.

Él estiró la mano y le tocó el brazo y la curva del hombro.

—Tampoco tenemos tiempo para eso —dijo ella—. Si no me lo cuentas, me iré. Tengo que coger el autobús para Windermere, y antes tomar un taxi para coger el autobús. Es complicado. —Se puso de pie y se dirigió a donde estaba su bolso de viaje.

—No es importante.

—Dijiste que era más importante que el modo en que murió —dijo ella. Se puso de rodillas para mirar el interior del bolso.

—Sólo para mí.

—Estupendo. —Beebe recogió la chaqueta del suelo y empezó a abrochársela—. Entonces me voy.

—Que te lo cuente no cambiará nada, maldita sea —dijo él—. Eres de esas personas que creen que si una cosa se puede contar, ya no importa. Eso es una idiotez.

—Entonces me voy —repitió ella suavemente.

—Pero si no es nada —insistió él.

—Entonces cuenta —dijo Beebe, sonriendo.

Él se levantó y se quedó junto al radiador. En la oscuridad su cuerpo parecía azulado.

—Me voy a sentar —anunció ella, buscando la cama a tientas.

Durante un momento él distinguió su silueta perfilada sobre la ventana; luego desapareció. Podía distinguir las luces de sodio en los paseos del parque. Trató de imaginar cómo se sentiría en la habitación en cuanto ella se hubiera ido, y pensó que sería horrible y después mucho peor.

—Newel —dijo Beebe, con voz tranquila—. ¿Me lo vas a contar?

—De acuerdo —dijo él, y se frotó el pecho—. Pero tengo que pensar cómo. Para que tengan sentido cosas que no lo tienen. En definitiva, lo importante no es mi padre. Sólo sirve para que las piezas del rompecabezas se ordenen. Pienso en él cuando busco alguien en quien pensar. Pero nunca consigo formar una imagen coherente. Hay algo sencillo, evidente, en las piezas, que no llego a entender. Nunca logro reunir las piezas para formar un conjunto. Es ridículo.

—Deja de murmurar y dime lo que ibas a contarme, por el amor de Dios.

Él se apoyó en el radiador y observó la sombra de Beebe.

—Como te he dicho, vendía almidón a los mayoristas. Iba a Ville Platte, Louisiana. Cuando yo era pequeño, en verano lo acompañaba para dejar tranquila a mi madre. Íbamos en coche hasta un gran almacén y él entraba y hablaba con un hombre y tomaban café y al poco rato sacaba su bloc de pedidos y se ponía a escribir. Luego se marchaba. A veces no vendía nada. Luego íbamos a otro sitio. Unos trescientos kilómetros diarios, siete estados: Mississippi, Arkansas, Louisiana, Tennessee, Alabama, Florida, parte de Texas, Port Arthur. —Se subió al radiador y dejó que las piernas le colgaran—. Hizo eso durante veintiséis años. Trabajaba para una empresa de St. Louis que quebró. Y tenía cicatrices después de todos aquellos años haciendo lo mismo. Tenía almorranas tan grandes como mi pulgar que le manchaban de sangre los calzoncillos. Las tuvo todos aquellos años. Hizo que se las quitaran, pero se reproducían. Llevaba un cojín especial que no le servía de nada. Tuvo problemas de circulación en las piernas por pasar tanto tiempo sentado. Y durante bastante tiempo Mercury fabricó un coche con cuyas puertas resultaba muy fácil pillarse la mano. El sitio más lógico para coger la puerta era por donde la mano no se podía quitar lo bastante deprisa cuando se cerraba. La empresa les compró varios de aquellos modelos a los viajeros que siempre se pillaban los dedos con la puerta. Mi padre se los pilló tres veces en un año, y al final tuvieron que amputarle un dedo que tenía completamente insensible. Luego le salió un callo en el pie debido al embrague. No sé cómo le salió. Me parecía divertido verlo sentado en la cómoda del hotel quitándose el callo con una cuchilla de afeitar y poniéndose Dr. Scholl. Siempre me parecía divertido, porque era un hombre enorme. Total, que el callo se le infectó por culpa del dolor. Creo que le dolía mucho. Me parece que a veces se le saltaban las lágrimas. Finalmente mi madre consiguió convencerlo de que debía operárselo. Pero después no podía dejar de cojear. Era como si tuviese una pierna más corta que la otra, aunque sólo se trataba de un callo. ¿Te parece divertido?

—No.

—Durante un tiempo yo lo encontré divertido. Era divertido, porque él era gigantesco, y todas las cosas que le fastidiaban eran pequeñas. ¿Crees que era un tipo listo?

—Quizá —dijo ella—. ¿No te has cansado de estar sentado en el radiador, desnudo?

—No.

Ella suspiró.

—Tenía un soplo al corazón por el que se libró de ir la segunda guerra mundial. No sé lo que le había pasado. Nada malo, supongo.

—De acuerdo —dijo ella.

—Pero la cuestión —continuó él— era que le gustaba su trabajo, creo, que lo encontraba divertido. No le molestaba. Lo que sí le molestaba, y mucho, era estar en las habitaciones de aquellos malditos hoteles, en Hammond, Louisiana, y Tuscaloosa, sin nada que hacer por la tarde, y durante *años*. Se encerraba por la tarde, tomaba un bourbon, bajaba a cenar a un café lleno de cagadas de mosca, fumaba un King Edward en el vestíbulo, volvía a la *habitación* y se tumbaba en la cama oyendo cómo sonaban las cañerías, hasta que ya era lo suficientemente tarde para dormir. Y eso era *todo*. Cinco días a la semana, durante veintiséis años. Por aquella época veía a mi madre dos días de cada siete. Se habían casado quince años antes de que naciera yo, y se llevaban bien. Se querían. Pero él se marchaba todos los lunes por la mañana, con la sonrisa en los labios y silbando como si fuera Navidad, como si le resultase divertido, o puede que fuera demasiado ignorante para darse cuenta de cómo le iba en su vida. —Se quedó pensando un rato, oyendo la respiración de Beebe.

—¿Cómo sabes tú que no tenía una amante?

—No digas eso. —Se puso frente a ella para verla con más claridad—. ¿Por qué tienes que creer una cosa así? ¿Es que para ti todo se reduce a copular?

—¿Cómo sabes que no la tenía? —insistió ella fríamente—. Una pequeña Choctaw puede ayudar a pasar el tiempo en Túpelo, y otra en Hammond, y otra más en Tuscaloosa. Mi padre conocía a un hombre que trabajaba para la Gulf que estaba casado con una mujer en Mobile y tenía otra familia. Algo que lo mantuviera vivo. Dos días de cada siete no es bastante. No me importa que quisiera mucho a tu madre.

—Te equivocas —dijo él.

—Muy bien. Entonces, ¿qué pasaba?

Se movió por el cuarto y dijo:

—Sus placeres en cierto modo iban unidos a sus sufrimientos. Es lo que a uno le pasa si no tiene cuidado. Aumentan a la par. Eso es lo que me preocupa.

—Es absurdo —le espetó Beebe, tamborileando con las uñas en su bolso de viaje—. Me pregunto cómo se te puede haber ocurrido algo así.

—Entonces, ¿cómo demonios crees tú que son las cosas? ¿Cómo demonios vas a entender ninguna jodida cosa si no puedes ver ni lo que te pasa a ti?

—Nada de eso tiene sentido —dijo ella.

—A nadie lo joden del todo, eso es lo que importa. Él no sabía lo que le estaba pasando. Le pasaba, así sin más. Quién sabe qué habría sido de su cerebro en caso contrario. Cuando yo era pequeño, una vez el coche tuvo un pinchazo en el puente de Vicksburg, y mi madre me cogió y me abrazó con tanta fuerza que casi no podía respirar, hasta que mi padre cambió la rueda. Dijo que tenía miedo de que pasase

algo.

—Creía que estaba loco, ¿no?

—Ella ya sabía que no le gustaban los cuartos de hotel.

—¿Tenía miedo de que hubiese decidido mataros?

—No creo que lo supiera. Pero es posible afirmar que algunas cosas son horribles y no estar loco en absoluto. Mi madre conocía el límite de las cosas. Él nunca llegó a saberlo porque se había adaptado.

—Eso es muy romántico, pero ¿qué tiene que ver contigo?

—Me da mucho miedo, mierda. —Trató de visualizar el rostro de Beebe pero no pudo—. No quiero que me pase lo mismo. Se supone que el pasado te permite juzgar las cosas. De modo que eso tiene que ver conmigo porque yo digo que tiene que ver.

—No merece la pena que te responda —dijo ella.

—¿Debería tener *algo* a que aferrarme, aparte de la seguridad de que las cosas finalmente serán iguales? Debería casarme contigo o suicidarme como tu padre. Así me libraría de un montón de problemas.

—¿Y entonces? —preguntó ella, jugueteando con el asa de su bolso de viaje.

—Estoy muy solo..., eso es el «entonces».

—¿Y qué haces?

—¿Qué quieres decir con eso de qué hago?

—Para descubrir lo que te hace falta descubrir, sea lo que sea. Si es tan importante, creo que harás algo al respecto.

—No me preocupa.

Beebe se dejó caer sobre la cama mirando los suaves halos de luz. Él podía oír cómo respiraba, distinguía el vaho de su respiración en el cristal, unos círculos minúsculos que aumentaban gradualmente. Sentía que su cuerpo se debilitaba, como si su torso estuviera cayendo lentamente hacia el suelo. Tenía la impresión de ser un mueble en la inmóvil oscuridad.

Ella se estiró sobre las sábanas, los dedos de los pies tocando el suelo. Luego, su silueta se alzó frente a la ventana.

—No sé de qué me estás hablando —dijo.

—Es complicado —admitió él, sintiéndose triste.

—Entonces vete a la isla —dijo Beebe, alegremente, como si aquélla siempre hubiera sido una solución evidente que repetía por enésima vez.

—¿Para hacer qué? —preguntó él, irritado—. ¿Correr gritando por los bosques mientras disparan contra mí?

—No sé para *qué* —respondió ella—. Pero no existe ningún otro lugar donde puedas encontrar respuesta a lo que te angustia, a todo ese lío que tanto te hace protestar. Si no estás preparado para aclararte un poco, entonces coge conmigo y sé amable..., es lo único que te puedo ofrecer. —Beebe sonrió.

—Si no lo puedes soportar, ¿por qué molestarte?

—No creo que para mí sea una molestia —dijo ella—. Y lo único que has hecho

es insultarme y lamentarte. Estoy cansada de discutir contigo.

Se levantó. Él la vio salir de las sombras y dijo:

—¿Qué es lo que debería hacer?

—A lo mejor es un buen sitio para que vayas a ponerte de acuerdo contigo mismo, o para hacer lo que te apetezca. Mississippi en su más absurdo esplendor. Puedes irte esta misma noche, si quieres; lo único que tienes que hacer es llamar por teléfono al embarcadero. —Puso su bolso de viaje encima de la cama y lo abrió para buscar el número.

—¡No te acerques al teléfono!

—¿Estás esperando una llamada? —preguntó Beebe, rebuscando en su bolso de viaje.

—Hay un imbécil que me llama sin parar y me pregunta si sé dónde está su mujer; luego cuelga.

—Pues llamaré mañana. Entonces ya estaré de vuelta. Le diré a Popo que vas para allá, pero que no espere por ti hasta que aparezcas. Será agradable.

—¿Agradable para quién? ¿Por qué no le dices que estoy internado en una institución para los moralmente inseguros y que no me dejarán salir durante un tiempo?

Beebe volvió a cerrar el bolso y apretó las correas.

—Tendrías que llamar a Mr. P. H. Gaspereau, de Elaine, Arkansas, y decirle quién eres y que te gustaría que le dijera a Mr. Lamb que vas porque te he invitado yo.

—¿Y luego qué pasará? —preguntó él, y Beebe sonrió, balanceando el bolso—. ¿Qué jodida cosa se supone que voy a hacer allá abajo?

—Esforzarte por volver de mejor humor —respondió ella—. Tendrás que decirle al conductor del autobús que se detenga en Elaine, si no lo haces pasará de largo.

—¡Espera un momento!

—¿A que no sabías que en 1911 unos pobres se durmieron en Arkansas y se despertaron en Mississippi? —dijo Beebe, mirando con expresión ausente—. El río cambió de curso a las tres de la madrugada y todos tuvieron que adaptarse a la nueva situación. El negrazo de Popo mantiene que navegaba por el río en un bote en el momento del cambio, pero yo no me lo creo.

—No sabrán quién mierda soy.

—Seguro que no. Pero deberías tener una larga charla con Popo y contarle quién eres y pasar unas cuantas semanas con él en el bosque. Ya verás cómo los dos te encontrarán agradable —dijo Beebe, y se acercó hasta donde estaba él y lo besó suavemente en la mejilla—. Esta vez no es para que cojas conmigo —sonrió—. Recorro a otras cosas. No creo que sean tan buenas como las otras, pero me gusta pensar que soy una mujer que sirve para algo más que para eso. Cuando éramos niños, jamás imaginaba que de mayor ibas a ser tan serio. Nadie es tan serio. Te enterarás, antes o después, y entonces todo será maravilloso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Porque —dijo ella, tranquilamente—, para mí todo es espléndido. Siempre.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto, si me permites preguntarlo?

—Aportarle un poco de frivolidad a tu vida. Es demasiado siniestra. Fíjate en este cuarto..., es espantoso.

—A mí me gusta —dijo él.

—Muy bien, pero deberías ir a la isla y comportarte frívolamente. Aunque a veces creo, Sam, que si fueran un poco más frívolo, estarías perdido.

—¿Perdido para quién?

—Para mí, por supuesto —dijo ella—. ¿Para quién si no?

—Para nadie.

—Es una respuesta —dijo Beebe, suavemente—. Una buena respuesta.

El tren dejó atrás a toda velocidad una estación de pleno campo, haciendo sonar las puertas, y pasó delante de un semáforo intermitente junto al cual no estaba esperando ningún coche. Miró las calles iluminadas para ver si distinguía algún cartel que indicase cómo se llamaba aquel lugar, algún indicio que le permitiera saber si ya habían dejado Kentucky y estaban en Tennessee, o si sólo salían de Illinois y debían cruzar las colinas al amanecer. Pero no sirvió de nada.

6

En Thibodaux vivía un hombre llamado Gallitoix que era dueño de un almacén de productos alimenticios al por mayor. Su madre había aparcado el Mercury al sol mientras su padre se dirigía caminando a la plataforma de carga, encorvado, y entraba en la oficina de ese hombre para venderle un vagón cargado de almidón. En el coche, al lado de su madre, él miraba los tractores con remolques que se alejaban del muelle de carga bajo el calor. Las fundas de los asientos del coche eran azules y blancas y olían a paja seca. Su madre bajó la ventanilla, pero no corría ni la más leve brisa, sólo llegaba, proveniente del almacén, el olor dulzón de los alimentos que pasaba por encima de las descoloridas conchas marinas que cubrían el aparcamiento como si fueran grava, haciendo que todo resultara blanco. Su madre hizo un dibujo en un papel para enseñarle las posiciones de cambio de marchas y allí, mientras se asfixiaban de calor, aprendió a conducir.

7

El tren llegó a Memphis cuando las primeras luces del día asomaban entre los depósitos de carga. Descendieron dos personas y de inmediato se escabulleron dentro de la estación. Él buscó un teléfono en el andén, pero la única cabina, situada al final de la marquesina, estaba ocupada, por lo que decidió dejar la llamada para más tarde.

Se dirigió al vestíbulo y encontró la estación de autobuses en un antiguo depósito en el que habían hecho unas separaciones con cuerdas y puesto unas sillas de plástico. Sacó un billete para Elaine, pasó junto a un autobús Trailways que zumbaba a las puertas del depósito y siguió caminando por la avenida en dirección al río. Un tramo de la calle discurría por debajo del puente del Arkansas. Oyó los neumáticos de los camiones resonar en las traviesas, y luego vio, al otro lado del agua espesa y grisácea, el este de Arkansas perfilándose contra el cielo.

Cruzó el bulevar y tomó la batiente de ladrillos que bordeaba el río. Descendió por ella, se agachó, metió la mano en el agua y dejó que le pasara entre los dedos. Entonces se le ocurrió que ninguna de todas las veces que había cruzado el río en los viejos y ruidosos Mercury de su padre, había hundido la mano dentro y dejado que el agua le pasase entre los dedos para saber cómo era. Ahora le parecía una molestia enorme e imponderable, de la que sentía que necesitaba saber más.

Se quitó la chaqueta y examinó el bulevar en ambas direcciones. A unos cientos de metros dos hombres hablaban junto a una larga barcaza color alquitrán amarrada en la orilla, mientras detrás de ellos el río se separaba en dos grandes brazos. Los camiones resonaban en el puente, pero desde su interior nadie podía ver nada a no ser lo que había en la parte más alejada del río. Se sentó sobre la barandilla, se quitó las zapatillas, luego la camisa, exponiendo su vientre a la luz. Miró hacia el puente, esperando ver que alguien lo observara por encima de la barandilla. Pero no había nadie, sólo las palomas que revoloteaban entre las vigas y las hileras de puntales de acero. Con los pantalones subidos hasta las rodillas, se examinó brevemente las piernas. Eran blancas y estaban algo hinchadas y salpicadas de pequeñas llagas como mordeduras de hormiga. Se estremeció y se sintió incómodo, y de repente lo conmovió la perspectiva de estar marchando hacia su ruina física. Se encogió de hombros y se puso de cara al viento. Dio un paso, arrugó la frente y miró la superficie del agua esperando verse reflejado en ella, pero no vio más que su sombra congelada en la corriente.

Reconoció que era indudable que ahora se estaba exponiendo a la autoaniquilación sin siquiera desearlo, y que era seguro que había muchísimas personas a punto de terminar consigo mismas, por mucho que se estuvieran bañando inocentemente en el río o en la bahía, u otras que sencillamente habían decidido que saltar por una ventana era el único modo de encontrar la paz y el sosiego. Y sólo después de eso, pensó, empezaban a reconocer la realidad. Notó que se le crispaban los dedos de los pies. Miró río abajo y vio que los dos hombres que estaban junto a la barcaza ya no hablaban, sino que tenían los ojos clavados en él. Oyó sonar un claxon y al volverse observó que el autobús Trailways, que antes estaba en la terminal, se había detenido a la entrada de la calle Adams. Las puertas se abrieron y el conductor, un hombre bajo con uniforme color caqui y una gorra de béisbol, se apeaba de un salto y gritaba algo que sonó a «nohagaeso». Pero él se tiró al agua.

El impacto lo dejó sin respiración y notó que perdía todo control y quedaba sin

fuerza, mientras el corazón le latía aceleradamente y el estómago le ardía. Se dio cuenta de que había chocado con la superficie con demasiada fuerza.

El agua estaba más fría de lo que había esperado, y bajo la superficie los pies se le entumecieron de inmediato, enviando sordas señales a los dedos de las manos, que estaban muy ocupadas luchando por mantener su cabeza fuera del agua.

Al mismo tiempo, se tuvo que enfrentar a dos hechos muy inquietantes. Uno era que, cuando salió a la superficie y recuperó la respiración, se encontró a una distancia sorprendente de su ropa, que distinguió dispersa en un círculo de aproximadamente veinticinco metros. El otro hecho era que se había quedado sin los calzoncillos y flotaba con los genitales mecidos por el agua fría, presa ideal para el primer pez que apareciera.

Los de la barcaza habían empezado a caminar por la plataforma, pero en apariencia sin darse la menor prisa. El conductor del autobús estaba de pie en la acera, señalando, para disfrute de sus pasajeros, la cabeza de un hombre flotando en la corriente.

El agua le chorreaba por el cuello y notaba que cada vez estaba más fría, mientras se mantenía a una distancia constante de unos tres metros de la orilla, incapaz de hacer pie y con miedo a darse la vuelta y mirar el río, pues sabía que la sola visión de su inmensidad lo asustaría mucho y lo dejaría a merced de la corriente.

Sin embargo, se sorprendió al notar que, una vez recobrada la respiración, sólo estaba un poco asustado y no lo dominaba la histeria que creyó que lo *iba a dominar*. No resultaba difícil permanecer a flote, pues la corriente lo mantenía como una boya mientras seguía su curso, y además, a pesar del frío y de que sus partes se habían convertido en potencial pasto de los peces, se sentía extrañamente relajado.

Observó que los de la barcaza sacaban una larga pértiga de la invisible popa de la embarcación, y la arrastraban por el agua como si trataran de contener la corriente. Alzó la vista hasta donde estaba parado el autobús. Varios niños se habían puesto a correr por la orilla, aunque la mayoría de los pasajeros regresaban al autobús.

Los de la barcaza se situaron en la proa de la embarcación con la pértiga hundida en el agua y lo miraron con escaso interés. Consideró que para no chocar contra la proa de la barcaza y ser aspirado por la corriente, necesitaba alejarse unos metros hacia el interior del río, aunque sin alejarse demasiado como para que no lo pudiesen alcanzar. La barcaza empezó a aumentar de tamaño, y él hizo unos movimientos nerviosos para alejarse de ella, pataleando con cierta energía mientras se alejaba de la orilla. Pataleó hasta que vio que se podía mantener apartado del avance de la barcaza pero en línea con la pértiga, de modo que con algo de suerte podría aferrarse a ella cuando se acercara lo bastante. Sin embargo, cuando quedó al costado de la barcaza, al que se habían adherido unos penachos de algas amarillentas, la corriente se arremolinó imprevisiblemente y lo hizo girar alejándolo de la pértiga que los de la barcaza habían acercado hacia él, de modo que quedó de cara al río, mirando hacia Arkansas, que aparecía en la distancia. Trató de darse la vuelta para agarrarse a la

pértiga. La barcaza hacía un ruido pesado que él podía sentir como una vibración debajo de la superficie. Tragó una gran cresta de espuma. Uno de los de la barcaza le gritó algo, y notó que el estriado extremo de la larga pértiga le recorría la espalda, empujándolo hacia el interior del río, mientras él extendía las manos con desesperación sin poder alcanzarla.

De pronto se sintió dominado por el pánico. Tuvo la impresión de que muy cerca de sus oídos se había encendido una radio que sólo emitía estática a todo volumen. Movi6 los brazos en varias direcciones. La cabeza se hundió durante un momento, y notó que los pies entraban en una zona de agua más fría y profunda. Se le contrajo la piel, y se esforzó por mantener la nariz fuera del agua y lanzar una ojeada a la barcaza y a la orilla y a la silueta de los edificios de Memphis antes de ahogarse. Mientras hacía esfuerzos por mantener la cabeza levantada, un objeto pesado, que lo dejó momentáneamente sin respiración, rodeó su cuello y él soltó un puñetazo, como si lo estuviesen atacando. Notó que la corriente se sujetaba a su piel. Tragó otra gran bocanada de agua y sintió que se hundía. La corriente lo arrastraba, y él seguía tratando de levantar la cabeza para mirar, pero la corriente le tapaba la cara y comprendió que no podría ver sin que le entrasen litros de agua por la nariz.

De pronto percibió que empezaba a ser arrastrado perpendicularmente a la corriente en lugar de que ésta chocara directamente contra él, y quedó rígido, con los ojos cerrados, esperando lo imposible. Y entonces la corriente cesó. Alzó la cabeza un par de centímetros por encima del agua y vio que se encontraba en las aguas inmóviles al costado de la barcaza. La hélice agitaba la superficie, y el agua era espesa y viscosa y tenía un sabor metálico, pero había una soga a mano.

Dejó que tiraran de él hasta la orilla, soltó la soga en la estela borboteante y trató de respirar profundo. Vomitó un poco de agua, miró a su alrededor y vio que los hombres que le habían lanzado la cuerda estaban agachados junto a la barcaza, mirándolo impasivamente. Trató de distinguir sus rasgos, pero el sol estaba demasiado alto en el cielo y brillaba tanto que lo cegaba.

—No me extraña que quisiera ahogarse —observó uno de los hombres—. Es grande el muy jodido.

El otro hombre empezó a enroscar la cuerda, pasándosela por el hombro. Un pesado salvavidas de lona yacía junto a sus pies.

—¿Por qué no te cogiste del salvavidas? —preguntó el hombre, irritado—. Hice el mejor lanzamiento de toda mi vida y tú agarraste la cuerda.

Vomitó agua con sabor acre.

—Te podías haber estrangulado —dijo con tono melancólico el hombre que estaba junto a la barcaza.

Él miró bizqueando al sol y vio que los dos hombres eran gemelos y lo observaban como si fuese una especie rara de pez que acabaran de pescar y no supiesen qué pensar de él.

—¿Tenéis una manta? —preguntó.

—Podemos prestarte una toalla —dijo el gemelo sin la cuerda, y se dirigió hacia la barcaza.

Él se estiró sobre los ladrillos. Le ardía mucho el hombro y sentía como si una oreja le hubiera crecido más que la otra. Poco a poco empezó a recuperar la sensibilidad en los pies y a sentirse entero.

Quiso decirle algo al hombre del salvavidas, pero éste se limitó a mirarlo extrañado, como si estuviese decepcionado por haber fallado un lanzamiento, sobre todo en vista de lo que acababa de pescar.

El otro gemelo volvió balanceando una costrosa toalla con el nombre «Peabody Hotel» bordado en ella. Estaba endurecida por la grasa del motor, y olía a diesel. Se la lanzó y se quedó junto a su hermano como si no estuviera seguro de lo que debía hacer a continuación. Él se sujetó la toalla alrededor de la cintura, y trató de encontrar las palabras precisas para decir lo que quería sin que ninguno de ellos perdiera demasiado tiempo. Los gemelos tenían treinta y pico años y vestían unos tejanos grasientos y unas botas igual de grasientas. El que había traído la toalla llevaba una camisa vaquera verde, pero su hermano llevaba una camiseta azul pálido con las mangas cortadas y el nombre «UCLA Tennis Team» serigrafiado al frente. Permaneció tendido unos momentos pensando en qué decir, con los dedos metidos en el agua y mirando alternativamente las caras largas e inmóviles de los gemelos.

—Te devolveré la toalla —dijo, y miró la playa de grava. Trató de estirarse y notó que el pecho y la espalda le dolían donde le había arañado la pértiga. Miró a los gemelos esperanzadamente. El hermano que había ido por la toalla sonrió, pero el otro parecía ceñudo, mientras sujetaba el salvavidas con una mano.

—Gracias por haberme salvado la vida.

—No creo que lo volviera a hacer —dijo el hermano que no sonreía.

Él trató de valorar la amenaza implícita, luego lo dejó y cojeó por los ladrillos, con la toalla alrededor de la cintura y el sol empezando a arderle en los hombros.

Había varias pisadas de barro estampadas en sus pantalones, y uno de sus calcetines había sido mandado de una patada hasta el borde del agua. Examinó la playa y el paseo, donde se veían unos coches. El autobús se había marchado. Unos cuantos conductores lo miraban haciendo comentarios inaudibles, y él empezó a ponerse la ropa.

Una furgoneta se detuvo junto a la acera; era una Chevrolet azul con una funda de plástico delante del radiador. Los pasajeros lo miraron detrás de sus gafas de sol, diciendo algo y señalándole discretamente. De repente se abrió la portezuela y se asomó una chica menuda con largo pelo rojizo y el vestido rosa de los domingos; llevaba una cámara fotográfica apretada contra el estómago, sacó una fotografía y volvió a desaparecer en el interior del coche. Los pasajeros sonrieron y asintieron con la cabeza, y se quedaron allí sentados un momento viendo cómo se vestía, igual que si esperaran a que les dirigiera algún gesto. Pero como él parecía ignorar su presencia, se mostraron satisfechos, arrancaron y se perdieron entre el tráfico.

Volvió cuesta arriba camino de la estación de autobuses. Se notaba agotado. El que picaba los billetes le recibió con una sonrisa grasienta, miró por encima del hombro en dirección al reloj de pared y lo señaló de modo significativo.

Él apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y miró la vieja claraboya lechosa, tratando de olvidarse de todo. Desde la cercana estación de tren llegó el sonido de un altavoz que dijo algo ininteligible, y al cabo de un instante oyó un tren que hacía vibrar el andén, se detenía unos minutos mientras él oía un silbido de los cilindros de los frenos, y luego se ponía lentamente en marcha para perderse en los sonidos del día.

—Iba al colegio —decía Beebe— con una chica de Belzoni. Luego se casó con uno que había estudiado en Meridian. Era encantadora, tenía el cutis de su madre y unos pechos perfectos. Se casó con ese chico, que se llamaba Morris Spaulding. Y Morris la llevó a Meridian y se puso a trabajar en la agencia Dodge de su padre, y lo siguiente que supimos de ella fue que la hacía bailar en un horripilante espectáculo ambulante por Alabama, mientras él se quedaba entre el público haciendo vete a saber qué. Y todo porque era encantadora y dejaba que él tomara todas las decisiones. Me temo que eso no está en mi línea, Newel, ni siquiera por ti.

—No sé de qué me estás hablando —dijo él—. ¿Quién te dijo que me contaras eso? ¿A quién le importa?

8

En el verano de 1951 habían ido en el Mercury de su padre desde Jackson hasta Memphis, y el primer día se quedó sentado con su madre en el hotel Chief Chisca mirando la avenida Union y suspirando, mientras su padre salía a visitar a sus clientes bajo el calor. Y por la tarde fueron en el coche por la avenida Union y doblaron una calle y se detuvieron delante de una casa blanca con persianas azules donde su padre conocía a un hombre que se llamaba Hershel Hoytt y vendía uvas. Dentro de la casa, este hombre llevaba puestos unos pantalones de golf, sostenía en la mano un palo de golf, y tenía unas gruesas gafas de montura negra en su cara como de cigüeña. Se sentaron alrededor de la mesa redonda de la cocina y bebieron bourbon y rieron y cantaron y comieron espaguetis con salchichas de Frankfurt. Después le enseñaron una habitación donde había una cama enorme con una colcha blanca de encaje, y le dijeron que se fuera a dormir. A las dos de la mañana estaba dormido con la luz del techo encendida, cuando se abrió la puerta y entraron su madre y su padre y se quedaron junto a la cama y lo miraron y dijeron que era guapo (por entonces ya se había despertado) y luego lo movieron con cuidado antes de acostarse ellos mismos y quedarse dormidos. Y el niño estaba tumbado en la cama, y los tres estaban tumbados de través sobre la cama de aquella habitación tan pequeña con el globo de luz en forma de ensaladera encendido, y les olía la respiración y les oía el aliento y recordaba sus cánticos, y se puso a escuchar cómo aquella extraña

casa se quedaba en silencio hasta que se echó a llorar y se fue de la casa.

9

Tomó la avenida Union para volver a la ciudad, y anduvo y anduvo y llegó a los ladrillos rojos que descendían hasta el río, y se acercó al agua de donde subía un hedor horrible a petróleo y a verdura podrida, y volvió al paseo y se dirigió nuevamente hacia la ciudad, y llegó al hotel Peabody, donde su padre decía que se alojaban los ricos cuando venían a Memphis. Y en el descansillo del primer piso se durmió detrás de una gran maceta.

Se despertó a las siete de la mañana siguiente y miró el vestíbulo de abajo desde la entreplanta y vio que había gente alrededor del estanque circular de la amplia sala con pequeños paquetitos de galletas saladas en la mano y mirando la hilera de ascensores con espejos dorados en sus puertas. Y al poco tiempo se abrió la puerta de un ascensor y salió un negro con una chaqueta blanca de camarero seguido de seis patos comunes que iban en fila detrás de él. Y cuando el negro llegó al estanque y se detuvo a su lado, los patos se metieron dentro y empezaron a moverse y a soltar cuacuás y a comer las galletas que les tiraba la gente, hasta que todo el mundo se fue y quedaron bolsitas rojas y blancas flotando en el agua con los patos, que el negro se volvió a llevar.

Cuando nuevamente se encontró con ellos, que estaban esperándolo en el Chef Chisca, su padre dijo que nunca volverían a beber, y que el negro sacaba todos los días a los patos a las siete en punto y volvía con ellos a las cinco de la tarde y se quedaba junto al estanque y luego los patos salían del agua y seguían al negro y se metían en el ascensor y subían al terrado y bajaban y se instalaban en sus nidos de paja y esperaban hasta que volvieran por ellos. Una vez, dijo, un tipo de Arkansas le dio a uno de los patos un pequeño cristal de cianuro. Y cuando murió, cosa que no tardó mucho en ocurrir, los otros patos no volvieron a bajar en un mes. El negro iba en ascensor hasta el terrado y se quedaba junto a sus nidos y los esperaba, pero ellos no querían seguirlo. Se limitaban a hacer cuácuá, cuá-cuá, como si fuera él quien los había traicionado. Al cabo de un mes de hacerle cuá-cuá al negro y de permanecer echados en sus nidos el día entero engordando cada vez más, cuando aquél apareció con una chaqueta de diferente color y se detuvo junto a sus jaulas, salieron y lo siguieron como siempre habían hecho. Y poco después, le contó su padre, mirando por la ventana del Chef Chisca hacia la avenida Union, el negro volvió a ponerse su chaqueta blanca y los patos ya no recordaban que creyeron que los había traicionado.

10

—Me recuerdas a alguien —dijo Robard, escupiendo por la ventanilla.

—¿A quién?

—No lo sé, a una estrella de cine, o a alguien así.

Recorrieron el dique y doblaron y siguieron durante un centenar de metros por encima de otro camino para tractores hasta donde la carretera tomaba la dirección opuesta. Una trilladora roja estaba atascada en un campo pegado al dique. Un cable la sujetaba a un pesado tractor Fordall, pero al tirar de ella, éste se había hundido en el barro y las dos máquinas se cocían al sol. A su alrededor las plantas estaban ennegrecidas y resacas. Habían hecho una plataforma de tablas y cartones para poder caminar por encima del barro y había señales de pasos en ella. Pero el tractor y la trilladora no se habían movido ni un centímetro. Finalmente renunciaron a moverlos y dejaron todos los palos y cartones y tablas debajo de las ruedas.

—¿Por qué traen máquinas pesadas a un campo tan fangoso? —quiso saber él.

Robard dejó que la camioneta descendiera dando tumbos hacia el río.

—Supongo que querían recoger el algodón —argumentó.

—Podrían haber tenido más cuidado. ¿Por qué no lo mandaron todo a la misma mierda?

—Para eso hay que tener imaginación —dijo Robard, pensativo—. Y no es algo que aquí abunde mucho.

La carretera se ensanchó y trazó una curva hacia el interior del dique, luego se dirigió hacia el norte cruzando otro campo de algodón que estaba arado y seco a la espera de que lo plantaran. La camioneta se metió en un bosquecillo de arces y sicomoros detrás del cual se podía divisar el resplandor del lago y las primeras construcciones del campamento. La carretera seguía recta y pasaba debajo de un cartel de madera que tenía DINKLE LAKE CAMP pintado en rojo. En medio de la carretera los restos podridos de un perro, y unos sesenta metros más lejos el campamento, que era un círculo con cinco cabañas rectangulares de techo verde, la primera de las cuales, según parecía, estaba formada por dos pequeñas juntas, mientras que las demás bajaban hacia el lago describiendo un semicírculo, y los pilotes sobre los que se levantaba la última estaban hundidos en el agua estancada. Delante de la primera cabaña habían puesto dos escuadras de las que colgaba una bomba de la segunda guerra mundial sujeta por unas cadenas, todo pintado de blanco. Detrás de las cabañas más pequeñas, entre los arces, se distinguía un conjunto de caballetes para serrar, dos caravanas de techo redondeado de chapa, y los restos de un autobús escolar amarillo cuyo chasis descansaba sobre la hierba y cuyas ventanillas sin cristales tenían cortinas de tela gruesa. El lago era una superficie alargada de color plomizo que se extendía de norte a sur. La isla estaba a unos quinientos metros, y parecía cubierta de una densa vegetación de zumaques y sauces que ocupaban hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones. Aquello le pareció una especie de insulto, y pensó que debería dar la vuelta y tratar de olvidar toda la historia.

—No merece mucho la pena —dijo, mirando el lago.

—Todavía no hemos llegado —le advirtió Robard, pasando con las ruedas por encima de los restos del perro muerto.

Seis galgos negros y color canela salieron de debajo de la primera cabaña y se pusieron a ladrar con gran estruendo. Robard condujo por encima de la hierba e hizo sonar el claxon, lo que hizo que los perros ladraran con más fuerza.

—Te comerían vivo —dijo, mirando inexpresivamente a los galgos.

—Vuelve a tocar el claxon —le indicó él.

El embarcadero estaba en la orilla; era una balsa construida con bidones de petróleo y neumáticos de coche con tablas por encima atadas con cuerdas, que flotaba detrás de la última cabaña. Había un bote de aluminio amarrado a él, inmóvil en el agua.

Un viejo salió al porche con techo de metal ondulado, llevando una escopeta de dos cañones y un bastón de fresno. Los perros no lo vieron y continuaron ladrando y rascando la tierra hasta que llegó junto a ellos. Tenía aspecto de estar enfadado por todo aquel ruido, y le dio un bastonazo en las costillas al perro que tenía más cerca, que se alejó cojeando. Los demás se callaron inmediatamente y volvieron corriendo a la casa mientras el perro herido seguía alejándose sin apartar la vista del bastón, hasta que el viejo le propinó otro golpe en las patas traseras que lo mandó rodando hasta los sicomoros.

El viejo se apoyó en el bastón, reafirmó su mano en la escopeta y se dirigió cojeando hacia la camioneta, mirando primero la caja y luego el interior de la cabina. Era calvo y llevaba una ropa color caqui limpia pero demasiado grande para él, y una delgada cadena en el cuello sujeta a un disco de plata con un agujero en el centro que parecía enterrarse en el interior de su garganta. Cuando quedó satisfecho con el contenido de la camioneta, volvió a apoyar el bastón en la cadera y se llevó el dedo al disco plateado.

—¿Qué queréis, muchachos? —preguntó, con una voz chirriante, mientras hacía balancear la escopeta sobre su hombro.

—Quisiera ver a P. H. Gaspereau —dijo Robard.

—Soy yo, ¿qué pasa? —dijo el viejo, llevándose el dedo al disco, que atrapó un rayo de sol.

Robard sacó el periódico por la ventanilla para que el viejo viera el anuncio.

El viejo leyó atentamente lo que le señalaban, luego levantó la cabeza.

—¿Y ése qué quiere? —Entrecerró los ojos, como si les diera el sol.

—Pregúnteselo a él —respondió Robard—. Lo he traído desde la parada del autobús. —Y plegó cuidadosamente el periódico.

—Quiero ir a la isla —le informó él—. Beebe Henley me dijo que le telefonaría. Mi nombre es Newel.

—Pero de eso hace ya un jodido mes —soltó Gaspereau, sin dejar de mirarlo.

—Me he retrasado.

—Le dije que vinieras, pero ya hace cuatro semanas de eso.

—Le pagaré —dijo él—. Y si no, me tiraré a ese maldito lago e iré nadando.

Robard lo miró con aire incómodo.

—El que me paga es Mr. Mark Lamb, no tú. —Gaspereau señaló la isla con el cañón del fusil—. No podrías llegar nadando.

—¿Y qué hay del trabajo? —preguntó Robard.

—¿Cómo te llamas?

—Hewes.

—¿De dónde eres? Llevas matrícula de Arkansas, ¿no? —El viejo se dobló un poco como si tratara de ver la parte trasera de la camioneta sin moverse de donde estaba.

—De California —le hizo saber Robard, mirando hacia adelante—. Me crié en

Helena.

—¿Conoces a alguien allí? —preguntó el viejo.

—No.

—Entonces, ¿por qué has vuelto? —dijo Gaspareau, con una voz que parecía salir de lo más profundo de su garganta.

—He trabajado de guardagujas en la Missouri Pacific.

—Valiente trabajo de mierda —dijo el viejo con voz agria—. ¿Y por qué lo dejaste?

Robard contempló el volante.

—A mi mujer le gustaba California —dijo.

—Pero quiso volver, ¿verdad?

—No exactamente.

Una sonrisa separó los labios húmedos del viejo, entre los que asomó una enorme lengua.

—Los asquerosos negros se han apoderado de todo —dijo.

Desde detrás de Robard, miró la boca de Gaspareau y el disco metálico alrededor del cual la piel, toda arrugada y erosionada, parecía la base de un volcán.

—Necesito ese trabajo —dijo Robard.

—¿Vino ella contigo? —quiso saber Gaspareau.

—No.

Gaspareau apretó con más fuerza la escopeta.

—También yo la habría dejado plantada.

Robard miró a Gaspareau y sonrió.

—Vengo por ese trabajo —insistió.

El viejo perdió su buen humor.

—Pero no conoces a nadie en la ciudad, ¿verdad?

—Le daré el nombre de una persona de Hazen —dijo Robard—. Si eso no es bastante, dele el trabajo a Newel.

Gaspareau parecía exasperado.

—¿Cómo se llama?

—Rudolph —dijo Robard.

—¿Sabes usar una pistola? —El viejo apoyó la escopeta contra la puerta de la camioneta y cogió el bastón que tenía apoyado en la cadera.

—Sé apuntar y apretar el gatillo —dijo Robard.

Gaspareau pareció insultado.

—No me toques los cojones —le espetó—. De todos modos, el que te va a contratar no soy yo. Es él. Sé dónde encontrar a alguien que sepa disparar.

—¿Y dónde es? —preguntó él, asomándose por detrás de Robard y acercando la cara a la ventanilla para molestar al viejo.

Gaspareau sonrió y se tapó la garganta con el dedo.

—¿Has visto a esos dos chicos con pelo de estopa sentados junto a aquella nevera

tan grande?

Él no recordaba haber visto a nadie así, aunque Robard asintió con la cabeza.

El viejo les lanzó una mirada astuta y enseñó unos dientes color caoba.

—El más alto de esos chicos mató a un hombre hace un año. Un hijoputa que formaba parte de una pandilla de Mississippi y trató de entrar en una de mis cabañas. —El viejo miró la cabaña como si quisiera asegurarse de que seguía allí—. Lo liquidó como a un conejo con un rifle del veintidós. Lo mandé con una nota sujeta con un alfiler a la camisa, pero el viejo me lo envió de vuelta.

—¿No va a quitar de ahí ese perro muerto? —preguntó él, tratando de ver más allá de la cabeza de Robard.

Gaspareau dejó de sonreír y volvió a coger la escopeta y se la apoyó en el codo.

—No lo voy a quitar —dijo lentamente—. Lleva ahí un mes. Si tratara de quitarlo, se desharía. Pero te prestaré una pala, y si tanto te importa, puedes quitarlo tú.

—No me gustan los perros —dijo él, y se apartó de la ventanilla.

—Pues ése no va a morderte —bromeó Gaspareau, antes de pensar en otra cosa—. Aparca junto a la última cabaña, y apeaos. —Señaló con el cañón de la escopeta el embarcadero y se encaminó hacia la casa, cojeando.

Robard metió la marcha atrás, fue hasta debajo de los sauces y aparcó junto a un Continental color marrón con matrícula de Mississippi.

—¿Todavía crees que te quiero quitar el trabajo? —preguntó él.

Robard le miró seriamente.

—Con esa boca que tienes sólo conseguirás que te den patadas en el culo —respondió, echándose hacia adelante para buscar en la guantera—. No es bueno ser tan bocazas. Ese hijoputa te pegará un tiro o mandará a uno de esos chicos que te lo pegue, y nadie saldrá ganando.

—A no ser tú, ¿verdad? —dijo él.

Robard sacó un gran destornillador de mango naranja transparente, se apeó, y empezó a desatornillar la matrícula.

—Si lo quieres saber —declaró, con un tornillo en una mano y a punto de empezar con el otro—, prefiero mantenerme aparte de todo esto. Las balas, y todo lo que se les parezca, no me interesan en absoluto. —Alzó la vista significativamente.

—Cuando empiezo algo me gusta terminarlo —dijo él, mirando los agujeros oxidados—. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No —contestó Robard—. Yo siempre quiero dejar las cosas. Me ponen nervioso, como algo que va a pasar y no sabes lo que es.

Él contempló a Robard, quien luego de envolver la matrícula en el periódico la dejó debajo del asiento.

—Si fueras listo, pensarías lo mismo que yo —dijo.

Robard sonrió y se dirigió hacia el embarcadero.

Se quedó escuchando el sonido del follaje de los arces. Distinguió la silueta de un venado que se mantenía inmóvil delante de la barrera de zumaques y cipreses al otro lado del lago. Paseó la vista por la orilla buscando un claro donde Gaspareau pudiera acercarse su bote, pero los árboles parecían formar una muralla compacta a lo largo de todo el lago, y no consiguió imaginar cómo podría atravesarla el bote y alcanzar la orilla.

Robard estaba de cuclillas junto a la estaca de amarre y fumaba y dejaba que le cayera la ceniza en el dobladillo del pantalón.

Se oyó un portazo y Gaspareau cruzó el terreno cojeando, sin la escopeta, pero con un revólver plateado metido en una cartuchera rojiza sujeta al cinturón. Llevaba un gran sombrero de paja con una visera de plástico verde bajada sobre la cara de la que sólo era visible de la nariz para abajo. Robard lo miró con atención, pasó sus ojos por la pistola de Gaspareau, y volvió a contemplar inexpresivamente el lago.

Gaspareau llegó al embarcadero, se subió al bote y empezó a accionar enérgicamente con el pie la bomba de gasolina.

—¿Alguien necesita mear? —preguntó, y su cara se crispó y un extraño sonido salió de la base de su garganta.

—¿Listos? ¿Puedo soltar? —dijo Robard, junto a la estaca de amarre.

—Lo estaremos en cuanto ese caballero se suba.

—¡Sube, Newel! —gritó Robard.

—¿Dónde? —dijo él, mirando sin expresión el bote.

Gaspareau se apretó la garganta con el puño y pareció que la voz casi le salía por la boca.

—¡Mueve el culo y sube! —dijo, mirando furiosamente.

—¿Vienes o te quedas? —preguntó Robard, y se apoyó en la estaca de amarre, empujando hasta que el bote se alejó del embarcadero, con el viejo sentado en la popa.

—¡Olvídate de ese hijoputa! —gritó Gaspareau, poniendo en marcha el motor. Luego extrajo del bolsillo unas antiguas gafas de aviador de goma, se las colocó en la cabeza, y volvió a ponerse el sombrero.

—¡Newel! —gritó Robard.

—Ya voy. —Avanzó por el agua recalentada por el sol y trepó por la borda del bote donde ahora se encontraba Gaspareau, quien hacía sonar el motor lo más fuerte que podía.

—¡Suelta ya la cuerda, Hewes! —gritó Gaspareau, y su voz apenas se imponía al ruido del motor—. ¡Suéltala ya, maldita sea!

Robard tiró del bote a lo largo del embarcadero y saltó dentro, y avanzaron furiosamente por el lago en dirección a la muralla de árboles inmóviles.

Robard iba sentado en la proa del bote, inclinándose hacia la borda para proteger su cigarrillo. Gaspareau aceleró y se sentó encima del motor, con el revólver apoyado en el estómago y el cañón apuntando entre sus piernas. Él se había instalado lúgubramente en el centro, contemplando el venado que había visto asomar entre los árboles. En el momento en que se puso en marcha el motor, el venado miró unos instantes en su dirección para desaparecer de inmediato en la espesura. Pero cuando el bote empezó a avanzar por el lago, reapareció, el hocico tendido hacia el bote, y trotó hacia el agua. Al poco tiempo lo único visible en la superficie era su cabeza, mientras nadaba hacia la otra orilla. Él observó al venado que avanzaba con dificultad y mantenía la cabeza bien derecha, subiéndola y bajándola de modo regular como si buscara la seguridad de tierra firme. Sintió que Gaspareau le daba un golpe en la espalda, se volvió y vio que el viejo señalaba la cabeza del animal con el bastón, gorgoteando algo por el agujero de su garganta. Por un instante pensó que le estaba proponiendo que cazaran al venado, y negó con la cabeza, lo que motivó que Gaspareau volviera a señalar al animal con su bastón y frunciera el entrecejo como si no le hubiera entendido. Gaspareau dirigió el bote a la orilla contraria pasando entre el venado y los árboles, y él decidió que el viejo no tenía intención de perseguir al animal, sino que todo lo que quería era mostrárselo. Le dirigió a Gaspareau una mirada conciliadora y volvió a seguir al venado con la vista. Éste ya había llegado al centro del lago y sus subidas y bajadas eran más regulares y articuladas, como si se sintiera protegido de lo que le había empujado a huir de la orilla. Robard señaló con el índice en dirección al animal y durante un rato los tres lo observaron en silencio mientras el bote resoplaba y se ahogaba, acercándose a la orilla de la que se alejaba el venado. Y de repente, éste desapareció. Cuando su cabeza alcanzaba el punto más alto de sus regulares ascensos, pareció que una terrible fuerza lo aspiraba hacia el fondo sin haberle dado tiempo para respirar, o como si la fuerza fuese tan irresistible que el venado, sin debatirse, hubiera renunciado a vivir dejando únicamente en la superficie del lago, sobre la cual su cabeza brillante había avanzado con una calma casi absoluta, las suaves ondas que lo seguían a medida que avanzaba.

Gaspareau continuó a toda máquina. Se volvió hacia la ininterrumpida hilera de árboles y se bajó el sombrero sobre las gafas de aviador.

Él dejó de mirar a Gaspareau y dirigió la vista hacia donde nadaba el venado, como si esperara verlo aparecer con la cabeza alzada hacia el cielo después de haber escapado de los tentáculos de un monstruo. Pero nada de eso ocurrió y mientras examinaba atentamente el agua, empezó a dudar acerca de dónde había desaparecido el venado en relación a la posición del embarcadero. Su mirada iba y venía regularmente entre el sitio que creía reconocer y un punto situado más allá, como para compensar la velocidad del bote, pero no consiguió ver ni reconocer nada. Se

volvió y miró a Robard, que parecía impasible, agachado en la proa, ocupado en encender una cerilla al abrigo del viento.

Gaspareau redujo la velocidad, dirigió la proa hacia los árboles y dejó que las ondas que levantaban los empujaran por entre los tocones y los puntiagudos cipreses, hasta que Robard consiguió agarrar uno de los troncos y amarrar el bote. Gaspareau detuvo el motor y sacó la hélice del agua, cogió un remo del fondo y se puso a remar con una mano. Él distinguió vagamente un canal entre los árboles, y más allá el yugo de popa de otro Arkansas Traveler amarrado con una cadena a un tocón pintado de rojo. La orilla estaba despejada y se extendía unos diez metros hasta el pie de un montículo, encima del cual pudo ver el parabrisas de un jeep, protegido por los árboles.

Gaspareau hacía avanzar el bote apoyando el remo en el fondo mientras Robard lo guiaba. Cuando la proa quedó encima de un banco de arena el viejo le dio un remazo en el costado.

—Tira de nosotros hasta allí, Newman, de todos modos ya estás mojado. No te vas a morir por ello.

Él saltó al agua, que era más fría y más profunda que en la otra orilla, y tiró del bote hasta que éste quedó sobre el bajío.

—¡Suficiente! —le indicó Gaspareau—. Tengo que bajarme. —El viejo se quitó las gafas de aviador y lo miró—. ¿Qué ha sido del venado? —preguntó—. No estaba mal, ¿verdad? —Y se frotó los ojos con los nudillos.

—¿Qué le pasó?

Gaspareau sonrió.

—Un caimán —dijo—. Un caimán que se acercó a él por debajo y lo atrapó. Ya lo había visto otras veces.

—Pero no lo tragó —musitó él, incrédulo—. No lo tragó, ¿verdad?

—No, no lo tragó, ¡lo cogió *con* la boca! —dijo Gaspareau—. ¡No tienen la boca tan grande! Lo cogió por una de las patas traseras y lo arrastró hasta el fondo, como hacen las lubinas con los renacuajos. Por eso a los venados no les gusta nadar por ahí.

Él trató de imaginar un reptil lo suficientemente grande como para llevar al fondo a un venado de ochenta kilos igual que a un vulgar renacuajo, pero no lo consiguió.

—Cuando el río cambió de curso —explicó Gaspareau, que todavía se restregaba los ojos—, dejó a todos los peces en el lago, y los grandes se hicieron más grandes de lo que debían. La gente renunció a pescar con palangres y por eso no cogieron a ningún caimán, y los caimanes siguieron comiendo barbos, y pronto se convirtieron en malditos caimanes gigantes.

—¿Pero un venado? —dijo el hombre, sin comprender.

—Los he visto volcar barcos y hacer todo tipo de putadas —soltó Gaspareau—. Un venado para ellos no es nada.

Él miró al viejo, intentando leer la verdad en su rostro.

—¿Ves ese jeep? —preguntó Gaspareau, señalando el montículo con el bastón.

Él miró con escepticismo hacia el jeep.

—Es el del viejo. Tiene la llave puesta. Si consigues ponerlo en marcha podrás ir hasta la casa en coche. Si no lo consigues, tendrás que recorrer cinco kilómetros a pie. Hewes, dile a Mr. Lamb que eres el último hombre que le mando. Seguro que te contratará. —Robard asintió con la cabeza—. En cuando a ti, Newman, no sé lo que le vas a contar —dijo Gaspareau, con desagrado.

—Newel —lo corrigió.

—Da lo mismo. Es muy especial con los que vienen a verlo y con cuándo vienen.

—Si no le gusto, puede darme una patada en el culo —dijo él, con ganas de partirle la boca a Gaspareau—. ¿Qué espera para volver con ese bote de mierda?

Gaspareau dejó caer la mano sobre la culata de su pistola y sonrió.

Él empezó a caminar hacia el jeep, alejándose del viejo.

—¡Sácame de aquí, Hewes! —gritó Gaspareau.

Robard empujó el bote, que se deslizó por el canal, mientras el viejo se ajustaba las gafas debajo de la visera del sombrero. Gaspareau puso en marcha el motor y llevó el bote en marcha atrás entre los últimos tocones, luego aceleró y lo lanzó por el lago cara al sol.

Desde el jeep, él vio la proa del bote que cortaba el agua y la popa casi hundida por el peso del viejo.

Robard se sentó y lo miró, pasándose la mano por el pelo.

—Voy a decirte una cosa —dijo cansinamente, metiendo la bolsa de ropa en el maletero—. Vuelve a portarte con alguien igual que con ese viejo idiota, y te matará.

Él miró enfadado al viejo que se alejaba por el lago como un insecto, mientras el motor gemía en la distancia.

—Se ha comportado como si yo fuera un jodido *parvenu*.

—No sé lo que es eso —dijo Robard, que se esforzaba por arrancar—. Pero cuando empiece el tiroteo, no me gustaría estar tan cerca de ti. Muerto, ya no serviría para nada.

—Pues mantente lejos si quieres, a mí me importa una mierda —le espetó él.

—Lo haré —dijo Robard—. Será exactamente lo que haré.

El jeep siguió un sendero que se alejaba de los sauces para entrar en una pradera recién segada, al otro lado de la cual había otra hilera de árboles. El camino estaba cubierto de rodadas húmedas y los neumáticos derrapaban haciendo que el jeep se moviera de un lado a otro. La bruma se había disipado y el cielo blanco amenazaba lluvia, mientras nubes dispersas se acumulaban y el sol se apagaba detrás de los árboles.

Robard conducía con los antebrazos apoyados en el volante y miraba hacia el

bosque que se veía más allá de la pradera segada.

—Una vez vi algo parecido a lo de ese venado —dijo—. Estaba al borde del lago, en Lee Vining, con una caña de pescar, y acompañado de otro sujeto. Nos quedamos un rato preguntándonos si merecía la pena seguir allí o no pues no se movía nada. Y no había ninguna razón para que los peces no picaran. Entonces Ralph buscó en su bolsa y sacó una rebanada de Wonder Bread y la tiró al agua. Enseguida vimos unos pececillos que se acercaban al pan y mordisqueaban la corteza, lo justo para agitar el agua. Nos quedamos allí mirándolos porque eran demasiado pequeños para nuestros anzuelos, y además queríamos atrapar un pez grande. Los pequeños siempre aparecen antes que los grandes, por eso se pescan tantos pequeños y tan pocos grandes de verdad. Los grandes son más listos. De modo que nos quedamos allí, observando. De pronto apareció un quebrantahuesos e hizo una pasada por encima del pan, limitándose a mirarlo. Luego volvió a pasar volando y otra vez lo miró. Luego remontó el vuelo y se dejó caer sobre el pan con las garras estiradas delante de él. Y justo en el momento preciso en que llegó al pan, ¡zas!, apareció una trucha arcoiris enorme y cogió la rebanada y se la tragó en un abrir y cerrar de ojos. El quebrantahuesos le clavó las garras, pero tuvo que dejarla porque la trucha era demasiado grande para él, y enseguida se perdió de vista.

—¿Has encontrado a alguien que se creyera esa historia?

—Bueno —dijo Robard, mirando el bosque—. Lo cierto es que yo lo vi. Me basta con eso. Aunque no diría que me gustó demasiado; de hecho sólo es un recuerdo que me gusta tener. Lo cierto es que las situaciones no eran iguales. Ese quebrantahuesos eligió algo demasiado grande para él. Pero ese venado no pudo elegir. Se podría decir que fue una víctima.

—¿De quién? —murmuró él, sujetándose al borde del parabrisas para mantener el equilibrio.

—De sí mismo. —Robard sonrió.

—¿Y qué sentido tiene para ti una historia como ésa?

Robard apartó los antebrazos del volante, después se enderezó.

—No lo sé —dijo, vacilando—. Sólo fue algo que sucedió, de modo que supongo que para mí tiene sentido.

Él se volvió hacia Robard y preguntó:

—¿Te sirve de algo?

—¿Y para qué me iba a servir? —dijo Robard con voz triste.

—Para ayudarte a tomar una decisión.

—¿Como cuál? —dijo Robard, dirigiendo el jeep hacia el campo para evitar una topera—. Ya me cuesta trabajo acordarme exactamente de lo que hice ayer —dijo, tratando de ver por encima del capó para volver al camino.

—No te creo —dijo él—. Haces como que eres tonto para aprovecharte mejor de la gente. Pero a mí no me engañas.

—Newel, creo que por hoy ya has hablado lo suficiente.

—No lo creo —dijo él, volviendo a mirar a Robard—. Eres astuto.

—Bueno, pues entonces dejémoslo así. Si fuera tan jodidamente listo, ¿por qué iba a ser tu chófer en esta maldita isla donde no se me ha perdido nada?

—Podría preguntarte lo mismo —dijo él.

—Entonces, ¿por qué no me lo preguntas y me dejas en paz? —le espetó Robard.

—Porque —argumentó él— podrías ser mi oportunidad.

—En el mundo hay muchísimas personas que se tirarían al río si creyeran que yo era su oportunidad para algo. Y a veces, hasta creo que yo soy una de ellas.

14

El camino dejaba la pradera y se internaba en un bosque de álamos, después seguía por otra pradera. El sol estaba bajo y brillaba entre los árboles, dorando la hierba y formando líneas de sombra en el bosque. Al norte del camino habían segado la hierba y delimitado una especie de trapecio con estacas de agrimensor y reflectores rojos de bicicleta. En el lado más cercano, un mástil de hierro sujetaba una veleta gris que daba vueltas con la brisa, y al final del terreno se alzaba una cabaña alrededor de la cual habían dejado crecer la hierba. Unos cuervos se pusieron a armar alboroto cuando el jeep salió de la espesura, y uno a uno dejaron la hierba alta y volaron en dirección a los árboles.

Detrás de aquella especie de pista de aterrizaje los bosques se abrían en dirección a un robledal, a cuya sombra se levantaba una barraca alargada de madera verde, techo de tablas y ventanas cuadradas. El suelo de la casa se alzaba del terreno hasta la altura de un hombre sobre unos pilares piramidales de cemento, con escaleras de madera en los extremos. Un poco alejadas de la casa había otras tres construcciones; él identificó fácilmente una de ellas como los servicios, situados a unos veinte metros de la escalera norte. Las otras dos resultaban menos reconocibles, aunque supuso que una, con un pequeño porche y un depósito de propano, servía de habitación, y la otra, un recinto de metal acanalado, parecía un depósito de herramientas.

El camino se dividía en dos; uno de los ramales describía un arco hacia la izquierda, y el otro seguía recto antes de desviarse y volver a unirse al primero de forma tal que ambos ramales se unían junto a la escalera sur de la casa. Robard cogió la recta, luego frenó cuando el camino giraba en dirección a la casa, y dejó el motor en marcha, aunque haciendo el menor ruido posible.

El sol casi había desaparecido. La pálida luz adquiría un color aceitunado al atravesar los bosques y sólo un estrecho rayo final se posaba en la casa, cuyas tablas brillaban con un verde muy vivo. Como si el sol poniente hubiera aislado la casa y todo lo que la rodeaba en una neutralidad lujuriente, él tuvo la sensación de una calma casi insoportable en la que nada se movería hasta la noche.

Robard detuvo el motor e infló los carrillos.

—Te dejaré que anuncies nuestra llegada —dijo, expulsando el aire.

—Llego con un jodido mes de retraso —dijo él—. ¿Crees que es una buena carta de presentación? Tú has venido a trabajar. Yo sólo soy un jodido *parvenu*.

—Vamos, entra ahí, por el amor de Dios. No hagas el tonto.

Él dirigió una mirada de pena a Robard y se apeó de un salto. Una voz, que expresaba un profundo desagrado, llegó al mismo tiempo desde detrás de la casa. Varios picotereros se pusieron a molestar a un arrendajo azul en los sicomoros, y luego volaron al otro lado de la casa.

—¡No, T. V. A.! —gritaba la voz, implorante—. Maldita sea, hijo, no des la vuelta a la cosa de ese modo. Hazla girar de la forma en que te digo.

Él miró hacia Robard con desaprobación y esperó oír la respuesta del que hacía girar lo que quiera que fuese.

—Vete a mirar detrás de la casa —dijo Robard, secamente, encendiendo un cigarrillo y tirando la cerilla al suelo.

Él avanzó hasta el pie de la escalera, se detuvo junto a uno de los pilares y miró a su alrededor.

Un hombrecillo viejo con el cuello descarnado, que llevaba un pantalón de dril y una chaqueta de pijama amarilla, estaba con los brazos en jarras al lado de un negro vestido con un mono, quien se encontraba a cuatro patas sobre una gruesa tubería de hierro que asomaba varios centímetros por encima del suelo. Junto a ellos, un cachorro pointer naranja y blanco los miraba. El negro sujetaba una enorme llave inglesa alrededor de la tubería, al nivel del suelo, la quitaba cada vez que había girado ciento ochenta grados y la volvía a ajustar, mientras el anciano supervisaba toda la operación. Notó que los dos hombres estaban muy concentrados, de modo que cada vez que el negro retiraba la llave inglesa para volver a ponerla en la posición inicial, el blanco murmuraba «Bien», y se acercaba unos centímetros más.

El perro fue el primero en advertir la presencia del intruso. Alzó la cabeza y miró un momento en dirección al recién llegado, movió el rabo una vez, y luego volvió a contemplar lo que estaban haciendo con la tubería.

Él sintió que le gustaría desaparecer de inmediato, pero siguió allí, en silencio, mientras el negro se debatía con la enorme llave inglesa y el blanco se situaba al otro lado como si quisiera ser el primero en ver el agujero en cuanto apareciera. Cuando finalmente la llave consiguió sacar un metro de tubería que se pegaba a ella como a un imán, el viejo se arrodilló, acercó la cara al agujero y se mantuvo varios minutos en esa posición mientras el negro se retiraba unos cuantos pasos y observaba la escena con aire grave.

—Maldita sea —exclamó el viejo, alzando la cabeza y secándose la nariz con la manga y volviendo a acercar la cara al agujero para examinarlo otra vez. Era como si quisiera introducir parte de ella dentro del agujero, pero al parecer éste apestaba. Se echó hacia atrás bruscamente, se volvió a secar la cara y movió la cabeza con aspecto

de desagrado.

—¿A qué huele? —preguntó el negro. Ahora estaba junto al viejo con la llave inglesa y la tubería formando un único objeto que sujetaba con una mano, mientras se pasaba la otra por su espesa cabellera.

—A mierda —dijo el viejo—. El pozo de agua está lleno de mierda, vaya por Dios. Mrs. Lamb sabía lo que decía.

El negro sacudió la cabeza tristemente y se acercó al agujero, mirándolo como si se tratara de una tumba.

—Y yo que presumía de mi agua —dijo el viejo, que seguía sentado en el suelo.

—Sí, señor, es verdad —asintió el negro.

—*Nunca* presumas de nada de lo que tengas, hijo.

—Sí, señor —se mostró de acuerdo el negro.

—Lo echa a perder todo. Hace un mes le dije a Gaspereau que el mío era un pozo jodidamente bueno, y lo venía siendo desde 1922, pero los desagües me lo han estropeado. Soy gafe.

—Eso yo no lo sé —admitió el negro.

—Pues yo sí lo sé, vaya si lo sé —dijo el viejo—. Es como si me hubiera meado en los pantalones.

El negro se volvió y miró hacia la casa. Entonces lo vio allí, y le lanzó una mirada angustiada que sugería que si miraba otra vez no quería volver a ver a nadie. Guiñó los ojos en dirección a Mr. Lamb, luego miró la casa otra vez, y luego lo miró a él de modo siniestro.

—Tenemos a alguien aquí —anunció.

—¿Qué? —soltó el anciano.

—Que ha llegado alguien.

—¿Mr. Lamb? —gritó él, alejándose unos pasos de la casa y lamentando haber hablado.

—¿De quién se trata? —gruñó el viejo, cuyos rasgos se contrajeron para ver al intruso.

—Es ese de *ahí* —le indicó el negro, señalando al viejo, que seguía sentado en la hierba, con las gafas subidas sobre la frente.

—Yo soy Mr. Lamb —dijo el viejo en voz muy alta, haciendo esfuerzos por ponerse de pie.

—Soy Sam Newel. —Su voz se interrumpió inexplicablemente.

—¿Quién es? —preguntó el anciano, mirando al negro con el mismo asombro con el que había contemplado la tubería.

—Newel —repitió él, con gran dificultad—. Beebe Henley habló con usted, creo.

—No oigo nada por este oído —dijo el anciano, palmeándose la oreja como si estuviera espantando un mosquito—. ¿Qué ha dicho, T. V. A.?

—Dice que es amigo de Miss Beebe —gritó el negro directamente en la oreja buena del viejo.

—¿Este? —dijo el anciano, visiblemente irritado—. ¿Newel?

—Así es, señor.

—Seguro que eres un buen montón de mierda, Newel —dijo, levantándose con ayuda del negro y sujetándose los pantalones con la mano mientras lo miraba con intensidad, como si se tratara de una broma que iba a terminar enseguida y quisiera ser el último en reírse—. Te esperábamos hace un mes. —Parpadeó—. Eres el picapleitos, ¿verdad?

—Así es, señor —dijo él, tratando de aclararse la voz.

—Bueno, todo el mundo necesita en algún momento a un jodido picapleitos. Aunque yo he hecho mi testamento. —El viejo echó una ojeada por debajo de la casa, y vio a Robard fumando tranquilamente en el jeep—. ¿A quién demonios has traído?

—Se trata de un tal Mr. Hewes —explicó él, tratando de dirigir la respuesta al oído del viejo que funcionaba.

—Pues no faltaba más que eso. ¿Quién demonios dices que es? Espero que no sea otro jodido picapleitos. —El anciano volvió a tirarse del pantalón y se lo subió hasta que el dobladillo estuvo a varios centímetros por encima de sus zapatillas.

—No —respondió él, inquieto, tratando de mirar por debajo de la casa y descubriendo que no podía ver con tanta facilidad como el viejo—. Viene por trabajo, creo.

—Entonces vamos a ver al muy hijoputa —dijo el anciano, sujetándose los pantalones con las dos manos.

Él se quedó mirando al negro y esperó que éste le hiciera algún signo de reconocimiento, pero el negro apartó la vista y siguió a Mr. Lamb.

Cuando llegaron al jeep, Robard se bajó, aplastó el cigarrillo en la hierba con el pie y empezó a murmurar algo inaudible.

—Óyeme bien —dijo el anciano, pestañeando en varias direcciones para subrayar lo que decía, como si ya le hubiera hecho unas cuantas advertencias a Robard—. Si quieres hablar conmigo hoy, vas a tener que hablarme por este oído, en caso contrario será mejor que no te molestes en abrir la boca.

—Me ha mandado Gaspareau —gritó Robard, mirando detrás del viejo, como si sospechara que lo habían traicionado en el otro lado de la casa.

—¿Y para qué demonios? —preguntó Mr. Lamb.

—Para ese trabajo de guarda que anunció en el periódico —aulló Robard.

El viejo le lanzó una mirada acusadora.

—No serás un asesino, ¿verdad?

Robard hizo una mueca.

—No, no lo soy.

—Gaspareau me mandó a un *asesino* la semana pasada, y tuve que despedir al muy hijoputa. Había matado a un pobre preso el año pasado sin darle tiempo siquiera a abrir la boca.

De repente Mr. Lamb se sacó la dentadura y se puso a entrechocar las dos mitades

como si tratara de eliminar un defecto exasperante.

—No quiero a jodidos asesinos en mi isla —gruñó, examinando cuidadosamente la dentadura—. Ese chico no llegará a los veintiún años, te lo garantizo.

Robard no dijo nada y volvió a mirar tristemente por encima del huesudo hombro del anciano.

El negro se alejó discretamente hacia la casa, dejó la tubería y la llave inglesa junto a uno de los pilares, luego se apoyó en él, encendió un cigarrillo y procedió a contemplar lo que pasaba desde una distancia más cómoda. Él lo miró ceñudo y esperó a que el anciano terminase de examinar su dentadura.

—Estas cosas... —dijo Mr. Lamb, terminando de examinar el armazón rosa y los dientes de porcelana—. No daría ni un centavo por una docena de ellas. Antes, cuando tenía dientes, cogía las emisiones de la WRBC con el segundo molar después de las diez de la noche. —Los ojos de Mr. Lamb brillaron en dirección a Robard y pronto se encontraron con el negro, que volvió la cara y aguantó la risa.

Robard sonrió tímidamente.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber el anciano.

Robard pronunció su nombre como si detestara oírlo.

—Bueno, pues voy a decirte una cosa, Hewes —dijo el anciano, que al fin volvió a ponerse la dentadura en la boca y empezó a hacer chocar una y otra vez y con fuerza la parte de arriba contra la de abajo—. Por el trabajo te pagaré doce dólares diarios sólo durante la semana de la temporada del pavo que empieza mañana y dura hasta el jueves que viene, aparte de comida y alojamiento. Quiero que empieces a las seis menos seis de la mañana, a menos que quieras que nos veamos las caras. —El viejo miró a Robard de un modo extraño, como si lo estuviera animando a que no aceptase—. Te daré una pistola, pero no quiero verte por ahí con ella. Quiero que la tengas porque algunos campesinos de éstos a veces aparecen por aquí para burlarse de ti. Yo no puedo hacer nada al respecto. —Se interrumpió súbitamente y clavó la vista en Robard—. No serás pariente de Gaspereau, ¿verdad?

—Hasta hace una hora no lo había visto nunca —le hizo saber Robard, apartando la vista.

—¿Estás seguro? —preguntó Mr. Lamb, cuyos ojos subían y bajaban rápidamente por la cara de Robard, examinando cuidadosamente cada uno de sus rasgos.

—Ya se lo he dicho —soltó Robard.

—De acuerdo, entonces —dijo Mr. Lamb.

—Una cosa más. Iré a Helena algunas noches.

—¿Y para qué demonios? —gritó el viejo, tendiendo la oreja por la que oía como para escuchar la excusa sin la menor interferencia.

Robard miró hacia el bosque, que casi estaba a oscuras.

—Por cuestiones personales —dijo tranquilamente.

—¿Seguro que es por eso?

—Sí, señor.

—Bien, Hewes. Te llamaré Hewes. Es como llamo a mis empleados. Ocúpate de tus asuntos. Pero en cuanto salga el sol, te ocuparás de los míos.

—De acuerdo.

—Puedes usar el bote, pero no lo dejes sin gasolina. Va a venir gente a cazar pavos y no quiero que se quede sin combustible por tus *viajes por cuestiones personales*.

—De acuerdo —repitió Robard, haciendo ademán de alejarse.

El cachorro se acercó moviendo la cola por detrás del viejo desde la hierba donde había estado tumbado, se sentó junto a sus pies y miró a Robard.

—Éste es mi perro de caza —dijo el anciano, admirando el cachorro, al que tiró de la oreja cariñosamente—. Un pointer con buen olfato. Necesito un perro con buen olfato pues yo ya no puedo ir andando de la cama al orinal.

El negro volvió a reírse ahogadamente y desapareció al otro lado de la casa con la tubería y la llave inglesa en la mano.

—¿Ves a mi perro de caza, Newel?

—Claro que sí, señor —dijo éste, echándose un poco hacia adelante y pensando en el perro aplastado en el camino que llevaba a casa de Gaspereau.

—Dile: «Me llamo Elinor» —ordenó el viejo a la perra, inclinándose para agarrar un poco de pellejo de detrás de la cabeza del animal, y riendo. Al agacharse las venas de la cara se le hincharon peligrosamente—. ¿Tienes equipaje? —preguntó a Robard, mirando el asiento trasero del jeep.

—Una bolsa —dijo Robard.

—¿Y tú, Newel?

—No, señor —respondió, pensando con amargura en su maleta abierta entre los restos de un descarrilamiento de trenes. Lo cual hizo que se sintiese como si necesitara un baño.

—Sólo sois una pareja de jodidos desechos humanos —gritó el viejo, irguiéndose y subiéndose los pantalones un poco más—. Beebe Henley me dijo que eras un jodido desecho humano.

—Alguien me robó la maleta en Chicago —murmuró.

—¿Cómo demonios lo hicieron? —dijo el anciano—. No deberías vivir en un lugar así. Esos hijoputas serían capaces de robarte hasta la camisa.

—Se la llevó un policía —explicó él.

El viejo lo miró, momentáneamente aturdido.

—Bueno, pues instálate en ese depósito del algodón de ahí. Es donde duermen todos los hombres, menos yo. Yo y las señoras dormimos en la casa, de modo que ojo con que alguien se ponga a follar sin estar autorizado. —Los ojos del viejo brillaban de modo considerable—. Hewes, empieza mañana.

—Muy bien, señor —dijo Robard, volviéndose nuevamente hacia el jeep.

—Cenaremos dentro de un rato y te diré lo que quiero que hagas. Newel, ¿qué demonios vienes a hacer aquí? —El viejo frunció el ceño y lo miró por encima de las

gafas—. No habrás venido a cazar pavos, ¿verdad? No me parece que seas cazador.

—No —dijo él, tratando de pensar en algo verosímil.

—Es lo que yo creía —dijo el anciano secamente—. Pero te voy a decir una cosa, Newel. —Hizo una pausa—. No me importa lo que hagas. Beebe me dijo que te dejara hacer lo que quisieras, así que eso haré mientras no dispires contra mí. ¿Te parece bien?

—Sí, señor —respondió él, contento de no tener que decir nada más.

—Bien —dijo el anciano—. No me gusta que las personas que andan por aquí estén descontentas, a no ser yo, que puedo hacer todo lo que me salga de los cojones. Los servicios están ahí. —Señaló debajo de la casa, donde él distinguió las tablas de abajo de los retretes—. Tendrás que caminar un poco cuando quieras mear, o aguantarte las ganas. —El viejo se echó hacia adelante y miró debajo de la casa—. ¿Conocéis la historia de aquellos dos campesinos que estaban sentados en un retrete doble? —dijo el anciano, encantado ante la idea de contar otro chiste.

Robard negó sombríamente con la cabeza y dejó lo que estaba haciendo en el jeep.

El anciano miró a los dos con suspicacia.

—Bien, esos dos viejos campesinos estaban sentados en el retrete, uno al lado del otro, y uno de ellos se levantó y empezó a sujetarse el pantalón y todas las monedas se le cayeron dentro del agujero. Entonces comienza a buscar en el bolsillo y saca la cartera y tira un billete de veinte dólares en el agujero. Y el otro viejo campesino dice: «¿Qué te pasa, Walter, por qué has hecho eso?». Y el primer campesino dice: «Wilbur, si crees que voy a meter la mano en ese agujero por veinticinco centavos, es que estás loco de remate». Ja ja ja ja. —El viejo se partía de risa de un modo tan violento que el cachorro retrocedió dos o tres metros.

Hizo todo lo que pudo por provocar la risa de los otros dos; Robard pareció apreciar el chiste y se echó a reír.

El viejo se quitó las gafas, se secó los ojos con la manga y lo miró pensativamente, sujetándose los pantalones con la otra mano.

—¿Sabes una cosa, Newel? —dijo—. No parece que te encuentres bien. Puede que necesites una purga. A Mrs. Lamb le queda algo para que te purgues, seguro. Me parece que una limpieza a fondo no te vendría nada mal.

—No le sabría decir —dijo él, sintiéndose incómodo por estar allí.

—Bueno, ¡pues yo sí lo sé! —gritó el viejo—. Y ten mucho cuidado con no despertar a Hewes cuando tengas que ir corriendo al retrete. Empieza a trabajar mañana.

Él se preguntó si no le convendría volver a la otra orilla del lago antes de que pasara el siguiente autobús. Miró hacia el campo. La luz aceitunada había desaparecido por completo, sobre el horizonte colgaban unas nubes plomizas y en el bosque aumentaba la oscuridad. Trató de imaginar el aire de Meigs Filed en aquel mismo momento. A lo lejos, en el lago, más allá de su reflejo, se podían distinguir los

diminutos puntos luminosos móviles de los botes sumidos en una oscuridad más densa, en el preciso instante en que el aire que lo envolvía todo se convertía en un líquido dulzón y hacía que entraran ganas de caminar hacia la lisa y brillante superficie del lago antes de emerger de las tinieblas. Ahora se sentía con los nervios a flor de piel. Hasta entonces nunca había creído que pudiera desear algo así, desear algo que lo hiciera invisible. Y durante unos momentos, perdido en el orden natural de las cosas, se sintió grande y frágil e indebidamente situado bajo una luz dolorosa que lo empujaba a desear agazaparse nuevamente en la oscuridad.

El viejo lo miró con una extraña solicitud.

—Me parece que vamos a tener que enseñarle unas cuantas cosas a Newel —le dijo Mr. Lamb a Robard—. No te desanimes, Newel. Aquí en el Sur no nos tomamos tan en serio como allá arriba, en el Norte. ¿No crees, Hewes?

—Supongo que sí —dijo Robard, mirándolo unos segundos, y luego dirigiendo la vista hacia la cabaña metálica que le había señalado el viejo.

—Tendré que tapar ese jodido desagüe antes de que sea noche cerrada o Mrs. Lamb caerá dentro y se romperá una pierna. ¿Me has oído, Hewes? El desagüe de los retretes ha contaminado el agua potable del pozo. Voy a tener que cavar otro.

—Lo he oído —respondió Robard, dirigiéndose a la cabaña.

—T. V. A. Landrieu los llamará a cenar de un momento a otro, así que cenaremos todos juntos y trataremos de animar a este jodido cascarrabias. Y si no, lo tiraremos al río.

El viejo se alejó hacia la casa, cojeando. Se sujetaba los pantalones con una mano y le gritó al negro que lo siguiera.

Robard lo vio bajar del jeep desde la puerta de la casa metálica.

—Ya lo has oído —dijo, mientras sujetaba la puerta con la mano.

—Ese viejo mamón. Mañana por la mañana iré a esos bosques suyos de mierda y arrancaré unos cuantos árboles y llevaré hasta el lago a todos los animales racionales. Luego los dejaré que se las entiendan con los caimanes o lo que haya ahí dentro.

Robard parecía divertido y se quedó en la puerta contemplando la luz moribunda, mientras que él se dejaba caer sobre la cama.

—Si te veo, daré la media vuelta corriendo —dijo.

—Dime una cosa. —Él apoyó los pies en el borde del catre.

—No me irás a preguntar por mis recuerdos como hiciste la otra vez, ¿verdad?

—No —dijo él, cruzando los brazos debajo de la nuca.

Robard encendió un cigarrillo, dejó que el humo saliera por la nariz y lo contempló mientras escapaba por la puerta. Luego hizo una mueca, como si le hubieran acercado una luz a la cara.

—¿Nunca te sientes cansado y con ganas de pensar en cualquier cosa que se te pase por la cabeza?

—Tengo que hacerle preguntas a quien tengo cerca —dijo él—. Y seguro que tus respuestas son mejores que las mías. —Miró a Robard, tratando de imaginar cómo se lo había tomado.

—Yo no distingo la gimnasia de la magnesia —murmuró Robard, volviendo a apartar la mirada.

—Háblame de tu familia —le pidió él.

Robard se quitó una brizna de tabaco de la lengua y miró hacia la oscuridad como si estuviera pensando en salir a dar un paseo.

—Mi padre murió —dijo bruscamente—. Se ahogó, y mi madre se casó con un indio de Sallisaw, Oklahoma. Ahora viven en Anadarko. ¿Algo más? —Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Por qué se casó con un indio?

—Ella lo es a medias —explicó Robard—. Su padre era uno de aquellos Osages de los pozos de petróleo. Le compró un Maxwell enorme, y un día tuvieron que ir en él a los bosques de Arkansas para huir de sus acreedores de Oklahoma, que querían recuperar el coche.

Los grillos cantaban delante de la puerta. Él trató de pensar en algo que decir, pero no pudo.

—Tengo una vieja foto de ellos —dijo Robard—. Se los ve en una carreta tirada por una mula, después de que hubieran vendido el coche. Ella se instaló al norte de Arkansas después de eso, hasta la muerte de mi padre. Hasta que yo me puse a trabajar en el ferrocarril, de hecho. Trabajaba en una fábrica de sostenes en Fort Smith. En cuanto yo me largué se casó con ese indio que tenía una tintorería en Anadarko. —Robard se miró la punta de los zapatos como si viera lo que estaba contando en la oscuridad que lo separaba del suelo.

—Tu padre no era indio, ¿verdad?

—Era alemán —dijo Robard, aplastando con el talón la colilla—. Durante la guerra quisieron meterlo en la cárcel en Cane Hill, internarlo con el grupo de japoneses que tenían en Fort Chaffe.

—¿Y no mantienes ningún contacto con tu madre?

—Verás —dijo Robard, mirándose la punta de los zapatos. Se había convertido en una silueta que se destacaba en la puerta abierta—. Ella se ocupa de sus cosas y yo de las mías. Es cariñosa. —Se pasó la lengua por los labios—. Creo que si yo apareciera por allí, se pondría nerviosa, pues no me adaptaría a aquello. Y además me sentiría desgraciado, y no me apetece. Me gusta vivir a mi aire. —Robard se volvió y entró en la cabaña—. ¿Por qué habré respondido a tus preguntas?

—Así podemos empezar empatados —argumentó él—. Soy la única persona a quien tomo en serio.

—Crees que te he enseñado algo —dijo Robard tranquilamente—. Pero me temo que en mi vida nadie me ha tomado nunca en serio.

Mr. Lamb meditaba sombrío sentado a la cabecera de la mesa, mientras miraba enfadado a Landrieu por la puerta de la cocina y jugueteaba con un vaso de bourbon. La puerta del porche daba directamente a una pequeña y oscura cocina que olía a guisantes preparados con melaza. El negro estaba dentro, mirando con ceño el contenido de varias cacerolas que hervían en el gran fogón de leña. A veces las cambiaba de sitio, pero sin perder de vista a Mr. Lamb, que seguía sentado con el vaso de bourbon en la mano. Más allá, pasada una doble puerta de cristales, se hallaba el gran cuarto de estar con suelo de pino y una gran chimenea, junto a la cual, sentada, Mrs. Lamb manipulaba los botones de una enorme radio plateada, contemplando las luces del dial como si estuviera viendo el horizonte de un país lejano detrás de cada minúscula ventana.

Mr. Lamb alzó bruscamente la vista y sonrió. Llevaba puesta una camisa roja de franela con mangas que casi le tapaban las manos, y un pato rojo pintado a mano a punto de tomar tierra en cada una de las puntas del cuello. Se sujetaba el pantalón con unos tirantes rojos y amarillos y tenía su escaso pelo húmedo muy peinado y pegado a la cabeza, de modo que parecía el invitado de honor a una fiesta de cumpleaños.

La primera impresión que daba el anciano era la de que su tamaño se había reducido a la mitad del que tenía una hora antes. Sus sienes parecían hundidas y sus ojos frágiles y sin color.

—Sentaos, por el amor de Dios —dijo en voz muy alta en dirección a la cocina—. Tráenos dos vasos, T. V. A.

Mrs. Lamb levantó repentinamente la vista de los botones de la radio y lanzó una mirada de desaprobación a los que acababan de entrar. Era una mujer gorda y pelirroja, con una boca muy grande, cuyos labios oscuros acentuaba con una pintura también oscura, lo que la hacía parecer latina y obstinada. Al otro lado de la doble puerta abierta, él trató de sonreírle. Mrs. Lamb estaba oyendo a Eddie Arnold cantar *Cattle Call*, y una amplia sonrisa parecía congelársele en la boca como si estuviera reviviendo un momento en el que la canción había expresado una dicha inexpresable. Él se preguntó si no se trataría de una vieja puta que Mr. Lamb se había ligado en alguna parte y traído a la isla para que lo divirtiera, y a quien había regalado la radio gigantesca con objeto de que se mantuviera en contacto sonoro con el resto del mundo.

El negro, que ahora llevaba una casaca blanca de maletero con «Illinois Central Railroad» cosido en el bolsillo y varios galones dorados en cada manga, llegó de la cocina con dos vasos, los puso sobre la mesa y desapareció en la antecocina.

Mr. Lamb cogió la botella de Wild Turkey que estaba en el suelo y se la puso a Robard debajo de la nariz.

—Mrs. Lamb me obliga a guardar el bourbon debajo del fregadero —se quejó,

con una sonrisa de circunstancias y bajando la cabeza como si esperase una reprimenda.

—Con los demás productos corrosivos —exclamó Mrs. Lamb, desde el otro extremo de la casa.

—Tampoco me deja que la ponga encima de la mesa —dijo el anciano, con la misma sonrisa de circunstancias.

Robard se sirvió un poco de bourbon y dejó la botella sobre la mesa. Él se sirvió mucho menos y dejó la botella en el suelo, junto a los pies de Mr. Lamb.

—Muy bien —dijo éste, satisfecho del contenido de cada vaso, incluido el suyo, que estaba medio lleno—. Vamos a emborracharnos.

El negro soltó una risita en la cocina.

—Es el único brindis que conoce Mark —dijo Mrs. Lamb. A él le pareció que la observación iba dirigida a su persona.

—¿Cómo dice, señora? —preguntó.

Ella le sonrió regiamente y bajó el volumen de la radio.

—Que «vamos a emborracharnos» es el único brindis que Mark conoce.

A Mr. Lamb se le iluminó el rostro. Se dio la vuelta en la silla, tendió el vaso en dirección a su mujer, y tomó un buen trago de bourbon.

—Mrs. Lamb es una mujer estupenda, muy amable —les dijo a los otros dos, con la cara roja y unos ojillos que el bourbon hizo que se le llenaran de lágrimas. Chasqueó los labios con desagrado, como si acabara de beber orina—. Hace cincuenta años que vive conmigo, y jamás hemos discutido. Me gustaría que vinieras —gritó en voz muy alta.

—Y a mí me gustaría oír este programa —dijo Mrs. Lamb, irritada.

—Quisiera presentarte a estos dos caballeros, Mr. Hewes y Mr. Newel. Mr. Newel es el novio de nuestra nieta, ¿no es así? —dijo el anciano.

—Soy amigo de ella —precisó él, bebiendo un trago de bourbon.

—Bueno, pues amigo. Dice que es amigo de ella. Ja. ¡Quisiera presentártelos!

Mrs. Lamb miró fijamente a su marido y casi al mismo tiempo les sonrió a Robard y al otro y subió el volumen de la radio para oír los últimos acordes de *Cattle Call*.

—Le regalé esa radio una Navidad hace diez años —explicó Mr. Lamb con voz lúgubre, sujetando el vaso con ambas manos—. No tenemos teléfono y se sentía muy sola con tantos hombres alrededor, bebiendo y contando mentiras. Conque le compré ese aparato que estamos oyendo, y ahora nunca se separa de él. Dentro de un minuto se pondrá a escuchar las llamadas de la policía de Memphis. Oye ese tipo de tonterías. Yo ni me entero de lo que pasa en Memphis... todo son violaciones y asesinatos y atracos. Pero cuando el alcalde era Crump, no pasaba *nada* de eso.

—Eso no es cierto —dijo él, sintiendo que el bourbon le anesthesiaba la garganta—. Lo que sucede es que entonces no se hablaba de esas cosas.

—Tú dirás que no —soltó Mr. Lamb—. Pero yo digo que es cierto. —El viejo lo

miró ceñudo y frunció las cejas detrás de sus gafas, que lanzaban destellos—. ¿Qué dijiste que eras? ¿Abogado?

—Sí.

—Hablas como un jodido abogado, ¿no crees, Hewes?

—Yo no sé nada de abogados —murmuró Robard, con una mirada inexpresiva y sin dejar de rascarse la barbilla con el pulgar.

—Tampoco él —dijo Mr. Lamb, y sonrió sin ganas—. Pero habla como si lo supiera. Yo iba cada mes de octubre al hotel King Cotton para el partido de la Universidad de Mississippi y la de Arkansas, y nunca pasaba nada desagradable. Memphis era una ciudad *maravillosa*, y estuve allí más veces de las que te imaginas.

—Tal vez —dijo él.

—¿Es tonto o qué? —dijo el anciano, mirando a Robard.

Éste movió la cabeza como si no entendiera.

—¡Mierda! —exclamó el anciano—. No necesito que vengan a darme lecciones. —Vació el vaso de un trago y miró hacia la cocina.

—¿Qué demonios estás haciendo, T. V. A.? ¿Vamos a cenar hoy o lo vas a dejar para mañana?

—No puedo cocinar más rápido con este fuego —replicó el negro, y asomó la cabeza por la puerta, lanzándole al viejo una mirada de odio.

Mr. Lamb cogió la botella, se sirvió otra ración de bourbon, y volvió a dejarla en el suelo.

—De modo que abogado —soltó como si por la mente le pasara un chiste verde.

—Casi —dijo él.

—Bueno, casi —dijo el anciano, con agresividad—. ¿Qué leyes sabes? Yo soy un viejo estúpido, que no sabe nada de nada. En eso, Hewes y yo nos parecemos. Los dos somos ignorantes como mapaches.

Él bebió un poco de bourbon, respiró hondo, y miró a Mr. Lamb directamente a la cara.

—Me parece que hay una ley que siempre ha tratado de evitar que se estrangulara a los hijos menores —dijo.

—¿Y quién no sabe eso? —soltó Mr. Lamb—. Eso no es la ley. Eso fue cosa de Moisés, maldita sea. Si te apetece leer la Biblia, vete al retrete. Tengo un ejemplar atado a la pared con una cuerda, para que nadie se la lleve. Conozco la Biblia, por Dios.

Él dejó que se le deslizara por la lengua otra gota de bourbon y miró tranquilamente la cara del viejo, que parecía que estaba más cerca del mantel, como si se hubiera puesto de rodillas.

—¿Y qué otras leyes conoces, imbécil? No me has dicho nada que yo no supiera ya —dijo el anciano.

Al mismo tiempo, Mrs. Lamb giró en su asiento y torció bruscamente la antena de su radio. El aparato respondió soltando un ruido agudo que sonaba igual que un trozo

de celofán arrugado por una mano. Dos breves ráfagas de una voz masculina ininteligible fueron seguidas de más ruidos agudos, y luego otra voz, y luego de más estática.

—¡Mierda! —tronó el viejo, dándose la vuelta—. ¿No puedes encontrar otra cosa? ¿No es el jodido taxi de Clarksdale?

—Estoy buscando la longitud de onda de la policía —dijo ella, imperturbable, concentrándose en el dial y haciendo girar un grueso botón metálico sin conseguir que el sonido mejorara—. Ahora no emiten. No entiendo por qué.

—Y yo mucho menos —le espetó Mr. Lamb—. Pero será mejor que la apagues antes de que yo me levante a resolver el problema a mi modo.

Mrs. Lamb apagó la radio, se repantigó en la butaca y contempló impasible la caja apagada. Lo único que se oía era lo que se estaba friendo en el fogón y a T. V. A. que arrastraba los pies.

—Muy bien —dijo Mr. Lamb, nuevamente medio caído encima de la mesa, con los ojos rojos, vacilante—. ¿Y qué más?

—La ley de los centímetros —dijo él—. Tiene que ver con el delito de sodomía.

De repente el rostro de Mr. Lamb adquirió un aspecto ceniciento.

—Estipula que la penetración y la cópula oral entre dos hombres, o entre un hombre y una mujer, está absolutamente prohibida. —Le lanzó una mirada arrogante al viejo—. Pero la cópula oral entre dos mujeres no es delito porque falta la penetración del órgano sexual y...

—No tengo ganas de saber más cosas de ésas —dijo el anciano, echándose hacia atrás en su silla y dando un puñetazo en la mesa, mirando furiosamente—. Eso va contra la naturaleza, por Dios.

—En la antigua ley cristiana a los hombres se los lapidaba por hacer eso —dijo él—. Pero a las mujeres sólo las azotaban. Me parece una grave injusticia; lo que es malo para uno, también debe serlo para otro. Seguro que estará de acuerdo con ello.

—A la mierda con eso —soltó el viejo de mal humor—. Esta casa es mía y yo decido con quién estoy o no de acuerdo. T. V. A., tráenos esa jodida cena o iré ahí y te meteré en la cazuela y la cosa tendrá más sustancia.

Landrieu salió al instante de la cocina con una fuente de barro con ardillas asadas, varios cuencos que contenían patatas nuevas, guisantes y quimbombó, una salsera y una tetera. Mr. Lamb contempló sombríamente la llegada de la comida como si estuviera buscando algún defecto del que pudiera hacerlos responsables a todos menos a sí mismo. Mrs. Lamb se acercó y se sentó en el extremo opuesto de la mesa, mientras los dos hombres se ponían de pie. Landrieu volvió con cuatro vasos con hielo, y luego se quedó allí mientras Mrs. Lamb contemplaba detenidamente la mesa y asentía con lentitud, después de lo cual desapareció rápidamente dentro de la cocina.

—¿De dónde es usted? —preguntó Mrs. Lamb, dirigiéndose a Robard.

Él observó a Robard con placer. Éste dejó su tenedor, se tomó su tiempo para

tragar, y luego pensó en una posible respuesta. Mrs. Lamb olía a lilas podridas.

—Hewes no habla demasiado —soltó Mr. Lamb con la boca llena de guisantes y patatas—. Al contrario que este otro. —Y lo señaló a él con el tenedor.

—De Cane Hill, Arkansas —dijo Robard, y miró con desconfianza a su alrededor.

—¿Qué ha dicho? —gritó Mr. Lamb—. Por el oído de este lado no me entero de nada. —Se dio un golpe en la oreja y dirigió el oído bueno hacia la conversación.

—Si no te dieras esos golpes en la oreja, Mark, oirías mejor —dijo Mrs. Lamb.

—No le entra el sonido —explicó el anciano, y pareció perplejo—. Hace dos años hubo un ciclón que echó abajo dos de los puestos de caza de Gaspereau. Soplaban tan fuerte que tuve que arrastrarme debajo del Willys para impedir que se lo llevase. Y cuando terminó, ya no oía por este oído. —Se señaló la oreja como si se tratara de algo lejos de su alcance.

—Yo creo —dijo Mrs. Lamb, autoritaria, mientras se servía guisantes— que Mark se metió cosas en esa oreja durante toda su vida hasta que se la destrozó. No hay razón para que un fuerte viento lo deje sordo a uno.

—A no ser que lo haga. —Mr. Lamb frunció el entrecejo—. Tú y Newel sois de la misma calaña.

Apareció T. V. A., recogió los vasos de bourbon y se los llevó a la cocina.

—¿Sabes una cosa? —dijo Mr. Lamb, inclinándose sobre su plato.

—No —respondió él, consciente de que el viejo estaba excitándose.

—Para ser abogado allá en Arkansas, —Mr. Lamb señaló con el pulgar—, ¿sabes lo que hay que hacer?

—No —dijo él, echándose una cucharada de azúcar en el vaso de té y observando cómo caía entre los cubitos de hielo.

Una mueca que quería parecer una sonrisa invadió el rostro apergaminado del viejo, que se acercó todavía más a la mesa como para acentuar la intimidad entre él y el otro.

—Te obligan a pasar un par de días en un manicomio antes de darte el diploma. Ja ja ja. —El viejo abrió mucho la boca, la cara se le enrojeció y los ojos se le llenaron de lágrimas, por lo que tuvo que secárselos con el borde de la servilleta—. ¿No lo sabías?

Él se metió un trozo de ardilla en la boca y lo masticó.

—¿Y por qué hacen eso? —preguntó.

—¡Mierda! —gritó el viejo—. Porque se imaginan que os sentará bien, supongo. Deben de pensar que es necesario o no lo harían, digo yo.

Mrs. Lamb lanzó una mirada de pena a su marido, y dijo tranquilamente.

—El examen final se celebra en el manicomio de Little Rock.

—Con todos esos monos fuera dando gritos y robando como decidió la naturaleza que hicieran —dijo Mr. Lamb, encantado—. Debería haber una ley que obligara a que todos los abogados pasasen un año en un manicomio antes de empezar a ejercer, así nunca se volverían locos. ¿Qué te parece la idea, Newel?

—Pienso que es buena —contestó él—. Así podríamos hacer que salieran algunos cuerdos y reemplazarlos por los locos que no tienen nada que hacer fuera.

El viejo sonrió con picardía.

—Creo que por fin yo y Newel estamos de acuerdo en algo —dijo, mirando a los demás para ver si también lo estaban—. ¿De dónde dices que eres, Hewes?

—De Arkansas —dijo Robard, sin dudarlo.

—Hewes será mi guarda —le dijo Mr. Lamb a Mrs. Lamb, que enseguida lanzó una mirada escéptica a Robard—. No es asesino —añadió—. O, al menos, eso hemos decidido.

Robard miró a Mr. Lamb de un modo extraño.

—Y ahora, Hewes, escúchame bien —empezó Mr. Lamb, echándose hacia atrás en el asiento hasta que el respaldo crujió y pareció que la silla fuera a desarmarse—. Lo único que tienes que hacer es montarte en el jeep y recorrer los caminos de la isla. Da igual el que sigas, o por cuál empieces, siempre que te andes con ojo, sepas adonde vas y no dispires contra nadie, ni dejes que nadie dispire contra ti, ni que ninguno de esos hijoputas aparezca por aquí para cazar mis pavos.

Robard mantenía la mirada fija en el plato y los observaba a todos con el rabillo del ojo, como si no le gustase recibir órdenes delante de la gente.

—De acuerdo —dijo.

—Pero si te tropiezas con el viejo Gaspareau, lo puedes liquidar. —Los ojos de Mr. Lamb se iluminaron—. Mrs. Lamb nunca te lo agradecerá bastante.

—Deja eso, Mark —dijo Mrs. Lamb—. Todos apreciamos los favores que nos ha hecho Mr. Gaspareau.

—A Mrs. Lamb no le importaría que se levantara la veda de Gaspareau durante un tiempo, siempre que los de Caza y Pesca no se opusieran. —Mr. Lamb se estremeció en silencio.

Él intentó imaginar qué tipo de infamia podría haber hecho Gaspareau para atraer el odio de Mrs. Lamb. Le parecía, sin embargo, que seguramente le molestarían casi todas las cosas que hacía privadamente Gaspareau, por mucho que su marido probablemente coincidiera con él en cada una de esas cosas que ella no podía soportar.

—Te presentaré a todos los que tienen permiso para venir aquí —continuó Mr. Lamb, autoritariamente—, y así no tendrás que echarlos. Por otro lado, si oyes un fueraborda, vete inmediatamente a donde lo oigas, porque algunos cabrones pretenden venir y cazar pavos sin que yo me entere. ¿Sabes dónde está el río?

Robard entrecerró los ojos hasta que su cara pareció una navaja de afeitar.

—No —dijo, jugueteando con el mango del cuchillo.

—Por allí —le indicó el anciano, en voz muy alta, señalando con el brazo izquierdo hacia la parte de atrás de la casa y el lado de la isla opuesto a aquél por el que habían venido—. Si llega alguien, aparte de Gaspareau y uno de esos asesinos suyos, lo hará por el río. Debes pasar la mitad del tiempo junto a él.

—De acuerdo —dijo Robard.

Mrs. Lamb terminó su plato e hizo sonar una campanilla. T. V. A. hizo un ruido tremendo al levantarse y salir de la cocina; se detuvo en el marco de la puerta, con una servilleta al cuello y la boca llena de ardilla, un poco de la cual asomaba por la comisura de sus labios, y lanzó una mirada de fastidio a la mesa, pero ni Mr. Lamb ni su mujer parecieron darse por enterados. Recogió el plato de Mrs. Lamb y se lo llevó a la cocina.

—¿Visteis los planos? —preguntó el viejo, concentrando la atención de todos en la pared que tenía detrás al tiempo que se erguía con arrogancia en la silla.

Todos, excepto Mrs. Lamb, miraron con aburrimiento los dos planos clavados en el tablero. Uno era una grisácea foto aérea de una enorme masa borrosa en forma de lágrima, con la parte redonda hundida hacia adentro. El otro, obra de un cartógrafo, representaba la parte del río situada frente a Elaine. El río pasaba recto como una plomada por delante del pueblo, el cual estaba representado por dos círculos rojos concéntricos, pero no se distinguía el menor relieve ni detalle que indicara dónde se encontraba la isla. El río corría recto junto a Elaine sin encontrar ningún tipo de obstáculo. Este plano lo habían trazado los ingenieros militares, cuyo pequeño anagrama figuraba en el ángulo inferior derecho.

—¿No notáis nada raro? —soltó el viejo.

Robard apoyó el mentón en la palma de la mano.

—¿Y tú, que presumes de listo? —dijo Mr. Lamb—. ¿Tampoco notas nada raro?

—Nada, salvo que en el plano la isla no figura en el mismo lugar que aparece en la foto aérea.

El anciano le dirigió una mirada venenosa y siguió como si no lo hubiera oído.

—Esta isla no figura en el jodido plano de los ingenieros —proclamó orgulloso, mientras una sonrisa decidida retorció los rasgos de su arrugada cara.

Mrs. Lamb se levantó discretamente, se encaminó hacia el cuarto de estar, y una vez allí se sentó junto a la radio. Durante un momento se quedó mirando el fuego de la chimenea de piedra, luego encendió las lámparas. Mr. Lamb la observaba con extrañeza, pero pronto cambió de expresión y siguió con lo que se moría por contar.

—Esos jodidos maricones del ejército se creen tan listos que pueden andar por ahí metiendo las narices en todo. Construyen diques delante de cualquier charco y hasta para bañarse uno tiene que pedirles a los muy hijoputas un poco de agua. Bueno, pues yo los jodí vivos, bien lo sabe Dios. —Su mirada de loco pasaba de uno al otro, como esperando una pregunta, que ninguno de los dos formuló—. Un día, de eso debe de hacer unos diez años, estaba yo cerca del río, husmeando por allí sin hacer nada en concreto, cuando vi un par de ciervos muy gordos que coronaban una pequeña colina y se dirigían al río. Entonces cogí y empecé a seguirlos porque quería enterarme de lo que iban a hacer allí arriba. Conque eché a correr colina arriba, pues en aquella época todavía podía poner un pie delante del otro sin romperme la crisma, y de repente oí *bang-bang-bang* por donde se habían ido los ciervos. Y me tiré al maldito suelo,

porque en casos así uno nunca puede saber lo que estará pasando. Y me quedé allí boca abajo un minuto o dos, y no volví a oír nada más. Ni disparos, ni gritos. Nada. Y seguí con cuidado hasta lo alto de la colina, desde donde se podía ver el río, y allí estaban aquellos dos cabrones en un bote a punto de atracar en la orilla. Habían subido el motor y avanzaban ayudándose con una pértiga, uno de ellos sujetaba dos de esas carabinas muy pesadas que usa el ejército, y el otro hacía avanzar el bote empujando con la pértiga. Enseguida me di cuenta de que los dos hijoputas eran militares, porque llevaban cazadoras de campaña. Y claro, justo allí, en la orilla, estaban los dos ciervos, muertos. Los habían alcanzado en el cuello. Comprendí lo que estaba pasando. En cuanto pusieron pie en tierra y se disponían a coger los ciervos, yo bajé por la colina dando gritos con el fusil en la mano, y los cogí haciendo algo ilegal, es decir, cazando ciervos desde un bote, cazando ciervos con carabinas no autorizadas, cazando sin licencia y cazando en época de veda. Tenía cogidos por los huevos a los muy hijoputas, estaban cagados en los pantalones y empezaron a soltar disculpas nada más endilgarles yo los delitos que habían cometido. Los dos eran comandantes, y llevaban el uniforme puesto, así es que podrían haberlos acusado de muchos delitos más, aparte de los que yo ya sabía. Total, que les expliqué a los muy hijoputas lo que les esperaba. Cuando les dije que los iba a mandar a la cárcel, se pusieron blancos como el papel y empezaron a mirarse el uno al otro tratando de inventar algo que me calmase, y uno de ellos dijo que si había algo que pudieran hacer por mí para que dejase que se marcharan sin denunciarlos al sheriff. Y yo dije: «La verdad es que no lo sé». Pero resultó que eran de Memphis y que estaban haciendo un plano nuevo del río, pues los del cuerpo de ingenieros no tenían otra cosa mejor que hacer, dado que no había guerra. Y cuando me preguntaron si me podían hacer algún favor para que me olvidase de todos los delitos que habían cometido allí, delante de mis propias narices, yo dije: «Demonios, claro que sí. Borren esta isla de su jodido plano, para que les resulte difícil de encontrar a los que no sepan ya el camino». Y aquellos hijoputas dijeron que lo harían, pues a los cabrones del cuerpo de ingenieros les daba igual aquel maldito plano, porque además todos están tan corrompidos que apestan. Total, que quitaron la isla del plano. Por todo eso no resulta nada fácil encontrar este sitio, que es lo que a mí me gusta. Cuando vengo aquí no quiero encontrarme con un batallón de furtivos matando mis ciervos y mis pavos, y todo lo que tengo aquí.

—¿Y qué fue de los ciervos? —preguntó él.

—¿Qué ciervos?

—Los que habían matado los comandantes. ¿Dejó que se los llevaran dado que le habían hecho aquel favor?

—Claro que no, demonios. ¿Qué te crees? ¿Acaso piensas que me tengo que levantar a las seis de la mañana para fichar? Me quedé con ellos. Tenía un ahumadero. ¿Dónde crees que iba a llevar a mis ciervos después de que se largaran aquellos mamones? Los llevé a mi ahumadero, allí fue donde los llevé, con los demás

que había, claro.

—Creía que había dicho que no estaba abierta la veda —dijo él.

El viejo le lanzó una mirada malévola.

—Esta isla es *mía*. La veda está abierta para todo contra lo que me apetezca disparar. Me cago en la veda de la caza mayor o en cualquier otra. Disparo contra lo que me apetece disparar. En este mismo momento tengo una nidada de codornices esperándome entre la casa y el campo de aviación. —Señaló con el índice por la ventana más próxima—. Basta con que vaya con Elinor, con que salga de aquí y me cargue a un par de ellas para cenar, en cuanto me dé la gana. No necesito que nadie venga a decirme cuándo es la veda de la codorniz, así de claro. Para las codornices siempre está levantada la veda... *mi* veda.

—Sólo era por saberlo.

—Bien, pues ya te he contestado, listillo. Esta isla es *mía* y a nadie le importa lo que haga o deje de hacer en ella más que a mí mismo, y puedo hacer lo que me apetezca. Y me da igual si no les dejo ningún ciervo ni ninguna codorniz a esos campesinos hijoputas de la comarca. Defiendo lo que es mío. He contratado a Hewes para que mantenga lejos de aquí a esos mamones. Se han dedicado a joder sus propias tierras y ahora quieren joderme las mías. Pero no van a poder. Hewes no los dejará, ¿verdad hijo?

Robard levantó la vista del plato, se pasó la lengua por los dientes, y prefirió no responder. El viejo se volvió a echar hacia atrás y los contempló con arrogancia. Había terminado sentado en el borde de la silla mientras les contaba la historia, y ahora se pasó los dedos por debajo de los tirantes y les lanzó una mirada posesiva como si los estuviera desafiando a que alguno de los dos dijese algo en contra de todo lo que había contado.

Mrs. Lamb movía los botones de la radio, en la que sólo se oía la estática.

—Pon las noticias, Fidelia —le pidió Mr. Lamb, volviéndose para ver la habitación del fondo.

—Busco el tiempo —dijo ella, mientras seguía mirando el panel encendido al tiempo que conectaba unos antiguos auriculares que cortaron el sonido y dejaron la casa en silencio, si se exceptuaba el ruido que hacía el negro, quien parecía estar patinando en la cocina.

—Mrs. Lamb se organiza según el tiempo que haga —explicó Mr. Lamb con expresión de ligero asombro—. No le importa el día ni la hora que es, mientras sepa el tiempo que hace.

—Al menos no le preocupa envejecer —dijo él.

—¿Y a quién demonios le importa? —soltó el viejo, empujando hacia atrás la silla, cuyas patas chirriaron contra el suelo—. ¿A ti te preocupa envejecer, T. V. A.?

—No, señor —respondió T. V. A., invisible en la cocina.

Él distinguió las sucias puntas de los zapatos del negro, que se había instalado en una silla cerca de la puerta.

—¿Y por qué no? —preguntó el viejo.

—¿Cómo, señor? —dijo T. V. A.

—¿Que por qué no te preocupa envejecer? A Newel, aquí presente, le preocupa envejecer. Todos no somos iguales, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Y por qué no? —repitió impaciente el viejo, tendiendo la oreja por la que oía para escuchar lo que decía exactamente el negro.

—Porque si no envejeciera, es que ya estaría muerto.

—Ja ja ja ja ja. —El viejo casi se ahogaba de la risa. T. V. A. seguía sin moverse al otro lado de la puerta. Mr. Lamb dio un puñetazo en la mesa y todos los vasos temblaron y la tetera vertió un poco de su contenido—. Estarías muerto, Newel, si no envejecieras —resolló el viejo, casi sin poder hablar—. Y tú también, Hewes, estarías muerto. *Todos* estaríamos muertos.

Mr. Lamb se volvió a quitar la dentadura, la metió en su vaso de té helado, la removió un poco con los dedos y luego dejó que se fuera tranquilamente al fondo. Alzó la vista, tenía las mejillas hundidas contra las encías y la boca se le movía igual que el pitorro de un globo rosa al desinflarse, más parecía una mujer que un hombre.

—Voy a decirte algo que no sabes, Newman —farfulló el viejo, cruzando cuidadosamente las manos delante—. Antes —murmuró, mientras su dentadura se mantenía en el fondo del vaso—, cuando un hombre llegaba a la cárcel, los grandes especialistas en el asunto acudían y le quitaban todos los dientes, pues tenían la teoría de que los dientes cariados eran la causa de todos los delitos. No importaba cómo hubiera sido tu niñez, ni si a tu madre la había asustado una cabra, ni en qué ambiente te habías criado, ni si tu madre te vestía de niña..., nada de eso contaba. Eran los *dientes*. Si tenías mala dentadura, serías un criminal. De modo que iban a todas las cárceles y se ponían a quitarles los dientes a los presos, y luego los dejaban en paz e iban a la cárcel siguiente. Yo encuentro que es una idea bastante buena, ¿no te parece? Apuesto lo que sea a que no lo sabías.

Él observó la boca del anciano que se frotaba inconscientemente las encías una contra otra.

—¿Fue allí donde usted se quedó sin los suyos?

El viejo le dirigió una sonrisa siniestra, dejando las manos ancladas en la mesa.

—No, a mí me los quitaron en Memphis —dijo el viejo.

—¿Ha vuelto a cometer algún delito desde entonces?

—Sólo uno.

—¿Cuál?

Los ojos del viejo lanzaron una mirada fulminante, luego se secó los labios con la manga y sonrió inexpresivamente.

—Una vez tuve que arreglarle las cuentas a un listillo. Pero fue el único que conocí, y desde entonces no he vuelto a conocer a ninguno más. —Los ojos azules de Mr. Lamb brillaron amenazadores, fijándose en él durante un largo momento—.

¿Conoces ese chiste del jodido negro al que cogieron robando mangos para hacha y lo llevaron ante el juez? —Mr. Lamb se levantó de la mesa y se sentó con la silla al revés—. El juez miró a aquel puñetero negro con atención y dijo: «Rufus, ¿no te habían traído anteriormente ante mí?». Y el negro de mierda miró al juez muy serio y dijo: «Verá, señor juez, no se lo sabría decir exactamente. ¿A qué hora se levanta usted?». —El viejo los miró, a la espera de que reaccionaran. T. V. A. se echó a reír, y comenzó a golpear una contra otra dos tapas de olla. El viejo los seguía mirando, hasta que su sonrisa se desvaneció por completo—. Os falta una cosa, jodidos cabrones —dijo, furioso—. Sentido del humor. Los jóvenes de hoy en día no saben distinguir lo que es divertido de lo que no lo es. La semana pasada, en Helena, me dirigí a un maldito muchacho, sólo por hablar. No iba a ganar nada con ello, sólo quería mostrarme amistoso. Dije: «¿De dónde demonios habéis salido todos los chicos como tú?». Y el muy hijoputa me miró como se mira a un montón de mierda y dijo: «Usted sabrá. Los que son como usted nos han estado trayendo al mundo estos últimos treinta años». —El anciano lanzó una mirada furibunda y se marchó a la otra habitación.

16

Se quedó junto a la puerta, mirando los bosques donde la luna iluminaba las copas de los árboles que parecían cubiertas de una bruma tenue. Oyó al negro bajar los escalones, caminar tambaleándose y entrar en la otra cabaña. Oyó el sonido del interruptor de la luz, pero no pudo distinguir la casa, ni si estaba iluminada, aunque oía los pies del negro que se movían por el suelo de pino. Más allá de la bruma, el cielo estaba despejado. Unas nubes pasajeras apagaron por un momento el brillo de la luna. Oyó a Elinor que hacía una última inspección del perímetro donde se alzaban las construcciones, olfateando las hojas húmedas y pisoteando la hierba, mientras arrastraba su correa.

Respiró profundo y luego dejó salir el aire hasta que se sintió a gusto. Había pasado días enteros pegado a la ventana contemplando el parque mientras la tarde caía sobre él como si fuera niebla, esforzándose por sentirse bien. Al caer la noche empezaban las miserias, le escocían los ojos, sus tendones se crispaban. Todo ello provocado por impulsos invencibles, como una caja llena de abejas que se agitaban tratando de escapar.

Robard, que había llegado a la cabaña antes que él y se había metido en la cama para dormirse casi de inmediato, exhaló un profundo suspiro mientras su mano se deslizaba por la pared.

Él seguía junto a la puerta en calzoncillos, y su silueta se destacaba a la luz de la luna. Respiró hondo de nuevo y dejó salir el aire para que el vacío lo habitase y

durante un momento inasible liberara a su mente de todo.

En verano, estaba sentado con su padre a la puerta de la casita para turistas, en Angola, y miraba la cárcel, una amplia extensión rodeada de alambre de espino, que de día era visible pero por la noche se reducía a un anillo de luces diminutas. El día anterior había llegado de Shreveport un camión con la silla eléctrica, y había atravesado el centro de la ciudad, donde todo el mundo se detuvo bajo el sol a mirar. El Estado sólo tenía una silla eléctrica y la mandaba a donde se necesitaba electrocutar a alguien, de tribunal en tribunal, y a lo largo y ancho del estado. A las doce de la noche todos los de la ciudad encendieron la luz y se asomaron a la ventana y esperaron. Cuando conectaron la silla todas las luces de la ciudad bajaron un poco de intensidad, las potentes luces de la cárcel parpadearon y en la habitación del motel, tumbado en la cama con su padre, observó que el ventilador del techo giraba cada vez más despacio hasta que finalmente se detuvo. Por la mañana él y su padre fueron en el viejo Mercury hasta la puerta de la cárcel, y la franquearon siguiendo un camino de macadán que llevaba a un conjunto de largos barracones blancos que parecían gallineros. Su padre dejó el coche en el aparcamiento, se apeó y entró en un despacho para vender almidón a los de la lavandería de la cárcel. Él se quedó muy quieto dentro del coche, al calor de la primera hora de la mañana, y contempló las largas hileras de barracones encalados y se preguntó dónde estaría el muerto, se preguntó si él y el muerto, un inolvidable asesino llamado Walter L. Magee, estarían allí encerrados juntos, o si por la noche lo habrían sacado en secreto de la silla eléctrica, lo habrían llevado hasta el pueblo y allí lo habrían dejado en una habitación la noche entera para que se refrescase.

Tercera parte

Robard Hewes

Antes de que amaneciera, lo despertó el ruido de la lluvia resonando en el techo. Newel parecía una montaña arrebujado en su cazadora sobre la cama, respirando ruidosamente, con la nariz pegada a la pared de metal. Se lo quedó mirando un rato, sin la menor noción del tiempo. Cuando por fin consiguió despertar del todo, se levantó, caminó bajo la lluvia hasta la cabaña de Landrieu, echó una ojeada y se dirigió a la casa. Pero estaba completamente a oscuras. Sólo había un foco en lo alto de los escalones cuya luz parecía convertir la lluvia en vapor. Entró.

—Escúchame un momento —dijo el viejo, bajando el mentón sobre los pellejos del cuello, con la mirada todavía empañada por el bourbon—. Los cerdos encuentran bellotas incluso con los ojos tapados. —El viejo abrió mucho los ojos mientras le tendía el arma.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que quiere decir eso? —Inclinó la cabeza para mirar mejor.

—Supongo que sí —respondió, asombrado.

Mr. Lamb se levantó y enderezó los hombros.

—No creo que lo sepas —dijo, e hizo gesto de marcharse, pero se detuvo—. Quiero decir que cualquier mamón que tenga un arma puede decidir disparar contra alguien. —El viejo volvió a abrir mucho los ojos como si tratase de encontrar alguna debilidad que le permitiera recuperar la pistola—. No quiero que dispaes esa arma, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió él, apartando la vista mientras afirmaba el pie en el escalón.

—Es el símbolo de *mi* autoridad —anunció el viejo—. La llevas por mí, porque soy demasiado viejo para echar a la gente de mis tierras por mí mismo. Pero aunque no lo fuera, tampoco andaría por ahí disparando a la gente, ¿entendido?

—Sí, señor —repitió él. Se fijó en los dedos de los pies del viejo envueltos en los bajos del pantalón.

—De modo, Hewes —gruñó el anciano—, que trata esa arma con mucho cuidado

y mantenla metida dentro de los pantalones.

Estaba tumbado en las húmedas sábanas y escuchaba la lluvia resonando en el techo. Newel dijo algo en sueños y alzó el puño, blandiéndolo como si amenazara a algún intruso, luego lo abrió igual que una flor y lo dejó caer.

2

Volvió a despertar a la luz azulada. El viejo tocaba la campana del porche, y el miedo a W. W. colgaba por encima como otra enorme campana sin badajo. Se quedó allí tumbado, muy quieto, y oyó maldecir al viejo. Newel yacía bajo su sábana, sumido en algún sueño atroz.

Ahora debería tener mucho cuidado. No podría aparecer en coche, así por las buenas, donde vivía ella, tocar el claxon, y marcharse pasándole el brazo por encima del hombro, sin que todas las personas en cincuenta kilómetros a la redonda corriesen al teléfono para contarle a W. W. que un tipo moreno en una camioneta había ido a recoger a su mujer para llevársela Dios sabía adonde, mientras ella se pegaba a él como una lapa. Tenía que idear algo mejor o W. tomaría medidas drásticas.

El viejo volvió a tocar la campana con furia. Él oyó que Landrieu daba un portazo y se apresuraba por los escalones húmedos mientras Mr. Lamb bramaba.

Newel se puso boca arriba y miró las telas de araña, dejando que la manta se deslizase al suelo. Tenía el cuerpo blanco como una aspirina, y cada uno de sus brazos era como dos de los suyos. Su propio estómago tenía la dureza de la madera, en tanto que el de Newel era una gran masa de pelo y grasa que se extendía por el pecho y la tripa como si fuese una tarta.

Newel se puso de lado y lo miró:

—Estás en forma, ¿verdad? —murmuró—. Debes de haberte cuidado mucho más que yo. Tenemos algo que hablar al respecto.

Él estaba de pie poniéndose los pantalones y miró a Newel sin decir nada. Newel se subió la ropa de cama hasta la barbilla, estiró las piernas y pareció que fuera a dormirse nuevamente.

Lo que tenía que hacer era llamarla en cuanto tuviese oportunidad y concertar una cita donde ella pudiera subir tranquilamente a la camioneta. Nadie se daría cuenta de nada. Sólo sería una jodida camioneta que iba por la carretera sin que nadie se fijara en ella. Pero ahora el tiempo parecía ir contra él. Miró a Newel con desconfianza, como si estuviese allí tumbado imaginando la forma de interferir en sus planes.

De repente Mr. Lamb salió violentamente al porche y volvió a tocar la vieja campana con todas sus fuerzas.

—¡Maldita sea, Hewes! —gritó de muy mal humor—. ¿Trabajas para mí o ya estás pensando en tus cosas, hijoputa?

Siguió un largo silencio. Luego el anciano volvió a hacer sonar la campana y entró arrollador en la casa, incapaz de soportar ni un minuto más de silencio.

Newel, que estaba apoyado en la fría pared, cruzó su vista con la de él.

—Dime una cosa —dijo.

—¿Qué?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Estuve ahí tumbado tratando de imaginarlo. Un tipo listo como tú no perdería el tiempo haciendo estas cosas si no tuviera un motivo importante.

—Nadie dijo que no lo tuviera. —Apenas distinguía el rostro de Newel en la oscuridad.

—Muy bien —dijo este último, pasándose el dedo por la nariz y volviendo a dejarse caer en la cama—. Espero que no se trate de una chica que te has ligado y que te obliga a andarte con cuidado, y a quitar la matrícula.

—¿Por qué va a ser eso? —preguntó él.

—Hay cosas más importantes en el mundo.

—Dime una —dijo él.

La luz iluminó la blanca piel de Newel.

—No serviría de nada el que te la dijese.

—Mierda —dijo él. Cogió el picaporte—. Suponía que ibas a decir «Otra».

—¿Otra qué?

—Otra chica. Para mí es lo único más importante que una chica. Esperaba que dijeras eso, y así *habríamos tenido* algo de que hablar. Y me habría sentido más interesado por ti de lo que ahora lo estoy.

—Apuesto lo que sea a que ni *tú* crees eso —dijo Newel.

—Sabes perfectamente que sí lo creo —dijo él, y se echó a reír—. Será mejor que te espables, chico listo, no te queda demasiado tiempo.

3

Mr. Lamb estaba sentado en su puesto a la cabecera de la mesa cuando entró él, emergiendo de la lluvia. El negro llevaba un gorro de cocinero de algodón y un mandil, y ni siquiera alzó la vista hacia él cuando entró en la cocina. Olía como a cereales calientes.

Se sentó y cogió su servilleta mientras Mr. Lamb lo observaba en silencio durante largo rato. El viejo llevaba los mismos tirantes rojos y amarillos, los mismos pantalones de dril que la noche anterior y una chaqueta de pijama amarilla abrochada hasta el cuello.

—Si no lloviera, ya te haría mover el culo —dijo el anciano, y sus ojos se convirtieron en dos mínimas líneas detrás de las gafas.

—¿Y por qué? —quiso saber él.

—El sol ya está alto —respondió Mr. Lamb, mientras dirigía una mirada a la ventana para que todos comprendiesen que sabía que estaba lloviendo—. Cualquiera hijoputa que haya querido colarse a la isla sin que nadie lo viera, ya lo habría conseguido antes de que tú te levantas de la cama. Si no estuviera lloviendo ya te habría obligado a subir al bote.

—Si no estuviera lloviendo dejaría que lo hiciera —dijo él, tranquilamente.

El viejo frunció el entrecejo y pasó el índice por la cuchara.

—¡Trae los cereales! —gritó. Se llevó varias cucharadas a la boca y empezó a masticar enérgicamente—. ¿Dónde está Newel? —preguntó.

—En la cama.

—Hijoputa —se atragantó el viejo, tomando un poco de café y sirviéndose más a continuación.

—Esta tarde necesito ir a la ciudad —dijo él.

Al viejo se le puso roja la cara.

—¿Es que no quieres trabajar? No vienes aquí hasta pasadas las seis y ya estás pensando en largarte. Mierda.

—Ya le dije que tendría que ir.

—¿Y para qué demonios tienes que ir?

—Asuntos míos.

El viejo lo miró con resentimiento por no estar al tanto del secreto.

—¿Qué tipo de asuntos?

—Ya hemos discutido eso —dijo él, y tomó un sorbo de café.

—¿De verdad? —dijo el viejo, en voz muy alta—. No estarás planeando cometer un atraco en Helena, ¿verdad?

—No, señor. —Trató de remover los copos de cereal, y no pudo.

El viejo tomó otra cucharada y lo miró de arriba abajo.

—¿Tienes amigos en Helena? —preguntó.

—Se han marchado todos.

—Yo no conozco a *nadie* en Helena —dijo el viejo—. Soy de Marks, Mississippi, y si no hubiera tenido que cruzar el puente de Helena para venir a esta isla, jamás habría puesto los pies allí. Es un lugar que detesto. Esta isla pertenece al estado de Mississippi. No quiero tener nada que ver con Arkansas. En Arkansas sólo hay subnormales y asesinos, como ese cabrón que vive al otro lado del lago. Si quieres atracar ese banco de Dixie en Helena, por mí adelante, no tengo ni un centavo en él.

—Muy bien —dijo él, listo para irse.

—¿Qué opinas de Newel? —preguntó el anciano, irritado.

—Que hace demasiadas preguntas.

—No me parece que sea capaz de mear dentro de una bota ¿no crees? —El viejo

se echó a reír con la ocurrencia y la dentadura se le fue separando poco a poco de las encías.

Pensó en Newel, allí tumbado, medio dormido, mientras él tenía que dar conversación al viejo sólo para conseguir que le dejara la noche libre, y decidió que a Newel las cosas le iban mejor que a él.

—Llegará a ser abogado —dijo.

—Mierda —soltó el viejo—. Esos hijoputas tienen más vueltas que un sacacorchos. Dejé que me hicieran el testamento, pero sólo eso. Gracias a Dios, no tengo que tratar con ellos. —El viejo pareció estudiarlo con la mirada—. ¿Tú, ya has hecho testamento?

—No he pensado en ello.

—Pues deberías —dijo el viejo, bajando el mentón—. Cuando hice el mío, me sentí mucho mejor. —Se miró los dedos como si las cláusulas del testamento estuvieran escritas en ellos—. Uno nunca sabe cuándo va a palmarla. Estás casado, ¿no?

—Eso parece —respondió.

—Bien —dijo el anciano, y se balanceó en la silla, curvando la comisura de los labios—. Sabrás por qué los pájaros se despiertan cantando, ¿eh?

Él alzó la cabeza para estar a la altura de la mirada del viejo, y trató de recordar a un pájaro cantando en las ramas húmedas, y no consiguió acordarse más que del sonido de la lluvia y del espectro de W. escondido entre los árboles.

—No, señor —dijo.

Los labios del viejo esbozaron una sonrisa astuta, y dijo:

—Porque se sienten felices por estar vivos un día más. Aunque uno nunca puede estar demasiado seguro de eso, Hewes. Esos jodidos pájaros lo saben también. Por eso cantan todo el tiempo. Quieren decirnos algo. «Pío, pío, estás vivo, mamón de mierda». —Se le redondearon los ojos, soltó una brusca risotada y se levantó—. ¡T. V. A.!

Landrieu apareció en el umbral de la puerta.

—Vete al castillo y caliéntame el trono.

El negro cruzó el porche y bajó los escalones.

—No puedo soportar los asientos fríos —dijo el anciano, metiéndose los dedos debajo de los tirantes.

Él miró hacia el cuarto de estar para ver si Mrs. Lamb se encontraba allí, pero la habitación estaba vacía. La casa parecía dormida. Había dejado de llover y pudo oír el agua que goteaba por los canalones. Luego oyó a un pájaro en los árboles y pensó en Newel en aquella cama tan fría y en W. mirando con aire perplejo la cámara vacía de una carabina de aire comprimido y preguntándose por qué no estaba jugando al béisbol, por qué no firmaba autógrafos, por qué no era la estrella de una ciudad en lugar de estar haciendo lo que hacía. Y todo eso hizo que se sintiese extraño, como si se estuviera perdiendo algo que pasaba a su lado y no conseguía ver por algún defecto

suyo. Quiso escuchar los dulces trinos de los pájaros, pero sólo oyó el sonido de las gotas de agua que caían de modo regular, y más allá el sonido de un portazo en el servicio.

—Y ahora mueve el culo y ponte a trabajar —le gritó el anciano, desde las dobles puertas. Tenía la bragueta abierta y gracias a los tirantes no se le caían los pantalones. —Si ves a Mr. Newel por ahí, le dices que se ha quedado sin desayuno—. El viejo salió como una exhalación.

Él se dirigió al porche, aspiró la fresca fragancia de la lluvia y prestó atención, pero no oyó más que otro portazo en el servicio y las gotas que caían sobre la hierba desde los enormes árboles.

4

A las cinco fue con el jeep hasta la orilla del lago, subió al bote y se dirigió al campamento de Gaspareau. La luz se desplegaba en franjas que blanqueaban la bruma en dirección a Helena.

Dos de los perros de Gaspareau se acercaron corriendo y se quedaron mirándolo fijamente mientras amarraba el bote y avanzaba bajo los almezos. Ninguno ladraba, como si supieran que no había que inquietarse por nadie que viniera del lago, y al momento estaban de regreso en la casa. Él esperaba ver alguna señal de Gaspareau, pero no había ninguna. El Continental de Mr. Lamb estaba en el mismo sitio, salpicado de bayas de almezo arrancadas por la lluvia. Los saltamontes zumbaban en los árboles que había junto al lago, la calma reinaba en el campamento y la forma de las cabañas se alargaba hasta el agua. La bomba de Gaspareau recibía los últimos rayos del sol.

Condujo por el camino de tractores y cruzó el dique y el campo inundado. El agua estaba quieta y dividida por hileras de reflejos blancos y negros semejantes a flechas de plata que imitaran los rayos del sol poniente.

Se detuvo en la tienda de Mrs. Goodenough, quien estaba de pie detrás del buzón, con una visera verde, contemplando la puesta de sol que se reflejaba en el parabrisas.

Se deslizó detrás de los platos preparados, sacó el papel del zapato y marcó el número.

—Soy yo —dijo, manteniendo el auricular protegido con el hombro para impedir que la mujer pudiera oírlo.

—Eres un cabrón —dijo ella, en voz bastante baja.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no has venido?

—Ya te lo dije —susurró él, y lanzó una ojeada a Mrs. Goodenough, que se había puesto a clasificar las cartas, examinando cada una de ellas desde varios ángulos y

luego metiéndolas en una saca de lona que había encima del mostrador—. Estoy en camino —añadió, con la boca pegada al auricular.

Siguió un largo silencio al otro lado de la línea.

—Muy bien —dijo ella, finalmente.

—¿No quieres que vaya?

—Sí —respondió ella, fríamente—. Ayer por la noche quería que vinieras.

—Voy esta noche —le anunció él.

—Muy bien.

—¿Dónde quieres que te recoja? —preguntó él, apretando el auricular contra la oreja.

—Recógeme aquí —dijo ella, con indiferencia.

—No duraré ni un minuto si me ve alguien.

—Entonces ven a recogerme detrás de la estafeta de correos.

—¿No te importa que te vean?

—No. Me da igual. No tengo que rendir cuentas a nadie.

—¿Y él? ¿Dónde está?

—¿Dónde crees tú? Jugando al béisbol en Humnoke. W. se ha convertido en una pelota. ¿Dónde estás tú?

—En Elaine.

—Creo que ahí sólo hay serpientes y mosquitos, ¿no es así? Y no es que haya ido muchas veces.

—Voy corriendo para allá —dijo él.

—No te vayas a correr por teléfono —dijo ella—. Me dijiste que yo no lo hiciera, así que tú tampoco lo hagas.

Miró a Mrs. Goodenough, que de nuevo se había puesto a contemplar la puesta de sol. Distinguió la agradable curva de la frente de la mujer por debajo de la visera, y su silueta destacándose ante el cristal del escaparate. Se sentía frenético, mientras que ella parecía envuelta en una alegría tranquila que nada podría perturbar. Volvió la cabeza, lo miró y sonrió.

—¿Y adónde vamos a ir? —preguntó Beuna elevando el tono de voz.

—A donde no nos vea nadie —respondió él, tratando de no mirar a Mrs. Goodenough.

—¿Iremos a un motel?

—Te recogeré en la oficina de correos —dijo él.

Y ella colgó.

Se dirigió a la puerta, molesto. Mrs. Goodenough le sonrió y se recogió un mechón de pelo debajo del elástico de la visera.

—¿Va a la ciudad?

—Eso espero —respondió él—. Si no he metido la pata.

La mujer lo miró con simpatía, como si supiera exactamente lo que quería decir.

—Claro, claro —dijo, sonriendo—. Todos cometemos errores, pero aquí

seguimos.

En la tienda no había más sonidos que el de sus respiraciones extrañamente sincopadas. Esperaba que las palabras de la mujer provocaran otras o bien que se esfumasen.

—Sí, señora —dijo él—. Espero estar de vuelta mañana.

Mrs. Goodenough cogió una carta y la examinó con cuidado. Luego salió al atardecer, mirando la carretera del río que corría en línea recta en dirección a Helena, cuyas luces daban un tinte pálido al cielo.

5

La oficina de correos era una estructura de ladrillo pulimentado que se alzaba enfrente de la estación. Se dirigió hasta la zona sin pavimentar que bordeaba los depósitos, cerca de donde había estado la casa del padre de Beuna. Comprobó que en el lugar había ahora un depósito de bocas de riego. Las piezas estaban apiladas formando una especie de cono en el ángulo del fondo de una empalizada a prueba de huracanes. Más allá, y pasando un bosquecillo de cinamomos que creyó recordar, la ciudad se extendía junto a la carretera, de modo que la oficina de correos se encontraba donde empezaban las tierras de cultivo, casi pegada a las huertas de judías.

Cruzó las vías junto a la casa del jefe de estación. Percibió el aroma del diesel en el aire. Se encaminó a la estafeta, pegado a la casa y sintiendo como si unos pequeños dedos le estuviesen haciendo cosquillas dentro del estómago.

Se detuvo en la esquina y trató de pensar. Quería mantenerse sereno, al menos hasta el momento de poner sus ojos sobre ella, reducirse a un todo compacto en el que ninguna de sus partes quedara fuera de control.

Allí inmóvil, miró hacia las vías, divisando las pequeñas señales luminosas rojas y verdes y los furgones cargados de troncos de pino, y oyendo a las locomotoras jadar en la oscuridad, mientras intentaba respirar de modo regular y concentrar su mente en una cosa y nada más.

En la casa del jefe de estación, donde éste se encontraba sentado leyendo el periódico de Memphis, había un minúsculo despacho a oscuras con las ventanas pintadas y un gran panel negro con luces rojas, amarillas y verdes, que se encendían y apagaban delante de un hombre con un sombrero de paja y una camisa de algodón. Mientras hablaba pausadamente con los maquinistas valiéndose de un receptor-emisor, el hombre apretaba botones y accionaba palancas. Permanecía solo en aquel cuarto durante jornadas de siete horas controlando cada convoy y cada cuadrilla en el tramo entre Memphis y Lake Village; todo dependía de él, era el único responsable de que los trenes de mercancías, y el único de pasajeros de aquella línea, no chocasen el

uno contra el otro por un error en el cambio de agujas, o descarrilasen igual que una hilera de contenedores de basura lanzada a cien kilómetros por hora. Avanzada la noche, él se deslizó dentro del cuarto y se puso a observar al hombre, que se llamaba Wheeler; lo examinó atentamente, se fijó en su camisa blanca con tonos amarillentos y rojizos debidos a los débiles reflejos de las luces, y se preguntó cómo se las arreglaría Wheeler, cuando los pilotos empezaban a parpadear y los trenes se dirigían uno contra el otro a una velocidad terrible y los maquinistas soltaban amenazas por el transmisor, para seguir hablándoles con el mismo tono tranquilo, ajustándose el sombrero y cambiando de vía a un tren que era una luz verde en el panel, sin perder la concentración en ningún momento ni hacer el menor comentario al que tuviera al lado, pues siempre había alguien observándolo asombrado. Y seguía sentado allí todo el tiempo, sin esperanzas de que lo dejaran solo en la oscuridad con todos los trenes y todos los cambios de vía y con los maquinistas y los pasajeros frente a él, una tenue luz tras otra, hasta que por fin una noche la tensión fuese tan excesiva que lo hiciera caer en la tentación de dejar correr las cosas, cambiar todas las vías y quedarse ahí contemplando cómo convergían las luces en una lenta serie de parpadeos, hasta que todas se unían en un punto y no quedaba nada de qué ocuparse.

Por la mañana, sentado en el banco que había junto a la casa del jefe de estación, esperó hasta que llegó el encargado del turno de día. Wheeler salió al aire libre, con el sombrero en la mano y una gorra de los St. Louis Cardinals en la cabeza, parpadeando a la acerada luz. Él se puso rápidamente de pie y miró a Wheeler, quien durante todas las horas que habían pasado juntos viendo encenderse y apagarse las luces en la oscuridad ni por un instante había reparado en él, y le dijo:

—¿Cómo se las arregla para pasar toda la noche en ese cuarto minúsculo sin provocar el menor accidente?

Y Wheeler lo miró como si se hubiera hecho a sí mismo la pregunta un millar de veces y no le extrañara que se la hiciese otra persona.

—La mente es como la luna —dijo tranquilamente, quitándose la gorra y pasándose la mano por su escaso pelo—. Si uno mira la luna bastante rato, lo único que ve es la luna, y lo único que quiere ver es la luna. Es lo que yo hago.

Estaba sentado en la camioneta y miraba la casa del jefe de estación por el retrovisor, una luz amarilla por encima del marco de la ventanilla, y el cristal pintado que llegaba hasta abajo. Había salido la luna, que se mantenía por encima de la oficina de correos velada por una bruma sutil. La suerte estaba echada, sentía él, había llegado el momento definitivo y no podía dejar las cosas a medias, pues dejarlas a medias no serviría de nada.

Puso en marcha la camioneta y avanzó en dirección prohibida por el estrecho pasaje reservado a los camiones que había entre la estafeta y el depósito del comisionista de algodón. Al final había una pared, por lo que tuvo que girar

bruscamente hacia la izquierda entrando en el callejón que corría por detrás de la oficina de correos. La camioneta tomó a duras penas la curva del edificio y siguió por el callejón, mientras las ruedas traseras rozaban la pared. Se aferró al volante, sorprendido de haber ido tan deprisa en tan corto espacio, y de repente sus faros iluminaron a Beuna, de pie delante de él; tuvo que pisar a fondo el freno para no atropellarla.

Beuna no se movió. Aun cuando la camioneta, derrapando, a punto estuvo de estrellarse contra la pared, permaneció imperturbable, una cadera unos centímetros más alta que la otra, y sonriendo como si tuviese el poder de impedir que ningún coche la atropellara.

La camioneta se detuvo y él miró a Beuna a través del parabrisas lleno de insectos aplastados, con el corazón como un motor a plena potencia. Llevaba unos minúsculos shorts de terciopelo que le subían por la entrepierna acentuando la longitud de sus muslos más allá de toda proporción. Él sintió como si le faltara el aire, y tuvo ganas de seguir allí en la camioneta y al mismo tiempo estar en algún lugar muy lejano, todo a la vez.

Beuna se había peinado con pequeñas trenzas que llevaba sujetas a la nuca y formaban un halo en torno a su cabeza, dando a su cara una forma redondeada. Se volvió un poco a la luz de los faros y le sonrió, o lo hizo hacia donde pensaba que estaba la camioneta, y luego abrió mucho los ojos y se desabotonó la mínima blusa sin mangas hasta dejar bien a la vista una buena parte de sus pechos.

Él tuvo una sensación de ahogo y sólo atinó a encender las luces altas dirigiendo contra ella un violento chorro de luz.

Beuna, el rostro crispado en una expresión amenazadora, se inclinó como si tratara de escapar a la luz, al tiempo que se llevaba el brazo a los ojos. Los pechos se le salieron de la blusa y oscilaron por encima de los shorts.

—¡Maldita sea! —gritó, tapándose con un brazo. Intentó protegerse los ojos con el otro y soltó—: ¡Robard!

Él apagó los faros y se hundió en el asiento, oyendo su nombre resonar en la oscuridad.

Entonces el callejón desapareció. Hubo una pausa en la que no pudo ver nada, y luego la cara de Beuna apareció en la ventanilla, con expresión irritada.

—¡Eres un mamón! —dijo, enterrando la barbilla entre las clavículas para distinguir a qué ojal correspondía cada botón—. ¿Qué mierda es todo este número?

—Ha sido sin querer —se disculpó él, sacudiendo la cabeza, pero sin perder de vista la entrada del callejón para asegurarse de que no venía nadie a ver lo que había pasado.

—Conque ha sido sin querer, ¿eh? —dijo Beuna, mientras se cerraba la blusa. Enseguida alzó la vista y lo miró enfadada—. Casi me dejás ciega con las tetas a la vista de todo el mundo.

—Sube —le indicó él—. Si no quieres que te acusen de escándalo público.

—Me importa una mierda —dijo ella, abrochándose el último botón antes de abrir violentamente la puerta y subir a la camioneta.

Beuna despedía el mismo olor dulzón a flores que lo había despertado en mitad de la noche, allá en Bishop, un ligero aroma del desierto al que no se podía resistir mientras se la imaginaba a muchísimos kilómetros de distancia de donde él se encontraba en aquel momento. Tocó la blusa allí donde podía sopesarle el pecho, pero ella le dio un manotazo y se cruzó de brazos.

—¡Déjame en paz! —dijo.

—Acabo de hacer cinco mil kilómetros por ellos —dijo él, sorprendido—. ¿Me dejas que te los saque?

—Desde luego —respondió ella—. Pero no te voy a dejar que me los manosees.

—Mierda —dijo él, tratando de ver en la oscuridad—. ¿Qué hacías allí con ellos al aire?

—Eso es asunto mío —le espetó Beuna, bajando la barbilla, de modo que desapareció la suave piel del cuello.

—Bueno, pues también es mío —dijo él, cogiéndola por el codo, metiendo la mano dentro de la blusa y desabrochándole los botones uno tras otro.

—¿Robard? —dijo ella, con las piernas duras como la piedra.

—¿Qué? —dijo él acariciándole un pecho.

—Quiero que me destroces —dijo Beuna, y sus pequeños ojos azules parecían canicas.

—Lo haré —le prometió él, casi sin aliento.

—No quiero que quede nada de nada cuando hayas terminado conmigo.

—No quedará.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Quiero que lo hagamos en la caja de la camioneta, entre el polvo y las piedras y la porquería.

Él apartó la mano y de repente se sintió en medio de un tornado.

—Donde tú quieras, cariño —dijo—, donde tú quieras.

Subió por Main y, al salir de la ciudad, dobló hacia Memphis. Pasaron junto a un auto-cine y las luces de neón de la taquilla, luego junto a dos moteles, la larga cerca de la fábrica de carabinas de aire comprimido y un bar situado donde empezaban los campos. La ciudad desapareció y la carretera se dirigió hacia el oeste y luego hacia el norte, adentrándose en el delta.

Sentada sobre sus piernas y apretada contra él, Beuna miraba la carretera.

—¿Sabes lo que hice cuando iba al instituto? —dijo, mirándolo como si fuera a disculparse por adelantado.

—No tengo ni idea.

Beuna volvió a mirar la carretera.

—Bueno —dijo, tirándole del lóbulo de la oreja—. Había un profesor que se llamaba Mr. Fisher. M. B. Fisher. Era un pobre hombre, tenía dolor de cabeza todo el tiempo. A veces yo iba a su casa con el pretexto de trabajar en el periódico del instituto, y él sacaba su Polaroid y yo me tumbaba desnuda en la alfombra y me sacaba fotos. —Lo miró para ver cómo se lo tomaba—. Y un minuto o dos después ya teníamos las fotos y nos sentábamos en el suelo y nos moríamos de risa. Yo le decía: «Mr. Fisher, yo creía que esas cámaras sólo eran para fotografiar paisajes». Y él se reía sin parar. Lo pasábamos bien. —Volvió a clavar la vista en la carretera.

—¿Y nunca hiciste nada más que fotos?

—Claro que sí —respondió Beuna—. Pero no resultaba nada divertido.

—Supongo que no —dijo él, pensando en un motel.

—Yo no encuentro que coger sea algo divertido —dijo ella, muy seria—. ¿Y tú?

—Supongo que tampoco.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Beuna.

—En busca de una habitación.

—No me apetece.

La miró para ver si se había vuelto loca sin que él se hubiese dado cuenta.

—¿Por qué no?

—Sería como cualquier día —explicó Beuna, apartando la cabeza y sentándose muy erguida—. Acostarse, encender la tele, coger, luego vuelta a ver la tele con la esperanza de no haberse perdido nada importante.

—No tenemos que encender la tele —replicó él.

—Ya te lo he dicho, Robard —dijo ella—. Quiero revolcarme en el polvo y en la arena, en lo que haya en la caja de esta camioneta, y cogerte hasta dejarte tieso. ¿Lo entiendes? —Su mano se aferró a sus pantalones y apretó con fuerza.

—De acuerdo —respondió él—. ¿Y qué pasa con Memphis?

—Eso es una excepción. Quiero ir allí y meterme contigo bajo una de esas duchas y sacar la bolsita. Me muero por ello.

—No sé lo que quieres hacer —dijo él.

—No te lo voy a contar. Si te lo contara a lo mejor no querrías venir. Pero si consigo que vayas conmigo a una de esas lujosas habitaciones de veinte dólares con esos baños, estarás obligado a hacer todo lo que yo te diga. —Apretó con más fuerza para que se diera cuenta de lo decidida que estaba—. Se te pone la carne de gallina, ¿eh?

Toda la sangre se había concentrado en la parte inferior de su cuerpo, dejando todo lo demás a la deriva. Giró bruscamente y tomó un camino de macadán perpendicular a la carretera. Beuna empezó a desabrocharle el cinturón en cuanto los faros iluminaron el camino.

—¿Adónde le dijiste a Jackie que ibas? —preguntó ella.

—No le dije nada.

—¿Sabes lo que le obligué a hacer a W.?

—¿Qué?

—Una vasectomía. Una de esas operaciones —dijo ella.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, pensando en W., a quien volvían a obligar a hacer algo que no quería hacer.

—Porque los tipos como él no deben tener hijos —respondió Beuna—. Sólo deben ocuparse del béisbol. Y además, yo no quiero tener hijos.

Él dejó que la camioneta se detuviera en el campo. Olió a insecticida, mezclado con el dulce aroma de Beuna.

—¿Y por qué no?

—Porque no. ¿Crees que iba a criar a una hija como yo? Lo único que quiero es pasarlo bien y dejar que los que vengan después se ocupen de sí mismos sin contribuir a sus desgracias. —Miró por la ventanilla y lo observó, apretando las rodillas con los brazos—. Dime una cosa.

Él miró al retrovisor por si había alguna señal de faros en la carretera, hasta dos kilómetros más allá, y dijo:

—De acuerdo.

—¿Qué es eso de las trompas de Falopio? —La mirada de Beuna se endureció, previniéndolo para que no se lo tomara a broma.

—Es algo que tienes dentro —dijo, y se señaló el estómago—. Es donde se te instalan los óvulos.

—Yo creía que era algo que estaba en el oído.

—¿Les pasa algo a las tuyas? —dijo él.

—Leí algo sobre ellas en un folleto sobre el control de natalidad que le dieron a W. Decía que podría hacer que me ligaran las mías en lugar de que lo operaran a él, pero tenía que ir al hospital, y lo único que necesitaba él era ir a la consulta del médico en ayunas, acostarse temprano sólo una noche y no utilizar el aparato durante quince días. De todos modos, nunca ha sabido para qué sirve.

—Eso está muy mal —dijo él, dejándose caer en el asiento y acercando la cara a los pechos de Beuna.

—Te gustan, ¿eh? —dijo ella, abriéndose la blusa y alzando la barbilla en la oscuridad para que los pechos se le irguieran.

—Parece que crees que es la primera vez que los veo —dijo él, succionando los pezones y saboreando su gusto salado, antes de hundir la nariz entre ellos.

—Vamos a la caja —le pidió Beuna.

Él abrió la puerta de un codazo y tendió la mano para que se apeara ella. El camino se había convertido en barro blando y hierba que olía a polvo. En la carretera los faros se dirigían al norte en dirección a Memphis, mientras los coches se alejaban zumbando en la noche. La brisa trajo un olor a plantas en putrefacción que apagó el perfume de Beuna. Él trató de distinguir el agua a la luz de la luna, pero sólo consiguió ver el débil resplandor de Helena en el cielo.

Beuna se subió a la caja, se quitó la blusa y extendió los brazos, su cuerpo era pálido y robusto. Se había vuelto hacia los campos, la luz de la luna le daba en la espalda, y él vio unas espirales de vello a lo largo de su columna vertebral.

—¿Robard? —dijo ella.

—¿Qué?

—Le dije a W. que si no estuviera casada con él me casaría contigo. —Lo miró con seriedad—. Ahora quiero que subas aquí —dijo, mientras bajaba la cremallera de sus shorts y lentamente se los quitaba sin apartar la vista del vello ensortijado de su entrepierna, como si pensara que de pronto no lo iba a encontrar allí.

Él la observó y pensó que tal vez sería mejor que volviera a subir a la cabina y se alejara de allí sin perder un solo minuto. Lo que pasaba era que lo que tenía Beuna, maldad o frustración o vulgaridad, ahora le resultaba indispensable, y quería fundirse con ella, deslizarse hacia el infinito y olvidarse de todo.

Se sentó junto a una rueda, se desabrochó los pantalones y dejó que se deslizaran sin molestarse en mirarlos. Beuna se la agarró entre índice y pulgar y tiró de ella obligándolo a subir a la caja. Lo excitaba, allí con la boca crispada, los pechos pegados a sus costillas, las mandíbulas apretadas, los pies apretando los suyos, la mano yendo y viniendo como si tratara de sacarle hasta el hueso. Él enseguida empezó a sudar, la yugular le latía con fuerza y casi no podía respirar. Cogió a Beuna por las nalgas y notó que su cuerpo se deslizaba hacia atrás, mientras buscaba un punto de apoyo. Se oyó un suspiro, la espalda le empezó a temblar y el aire le congeló la nuca; ella empezó a balancearlo con las piernas, y pudo sentir la vibración de su cuello contra los labios. Dejó que ella lo balancease, sus pies apoyados como si fuesen estribos. A cada tracción se deslizaba por las rodillas de ella como si la fuerza de gravedad lo despidiera hacia atrás y entonces una nueva contracción bajaba por su columna vertebral, hasta que ella lo volvía a atraer y volvía a alzarlo sobre la unión de sus piernas. Al cabo, Beuna dejó que cayera sobre la caja mientras ella quedaba como sin fuerzas y con las piernas muy abiertas, y estiraba los brazos y se agarraba al cric que estaba debajo de la ventanilla trasera y canturreaba y permanecía inmóvil, casi sin respiración, con los brazos fríos y rígidos.

Él movió las manos, que habían aterrizado en la grava, se puso de cuclillas y la miró. Beuna estaba a la sombra de la cabina, con el vientre mojado y los pechos aplastados contra la caja torácica. Él se lamió los nudillos, se quitó el sudor, y dejó que la brisa le secara la frente. Se sintió como si acabara de atravesar una gruta llena de disparos de flash, pero en la que no había podido ver ninguna de las imágenes.

Beuna tamborileó con los dedos sobre el cric y lo miró desde el otro extremo de su cuerpo alargado. Las alas de un gran pájaro se agitaron en la noche como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para mantener el peso de su cuerpo en el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, volviendo la cabeza.

—El alma de alguien que se aleja volando.

—Mierda —resopló ella—. ¿Qué demonios es?

—Un halcón —dijo él.

—¿Y qué está haciendo?

—Volar, supongo —respondió él, escudriñando la oscuridad.

—¡Uau! —exclamó ella, y cruzó las piernas, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Estoy llena de arañazos.

—Podrías no tenerlos —dijo él, suavemente, deseando no estar allí—. Podríamos haber ido a un motel de Marianna, o a cualquier otro sitio.

—No me apetecía —dijo Beuna—. Quería todas estas marcas.

—¿Qué le vas a decir a W.?

—Le diré que me he acostado sobre una cama de clavos. Es tan estúpido que no notará la diferencia. —Se mordisqueó la uña del pulgar.

—¿Qué le pasó con el béisbol?

—Que a mí no me gustaba —contestó ella—. No me gustaban todos los números que teníamos que hacer. De modo que vine aquí y alquilé una caravana. Y a finales de agosto, cuando se le terminó el contrato en Tacoma, vino conmigo y se puso a trabajar en la fábrica. Después de navidades le mandaron un contrato. Le dije que yo no iría a Tulare, California, ni a Tacoma, Washington, y él no firmó el contrato, y después ya no me enteré de más cosas de esas. Un amigo lo llamó desde Arizona y le dijo que por qué no iba allí, de eso hace un par de meses, pero él dijo que no iría. Nunca más volvió a oír hablar de ellos. Ha renunciado a su carrera de beisbolista. Estuvo seis años intentando triunfar, y desperdició la única ocasión que se le presentó.

—¿Crees que está contento?

—¿Crees que lo estoy yo? —replicó ella—. Yo soy lo primero de todo. Pero dejemos de hablar de W. W.

Se había alzado una leve brisa. Pasaba entre la hierba y erizaba la piel de sus brazos.

—¿Qué haces en Elaine? —preguntó Beuna.

—Me ocupo de echar a la gente de la isla de un viejo. No es gran cosa.

—¿Cuánto piensas que va a durar?

—La temporada del pavo. Una semana.

—¿Has roto con Jackie?

—No lo sé —respondió, pensando en ello—. No lo creo.

—Eres igual que yo, Robard —dijo ella, sonriendo como si en su mente se hubiera formado la imagen de algo perfecto.

—¿En qué? —preguntó él.

Beuna se echó a reír y retrocedió hasta quedar apoyada en la cabina de la camioneta de modo que lo podía mirar directamente.

—Quieres coger con quien te apetece. Pero, con todo, hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Que a mí no me importa.

—¿Y por qué crees que a mí sí?

—Porque pones cara de carnero degollado, como si tuvieras miedo de algo —dijo Beuna, y sonrió.

—A mí no me importa nada —replicó él, sintiéndose ofendido.

—Hay algo que sí te importa. Lo he notado por teléfono, y además voy a decirte algo.

—¿Qué?

—A mí me da lo mismo. —Frunció el entrecejo, pero enseguida su enfado pareció desvanecerse—. Robard —dijo, suspirando.

—¿Qué?

—Necesito otra cosa para estar contenta.

—¿Qué cosa? —preguntó él.

Beuna avanzó a cuatro patas hasta que su cabeza descansó sobre la pierna de él. Se acurrucó en torno a sus pies.

—Haz que me divorcie —le pidió, alzando la mirada y sonriendo hasta que pareció muy guapa.

—Ya veremos —dijo él.

—Da igual. —Beuna estiró el brazo, lo agarró y lo atrajo hacia ella—. ¿Cuándo iremos a Memphis?

—Cuando termine con mi trabajo.

—Muy bien —dijo ella, y empezó a besarle la verga—. Me gusta, Robard, me gusta muchísimo.

El halcón cambió de dirección en la noche dirigiéndose a la hilera de árboles del borde del campo, donde el aire era más denso, y lanzó un sonido grave. Beuna alzó la vista como si estuviera colgada del delgado borde de la nada.

6

Pasada la medianoche, emprendió el regreso, aparcó la camioneta y se dirigió en el bote hacia la isla. Un alargado banco de bruma opaca colgaba encima del agua y el bote se deslizó suavemente en el interior del espacio invisible de más allá. Una vez en la isla, varó el bote, lo puso boca abajo, y se detuvo en la playa de guijarros mirando la lluvia entre los sauces. Oyó a uno de los perros de Gaspereau que atrapaba a un conejo en el bosque antes de que se reunieran los demás con él; luego, el sonido de un chasquido seco hizo que todos quedaran en silencio y la calma se restableció en la alargada extensión de agua, capturándolo todo y manteniéndolo en suspenso.

Trató de comprender cuál había sido la causa de la ruina de Beuna. Parecía como si hubiera dirigido su vida hasta un punto de perfecto control, que coincidía con la más perfecta desesperación, y que después de eso lo hubiera perdido todo, y sufriera

como si algo indispensable le hubiese sido arrebatado tan súbitamente que ella misma ignoraba que lo había tenido e incluso que había llegado a controlarlo. Y eso había sido la causa de su ruina.

No le gustaba la idea de que lo que había convertido la vida de Beuna en un huracán, hubiera convertido la suya en algo igual, y hecho que una parte de su propia existencia quedase fuera de su dominio y sumida en la sentina de lo incontrolable. Porque si nada estaba claro, pensaba ahora, *eso sí lo estaba*. Fuera por diligencia o por intuición, o simplemente por suerte, él había conseguido ordenar su vida. Y constataba con placer que para hacerlo sólo había tenido que recurrir a su instinto.

Beuna le dijo que tomara la carretera de Marvell, en dirección a Little Rock, y le señaló un pequeño camino de grava que se perdía entre los árboles de uno de los lados de la carretera, donde se detuvo. Al fondo de una senda que se hundía en la oscuridad, distinguió una cabaña de pino que daba a la carretera. Beuna dijo que necesitaba veinticinco centavos, se apeó y se dirigió hacia el refugio. Entró y él oyó que la moneda caía dentro de una lata. Luego, Beuna, se volvió a materializar, saliendo de entre los árboles.

—¿Qué era eso? —preguntó él, cuando ella se subió nuevamente a la camioneta.

—El santuario —respondió Beuna, como si pensara que él ya sabría de qué se trataba.

—¿Y para qué mierda sirve?

—Es el sitio al que vengo a rezar cuando lo necesito —explicó ella—. Vengo siempre que lo necesito. Por eso está en el campo.

—¿Y por qué has pedido? —quiso saber él. Aquel asunto le resultaba divertido. Lanzó otra ojeada y le pareció que la cabaña era muy similar a unos retretes.

—He pedido por la salvación de mi alma —dijo Beuna.

—¿Está en peligro? —Hizo girar la camioneta para volver a tomar la carretera que llevaba a la ciudad.

—Claro que no —respondió ella—. Pero si lo estuviera, me gustaría ocuparme de ella.

—¿Por qué no has pedido por la de Robard? —dijo él, sintiéndose bien y acariciando con la mano el suave interior de los muslos de Beuna.

—Lo he hecho. Incluso le he dado veinticinco centavos a san Judas.

—¿Quién es ése? —preguntó él.

—El patrón de las causas perdidas —contestó Beuna—. Tienen una lista de santos pegada a la pared. Pero yo no sé nada de santos. ¿Sabes tú en qué se diferencian unos de otros?

—Yo no noto ninguna diferencia en nada del mundo —dijo él.

—Por eso lo he hecho —dijo ella.

Cuarta parte

Sam Newel

Oyó a Robard bajar los escalones, dirigirse hacia el depósito del algodón, coger la pistola y la caja de proyectiles, e irse. En alguna parte, detrás de la casa, Mr. Lamb le gritaba al negro que pusiera en marcha el otro jeep; pocos minutos después oyó que Robard volvía por la carretera muy deprisa.

Él se quedó tumbado oyendo caer las gotas alrededor de la cabaña. Al poco rato, el otro jeep rodeó la casa, mientras el viejo le gritaba algo a Landrieu, a lo que éste no respondió. Cuando el jeep llegó a la altura de la cabaña, el viejo se detuvo, y al cabo de un breve silencio soltó de muy mal humor:

—Maldito cabrón, mueve el culo fuera de esa cama antes de que le mande a Landrieu que empiece a cavar tu tumba.

Mr. Lamb salió disparado en el jeep y se dirigió hacia el lago. Y él seguía tumbado en la cama mirando la luz metálica, pensando en Robard y en nada. Poco después oyó que Robard volvía lentamente al volante del jeep, cruzaba el terreno entre las construcciones y se iba en otra dirección. Una de las válvulas fallaba. Elinor se acercó a la puerta y se detuvo allí, mirando hacia el interior y olfateando. Luego se fue. Y él continuaba tumbado en el frescor desnudo y en silencio, contento de estar en contacto con el mundo por medio de sus sonidos sin tener que mirar las viejas órbitas de los ojos de Mr. Lamb y buscando todo tipo de argumentos para justificar su pereza.

Robard había doblado la ropa de su cama con tanto cuidado como si creyese que era algo más que un simple trabajador eventual. La idea de que Robard calculaba mal su situación lo atormentaba y le hacía pensar que su mutismo ocultaba un terror fugaz a que todo fuese como era y a que él no conseguía hacer que fuera de otro modo. Y no podía dejar de pensar en que Robard iba a caer sobre él en cualquier momento debido a que le resultaba molesto. Aunque lo cierto era que lo admiraba precisamente por eso, por contar con una vida privada y una existencia autónoma, algo que él nunca había tenido oportunidad de desarrollar, de modo que todo lo que pensaba terminaba por tener que decirlo en voz alta.

De pronto Landrieu abrió ligeramente la puerta, y golpeó la pared metálica con su espátula, esforzándose por ver el interior sin necesidad de entrar.

—Será mejor que se levante —le gritó, mientras en su rostro se dibujaba un gesto de desaprobarción. Llevaba puesto su gorro de cocinero.

—¿Quién lo dice? —Se desmerezó en la cama, sólo para enfurecer al negro.

—Ella lo está esperando allí abajo —dijo Landrieu, y desapareció. Él pudo oírle bajar pesadamente los escalones.

Le alegró la perspectiva de sentarse a la mesa a desayunar sin tener al viejo delante. Se levantó, apoyó los pies sobre el cemento rugoso y se quedó mirando en dirección a los árboles, entre cuyas hojas asomaba la luz opaca de la mañana. Se preguntaba cómo sería el momento en que Robard se echaría sobre él, y si eso iba a tener importancia para alguno de los dos del modo que fuera.

Se vistió, cruzó deprisa el terreno mojado y subió los escalones de la casa. Landrieu estaba en la cocina vigilando cuatro lonchas de bacon que se freían en una enorme sartén grasienta, y se negó a levantar la vista.

Mrs. Lamb estaba sentada en el extremo opuesto de la mesa; vestía una camisa de hombre roja que iba muy mal con el color de su pelo. Lo miró y se quitó unas gafas bifocales que llevaba sujetas por una cinta al cuello. Leía el *Farmer's Almanac*, de espaldas a la cocina.

—Anuncian lluvia para hoy —dijo, afectadamente, como si hubiera encontrado un error muy divertido en la predicción. Despedía un fresco olor a lilas y llevaba un viejo saquito aromático marrón prendido en el bolsillo de su camisa de caza.

—No se han equivocado demasiado —dijo él, sonriendo y tratando de parecer amable. Landrieu entró con un vaso en forma de tulipán de zumo de naranja, se lo dejó delante y se fue.

—También afirman —continuó la mujer, volviendo a ponerse las gafas— que un día como hoy, hace cien años, llovió tanto que se produjo una terrible inundación en Mississippi, que es donde se encuentra esta isla, y que doscientos campesinos se quedaron sin casa. —Se ajustó las gafas sobre la nariz y lo miró por encima de la montura, como si la gravedad de esta información no pudiera escapársele a nadie en cien kilómetros a la redonda.

Notó que el ojo derecho de Mrs. Lamb, aunque tenía el mismo color castaño que el izquierdo, no parecía normal, y ejercía sobre él una ligera atracción magnética.

—¿Opina usted que la historia se repite cíclicamente? —preguntó ella, examinándolo con el mismo interés con el que él había visto contemplar el pozo contaminado a Mr. Lamb.

—No.

—Yo tampoco —aseguró ella, autoritaria—. Para mí, lo pasado ha pasado. A Mark Lamb a veces le cuesta creerlo.

—Es difícil renunciar a lo que a uno le gusta —dijo él.

Mrs. Lamb volvió a mirar con ceño el *Farmer's Almanac*, como si las

informaciones que contenía fuesen falsas.

—¿Adónde ha ido Mr. Lamb? —preguntó él.

—Ha cogido su Willys y se ha marchado —respondió ella, y su gran boca pintada de rojo se curvó hacia abajo como si el lejano recuerdo de Gaspereau acabara de inmiscuirse en su mente—. Al parecer, esta mañana tenía que venir gente a cazar pavos, pero no vino nadie. Mark cree que no vendrán. Cree que es terriblemente difícil *encontrar* la isla —dijo, seriamente, dejando el periódico a un lado—. Le molesta que la gente no venga a la hora señalada, de modo que fue a llamar a Oxford, temiendo que se hayan perdido. Se imagina que Arkansas es otro país, donde la gente, para no perderse, necesita que él la guíe.

—Creía que no quería que la encontrasen —dijo él.

—No —dijo Mrs. Lamb, con seguridad. Landrieu puso un plato de huevos revueltos y dos panecillos delante de ella, y una fuente oval con el bacon en el centro de la mesa—. Mark no quiere que la encuentren los *indeseables*. Pero sí quiere que la encuentre Wright, el entrenador, y también quiere que Julius Henley, tío de su amiga Beebe, la encuentre. Se le ha metido en la cabeza que, como ni figura en el plano de los ingenieros militares, ha dejado de existir para el resto del mundo.

T. V. A. entró con otro plato de huevos y panecillos, lo dejó, y esperó mientras Mrs. Lamb examinaba atentamente la mesa buscando el menor defecto. Luego asintió con la cabeza y el negro volvió a la cocina.

La casa estaba en silencio y él podía oír el tintineo del tenedor de Mrs. Lamb en el plato.

—¿Le gusta este lugar, Mr. Newel? —preguntó ella.

—Sí, señora.

La mujer cogió un panecillo y examinó su contenido pegajoso como si esperara encontrar algo escondido dentro. Alzó los ojos pensativamente.

—¿Qué planes tiene, Mr. Newel?

—¿Planes?

—Tendrá usted muchos planes, seguro —dijo ella, inclinando la cabeza amablemente.

Él sonrió, tratando de adivinar si la mujer iba a mostrarse simpática.

—Todos se oponen entre sí —dijo.

La mujer suspiró.

—Hoy en día todo el mundo tiene planes opuestos. No existe motivo para que los suyos no lo sean. Los de Beebe Henley se oponen a los de cualquiera. —Volvió a dejar el panecillo en el plato—. Es usted abogado, ¿no?

—El mes que viene, espero —dijo él.

La mujer asintió con la cabeza, separó un trozo de tocino del bacon y se lo llevó a la boca.

—¿Qué planes tiene con respecto a Beebe Henley? —preguntó en el mismo tono conciliador.

—No lo sé —respondió él, al tiempo que se preguntaba qué planes tenía—. Hay muchas posibilidades de que no tenga ninguno. —Parecía incómodo.

Mrs. Lamb empezó a alinear con mucho cuidado los cubiertos de plata en el borde de la mesa, tragó lo que quedaba de bacon y lo miró.

—¿Qué ha venido a hacer a mi isla? —preguntó fríamente.

Recordó la severa mirada de la vieja pasando de Robard a él para petrificarlos, como si fuesen dos monstruos de feria que pretendían venderle un trozo del puente de Helena a Mr. Lamb. Mientras Mrs. Lamb apoyaba la barbilla en la punta del pulgar y lo miraba, su ojo bueno se hizo considerablemente más pequeño y oscuro, hasta que él empezó a necesitar urgentemente algo sobre lo que posar sus *propios* ojos. Alzó la vista y se concentró en los dos planos, el que mostraba a la isla desde el aire, y el que no la mostraba.

—La gente por lo general viene aquí —continuó la mujer— a cazar o a pescar o a pasar un día de campo. Otros sólo vienen a visitar a los Lamb. —Hizo una pausa—. ¿En qué categoría lo debo incluir a usted? —Mantén la barbilla apoyada en la punta del pulgar, sin parpadear.

—Resultaría difícil de explicar —dijo él, tratando de apartar los ojos de los planos y hacer que contemplaran a la vieja—. Me temo que tendría que abusar de su paciencia —añadió.

Oyó que el pequeño jeep irrumpía furiosamente en el terreno cercano a la casa.

—Tengo grandes reservas de paciencia —dijo ella, con aspecto de fastidio—. Cuando tenía cuarenta y cinco años, y Mark y yo ya vivíamos en esta isla, cogí la tuberculosis por culpa de la humedad, y tuvieron que llevarme urgentemente a Memphis. En aquella época los médicos trataban la tuberculosis llenando el pulmón afectado con canicas de cristal y dejándolas allí unos cuantos meses hasta que el pulmón se curaba por sí solo.

—Sí, señora —dijo él.

—Era muy molesto —continuó ella, fríamente—. Pero adquiriré una gran paciencia. Y creo que tengo la paciencia necesaria para escuchar todo lo que me pueda contar de su vida.

Unos pies empezaron a subir pesadamente los escalones de fuera y a abrir la puerta a patadas. Las cejas de Mrs. Lamb se alzaron de modo aristocrático, mientras levantaba ligeramente la barbilla e inclinaba la cabeza preparándose para una brusca entrada. Él mantuvo los ojos clavados en su plato y se puso a comer los huevos con la mayor concentración de que era capaz.

Mr. Lamb apareció bruscamente por la puerta de la antecocina, rojo como un tomate, continuó por la habitación hasta el cuarto de estar, y desapareció por la esquina sin decir palabra. Llevaba unas botas de agua que le llegaban hasta la rodilla y un gran impermeable de lona que le caía hasta las botas, lo que le daba el aspecto de una campana con un largo badajo.

—¡Mierda! —gritó, desde donde nadie lo podía ver—. ¡Los muy hijoputas!

Las cejas de Mrs. Lamb se volvieron a arquear con firmeza, el labio inferior le sobresalió sobre el superior y puso las manos en la mesa, a la espera de que Mr. Lamb apareciera bufando y maldiciendo y dando golpes. Él sintió que en aquel momento nada en el mundo le gustaría más que esfumarse, y esperó que el viejo no lo hubiera visto al pasar. Mrs. Lamb, sin embargo, controlaba la situación en silencio, segura de que Mr. Lamb volvería a aparecer y no le gustaría que se hubiera producido el menor cambio en lo que había visto antes. Él dejó el tenedor lo más discretamente que pudo, cruzó las piernas y dejó que las manos descansaran sobre su regazo.

—¡Hijoputas, hijoputas! —gruñía Mr. Lamb, que apareció muy tieso por la esquina, en calcetines, sin el impermeable y llevando unos pantalones de dril con tirantes y la misma camisa roja con los patos en el cuello. Los miró fijamente a los dos y cogió con fuerza el respaldo de su silla. Su rostro estaba rojo de ira.

—¿Qué ha pasado, Mark? —preguntó Mrs. Lamb, pacientemente.

—Esos cabrones no han venido —soltó el viejo—. Los llamé a los dos. Y los dos dijeron que no venían. Dijeron que estaban muy ocupados o algo parecido, los muy hijoputas. Julius dijo que tenía un juicio, y Lonnie Wright dijo que tenía que ir en avión a Pennsylvania a contratar a un negro para que jugase en el equipo de la Universidad de Mississippi. Si no lo oigo, no me lo creo. Y ninguno de los dos me avisó. Los muy hijoputas ni siquiera tenían intención de llamarme. —La cara se le ensombreció.

—¿Dijeron que iban a venir? —preguntó Mrs. Lamb.

—Mierda, claro que sí. Vienen todos los años, ¿o no? —Mr. Lamb miró a su mujer como si se sintiera traicionado—. No necesitan decir que vienen, lo saben jodidamente bien. —Los ojos del viejo se clavaron inesperadamente en él como si fuera el único responsable de todo, pero era demasiado insignificante para mirarlo más de un segundo.

—Ven, Mark, siéntate —dijo Mrs. Lamb, suavemente.

—¿Y para qué demonios? —se burló el viejo—. ¿Qué ha sido de las normas de educación más elementales? Me gustaría saberlo. —Paseó la vista por el cuarto como si la educación estuviera allí, en alguna parte que no conseguía ver—. ¿Por qué mierda tienen que trabajar en plena temporada del pavo? También me gustaría saberlo. —Dos minúsculas bolas de saliva blancuzca aparecieron entre sus agrietados labios.

—Sécate la boca, Mark —dijo Mrs. Lamb.

El viejo se pasó la manga entera de la camisa por los labios, se dejó caer en la cabecera de la mesa y los miró a los dos con aire acusador. Tenía el pelo erizado en dos mechones hirsutos que le daban un aspecto de fiera, como si fuese un demonio humillado en el extremo de la mesa.

La habitación quedó repentinamente en silencio, y él pensó que quizá habría llegado el momento. Pero el viejo mantenía a todo el mundo prisionero y se negaría a indultar una pena sin infligirle antes un castigo terrible.

Mrs. Lamb suspiró y miró cariñosamente a su marido, mientras éste se iba sumiendo poco a poco en un profundo malhumor. El viejo se arrancó una parte no desdeñable de la uña del pulgar, y la mordisqueó.

—Mark —dijo Mrs. Lamb—, no deberías comerte las uñas. Todas esas mordeduras se quedan en el apéndice y luego te lo tendrán que quitar. Cuando me quitaron el mío estaba lleno de mordeduras de uña, y desde entonces nunca me las he vuelto a comer.

—Pues no entiendo por qué —gruñó el viejo—. Si no tienes apéndice del que preocuparte, puedes mordértelas todo lo que te apetezca.

La mujer miró inexpresivamente a Mr. Lamb, y éste pareció encontrar cierto placer en burlarse de ella, pero esa sensación pronto se desvaneció y el viejo volvió a mostrarse muy malhumorado. Landrieu, que estaba sentado en la cocina cortando huevos duros, quitó la cáscara de uno con un gesto seco y separó la yema de la clara, que puso en dos recipientes de loza distintos.

—No sé lo que está pasando —dijo el viejo, uniendo sus pequeñas manos y mirando cómo los pulgares giraban uno alrededor del otro. Durante un momento estuvo distraído, como si contemplar aquellos giros fuera algo muy importante—. Primero el pozo se contamina, algo que no había pasado nunca en cincuenta años. Luego, la temporada del pavo se jode, luego ese maldito arrendamiento que se acerca. —El viejo le dirigió una mirada furiosa, como si estuviera pensando en considerarlo la cuarta calamidad—. Algo va mal, ¿no te parece, Newel?

—No lo sé —dijo este último, esperando no tener que decir nada más.

—Bueno, pues yo sí lo sé —tronó Mr. Lamb—. Lo malo es que no sé qué mierda pasa. Es como si las cosas se jodieran de repente.

El viejo se hundió todavía más en su silla, hasta que la cara le quedó a unos quince centímetros de la mesa, mientras toda la casa estaba en silencio, excepto por el gotear de los canalones y el rechinar de la silla de Landrieu cada vez que se acercaba a los recipientes. El aire era cálido y pesado y se abatía sobre todo con una fuerza poderosa.

Mrs. Lamb se levantó, puso en marcha el ventilador, y se dirigió al cuarto de estar, dejando a los dos hombres a la luz grisácea. Acercó una silla a la radio y comenzó a darse aire con un abanico de cartón que tenía una fotografía en sepia de las cataratas del Niágara. Él notó que una gota de sudor se le deslizaba por la sien, mientras el viejo miraba lúgubre al vacío.

—No sabía que la tuviese arrendada —dijo él, incapaz de seguir en silencio.

—No *debería* tenerla —se lamentó Mr. Lamb. Su mujer se abanicaba, agitando unas mechas rebeldes de su frente—. Debería ser el dueño de este jodido lugar —dijo el viejo—. En agosto hará cincuenta años que lo tengo. Se lo regalé a Mrs. Lamb —señaló a su mujer con el dedo— por su cumpleaños y como regalo de boda, las dos cosas a la vez. Yo no creía que iba a durar otros cincuenta años, y ella tampoco.

—¿Quién es el dueño?

El viejo se pellizcó los labios y entrecerró los ojos.

—La escritura está a nombre de la Chicago Pulp and Paper —dijo rápidamente.

—¿No quieren renovar el arriendo?

—Supongo que sí —dijo el viejo, sombríamente.

—Entonces usted no se tendrá que ir.

—Supongo que no. —Mr. Lamb se quedó sentado mirando distraídamente la puerta abierta de la cocina. Landrieu pareció sentirse observado, pues echó hacia atrás la silla para quedar lejos de las miradas indiscretas.

—Entonces no es tan grave —dijo él.

El viejo parpadeó furioso.

—Soy yo el que decide si una cosa es grave o no. No me gusta que esos italianos grasientos aparezcan por aquí con su jodido avión y me hagan llevarlos de un lado a otro como si yo fuera un conductor de autobús. Es degradante. —Sus ojos volvieron a soltar llamas—. Vienen en avión cada cinco años, lo mean todo, meten las narices en mis asuntos, marcan mis árboles como si yo no llevara aquí más de cincuenta años. Ninguno de ellos había nacido cuando yo me vine a la isla, todos son nuevos. Estoy empezando a pensar en cargarme ese campo de aviación que construyeron y que aterricen en el bosque, así me libraré de ellos de una maldita vez. —El viejo se frotó las manos como si fueran dos verrugosos trozos de corteza.

—Con todo, me parece importante que usted continúe ocupándolas —dijo él, tratando de parecer razonable—. Podría contratar a un abogado que les enseñara lo que es bueno, y usted y Mrs. Lamb nunca los volverían a ver por aquí.

—Un abogado —dijo el anciano, indignado—. Te dije que ya había hecho testamento. Intentas inventarte algo para meter las narices en mis cosas, ¿verdad, Newel?

—No soy abogado —replicó él.

—Mierda, claro que no lo eres —dijo el anciano, dando un puñetazo en la mesa y elevando la voz a cada palabra que pronunciaba, de modo que la tela de araña de vasos sanguíneos de su cara se hinchó y se puso azul—. Pero te voy a decir una cosa. Estaré allí cuando esos jodidos italianos bajen del avión, y no necesitaré que ningún charlatán de mierda venga a liar las cosas y no me deje decir lo que me salga de los huevos.

—Muy bien —dijo él, levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Mr. Lamb se burló de él.

—¿A que no lo entiendes, Newel? —dijo—. ¿A que no entiendes que no me guste que esos italianos de mierda vengan aquí con su maldito avión y se pongan a joderme las tierras, aunque sean tuyas?

—Creo que sí lo entiendo —dijo él, deteniéndose ante la puerta de la antecocina.

—No, no lo entiendes —gritó el viejo—. Es una indignidad tener que soportar su presencia en esta isla, como si fuera un barrio de Detroit o uno de esos puñeteros sitios donde ellos viven. Es una indignidad quedarse con los brazos cruzados. Eso es

algo que ya no os enseñan. ¿Qué mierda sabes tú de dignidad? Para mí, que nada de nada.

—Sólo hablaba de prioridades —dijo él, tranquilamente—. Pero puede que usted tenga razón.

—A la mierda con las prioridades —gritó Mr. Lamb, golpeando con ambos puños el hule de la mesa y mirándolo con furia—. Me cago en las prioridades y en todas esas mamonadas. Estamos hablando de dignidad y del regalo de boda de Mrs. Lamb, ¡me cago en Dios!

—Debo de haber entendido mal —dijo él, desapareciendo por la puerta.

—Efectivamente —gritó el viejo—. Me has entendido mal, pero que muy mal.

2

Cuando tenía doce años fue con su padre y con su madre a Biloxi. Se alojaron en un gran hotel blanco de la playa que se llamaba Buena Vista y tenía sombreados porches e hileras de bungalows blancos en la parte de atrás, debajo de los plataneros. Su padre se pasaba el día fuera y volvía por la tarde, hasta un sábado en que fueron a visitar a un hombre que su padre había conocido en Nueva Orleans. Se llamaba Peewee McMorris y había trabajado en los pozos de petróleo hasta que otro hombre había dejado caer accidentalmente una naranja desde lo alto de la torre de un pozo encima de su cabeza, después de lo cual ya nunca volvió a trabajar porque se quedó parálítico de la pierna izquierda y permanecía tumbado a la sombra de su bungalow color rosa detrás de la base aérea de Kessler. Su mujer se llamaba Josephine, y cuando llegaron les preparó unas copas y los llevó a que vieran a Peewee, que estaba sentado en una tumbona de nylon en el jardín de atrás plantando unas semillas de césped que sacaba de una cesta que tenía al lado. Peewee era un hombre retorcido con una gran mandíbula italiana y se mostró muy contento por poder tomar una copa aquella tarde tan calurosa. Después de tomar el primer trago de bourbon, le sonrió y le preguntó si quería aprender un truco. Cuando él dijo que sí, que quería. Peewee se estiró en la tumbona y le puso la mano en el hombro y anduvo arrastrando la pierna hasta la esquina de la casa donde Josephine había plantado azaleas y hortensias para ocultar el contador del agua. Dentro del macizo de azaleas, que estaba cubierto de pétalos de un rosa violento, Peewee encontró un enjambre de avispas y se lo señaló para que lo viera. Como les tenía miedo a las avispas y no le gustaban nada, valiente truco, retrocedió. Peewee se echó a reír, y cuando la última avispa había entrado en la colmena y no quedaba ninguna revoloteando alrededor, metió la mano cuidadosamente en el avispero y dejó que las avispas se le posaran en los dedos y le anduvieran por la mano y le clavarán los aguijones en la piel, hasta que pareció que le iban a llegar al hueso. Peewee sin que la mano le temblase, se puso a reír y a reír, y dijo que desde que el hombre había dejado caer la naranja encima de su cabeza no sentía dolor en muchas partes del cuerpo, y que aquella mano era una de esas partes, y que una avispa le podía picar hasta que la cara se le pusiera azul y seguía sin dolerle. Cuando sacó la mano todavía tenía una avispa clavada en el dedo anular. Y Peewee se reía y se reía y se quitó la avispa pero se quedó con el aguijón clavado en la mano. Y él permaneció mucho rato mirando la mano de Peewee, que estaba junto al vaso, encima del césped, y luego le dijo a su madre que le apetecía ir a darse un baño en el golfo antes de acostarse. Y se quedó mucho tiempo en el agua salada y marrón contemplando el muelle blanco del hotel donde un viejo estaba cogiendo cangrejos con una red, metido en el agua hasta las pantorrillas, y distinguió que había medusas azules que la marea arrastraba hacia la orilla, y se preguntó si picarían al viejo en caso de que las

Pasó el día en la tumbona con un humor de perros contemplando al padre de Beebe, que había sido abogado en la ciudad de Jackson y que había empezado a beber bourbon con verdaderas ganas en el momento en que los hados parecían destinarlo a formar parte del tribunal supremo del Estado, después de lo cual comenzó a emplear mucha energía apareciendo borracho en los juicios, pronunciando alegatos estúpidos, presentando recursos absurdos, y en definitiva atrayendo un odio general hacia él por parte de los jueces y los jurados de todo el estado de Mississippi.

Llevaba muy bien aquello de estar en el soleado porche de la vieja mansión colonial amarilla de Beebe con un rebaño de Impalas y Town Wagons aparcados en el camino de entrada, mientras Hollis paseaba arriba y abajo comparando la ley de Mississippi con el Código Napoleónico de Louisiana, y tratando de definir con exactitud lo que era ser abogado en el estado de Mississippi.

Hollis era un hombre bajo y voluble de brazos cortos y pelo azabache, que en determinados momentos de máxima extravagancia había apoyado al senador Theodore G. Bilbo. En el curso de su charla, Hollis dejaba a veces el soleado porche y entraba en el cuarto de estar y, sin dejar de hablar, daba un paseo por la habitación, cogía algún objeto de una mesita y lo sacaba al sol del porche, antes de volver a situarlo donde estaba durante el siguiente paseo; después aparecía con otra cosa, un encendedor, o una figurilla de conchas marinas, una fotografía enmarcada o lo que fuera, siempre y cuando lo pudiera acariciar mientras seguía hablando. Él se había dado cuenta de que aquélla era la última estratagema de Hollis en los juicios, una treta para distraer la atención del jurado de lo que estaba diciendo y atraerla hacia el objeto concreto que tuviera en la mano, de forma tal que creyesen que decía cosas que merecía la pena escuchar, o en caso contrario no estarían ahí, prestando tanta atención.

En la Universidad de Mississippi, Hollis había empezado a tener un tic nervioso muy molesto. Al final de cada frase de cierta extensión, que culminaba con una explosión de consonantes duras y breves pronunciadas en un registro más agudo, como si acabara de hacer una pregunta que no había hecho, Hollis dejaba que la comisura de los labios se le contrajera hacia la mejilla y que el cuerpo entero se le crispaba como si lo hubiera pisoteado un caballo, de modo que parecía que quería rascarse el mentón con el hombro. Inmediatamente después, giraba sobre sus talones para alejarse en la dirección que señalaba el tic. Si el que lo escuchaba no lo estaba mirando con atención, o miraba hacia otra parte, la rapidez de esta media vuelta enigmática disimulaba casi por completo el tic, y el que lo estaba escuchando, ya sin

duda atraído por el objeto que Hollis tenía en la mano, no veía nada especial, pero quedaba convencido de que había dicho algo estremecedor, por mucho que no lo hubiera oído.

Hollis había empezado la tarde llevando y trayendo un pajarillo de porcelana que parecía la réplica estilizada de un rabihorcado. Periódicamente lo llevaba al cuarto de estar, para reaparecer enseguida con el mismo pájaro entre las manos, como si su exposición ganara en pertinencia cada vez que la asociaba con el pájaro.

Su comparación se apoyaba en el hecho de que en Louisiana las escrituras y todos los instrumentos legales no estaban reunidos en un archivo central, sino que se encontraban dispersos en los de los magistrados locales, a quienes proporcionaban unos ingresos irregulares cada vez que tenían que hacer copias juradas o iniciar investigaciones, monopolizando así un auténtico filón que les permitía, a ellos mismos y al gobierno, llenarse los bolsillos. El caso más flagrante había sido el del gobernador Long, quien daba empleo a individuos que, llegado el caso, podían poner en dificultades a sus enemigos, por ejemplo acusando a los diputados más conocidos de ser socios de las casas de putas de Bossier City, y desapareciendo de la localidad antes de que llegasen los magistrados a verificar esas acusaciones.

—En Mississippi —declaraba Hollis, con una voz rotunda, mirando seriamente el pájaro, como si éste mereciera que se le prestase una atención especial—, el sistema es mucho más sencillo, a menudo demasiado sencillo en mi opinión. Los litigios normalmente son excesivos. Y sin embargo, nuestras escrituras y las actas de los procesos están reunidas en el capitolio. —Y señalaba con el pájaro en la supuesta dirección del edificio del capitolio, que se encontraba en la ciudad, a muchos kilómetros de distancia—. Además, las actuaciones legales no están sujetas al sistema de cantones que, desde el otro lado del río, fomenta la corrupción.

Ceñudo y perplejo, miró en dirección a Louisiana, y terminó con una nota sobreaguda a la que siguió el tic de la boca que lo llevó al cuarto de estar dando largas zancadas. Pero enseguida volvió con el pájaro en la mano y una mirada abstraída, como si su argumento no fuese el adecuado.

—No es mi intención —continuó, con voz lúgubre—, aseverar que la práctica del Derecho en Mississippi sea interesante, pues ni siquiera resulta medianamente divertida, motivo por el cual yo ejerzo ante la Magistratura de Trabajo y la Cámara Internacional de Comercio, que es donde está el dinero, aunque no la fama. —Lanzó una mirada al cuarto de estar, que estaba abarrotado de butacas con orejas, espantosos tapetes con motivos florales y mesitas disparejas, que era lo único que quedaba de la dote de su mujer—. El tribunal del estado de Mississippi es un organismo informal que requiere a un procurador que en cierto modo ame a la humanidad más que al derecho, afectos a los que yo renuncio en favor del dinero. —Se dio la vuelta, paseó por el cuarto de estar, echó una ojeada al comedor como si estuviera planeando un viaje futuro hasta allí, y volvió nuevamente con el pájaro en la mano.

Él mismo se había hundido en el sofá, casi hipnotizado por el pájaro y

limitándose a asentir cuando la voz de Hollis se hacía más fuerte, como si planteara una cuestión que necesitaba respuesta.

—Creo que así presento la cuestión del modo adecuado —dijo Hollis, alzando el pájaro como si se preparara para cederle la palabra—. Cuando yo era fiscal, una vez tuve que acusar a tres negros de haberle robado la casa a un hombre, llevándosela de sus tierras. Nunca conseguimos averiguar cómo se las habían arreglado para *llevarse* la casa, pero lo cierto es que se la llevaron, y en el espacio de unas pocas horas. Resumiendo, poco antes del juicio, llevaron a los tres al juzgado, justo cuando acababan de terminar con otro caso. El jurado se había disuelto, y los magistrados charlaban, y la mesa de la defensa todavía estaba abarrotada de papeles y documentos. El ujier los llevó al espacio del jurado, hizo que se sentaran, sujetó sus esposas a la balaustrada y se marchó. Los negros ya habían decidido declararse no culpables del cargo de apropiación ilegítima —dijo—, y comparecían para ser juzgados sin jurado. Total, que fue pasando el tiempo y los demás magistrados se fueron, y mi ayudante y yo y el abogado de los negros entramos, y finalmente el juez y el escribiente. El ujier no volvió. Todos nos sentamos, y me fijé en que los tres negros estaban sentados en el estrado del jurado y miraban a su alrededor como si supieran perfectamente lo que estaban haciendo. El juez, que era viejo, ocupó su puesto, miró al defensor y dijo: «¿Está la defensa preparada?». Y el abogado dijo que estaba preparado. «¿Está la acusación preparada?». Y yo dije que estábamos preparados. Y entonces los ojos del juez tropezaron con el estrado del jurado, donde estaban sentados los tres negros como si aquel sitio fuese propiedad de ellos. «¿Quiénes son ustedes?», preguntó el juez, bastante escandalizado, porque entonces a los negros no se les permitía formar parte del jurado. Y un negro alto de enorme mandíbula se puso de pie de un salto, se quitó la gorra, se agarró a la balaustrada, y dijo: «Bueno, nosotros somos los ladrones».

Hollis se interrumpió y lo miró significativamente, como si quisiera asegurarse de que estaba profundamente fascinado por el pájaro.

—Y la cosa siguió así —dijo Hollis, con mucho desagrado—. Presentaron una demanda de anulación por defecto de procedimiento, concedieron la anulación y los tres negros quedaron en libertad, aunque algo más tarde yo mandé a uno a Parchman por haberle dado un navajazo al pobre hijoputa que había confesado. —La boca se le disparó hacia el hombro, y se dirigió dando tumbos al cuarto de estar, de donde no volvió.

Y él seguía con la idea de que en Mississippi la justicia probablemente era una mezcla de estupidez y afectados escrúpulos que no dejaba otro recurso que emborracharse, y así para siempre.

Un día, tres años más tarde, Hollis fue en su Cadillac a Orleans para un caso que se juzgaba ante la Magistratura de Trabajo, y en el descanso de mediodía se dirigió al puente Huey P. Long, bajó del coche y se tiró al río. Los que se detuvieron para ver al que se había lanzado a aquellas aguas asquerosas dijeron que, debido a la mala suerte,

Hollis no había caído al río sino encima de uno de los pilares de cemento. También contaron que, no sin pocos esfuerzos, se las había ingeniado para arrastrarse hasta el agua antes de que nadie hubiera tenido tiempo de lanzarle una escala de cuerda para recogerlo, perdiéndose inmediatamente de vista.

Beebe dijo que todo el mundo podía comprender lo que lo había empujado a tirarse desde el puente. Aunque algunos se preguntaban cómo es que había tardado tanto en hacerlo. Pero nadie, decía ella, conseguía entender por qué se había arrastrado después desde el pilar hasta el agua.

Y él seguía sentado en su apartamento de la calle 118, más arriba de Columbia, y decidió que tres mil kilómetros apenas bastarían para mantenerlo alejado de aquel puente. O peor aún, que debería realizar todos los ajustes necesarios para adaptarse a la imbecilidad, el aburrimiento y la ridícula afectación, como todos parecían hacer en el Sur, sin que a nadie pareciera importarle demasiado.

4

A primera hora de la tarde llegó Robard, se puso su camisa de rodeo verde y se marchó, murmurando algo acerca de sus asuntos. Él estaba sentado al borde de la cama y le preguntó por la naturaleza de esos asuntos, y Robard sonrió y desapareció por la puerta.

Se quedó allí tumbado, pensando en sus propios planes con respecto a Beebe, ya que le había dicho a Mrs. Lamb que no tenía ninguno, y trató de entrever la realidad. Pensó en el placer de subirse al tren al caer la tarde, apearse en Randolph, y dirigirse en autobús hasta Goethe, y luego caminar durante dos manzanas. A las doce de la noche Beebe despegaría para Tokio o Addis Abeba, y él no volvería a pensar en ella nunca más, y tomaría el tren para volver a casa. Aquello hizo que se sintiese pletórico.

Ella había salido una vez con un chico llamado Ray Blier, de quien estaba enamorada, que se había ido a la academia militar de Annapolis. En la universidad, se había pasado casi todas las primaveras a la espera de pasar la noche con Ray Blier en cuanto tuviese la mínima oportunidad, e iba en avión a Nueva York, y se divertía del modo en que se divierten algunas mujeres, algo que basta para llevarlas a la tumba. Y a él le parecía extraño que ella se abandonara tanto. Ella sostenía que a Ray Blier no le gustaba la academia militar y que estaba impaciente por volver a la facultad de Derecho de la Universidad de Mississippi, donde se sentiría a salvo. Ella decía que eso era dañino y que no le gustaba. A veces ella venía, pero no llamaba. Y otras veces él oía el teléfono y decidía que era ella, y no respondía. Y nada de eso había cambiado. Todo se basaba en una especie de dejadez que no incluía ningún tipo de *plan* en el sentido habitual. Aunque había algo en todo aquello que le asustaba y le hacía creer que lo llevaría a algo muy amargo, y que un día un desastre se abatiría

sobre él incluso antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

5

—Se habrá preguntado qué le pasa a mi ojo, ¿verdad? —dijo Mrs. Lamb, dejando su taza sobre el hule y mirándolo como de costumbre a través de su denso aroma de lilas. Le había explicado que Mr. Lamb tenía fiebre y se había ido a la cama, había apoyado el oído bueno en la almohada y se había quedado dormido de inmediato. Él se sentía vagamente culpable por haber sido el catalizador que había mandado al viejo a la cama presa de gran agitación, y se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era coger el autobús después de cenar, y luego tomar el tren de la mañana rumbo a Chicago.

—Lo siento —se disculpó, negando haberse fijado en el ojo.

—Mi ojo izquierdo es artificial —dijo ella, y volvió a concentrarse en alinear los cubiertos de plata en el borde de la mesa, sin hacer el menor esfuerzo para mostrarle el ojo de cristal—. En 1919, antes de que Mark y yo nos casáramos —dijo sonriendo—, yo trabajaba en una fábrica de escobas, en Clarksdale, Mississippi. Mark intentaba dedicarse a la agricultura, y yo me limitaba a hacer tiempo hasta que nos pudiéramos casar. Eso era antes de las leyes que prohíben el trabajo de los niños, al menos en Mississippi, y yo creía que estaba bien trabajar para mantenerme a mí misma. Mi padre, que era considerablemente mayor de lo que debería haber sido para tener una hija de quince años en 1919, trabajaba sólo de vez en cuando, como tasador de algodón, y le iba bastante bien, si se tiene en cuenta el poco tiempo que se dedicaba a ello. De modo que fui a Clarksdale en contra de su voluntad y me puse a trabajar en la Choctaw Broom Works, poniéndoles a las escobas la cuerda roja final. Un día en que salía del edificio para sentarme a la sombra, un mango de escoba salió despedido de una sierra circular y me golpeó en el ojo, y como consecuencia de eso me quedé sin él.

La mujer sonrió y él intentó encontrar algo agradable que decir, esforzándose por apartar la vista del ojo de cristal.

—Me daba mucho miedo que Mark me viese con el ojo artificial —murmuró Mrs. Lamb, jugueteando con el asa de la taza—, y que renunciara a casarse conmigo. Y por eso pasé cierto tiempo sin verlo.

—Pero no le importó, ¿verdad? —preguntó él, resistiéndose a volver a mirar el ojo.

—No —respondió ella—. No le molestó. En aquel tiempo Mark era un granjero lleno de entusiasmo. A los veintidós años ya tenía varias hectáreas. De hecho, llevábamos cuatro años casados cuando una tarde me miró mientras yo estaba sentada tomando el fresco y pelando judías, y dijo «Fidelia, ¿te ha entrado algo en el ojo?».

Yo le dije: «No, Mark, es que no lo tengo». Mi miedo casi había desaparecido, como se puede imaginar. Y él dijo: «Ya me parecía a mí». Y entonces le conté lo de la escoba.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo..., a ver si lo puedo recordar. Dijo: «Bueno, entonces tendré que ocuparme de un ojo menos». Por entonces presumía de que gustaba a las mujeres, pero yo siempre pensé que era demasiado bajo.

—Lo superaba gracias a su bondad —dijo él.

—No lo dudo —dijo Mrs. Lamb, y se frotó las cejas.

Las últimas luces del día caían sobre los árboles. Landrieu entró y levantó la mesa, luego volvió a la cocina y vertió el agua de un cubo de metal en el fregadero.

—La primera primavera que pasamos aquí —dijo la mujer, mirando soñadoramente el dintel de la puerta que daba al porche, como si aquella estación estuviera representada por uno de sus frisos—, el río inundó la zona y Mark y yo tuvimos que pasarnos horas en el porche matando con azadones víboras de agua a medida que salían de ella. Teníamos miedo de que la casa se viniese abajo y nos aplastara. Yo estaba embarazada de Lydia, y al verme ahí, matando todas aquellas serpientes, Mark tenía miedo de que a la niña le pasara algo. Pero le dije que las serpientes no me daban miedo, y que a la niña no le pasaría nada mientras no me mordieran, lo que pareció tranquilizarlo, pues todo cuanto quería era que alguien le dijese que estaba equivocado. Y resultó que Lydia nunca tuvo miedo de las serpientes, aunque por alguna estúpida razón siempre le asustaba mucho el río.

—Creo que lo entiendo —dijo él, sombríamente.

Mrs. Lamb lo miró con curiosidad y colocó cuidadosamente las manos sobre el hule.

—Aquí dependemos mucho del estado del río —continuó ella, aplicada—. Mucho más que del reloj y del calendario. Y eso que el río ya no cambia con tanta frecuencia, pues desde que terminaron los trabajos de la Tennessee Valley Authority, el río quedó canalizado.

Landrieu asomó la cabeza por la puerta, miró extrañado, y desapareció.

—Mark añadió esos pilares de cemento a la casa para que no tuviéramos que preocuparnos por las crecidas, pero el suelo es demasiado poroso y siempre está húmedo. No me extrañaría que los pilares hayan empezado a deteriorarse. Están hundidos unos siete metros, con la parte más ancha por abajo.

Él alzó la mirada hacia el resplandeciente rostro de la anciana. Sus ojos parecían más grandes y oscuros.

Él hubiera querido manifestarle su reconocimiento y absoluta sumisión con un gesto, pero la anciana se puso inesperadamente en pie.

—Sería hedonista por nuestra parte pretender asombrar al mundo porque nos quedamos aquí para siempre... ¿no le parece que tiene sentido? —Le dirigió una amplia sonrisa.

—Sí, señora —susurró él.

—Bien —dijo ella, y se encaminó a la puerta del fondo. Se detuvo un momento para inspeccionar su radio, y luego desapareció en la oscuridad donde dormía Mr. Lamb.

6

Cruzó la cocina y bajó los escalones, pasando luego delante de Landrieu, quien estaba sentado sobre un barril de clavos saboreando un cigarrillo. El cielo todavía amenazaba lluvia. La luna resultaba visible muy arriba, pero unas nubes cenicientas se deslizaban cerca de ella con aspecto de ser más densas de lo que en realidad eran, como si se hubiesen desprendido de una bóveda enorme y oscura que se alzara sobre Arkansas.

Elinor pareció desenrollarse de debajo de los escalones, golpeó con el rabo en las contrahuellas, y desapareció al trote en la oscuridad; en la quietud pudo distinguir el sonido del collar del animal.

Tocó la columna más cercana de las que sostenían la casa, y con la mano abierta le dio un golpe que no levantó el menor eco. Se internó en las oscuras sombras de debajo de la casa, donde el aire era más frío y acre a la vez. Distinguió, colgadas de las vigas, unas cuantas cañas de pescar, varias herramientas de jardín rotas y oxidadas, y algo que ocupaba casi todo el espacio entre dos vigas. En la aceitosa oscuridad, le pareció que se trataba de una paleta de jardín con tres pinchos, pero que al mirar mejor descubrió que eran pequeñas patas cartilagosas de pájaros. Patas de pavo, supuso, un centenar o más de ellas, clavadas en la madera, y apenas visibles a causa de la oscuridad. Extendió la mano entre las telas de araña y tocó los espolones que hicieron ruido al chocar contra la traviesa y amenazaron con deshacerse en su mano. Parecía perfectamente lógico que aquellas patas estuvieran allí, sujetas a la casa, esperando a que sus cuerpos vinieran a arrancarlas, antes de regresar a toda prisa a la espesura con ellas. Para él, la necromancia carecía de sentido, pero pensó que la idea era perfecta y, de algún modo, el estar en aquella región, hizo que sintiese justificado el tenerla.

Oyó que Landrieu descendía los escalones sin advertir su presencia y se dirigía por el terreno húmedo en dirección a su casa, mientras la brasa de su cigarrillo señalaba su movimiento en la oscuridad. El olor acre parecía más intenso a medida que se acercaba al centro de la casa. Durante un breve instante pensó en arrancar una de las patas y llevársela, pero encontró que la idea no era buena y se inclinó y abandonó aquellas frías sombras, intentando evitar las tuberías para no cortarse. Se irguió bajo la luz de la luna, observó que la puerta de la casa de Landrieu se cerraba, y que una luz se encendía detrás de la persiana. Un turbio resplandor seguía saliendo

del depósito de algodón, se filtraba a través de las juntas y convertía la cabaña en su propio esqueleto. Elinor cruzó corriendo el terreno, le dirigió una lúgubre mirada y volvió a desaparecer por debajo de los escalones. Esperanzado, pensó que si encontraba una buena excusa podría presentarse a la puerta de Landrieu para charlar con él. Pero no se le ocurrió nada de lo que pudiera querer hablar Landrieu, en lugar de seguir allí solo, en su casa, y renunció a la idea.

Varios senderos semejantes a aquél por donde habían llegado convergían en la casa. De un modo complicado, por medio de desvíos y atajos, se entrecruzaban y permitían acceder a cualquier punto de la isla. Durante el desayuno había trazado en el plano aéreo un itinerario capaz de conducirlo hasta el río, siguiendo con la mirada los caminos que daban vuelta hacia la casa y se cruzaban con otros caminos que llevaban cada vez más cerca del borde de la isla. Recordó el que le había parecido más sencillo y, con él en la mente, pasó por delante de la casa de Landrieu, cruzó un extraño trozo de terreno quemado que no había visto antes, y se dirigió al borde del bosque, donde percibió el dulce y profundo olor de la aquilea y el ligustro.

Distinguió un sendero gris que se hundía en las tinieblas, dirigiéndose hacia el este desde el claro donde se encontraba la casa. Lo tomó convencido de que se dirigía al río.

Cuando llevaba recorridos unos cincuenta metros, el sendero terminó en uno de los caminos para el jeep, por el que se encaminó hacia lo que supuso sería el sur. Volvió la vista en dirección al claro donde hasta hacía muy poco resplandecían las tres construcciones y sólo pudo distinguir el sendero grisáceo eclipsado entre los ligustros y los algodinales.

Había agua estancada en los bordes del camino, y él continuó caminando por el montículo central, donde la tierra estaba blanda pero menos empapada. Pudo ver sombras entre los árboles, allí donde el terreno parecía hundirse bajo imponentes encinas, y macizos aislados de matorrales y espinos. Supuso que más allá habría ensenadas, y una vez pasadas éstas, un terreno arenoso y luego el río. El camino, según sus cálculos, corría oblicuo al río cuando éste rodeaba el primer promontorio de la isla, y finalmente pasaba a menos de veinte metros del canal principal, por lo que no necesitaba buscar una vía de acceso a través de la hondonada. Se imaginaba que ya estaba cerca de donde Mr. Lamb tenía su ahumadero.

Los grillos habían comenzado a cantar y las nubes amenazadoras se habían disipado. La luna colgaba al final del camino y su luz iluminaba el sendero y los primeros árboles que lo bordeaban.

Pensó que no se había sentido tan en forma desde el último agosto, cuando él y Beebe habían tomado el transbordador en Waukegan y pasado la Fiesta del Trabajo en las dunas. Recordaba haberse sentido entonces en un estado físico admirable. Beebe se había ido a Bangkok y él se había instalado en su apartamento, dejándose caer por la facultad un par de veces a la semana para leer los titulares del *Washington Post* en el sótano donde estaba la revista de los estudiantes de Derecho. Por la noche

cenaba fuera, daba un paseo junto al lago hasta la avenida North y terminaba el día viendo la televisión.

El curso empezó un mes después y se cambió a Kenwood, donde los desconocidos traficaban en el parque la noche entera, y las cosas se pusieron tensas. A primeros de noviembre los ligamentos de su rodilla habían empezado a hacer unos ruidos sospechosos, y en el oído comenzó a sentir unos dolores poco intensos pero bastante molestos que le llegaban hasta el interior de la cabeza. Todo lo que hasta entonces le había parecido perfectamente evidente, se convirtió en un conjunto de obsesiones relacionadas con el hecho de que, para enfrentarse al futuro, debía dejar completamente en claro el pasado.

En navidades tenía todo un catálogo de síntomas, se pasaba mucho tiempo preocupado por ellos, y hasta olvidó entregar su artículo para la revista de la facultad. Telefoneó varias veces para disculparse, pero el director lo acusó de quedarse en el bar tomando café y presumiendo, mientras los de la redacción estudiaban las sentencias y redactaban resúmenes esperando encontrar trabajo de pasantes en algún bufete. Acabó por cogerle manía a aquel director, un judío de Ohio llamado Ira Lubitsch a quien hizo unas encolerizadas observaciones por teléfono, hasta que por fin convinieron en que terminaría el artículo para mayo. En febrero las molestias aumentaron en número e intensidad. Notó que tenía amarillentas las escleróticas, pero la cosa no pasó de ahí. En marzo dejó de ir a la facultad y se pasaba el día asomado a la ventana y mirando enfadado a las negras que paseaban a sus hijos por el parque, y a los vagabundos borrachos que meaban en los setos. A finales de mes discutió violentamente con Mrs. Antonopoulos, quien lo abordó en la escalera mientras sus dos sobrinos se deslizaban por la barandilla. La mujer le dijo que le debía el alquiler de febrero y que si no le pagaba, declinaba toda responsabilidad con respecto a las consecuencias que esto tuviera, dicho lo cual dirigió a sus sobrinos una mirada prolongada. Al día siguiente, se encontró con la saca de tela llena de herramientas de carpintero en el descansillo y con agujeros de broca en la puerta y pequeños montoncitos de serrín en la moqueta. Los carpinteros habían bajado a un bar, donde él los había visto hacía un momento tomando un vaso de leche y un bollo. Entró en la habitación y cerró la puerta con llave. Cuando llegaron los carpinteros, la abrió violentamente y los amenazó con llamar a la policía y acusarlos de allanamiento de morada. Los carpinteros quedaron desconcertados, recogieron sus herramientas y se marcharon. Luego cerró la puerta y no salió durante un mes, aquejado de dolores de oído, rigidez en las rodillas y una extraña incapacidad para bostezar normalmente, como si le hubieran instalado un regulador en el mecanismo del bostezo, lo cual producía en él una ansiedad creciente, la misma que habría sentido si hubiese querido estornudar pero hubiera carecido de la suficiente energía para hacerlo del todo.

El camino giraba noventa grados a la izquierda y un nuevo sendero se dirigía en línea recta hacia un macizo de maleza más allá del cual había unos matorrales que parecían ahogarlo. Oyó los grillos a su espalda, en dirección a la casa y, en la

dirección opuesta, un sonido similar a un silbido corto y grave, que más parecía ausencia de sonido, como si se tratara de una estratagema de su mente para enfrentarse al silencio. Le recordaba el sonido del viento, o más precisamente, la resonancia que un gran espacio vacío crea en la distancia. Decidió que se trataba del río, el cual seguramente estaba más allá de la siguiente hilera de árboles, detrás de la loma donde la arena se convertía en una grava arcillosa que descendía hasta el agua.

Tomó el sendero en dirección al silbido; el terreno se hizo inestable, como si flotara sobre gelatina. Los pies chapotearon en un pantano. Con una mano para protegerse los ojos, avanzó a tientas a través de la espesura, que parecía estar formada por hayas y ciruelos. Por fin fue incapaz de distinguir si, delante de él, el sendero se apartaba de la espesura; percibió el olor dulzón de los ciruelos, y al siguiente paso se metió directamente en el agua.

Se quedó sin respiración y no emitió el menor sonido. Comprendió que resbalaba, y se echó hacia adelante en dirección al tronco de un árbol, metiéndose aún más en el agua en el esfuerzo por no hundirse. Se abrazó al árbol, el agua fría le llegaba hasta la cintura y se arremolinaba a la altura de su estómago, tirando de él con violencia. Lanzó un grito apagado, contuvo otro, y sintió en la lengua el dulzón y fértil aroma del río. No parecía que su peso afectara al árbol, por lo que pensó que no se iba a ahogar, al menos de momento. Recordó que había estado flotando en aquellas mismas aguas treinta y seis horas antes, lo que le pareció irrelevante ya que la situación actual escapaba por completo a su control y además esta vez no había nadie que lo pudiera ayudar.

Se agarró firmemente al tronco de haya y tanteó con los pies las raíces inferiores. Fue separándose poco a poco del árbol mientras aventuraba un pie en dirección a lo que parecía tierra firme, pero la corriente lo empujaba como si fuera un trocito de paja, y tuvo la desagradable impresión de que el agua era mucho más profunda sólo a unos centímetros del lugar donde se encontraba.

Los dientes le empezaron a castañetear y trató de mirar río arriba. En apariencia había otros árboles entre él y la orilla, y pensó que, quizá, si pasaba de tronco en tronco y de raíz en raíz como hubiese hecho Tarzán, conseguiría remontar la corriente y acercarse a tierra.

Volvió a agarrarse con fuerza al tronco y, lleno de aprensión, se volvió hacia el río. Un agua apestosa chocaba contra su cuerpo, y empezó a sentirse entumecido y sin completo dominio de lo que debía hacer.

A partir del primer tronco de haya, se estiró hasta el árbol más cercano, un roble. Apoyándose en sus raíces debería deslizarse hacia donde los árboles eran más numerosos, y desde allí intentar retomar el camino a la orilla. Poco a poco, comenzó a avanzar entre borlas de espuma sobre las raíces y el fondo blanduzco, en dirección al recodo del camino desde el que había caído a la corriente.

Cuando por fin consiguió alcanzar la orilla, oyó que el agua se agitaba, luego el sonido de ramas rota y el ruido menos fuerte de un animal que resollaba y se alejaba

trotando entre los árboles. Durante un instante permaneció inmóvil, los zapatos llenos de barro y agua sucia, temblando y preguntándose si acabaría de cruzar el río un animal, y de ser así, qué lo habría empujado a hacerlo. Respiró profundo y dejó que el aire saliera lentamente de su pecho, mientras pensaba en aquella teoría de Beebe acerca de que los animales se mantenían fieles a su territorio, por muy desagradable y duro que éste les resultara, incluso cuando desaparecía de él cualquier tipo de alimento y se convertía en presa de otros animales hambrientos.

—Es su instinto más poderoso —decía ella, mordiéndose un trozo de uña del pulgar del mismo modo en que él había visto a su abuelo hacerlo después del desayuno—. Y el más estúpido.

7

En Nueva Orleans, su madre tomó el tren a Jackson y él fue con su padre hasta Monteleone, donde tomaron ostras y cerveza y luego durmieron la siesta en la penumbra de su habitación. A las seis su padre seguía dormido, y él se vistió a oscuras y se puso los zapatos y bajó al alargado vestíbulo silencioso que olía a pan recién hecho y a ropa limpia. Al final del pasillo, debajo del triángulo que indicaba la salida, se detuvo y se quedó mirando el profundo pozo de la calle Royal, donde la gente parecía pequeña y silenciosa, hasta que la corriente de aire que circulaba por aquel largo pasillo verde entreabrió la puerta que tenía detrás y por la estrecha abertura distinguió a dos mujeres tumbadas una junto a otra, sonriendo. Estaban desnudas sobre las frescas sábanas blancas, con una botella de bourbon medio vacía entre ellas, y con el pelo mojado como si acabaran de salir de la bañera y hubieran elegido la cama para ponerse a secar. Se quedó mirándolas un largo rato, mientras ellas le miraban también y sonreían diciéndole cosas que no conseguía oír. Poco después llegó un hombre gordo con el pelo blanco y una chaqueta azul, y miró por la puerta entreabierta y vio a las mujeres y les dijo que se volvieran al sitio del que habían venido porque si no llamaría a alguien. Luego él se volvió a su habitación, donde su padre seguía durmiendo. Al cabo de un rato también él se acostó y se quedó dormido hasta que se hizo de noche. Cuando despertó su padre, le contó que había visto a las dos mujeres desnudas que bebían bourbon. Su padre dijo que iba a preguntar y, una vez en el vestíbulo, se acercó al gordo y le habló de las mujeres, y el gordo le dijo que estaban casadas con los dueños de unas plantaciones del este de Baton Rouge, y que tenían hijos que ocupaban altos cargos en la magistratura del Estado e hijas muy conocidas, y que gozaban de una reputación excelente. Dijo que las mujeres habían venido a la ciudad a comprar ropa para ir de viaje a Los Ángeles, y después de pasar un día en Godchaux's pasaron los dos siguientes emborrachándose y armando gresca, y que lo lamentaba, pero había tenido que llamar a la policía, que las había llevado a la comisaría de la calle Broad.

Más tarde, salió a dar un paseo con su padre hasta el muelle de los transbordadores de Algiers, y le preguntó por qué se habían comportado así aquellas mujeres. Y su padre dijo que a veces las cosas se descontrolaban y uno ya no podía seguir dominando la situación, y que aunque aquellas señoras probablemente le hubieran parecido unas asquerosas, probablemente no lo eran, pues de lo contrario nunca habrían tenido hijos en altos cargos de una magistratura del Estado.

Quinta parte

Robard Hewes

Aparcó entre los sauces, envolvió la pistola en el pañuelo, la metió debajo del asiento, cruzó en el Traveler hasta el campamento y se dirigió a la tienda de Mrs. Goodenough.

Los dos chicos rubios estaban en el cruce, sentados a la sombra de la Serval y arrastrando los talones por el polvo. Lo llamaron y no parecieron recordarlo. Cuando daba la vuelta a la tienda, miró por el rabillo del ojo a uno de los chicos, el que era más alto y tenía los brazos largos y unos pequeños ojos azul turquesa. Se detuvo y trató de comportarse como un hombre al que se le ha olvidado algo, mientras observaba al chico que arrastraba el talón por el polvo como si quisiera disimular algo. Se fijó en la cara ancha y bondadosa del chico que estaba a la sombra de la nevera, mientras su hermano le decía algo que le hacía reír, y se preguntó si serían parientes de Gaspereau.

—¿Dónde vives? —preguntó Beuna, exasperada como si lo hubiera estado buscando y hubiese renunciado a encontrarlo.

—En Elaine. Tengo que volver —respondió él, en voz baja.

—Estoy muy cachonda —dijo ella. Su voz parecía venir desde el extremo de un tubo largo y estrecho—. Creía que ibas a venir hoy.

—¡Tengo que trabajar! —dijo él—. Si el viejo me coge aquí, me echará una bronca.

La tienda estaba iluminada por un fluorescente amarillento sujeto al techo, y la luz se desvanecía antes de llegar al suelo, llenando el local de grandes sombras rectangulares. Mrs. Goodenough barría al fondo, cantando con una voz aguda apenas audible.

—Será mejor que vengas esta noche —dijo Beuna, amenazadora.

—¿Y por qué?

—Porque estará W. W. —explicó ella—. Trabaja hasta tarde y no podrá ir de

putas como de costumbre, así que vendrá y se me echará encima. A no ser que tenga algo nuevo que contarle.

Se preguntó si W. no llegaría disimuladamente a casa, saltaría sobre Beuna por detrás, y descubriría todos los arañazos y mordeduras. La idea lo dejó con un humor de perros.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Iremos a Memphis, ¿verdad?

—Eso espero —contestó él, mirando las galletas de la estantería y tratando de quitarse a W. de la cabeza.

—¿Qué quieres decir con «eso espero»?

—Quiero decir que supongo que iremos —dijo él.

—No tendrás ahí al lado una puta, ¿verdad?

—No —dijo él, deseando que aquello terminara.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada, salvo que él va a estar ahí.

—Oh, mierda.

—Hablo en serio.

—Todas esas magulladuras lo echarán atrás. —Beuna dejó el auricular—. Oye —dijo, viniendo de muy lejos, y luego le gritó—: No se va a enterar de nada a menos que yo se lo cuente, y yo no le contaré nada porque llevo una eternidad esperando esto.

—Quiero que las cosas salgan bien —dijo él—, y que nadie se sienta herido.

—¿Como quién?

—Yo, por ejemplo.

Hubo un silencio y pudo oír que ella tamborileaba en el auricular.

—Si algo va mal, te lo contaré —le prometió.

—Eso no es lo que importa —dijo él.

—Hay algo que no funciona, lo huelo. —Notó el tono amenazador de la voz de Beuna. Se las arreglaba para tamborilear en el aparato con los dedos y seguir hablando.

—Escúchame —dijo él—. Lo único que no funcionaría es que él se enterara. No quiero que nos lo eche a perder. Mientras se mantenga al margen, me sentiré contento.

Hubo otro silencio, durante el que le empezó a doler la oreja.

—¿No estarás avergonzado de mí porque no te gusta engañar a W.?

—Yo no engaño a W. —dijo él—. Un hombre se engaña a sí mismo. No necesita a nadie para que lo engañe. —Se cambió el auricular de oreja y oyó un clic dentro de ella, lo que hizo que la sintiera como si fuese de metal.

—¿Robard?

—¿Qué?

—¿Cuándo nos veremos? —Su voz se había vuelto infantil.

—¿Mañana por la noche?

Mrs. Goodenough se acercó con la escoba y lanzó una mirada de asombro al rincón donde él se retorció tapando el auricular. Se llevó la mano a la oreja derecha y se encaminó al fondo del local.

—Mañana no podré —dijo Beuna—. Cenamos en casa de su padre una vez al mes, y es el jueves. Su padre no me puede ver.

—¿Por qué?

—Cree que fui yo la que eché a perder la carrera de W. en el béisbol, pero W. se divierte más jugando en Forrest City de lo que se divertía en Tacoma, Washington. Se lo dije y se limitó a mirar a W., y a levantarse de la mesa. W. me obliga a que vaya, pero ninguno de los dos come nada porque yo estoy allí delante.

—¿El viernes, entonces? —propuso él.

—Se marcha a Jonesboro. También estará el sábado. Podemos pasarnos toda la noche y toda la mañana haciéndolo. Será estupendo, ¿no?

—¿A qué hora se va? —preguntó él fríamente.

—A las nueve. Ven a buscarme un minuto después.

—Tenemos que encontrar un lugar nuevo —dijo él, pensando que cualquiera que viese a Beuna esperando detrás de la oficina de correos a las nueve, correría al teléfono antes de que ellos tuvieran tiempo de respirar.

—Voy a decirte una cosa —dijo ella, susurrando—. Vete en coche a Main a las diez en punto, mira a la derecha y allí estaré.

—Eso es lo mismo que si te fuera a recoger a la primera base del campo de Jonesboro.

—¡No! —dijo ella—. Ve y recógeme allí. Me gusta ese sitio. De todos modos no te vas a encontrar con nadie tan poco llamativa como yo. Incluso puedes hacer como si no me conocieras de nada, y me vieras allí en la acera y decidieras ligar conmigo.

El plan le sonaba igual de absurdo después de que ella se lo hubiera explicado, pero consideró que ya tendría tiempo para pensar en algo mejor, pues todavía faltaban dos días para que se vieran, y ahora sería mejor no contradecirla y aceptar su idea de que la recogiera como si fuese una puta esperando a un cliente.

—De acuerdo —dijo, en voz baja—. Pero no me montes el número al subirme a la camioneta. En cuanto me veas, te acercas.

Paseó la vista por la tienda para ver si Mrs. Goodenough lo podía oír. Distinguió su sombra moviéndose detrás de la cortina de cuentas verdes y la oyó cantar con su aguda vocecita.

—¿Robard?

—¿Qué?

—Iremos a Memphis, ¿verdad? No me llevarás al Clarksdale ni a ningún otro sitio parecido, ¿verdad?

—No —dijo él—. Ya te dije que iríamos.

—Me muero de ganas —susurró ella, lánguidamente—. Necesito ver el Peabody y esas bañeras.

—No digas tonterías.

—Yo nunca digo tonterías —dijo Beuna, con voz grave—. Pero si te parece que las digo, no necesitas escucharlas. —Y colgó.

Avanzó entre las estanterías. La oreja le dolía tanto que no se la podía ni tocar. Esperaba poder irse sin ver a Mrs. Goodenough, pero ésta apareció justo en el momento en que él colgaba. Se secaba las manos en el mandil y olía como a pepino.

—Últimamente ese teléfono le deja a uno la oreja hecha cisco —dijo, amablemente, como si le molestara que su aparato hiciera daño a alguien.

—Ya me iba —explicó él, con la mano apoyada en el picaporte.

—¿No querrá comprar una postal? —preguntó ella, sonriendo y con un tímido interés de comerciante.

Él miró hacia fuera e hizo girar inútilmente el picaporte.

—¿Por qué no? —dijo, mirando por el cristal.

Mrs. Goodenough se instaló a toda prisa detrás del mostrador.

—Estamos en una oficina de correos —dijo, y sacó una caja de galletas de debajo del mostrador y la puso entre ellos. Levantó la tapa y le tendió la caja, y manoseó unas cuantas tarjetas postales.

Las postales olían como si hubieran estado guardadas en el fondo de un pozo. Mrs. Goodenough frunció el entrecejo y el olor a humedad llenó la habitación.

—Las hay con imágenes muy bonitas —dijo, y apartó unas cuantas, de entre las que sacó algunas que miró admirativamente.

Él las examinó, fijándose en una foto del presidente Truman y otra del presidente Hoover, mientras llegaba al fondo de la caja, dominado por las ganas de irse. Cogió un montón y las pasó rápidamente.

—Hay muchos presidentes —observó Mrs. Goodenough, contemplando las tarjetas con la barbilla apoyada en las dos manos. Se fijó en un retrato de Franklin Roosevelt sentado junto a una chimenea. Mrs. Goodenough parecía perpleja—. Hay gente que dice que lo que arruinó al país no fue la guerra de secesión, sino este parálítico.

—La verdad es que no lo sé —dijo él.

—No se le puede echar la culpa a un solo hombre —dijo ella, con convicción.

—Así es, señora.

Su ojo fue atraído por una fotografía de un hombre con aspecto cansado que estaba en mitad de un campo con una azada en la mano y un sombrero de paja. Llevaba puesto un mono manchado de barro y unos zapatos destrozados. Iba muy repeinado y sonreía con ganas. Habían coloreado la fotografía para que pareciera antigua, y en el borde inferior tenía impresa la inscripción: «Campesino en su campo». Miró la postal largo rato, la sacó de la caja y la puso sobre una foto de la Campana de la Libertad.

—Ésta —dijo.

Mrs. Goodenough trató de mirar la postal, mientras seguía con sus favoritas en la mano.

Le mostró la que acababa de elegir.

—Esta misma —repitió él.

La mujer dejó de sonreír y le ofreció el montón que tenía en la mano.

—Éstas son las más divertidas —dijo, tratando de recoger las que él conservaba a su lado—. Seguro que le gustarán.

Él examinó el dorso de la postal para ver dónde podría escribir.

—Me gusta ésta. Parece que este tipo tenía un buen día.

—Sí, eso parece —dijo Mrs. Goodenough, secamente. Dio unos golpecitos afectuosos a sus preferidas—. A éstas las llamaría *novedades*.

—Tiene usted razón —dijo él, y dio la vuelta a la postal, para mirar una vez más la alegre cara del hombre. La sonrisa y el cansancio eran fingidos, imaginó, y en cuanto le sacaron la foto, el hombre tiró la azada, se metió en su coche, y fue a emborracharse a un bar con el dueño de la cámara, hablando de las postales que iban a vender y de que la gente creería que era un campesino auténtico.

—¿Cuánto es? —preguntó, con unas monedas en la mano.

—La postal son quince centavos —dijo Mrs. Goodenough, sombríamente, decepcionada por la elección que había hecho—. Seis más si quiere un sello.

Él puso veinticinco centavos en el mostrador.

—¿Quiere un sello conmemorativo? —preguntó ella, olvidando su decepción y rebuscando en otra caja metálica—. Los tengo del aniversario de los supermercados A & P y de los financieros patriotas.

—Me da lo mismo —dijo él.

Cogió un sello del aniversario de A & P que le dio ella, lo pegó en el dorso de la postal y se la metió en el bolsillo de la camisa.

—¿No va a escribir nada en ella? —quiso saber Mrs. Goodenough, devolviéndole cuatro centavos y mirándolo con aire de decepción.

—Ya la escribiré mañana —dijo él.

Ella puso las manos sobre el pulido mostrador y sonrió sin decir nada, como si se acabara de terminar algo.

Él salió en el momento en que pasaba el autobús de Memphis.

El conductor tocó el claxon, y a través del cristal de la puerta él vio que Mrs. Goodenough levantaba la mano del mostrador y saludaba, mientras seguía sonriendo y el autobús se alejaba.

dirección al campamento, como si por fin lo hubiesen asociado con un recuerdo brumoso del pasado y no les gustara volver a verlo por allí.

El cielo se había convertido en una superficie azul grisácea que desaparecía en Mississippi. Detrás de él se alzaban pesadas nubes blancas que se dispersaban alrededor del sol como si lo acompañaran en su caída hacia el horizonte. Supuso que no iba a llover de inmediato y que tal vez fuese a cambiar el tiempo y los campos se secaran para permitir que los arasen.

Cuando pasaba por delante de la casa de Gaspereau, éste salió bruscamente a la puerta con su sombrero de anchas alas y visera verde y se le quedó mirando, mientras él daba marcha atrás junto al Lincoln de Mr. Lamb, bajaba hacia el bote, y arrancaba ruidosamente para cruzar el lago. El aire del lago era más frío que el del campamento, y el viento soplaba proveniente del oeste, rizando el agua con pequeñas olas que hacían avanzar más rápidamente al bote. A medio camino, se volvió, pero Gaspereau ya no estaba en los escalones de la casa y el campamento empezaba a desaparecer detrás de los árboles.

Varó el bote, le dio la vuelta, y lo sujetó con una cadena al poste que Mr. Lamb había pintado de rojo. El viejo se negaba a mantener nada cerrado con candado, para de ese modo disponer del jeep siempre que le apeteciera y tener acceso a todo lo demás sin necesidad de llevar un pesado llavero.

Trepó por la escarpada orilla hasta el camino donde la luz adquiría un tono color jade a través de los sauces. Junto al jeep distinguió la cabeza de Newel apoyada en uno de los neumáticos, y junto a ella un par de zapatos. Un pájaro carpintero surgió de entre los sauces y siguió el sendero del claro durante unos cincuenta metros, internándose después en el bosque.

—El viejo ha pasado por aquí —le informó Newel—. Le dije que habías ido a tomar un café y él dijo que le parecía bien que te tomaras un descanso de cuando en cuando, pues siempre trabajas duro.

Se frotó la suela del zapato contra el costado del jeep.

—Está bien —dijo. Quitó el barro del pescante con el dedo, y se sentó mirando los sauces, más allá de los cuales se extendía el lago, todavía ligeramente agitado por la brisa.

—¿Ya has tenido que echar a alguien de la isla? —Newel miró en la misma dirección, como si los dos hubieran visto algo en el agua.

—No del todo.

—Mr. Lamb dijo que no vendría nadie.

—No me sorprende —dijo él—. Ni siquiera he visto un maldito pavo. —Se sentó más cómodamente en el pescante—. He dado veinticinco vueltas a la isla, y me detuve de vez en cuando a cloquear un poco y escuchar, pues uno los puede oír pavoneándose por ahí mientras se ocupan de algo. Pero hasta ahora no he oído nada. O aquí no hay pavos, o son tan listos como para mantenerse en silencio, lo que no parece probable.

—Pues vaya estupidez. Cree que en la isla tiene pavos, y resulta que no hay ninguno.

—Desde luego, nadie podrá cazar lo que no hay —dijo él, sonriendo—. Uno no puede divertirse con algo que ni existe.

Newel se lo quedó mirando un rato con expresión preocupada.

—Quiero decirte algo —dijo, y suspiró.

Pudo oír el sonido que hacía el pájaro carpintero entre los zumaques.

—¿De qué se trata?

Newel se acercó un poco.

—Si te gusta controlar las cosas, ¿qué demonios haces aquí?

El pájaro continuó con su alboroto. Se le podía oír revoloteando entre las ramas más altas de los árboles.

—Si hubiera querido que lo supieras, ya hace tiempo que te lo habría dicho, supongo.

Pareció que a Newel se le empequeñecían los ojos.

—Con todo, hay algo que no va bien —dijo—, o nunca habrías vuelto aquí. Te habrías quedado con tu mujer en California, o donde vivas, controlando las cosas allí. En lugar de eso pareces un tipo que va al funeral de alguien a quien no conoce.

Aquello lo irritó. Se puso de pie sobre el pescante y se inclinó hacia el parachoques para mirar a Newel directamente.

—A lo mejor no tendría esa pinta si tú dejaras de fastidiarme. —Se agarró al borde del parabrisas y lo apretó con fuerza.

Newel se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones y se alejó un poco para mirar el lago, como si esperara ver que en su superficie se alzaba algo. El sol resultaba escasamente visible más allá del embarcadero, y al borde del dique parecía una naranja aplastada.

—No sé por qué tengo que perder el tiempo contigo cuando me lo puedo pasar muy bien dando vueltas alrededor de la isla. —Se levantó del parachoques y ocupó el asiento del conductor.

—Hay una mujer en Helena a la que te estás cogiendo y que te trae de cabeza —dijo Newel, en voz bastante alta, al tiempo que se volvía para mirarlo—. Siempre tienes aspecto de delincuente, así que debe de estar complicándote la vida.

Tamborileó en el volante con los dedos, respiró profundo y dejó que el aire se le escapara lentamente, mientras se miraba los pies como si estuviera contemplando un pozo lleno de desastres.

—Muy bien —dijo, y dejó caer las manos en el regazo—. Pero eso no demuestra nada. Te apuesto lo que sea a que nueve de cada diez veces en que un hombre hace cosas raras, las hace por culpa de una mujer de la que nadie sabe, o de la que él no querría que se supiese.

—Da igual —replicó Newel, y apartó la vista como si estuviese enfadado—. Si lo único que quisieras fuese cogerte a una chica, no habrías recorrido cinco mil

kilómetros. Te podías haber quedado *en casa*, o ir a la puerta de al lado. No te habrías molestado en venir a un sitio que ni siquiera te gusta. Y si no tuvieras miedo de que te atrapasen con la verga dentro de un coño en el que no debería estar, no tendrías esa pinta.

—Empiezas a cansarme de verdad, Newel.

—Por lo menos, ya sabes lo que pienso —dijo Newel, irritado, y volvió a darle la espalda.

Miró el jeep, sacó la pistola envuelta en el pañuelo de debajo del asiento, y se la metió en el cinturón. Los bosques estaban adquiriendo una luz parda.

—¿Por qué te preocupa tanto? —preguntó en voz baja, sin dirigirse a nadie.

—No me preocupa —respondió Newel. Se subió al jeep y empezó a frotarse los brazos como si el frío le hubiera llegado hasta los huesos—. Sólo quería que supieras que no soy un imbécil.

—Supongo que todavía está por verse —dijo él, arrancando.

3

Mr. Lamb estaba sentado a la cabecera de la mesa contemplando muy encorvado y con el entrecejo fruncido un conjunto de medicamentos a los que lanzaba unas miradas furibundas como si formasen una ciudad cuyas calles desconociera. Landrieu se afanaba en la cocina, preparando la comida y mirando con ceño a todo el que entraba en la casa.

El viejo lo observó con curiosidad. Mrs. Lamb se encontraba en el cuarto de estar, con los auriculares puestos y oyendo la radio. Él se sentó tranquilamente enfrente de Newel y trató de hacer el menor ruido posible, mientras el viejo, que parecía estar de un humor de perros, amenazaba con quitarse de delante los medicamentos que había reunido encima del hule de la mesa.

Mr. Lamb tenía delante un frasco azul de Phillips, un tubito de píldoras para el hígado, un frasco de Hadacol en el que el líquido se había dividido en dos capas, una ámbar y otra negra, un frasco negro de píldoras para las hemorroides, una caja de sobres para el dolor de cabeza, un frasco de laxante Black-Draught, dos frascos de diferente forma de loción de calamina, cada uno de ellos con etiqueta de distintas farmacias, un frasco transparente con un líquido marrón y una etiqueta escrita a mano que decía Gordona Specific, y detrás de todo eso una cajita de d-Con.

Mr. Lamb lanzó una mirada poco amistosa a Newel, luego sus ojos se clavaron en él, y notó que la cara se le ponía caliente y fría al mismo tiempo.

El viejo se apoyó sobre uno de sus huesudos codos y sacudió la cabeza.

—¿Tratas de amenazarme, Hewes? —preguntó.

Él miró con el rabillo del ojo la cajita de d-Con, y trató de imaginar si el viejo asociaba de algún modo su nombre al mata-cucarachas.

—No —dijo, y observó a Newel con extrañeza.

—¿Estás seguro? —insistió el anciano, al tiempo que se inclinaba sobre el mar de medicamentos y todas las arrugas de su cuello desaparecían.

—Sí, señor —dijo él, nervioso.

—¿Entonces cómo vienes a cenar con la pistola encima? —gruñó el viejo.

Él bajó la vista y vio la culata del revólver del viejo, todavía envuelto en su pañuelo y metido en el cinturón, como si fuese una serpiente que se asoma a medias fuera de su escondite. Los ojos del viejo lo fulminaban mientras trataba de mirar a la vez su cara y la culata, para no perder nada de lo que pudiera pasarle a cualquiera de las dos cosas.

Él quiso agarrar el pañuelo, pero en vez de eso tiró de la culata y sacó la pistola del cinturón. Se puso de pie y blandió el arma delante de Mr. Lamb.

—Fíjate bien en eso, Newel —gritó el viejo, y se echó hacia atrás en su asiento, sonriendo torcidamente, con las manos señalando el techo—. Va a disparar contra nosotros.

Newel sonreía de un modo raro y parecía paralizado.

—Dios mío —soltó el viejo, frunciendo la boca como si fuera a recibir un terrible puñetazo. De repente, volvió la cabeza y miró con aire siniestro a Mrs. Lamb, quien seguía oyendo la radio, de espaldas al resto de la casa.

Él se apartó bruscamente de la mesa, tirando al suelo la silla, dirigió el cañón del arma hacia el suelo, y manteniendo el revólver delante, como si fuese una horquilla para detectar agua, salió de la casa, bajó los escalones y cruzó el terreno.

Entró en el depósito de algodón, encendió la bombilla del techo y metió la pistola debajo del colchón. Respiraba muy de prisa y el corazón le latía a toda velocidad. Parecía increíble, pensó, que la vida pudiera llevarlo a uno tan lejos, a un lugar a donde uno nunca creyó que iba a ir, y que ni siquiera suponía que existía. Se sintió mareado y fuera de control. Lo había organizado todo para el viernes, antes de largarse, pero sus planes parecían haberse ido a pique. Lo comprendió de repente. Uno puede ponerse a hacer planes, pero antes o después tiene que estar dispuesto a dejarse llevar por el destino, y no sorprenderse cuando las cosas lo sorprenden.

Apagó la luz y se quedó de pie en la puerta, mirando hacia la casa que ahora estaba más oscura que el cielo que tenía detrás, mientras las ventanas adquirían un brillo débilmente anaranjado. Como un saltamontes, la silueta de Landrieu cruzó el cuadrado de la ventana, con una olla en la mano. Al cabo de un momento, con el gorro de cocinero puesto, desapareció en el fondo de la habitación con los brazos llenos de platos. Encendió un cigarrillo y echó el humo; sintió el frescor de la escarcha. Recordó cuando se sentaba en el porche de Cane Hill y el aire era rojizo y aterciopelado antes de que el sol se pusiera del todo, mientras observaba al gato de su padre que dormitaba en los escalones, con sus ojos color limón entrecerrados y su rabo subiendo y bajando. Su padre había salido y se detuvo entre él y el gato, miró a éste como si pudiera leer sus pensamientos, se agachó, agarró al animal por la piel del

lomo y le dio la vuelta, dejándole patas arriba, mientras su gruesa cola apuntaba hacia el otro extremo del escalón y el macizo de verbenas. Y su padre se volvió a enderezar y miró con expresión extraña al gato como si ya no le pudiera leer los pensamientos. Pero el corazón del gato no había dejado de latir tranquilamente, y volvió a entrecerrar los ojos, mientras estiraba las patas como para agarrar a las criaturas invisibles de su sueño.

—¿No lo encuentras raro? —dijo su padre, y sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó ruidosamente. Luego, resopló—. Acabo de agarrar al viejo Mine y ni siquiera ha pestañeado.

—No creo que le haya importado —dijo él.

Y su padre lo observó como si tuviese alguna relación con el gato que a los dos les intrigaba, y se metió el pañuelo en el bolsillo y volvió adentro.

Mientras seguía mirando la casa cuyos contornos se destacaban más claramente en la oscuridad, se sintió satisfecho del recuerdo de su padre, pues éste siempre había sido un gran organizador, convencido de que su modo de organizar el mundo era el mejor, incluso cuando cometía errores. La luz del porche seguía encendida, y la noche era suave y aterciopelada. Metió la mano en el bolsillo y sacó la postal que había comprado aquella misma tarde y trató de contemplarla a la pálida luz de la luna y no pudo y volvió al interior del depósito de algodón para echarse a dormir.

Sexta parte

Sam Newel

Mr. Lamb seguía sentado inspeccionando los medicamentos que tenía delante como si se los hubiera encontrado allí de modo inesperado y no supiera cómo podría llegar al otro lado de ellos. Levantó el frasco de Hadacol hacia la luz para leer la etiqueta, gruñó cuando se enteró de lo que decía, y lo volvió a dejar, examinando de nuevo los demás atentamente. Extendió repentinamente el brazo, cogió la caja de d-Con, y la introdujo en su limitado campo de visión. Estudió la etiqueta, dio la vuelta a la caja, y leyó con dificultad las pequeñas letras rojas, hasta que frunció el entrecejo y toda su cara se contrajo en una mueca de desaprobación absoluta.

—¿Qué mierda es esto de aquí? —dijo.

Mrs. Lamb se recostó en el respaldo de su asiento, volvió la cabeza para mirar a Mr. Lamb, y continuó concentrada en su radio, los oídos conectados por medio de los auriculares al oscuro panel trasero del aparato.

—Alguien está tratando de asesinarme —gritó Mr. Lamb. Apartó violentamente la caja de d-Con de su cara como si fuera un espejo detestable—. ¿Qué demonios dice ahí? —dijo secamente, poniéndole la caja debajo de la nariz. Luego, abrió la boca como si fuera a recibir oralmente la información deseada.

Él estudió la caja, luego se puso a leer en voz alta:

—«Importante: No ingerir. Puede ser mortal si se toma. Manténgase lejos del alcance de los niños. En caso de ingestión accidental ponerse inmediatamente en contacto con un médico».

—Es suficiente —dijo el anciano, terminantemente, dando un golpe tan fuerte en la mesa con los nudillos que los frascos se desplazaron un poco hacia un lado y el tubo de píldoras para el hígado rodó hasta el borde y cayó al suelo—. ¡Landrú! —gritó.

Landrieu asomó la cabeza por el marco de la puerta y miró con expresión desconfiada.

El tono de fiereza de Mr. Lamb se convirtió de modo inesperado en una obsequiosa afabilidad.

—¿Eres tú quien trata de matarme, hijo? —preguntó, mientras con el pulgar señalaba la caja.

—No, señor —respondió Landrieu, como si fuera algo que jamás se le hubiera ocurrido, y desapareció del marco de la puerta, mientras su voz se perdía en el interior de la cocina, donde como de costumbre parecía remover algo en una sartén —. Al menos hoy no lo he intentado matar —agregó.

Mr. Lamb continuó dirigiéndose al marco de la puerta como si todavía siguiera allí la cabeza de Landrieu.

—Bien, pero lo cierto es que alguien puso este veneno para cucarachas entre mis medicinas —dijo pensativamente, mirando una y otra vez la caja.

—Yo ni sé lo que es el d-Con —dijo Landrieu, invisible para todos.

Mr. Lamb suspiró, luego volvió a mirar con atención a sus pulgares que giraban uno en torno al otro.

—Bueno, pues ahí dice que no se debe ingerir, y hay alguien a quien se le ocurrió que yo pensaba ingerir uno de estos medicamentos.

Landrieu no se dignó a contestar.

Mrs. Lamb se echó hacia adelante, desconectó los auriculares y dejó que la radio emitiera una voz a todo volumen que hablaba en español a una terrible velocidad. Los observó a los dos como para indicarles que entendía lo que estaba diciendo aquella voz lo mismo que cualquier mexicano. El hombre repetía incansable:

—*¡Eu-ro-pa in-cre-í-ble! ¡Eu-ro-pa in-cre-í-ble!* —Y Mrs. Lamb continuó asintiendo con una sonrisa de triunfo.

—Nunca te he pedido que me trajeras veneno para las cucarachas —murmuró Mr. Lamb por debajo del sonido de la radio, mientras sus pulgares giraban cada vez más deprisa.

—Yo traje lo que usted me pidió —dijo Landrieu, irritado, a través de la puerta abierta—. Todo lo que estaba en el alféizar de la ventana, como usted me pidió. Eso es lo que le traje. Yo no me fijé en ningún veneno para las cucarachas.

—En los últimos minutos dos personas han tratado de matarme —dijo Mr. Lamb, lastimeramente.

—Pues yo no he tratado de matar a nadie —murmuró Landrieu.

La radio de Mrs. Lamb se puso a sonar todavía con más fuerza, llenando hasta el último rincón de la casa. El viejo se dio la vuelta en su asiento y lanzó una mirada medio vengativa, medio suplicante a su mujer, quien parecía disfrutar con el hecho de que tuviesen que escuchar la radio a todo volumen. Mr. Lamb se preguntó si por casualidad su mujer no sería descendiente de catalanes.

—Quieres apagar ese aparato, Fidelia —le pidió el viejo, pacientemente, con una voz que sólo resultó audible para él mismo. A pesar de eso, Mrs. Lamb volvió a enchufar los auriculares y el sonido desapareció, dejando un silencio inquietante, como si en la habitación acabara de caer un telón invisible. Landrieu estaba friendo jamón en la sartén, y el cuarto fue invadido por un olor nauseabundo.

Mr. Lamb examinó con ojos abstraídos el ejército de frascos y tubos de tabletas.

—¿Se siente mal? —le dijo él al viejo, deseando que desapareciera el malestar de su propio estómago.

Mr. Lamb lo miró con expresión de extrañeza y unió las manos, con lo que sus índices dejaron de girar.

—La edad de oro ha muerto —declaró, malhumorado, y sus nudillos se crisparon en un débil gesto de frustración.

—A lo mejor es que no ha dormido bien —dijo él, sonriendo y esperando que el viejo no lo considerase culpable de un nuevo complot.

—Los malvados jamás descansan, Newel —dijo el anciano, con un vago tono de engaño.

—¿Por qué no va al médico?

El viejo giró la cabeza con objeto de dirigir su oído bueno en dirección a donde venía el sonido.

—¿Cómo? —preguntó.

—¿Que por qué no va al médico? —repitió él.

Mr. Lamb lo miró con agresividad, como si acabaran de insultarlo y no tuviera intención de dejarlo pasar.

—Porque no me sale de los cojones, por eso —dijo, y se le empequeñecieron los ojos—. Esos hijoputas se echan encima de uno como hormigas sobre una tarta —añadió, indignado—. Cuando terminan contigo, no te queda nada con lo que volver a casa. Por eso no voy. —El viejo apretó los dientes y cerró con fuerza los puños sobre la mesa como si tratase de levitar.

—De acuerdo —dijo él.

—¿Con qué? —Mr. Lamb se dio una fuerte palmada en el oído malo.

—A mí tampoco me gustan los médicos —dijo él, negando con la cabeza. Se sentía mejor del estómago.

El viejo lo miró fijamente como si sospechara que estaba tramando algo malo contra él.

—¿No te gustan?

—No.

—¿Y por qué no? —El viejo inclinó la cabeza hacia el hombro, en un inútil esfuerzo por oír mejor.

—Sólo le encuentran enfermedades a uno —dijo—. No saben hacer otra cosa. —Quitó las manos del regazo y las puso sobre la mesa de un modo que imitaba al del viejo—. Cuando no encuentran ninguna, siguen y siguen, y terminan por encontrarla. No han estudiado para tratar con sanos, y eso no me gusta nada.

El viejo se ajustó la dentadura con la lengua.

—¿Es cierto eso?

—Sí.

Mr. Lamb dejó que sus ojos pasearan lentamente por el ejército de medicamentos,

como si esperara que le fueran a decir algo, y como no lo hicieron, los empujó violentamente con el brazo, tirándolos al suelo. Y el ruido fue tremendo. Landrieu apareció en la habitación y Mr. Lamb le lanzó una mirada de víctima.

—¿Por qué ha hecho eso?

—¿El qué?

—Tirar todo eso al suelo y asustarme. —Landrieu señaló con la mano todos los frascos y tubos en el suelo.

La expresión de inocencia de Mr. Lamb se convirtió en un gesto de malevolencia que significaba que Landrieu acababa de pasarse de la raya. Giró lentamente en su silla y clavó la mirada en Mrs. Lamb, que no se había enterado del estrépito. Estaba sentada de espaldas a todos los demás, mirando por la ventana hacia la oscuridad, escuchando, como siempre, supuso él, más anuncios mexicanos.

Mr. Lamb paseó la vista a su alrededor como si acabara de hablar con Mrs. Lamb y Landrieu lo hubiera interrumpido con una opinión muy molesta.

—Mi mujer no se ha enterado de nada —anunció desdeñosamente—. Yo tampoco. Y este que está aquí mucho menos. —Parpadeó furiosamente—. El único que ha oído algo eres tú.

La expresión de Landrieu se endureció visiblemente.

—Pues no seré yo el que recoja lo que nadie ha oído caer —dijo, y se fue.

El viejo cogió su servilleta, enrolló una de las esquinas para formar una especie de estilete afilado, y se lo metió en el oído. Sonrió con la mitad de la boca como un idiota y se olvidó por completo de Landrieu.

—Conque no te gustan los matasanos, ¿eh? —dijo, retorciendo la boca como si tratara de morderse la oreja para oír los sonidos del interior de su cabeza.

—No, señor —respondió él, sintiéndose vagamente culpable con respecto a Landrieu.

—Tampoco a mí —dijo el anciano, retirando la punta de la servilleta que estaba llena de cerumen—. En cuanto se me acerca uno, me encuentro mucho peor.

Mr. Lamb volvió a enderezarse en la silla, luego se echó hacia adelante y se acercó a su cara. Los pies del viejo tropezaron accidentalmente con algunos de los frascos, y los mandó rodando por el suelo. Luego, la boca se le crispó en un sombrío rictus conspiratorio y las cejas se abatieron sobre sus vivos ojillos.

—Voy a decirte una cosa —anunció Mr. Lamb, cogiéndolo con fuerza por la muñeca. Pudo notar el intenso olor a antiséptico que despedía la boca del viejo—. No me gustaría nada ser médico, por culpa de todas esas muertes —susurró, como si abordara un asunto inconfesable—. Creo que cuando se hacen viejos, todos esos muertos vienen a visitarlos, y entonces sólo pueden pensar en los muertos y en los cuerpos que se pudren del modo en que vieron cómo les pasaba durante toda la vida. —Sonrió astutamente.

—Sí, señor —dijo él, con ganas de que le soltara la muñeca. El cráneo de Mr. Lamb resultaba visible debajo de la unión de sus mandíbulas, lo que hacía que

pareciese un esqueleto ambulante.

—El sobrino de Mrs. Lamb, el pequeño Bertrand —dijo Mr. Lamb, mirando de lado a su mujer antes de seguir—, trabaja en Washington, y sólo mira tetas, según me he podido enterar. —Los ojos del viejo se inflamaron, y él se apartó un poco para que no siguiera echándole su aliento a la cara, queapestaba a antiséptico—. Trabaja para el gobierno en el Departamento de Salud. Es un especialista en anatomía de un modo que a mí tampoco me molestaría ser. Ja ja ja ja. —El rostro de Mr. Lamb se puso rojo y las venas de sus sienes se hincharon como raíces.

Landrieu, con los brazos cubiertos de platos y vistiendo su mandil y su gorro de cocinero, entró contoneándose en la habitación; sus ojos miraban con indignación todo lo que tenían a la vista.

Mrs. Lamb lo contempló atentamente, apagó la radio, y se abrió paso entre los frascos del suelo mientras Landrieu dejaba los platos sobre la mesa. Luego, volvió rápidamente a la cocina y regresó con una tetera. Se quedó a un lado con aire de reproche mientras Mrs. Lamb examinaba detenidamente la mesa y asentía, para desaparecer después, dejando que la puerta quedara oscilando a sus espaldas.

—Yo y Newel iremos de pesca mañana —anunció Mr. Lamb, metiéndose copos de maíz en la boca tan rápido como le permitía el ritmo de su cuchara.

Mrs. Lamb lo miró con serenidad, como para subrayar el hecho de que por fin había encontrado algo que hacer.

—¿No te parece bien, Newel? —preguntó el anciano, masticando furiosamente.

—Lo encuentro maravilloso —respondió él, pues le parecía preferible a la perspectiva de pasarse la mañana entera discutiendo y luego quedarse el resto del día fastidiado, lejos de la vista de todos dentro del depósito de algodón.

—Muy bien —se alegró Mr. Lamb, cogiendo una loncha de jamón y dejándola caer sobre los copos de maíz. Mrs. Lamb se sirvió dos panecillos, uno chorreando grasa y otro melaza, en la salsa que tenía en el plato, de modo que se formó una especie de espesa pasta amarillenta. Mr. Lamb recuperó la loncha de jamón, y se puso a devorar todo lo que todavía no estaba cubierto de copos de maíz.

—Mrs. Lamb sólo picotea, —dijo el anciano, masticando—. En cuanto amanece, empieza a picar cosas.

Mrs. Lamb posó un codo en la mesa y, mientras masticaba, contempló a su marido, como si éste fuera un payaso que ya no le divertía, lo cual motivó que el viejo se retorciese en su silla y paseara la vista por todo el cuarto.

Él pensó que debería cambiar de tema y dar un respiro al viejo.

—¿Cómo se quemó ese espacio de detrás de la casa? —preguntó, y miró atentamente a los otros dos.

—¡Ja! —soltó el viejo, y pareció sumamente complacido de que alguien hubiera sacado a relucir aquel asunto.

Mrs. Lamb lanzó una mirada venenosa a su marido y se inclinó sobre su plato, como si fuera a contar una maldad referida a ella.

Él pensó en abandonar de inmediato aquel asunto y seguir con algo menos polémico, pero en cierto sentido había perdido el control de la situación y tuvo que limitarse a seguir allí sentado mientras el que la controlara decidiese qué hacer. Hubo algo extraño, se fijó, en la exclamación del viejo en el mismo momento en que mencionó el trozo de terreno quemado, como si el asunto escandalizara a Mrs. Lamb y, en consecuencia, fuese absolutamente risible para él.

Mr. Lamb enderezó la espalda, afirmó ruidosamente los zapatos en el suelo de madera y tensó los brazos, apoyándolos en la mesa como si se dispusiera a salir catapultado por encima de ella impulsado por un invisible muelle fijo al asiento de su silla.

—Ese terreno quemado —explicó, resoplando— *era una casa*. —Miró directamente a Mrs. Lamb, y se le empequeñecieron los ojos. Sus brazos se distendieron y volvió a apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

—Mi primo vivía allí —dijo Mrs. Lamb, orgullosa aunque su expresión dejara entrever que admitirlo la intimidaba. Dejó cuidadosamente el tenedor, colocó las manos detrás de su plato y miró fríamente a su marido.

—Su primo John —anunció Mr. Lamb, sonriendo maliciosamente—. Era pedante y cómico hasta decir basta. —Hizo gesto de aguantar un estornudo—. Tenía unas costumbres muy raras.

A él le habría gustado que alguien empezase a hablar de otro tema.

Mrs. Lamb se dedicaba a intentar agujerear con la mirada la frente de su marido, pero éste parecía haberse liberado de toda presión exterior y sonreía, al tiempo que hacía subir y bajar la dentadura.

—El viejo John tenía una barcaza de madera en la orilla, al abrigo del viento... El pobre diablo vivió aquí cuarenta y cinco años. —El viejo se interrumpió—. Antes de todos esos problemas con los jodidos negros, cuando el agua bajaba, subía a su barcaza y chuf-chuf, Mississippi abajo, iba al campo de béisbol. Los negros tenían uno en Stonvall. De hecho, T. V. A. Landrieu fue una de sus estrellas más famosas hasta que se hizo viejo. —El anciano paseó la vista hasta la antecocina; su mujer lo volvió a fulminar con la mirada, levantó aún más el labio superior y parpadeó—. Total, que iba allí por las tardes, se sentaba en las gradas y soltaba unas blasfemias espantosas al tiempo que insultaba a todos los que estaban en el campo. La verdad es que les hacía pasar un rato bastante jodido a los jugadores y a la mitad de la primera entrada ya estaba bien borracho de Cooter Brown. Cada vez que uno de aquellos pobres diablos iba a lanzar la pelota, gritaba: «¡Apesta, negro!», y se ponía a abanicar el aire de su alrededor con la gorra de árbitro que llevaba, como si el mal olor del que lanzaba llegara hasta allí. Más de una vez algún jugador se largaba del terreno de juego porque John se propasaba con sus insultos desde las gradas. Tenía una pata de palo, fíjate, y cada vez que mandaban a algún negrazo enorme para que lo empujara con disimulo y lo hiciera caer, sacaba un cuchillo muy grande y se lo sujetaba a la pierna artificial aquélla y empezaba a soltar patadas, de modo que todos

los jodidos negros se apartaban totalmente acojonados. Y no puedo decir que no los entienda. Ver a un tipo soltando cuchilladas con la pierna, tampoco es como para estar tranquilo. —Mr. Lamb sonreía mientras tamborileaba con los dedos en la mesa como si esperara que alguien le preguntara algo para poder responderle algo ingenioso.

Mrs. Lamb se levantó discretamente, se dirigió a la cocina y se puso a hablar en voz baja con Landrieu sobre un viaje a Helena para el día siguiente.

—Y ahora, te voy a contar una cosa —susurró el viejo, haciéndole una mueca diabólica en cuanto su mujer desapareció por la puerta. Luego, estiró el cuello por encima de la mesa con aire de conspirador asustado. Buscó con la mirada el primer elemento de su anatomía disponible, y lo cogió por la muñeca antes de que él tuviera tiempo de apartarla—. Johnny Carter era retrasado mental —dijo Mr. Lamb con una voz teatral que sabía que su mujer podría oír a través de más de veinte puertas, lo que hizo que él se removiera en su asiento. El viejo le apretó la muñeca con más fuerza—. Otra de sus manías de idiota era entrar en una tienda, sacarse una rana del bolsillo, y comérsela viva. Allí, delante de las señoras y las jovencitas, se la metía en la boca y se ponía a masticarla como si tal cosa, y luego se partía de risa. Por supuesto —pontificó el anciano—, todas aquellas mujeres venían a protestarme *a mí* porque sabían que era pariente de Fidelia y que vivía aquí, aunque era lo único que sabían. Y yo no sabía qué demonios hacer con él, pues no estaba lo suficientemente loco para encerrarlo en Whitfield, y además creo que si lo hubiera intentado, me habría matado a mí y a todo el que le pusiera la mano encima, lo mismo que había liquidado a los choctaws. —El viejo aflojó la presa y adoptó una expresión sombría, como si en el fondo de todo aquello todavía hubiera algo enigmático y duro. La boca se le abrió como medio centímetro y, durante un momento, se quedó mirando al vacío.

—¿Y cómo se quedó tanto tiempo aquí? —dijo él, esperando que el viejo dijera algo de los choctaws sin tener que preguntárselo directamente.

Los ojos del viejo se clavaron en un punto de la blanca puerta de la antecocina como si estuviera viendo algo para lo que no conseguía encontrar la razón.

—Verás —dijo, lastimeramente—. Tuvo ciertos problemas. En 1925 se casó con una joven choctaw del condado de Pontotoc, y la chica murió al dar a luz. Antes de que John pudiera hacer nada, aparecieron unos parientes de la muerta, cogieron al recién nacido, que estaba muy sano, y se lo llevaron a Rough Edge, Mississippi, que era donde vivían, junto a otros salvajes, y le dijeron que no se lo iban a devolver, pues John no les importaba nada y además le echaban la culpa de la muerte de la chica. Conque él fue a donde estaban, que era el mismo Rough Edge, y se detuvo a la puerta de su casa y dijo que venía por su hijo, pues era suyo y no de ellos. Y ellos le dijeron que desaparezca, y que no volvería a ver al niño nunca más. Y me imagino... —pareció que los ojos de Mr. Lamb trataban de ver el pasado— que John debió de perder los estribos, porque regresó a Pontotoc, cogió su escopeta y volvió y liquidó a

tiros a cuatro indios allí mismo, en el porche. Luego cogió al niño y se lo llevó a su casa en Pontotoc. Un día me lo encontré en este porche. Dejé que se quedara porque no tenía otro sitio adonde ir. Imaginé que no sería peligroso mientras no hubiera indios por los alrededores. Y se quedó cuarenta y cinco años, justo ahí, en aquella casita.

—¿Y la ley no hizo nada? —preguntó él, convencido de que en esta ocasión nadie lo podría acusar de importuno, ya que el viejo John estaba muerto—. ¿No vinieron a detenerlo?

Mr. Lamb lo miró con curiosidad, como si nunca hubiera pensado en ello. Juntó las manos delante de él y de nuevo pareció perdido en sus pensamientos.

—Bueno —dijo, aturdido—. No lo sé. Nunca vino nadie por él. Me contó lo que había pasado nada más aparecer por aquí, y me dije «Mierda, yo habría hecho lo mismo», y él pareció contento de quedarse aquí a echarnos una mano. Construyó esa casucha, y nunca le pregunté por la ley. Supongo que andarían tras él allá en Pontotoc, pero nunca hablamos de ese asunto.

—Pero había *matado* a cuatro personas —dijo él, tratando de controlar el volumen de su voz para que no lo oyera Mrs. Lamb desde la cocina—. Lo reconoció, ¿no?

—Sí —dijo el anciano, con indignación.

—*Podía* haber recuperado a su hijo de otro modo. Un tribunal de Mississippi nunca habría confiado la custodia de un niño que era medio blanco a unos choctaws.

—A nosotros no nos interesan los tribunales —dijo el anciano, intentando refrenar su enfado mientras las mejillas se le ponían rojas.

Tuvo una fugaz imagen mental de Hollis estrellándose en el cemento.

—¿Y por qué no? —preguntó—. Liquidan a cuatro personas porque un primo psicópata quiere que su padre se ocupe de su hijo recién nacido, y usted impide que la justicia le arregle las cuentas.

—De acuerdo —dijo el anciano, pacientemente—. Pero ¿tú no habrías protegido al primo de tu mujer si hubiera hecho algo así y a ti no te pudieran acusar de nada?

—¡No! —dijo él.

—Muy bien, maldita sea, Newel —susurró enfurecido el viejo—. Pues estás obligado a hacerlo. ¡Es de tu familia! —Mr. Lamb lo miró indignado, agarrando con sus pequeñas manos el borde de la mesa como si estuviera dispuesto a echarse encima de él.

—Pero va en contra de la ley.

—A la mierda con la ley, maldita sea. —El viejo casi se ahoga al tratar de mantener su voz dentro de los treinta o cuarenta centímetros que los separaban. Las gafas se le deslizaron hacia la punta de la nariz, y dio un puñetazo en la mesa que hizo que la casa entera temblase—. Ese hijoputa no me gustaba más que a ti. Envenenó tres veces a mis perros con el mercurio de un termómetro y me robaba todas las botellas de bourbon y se ponía borracho perdido. Era más que idiota, pero

¿cómo lo iba a entregar a la justicia? ¡Era el primo de Mrs. Lamb!

Mrs. Lamb asomó inesperadamente la cabeza por la puerta de la antecocina, mirándoles a los dos con una expresión de absoluto desprecio en el rostro. Cerró de un portazo y el viejo quedó atrapado entre su rabia y su culpabilidad.

—¡Fidelia! —gritó, dando puñetazos en la mesa.

No llegó ninguna respuesta desde la cocina y él se imaginó a Mrs. Lamb y Landrieu sentados en silencio en la fresca oscuridad, mientras ellos dos se ocupaban de bajezas.

El viejo le soltó directamente, dispuesto a un nuevo enfrentamiento:

—¿Qué habrías hecho tú?

Suspiró, dándose cuenta de que no podía imponerse a la ferocidad del viejo. Todo lo que éste había acumulado con una obstinada abundancia, era precisamente de lo que él carecía. Y se preguntó cuándo se había quedado sin sus reservas, o si incluso las habría tenido alguna vez, y si las tuvo, adonde se habían ido. Se le ocurrió que si aún las tenía, ahora éstas sin duda se volvían contra él, mientras que toda la furia del viejo apuntaba como un cañón a los ejércitos de infracciones y falsedades que mantenían sobre él un acoso permanente.

—Le habría conseguido el mejor abogado posible —dijo, con sobriedad— para que considerasen que tenía demencia precoz. Y le habría dicho que, ante el tribunal, hiciese todas las locuras posibles.

—¿Y qué diferencia hay entre eso y lo que hice yo? —dijo el anciano—. Me ahorré una mentira contando otra. —El viejo lo miró como si aquello fuera lo más claro que había dicho en su vida y él debiera reconocer la sabiduría de su argumento y darse por vencido—. Tú necesitas un abogado hasta para ir a cagar, ¿verdad, Newel?

—Hubo cuatro muertos —dijo él, apesadumbrado.

—Cuatro choctaws —puntualizó el anciano, en tono de desprecio—. Se largaron con su hijo y lo mandaron al infierno cuando lo reclamó.

—Lo sé.

—Mierda —dijo Mr. Lamb—. No seas necio, Newel. ¿No te das cuenta? Tú eres del lago de Michigan, donde hace frío y llueve, y no de aquí, donde tenemos la sangre caliente.

Se echó hacia atrás en su silla, como si le hubieran dado un puñetazo en la barbilla y dijo:

—¿Qué fue de él?

Mr. Lamb lo miró con aire de estar sorprendido de que todavía pudiese hablar.

—¿De quién?

—De John.

—Murió.

—¿La casa se incendió sola?

El viejo apretó el borde de la mesa entre el pulgar y el índice como si intentara

arrancar un trozo.

—Fui yo. Fui yo el que incendió la casa —dijo, en voz muy alta—. Entré y apilé en el centro todas sus jodidas cosas, incluida su gorra de árbitro, y les prendí fuego. Por eso el terreno está pelado. —Sus ojos dejaron de pestañear y pareció que, de repente, se quedaba sin fuerza, como si el recuerdo de la casa en llamas consumiera todo su odio—. ¿Es que no lo sabes? —dijo el anciano, con los ojos vidriosos.

—No.

—Mrs. Lamb y él compusieron el himno al estado. —El viejo se pasó la lengua por los labios y luego los chasqueó como si apreciara la proeza—. Mrs. Lamb escribió la letra y John Carter compuso la música. Lo mandaron al concurso de Jackson, en 1938, y ganaron quinientos dólares y una foto del senador Bilbo y otra de J. K. Vardaman sujetando el documento de partición delante del Capitolio. Yo les dije que deberían devolver la foto de Bilbo porque el muy hijoputa era un jodido dictador, pero los pegaron a los dos en la pared de la casa de él, y dije que se imaginaran lo que pensarían J. K. Vardaman y Bilbo si hubieran sabido que sus fotos estaban en la pared de un hombre que llevaba trece años escapando de la justicia. Y dije: «Esos dos cabrones estuvieron escapando de la justicia todavía más tiempo». Si te apetece le pediré a Mrs. Lamb que venga y te lo cante.

—No se moleste —dijo él.

—No es molestia. ¡Fidelia! —llamó el anciano, con suavidad.

Se abrió la puerta de la antecocina y volvió a aparecer Mrs. Lamb, mirándolo con un desprecio evidente. La cocina estaba a oscuras.

—¿Qué, Mark?

—A Newel le gustaría oírte cantar *The Magnolia State*, a cappella. —El viejo sonrió del modo más beatífico posible, y se sentó muy estirado, disfrutando por adelantado de la idea que se le había ocurrido.

—Bien, pues no pienso cantar —dijo bruscamente ella—. Se la puedes cantar tú, que tienes una voz tan bonita. —Rodeó la mesa por el lado donde no había frascos caídos y desapareció en el dormitorio.

—No importa —dijo él.

La cara de Mr. Lamb pareció quedar sin vida.

—Lo cantaré yo, entonces, pero no sé bien la música —dijo.

Se oyeron pasos en el dormitorio. Fuera era noche cerrada y la luz del candelabro vacilaba en los cristales.

—¿Qué fue de los quinientos dólares?

—Se los dio a su primo. Creyó que los cogería y se iría a California e iniciaría una nueva vida. Pero el hijoputa se quedó ahí, en su casa, y cuando fui y amontoné todas sus cosas, encontré cuatrocientos dólares. No sé lo que hizo con los otros cien. Sólo comía lo que cazaba. Nunca vi que gastase un solo centavo. Mandé aquellos cuatrocientos a un asilo de Jackson con su nombre escrito en el sobre. Qué mierda. Esto habría sido un paraíso para él si no hubiera matado a aquellos indios. ¿Qué

sentido tenía haberlo mandado a Parchman?

—Me hago cargo —respondió él, notando como si tuviera ganas de irse a dormir. Pero se quedó, porque no quería dejar plantado al viejo, que cada vez se iba hundiendo más en su silla.

—Ya sabes —dijo suavemente Mr. Lamb, con los ojos brillantes—. Antes yo recorría la isla de un extremo al otro, a cualquier hora del día o de la noche, y fuera a donde fuese, y sin importar la hora, siempre me tropezaba con él. Unas veces estaba tumbado a la orilla del lago, otras agachado en un camino, o lo veía entre los árboles con una luz de minero que se ponía en la gorra. Nunca supe qué hacía. Y aquello me sacaba de quicio, pues fuera a donde fuese, allí me lo encontraba al muy cabrón. Pero después conseguí acostumbrarme a su presencia, y a veces lo veía de pie, junto al río, mirando y mirando hacia la otra orilla del Mississippi, como si tratara de ver algo, pero luego se daba la vuelta y echaba a correr sin haberme visto siquiera, riéndose como el loco que era. Pero lo jodido fue cuando murió. —El viejo sacudió la cabeza, como si fuera a abordar un misterio de una complejidad insondable—. Empezó a darme miedo salir al bosque después de oscurecer. Sabía que no me lo iba a encontrar. Y ni siquiera me gustaba, el muy hijoputa, y yo y Mrs. Lamb nos pasábamos las noches hablando mal de él, hablando de lo loco que estaba, de cómo comía ranas. También yo debo de ser idiota, ¿no te parece, Newel? Mira que asustarme la oscuridad... —El viejo lo miró como esperando que le dijera que no era idiota, lo que le permitiría repetírselo a su mujer y ganar sus favores antes de que ella se fuese a dormir.

—No, no me parece —dijo él.

Mr. Lamb se echó hacia atrás en la silla, que rechinó, y se puso de pie.

—Mañana iremos de pesca —dijo, con los ojos brillándole de nuevo.

—Sí, sí.

Mr. Lamb había empezado a alejarse de la mesa antes de oír su respuesta, dirigiéndose hacia la puerta sin volverse.

—Mientras yo pesco, tú puedes remar —sugirió. Apagó la luz del cuarto de estar que Mrs. Lamb había dejado encendida, y desapareció, como había hecho ella, en la oscuridad.

Él siguió sentado a la mesa. El candelabro brillaba en los cristales de las ventanas, devolviéndole su imagen aumentada y angulosa, con unos hombros cóncavos como si un viento se los hubiera hinchado y después enrollado alrededor del pecho. Oía al viejo que arrastraba los pies por el dormitorio, hablando con una voz discreta y agradable. Los platos y cubiertos seguían allí. Se agachó y se puso a recoger los frascos del viejo, volviendo a ponerlos encima de la mesa tal y como habían estado. Una extraña expresión había atravesado el rostro de Mr. Lamb como si de repente hubiera notado que se libraba del lastre de su vida, y no lo pudiera evitar, y como si por primera vez su cuerpo se hubiera convertido en una monstruosa abstracción que lo había empujado hacia aquellos medicamentos que de antemano sabía que no le

iban a servir de nada, pues sabía que nada en el mundo podría poner fin a ese espanto. Pues todo por lo que uno está solo había desaparecido, y todo de lo que uno tiene miedo te rodea.

El viejo, pensó, tenía cincuenta años más que él y se estaba debatiendo por no hundirse del todo, combatiendo centímetro a centímetro en una lucha en la que él mismo no se sentía con fuerzas para participar, pues no encontraba que ganarla o perderla fuese importante. Se sentía igual que un hombre que recorre unos grandes almacenes sin nada de dinero y sin el menor deseo de adquirir ninguno de los productos que están a la venta, pero con la necesidad de poseerlos propia del diletante. Y eso le asustaba. Y en lo profundo de una zona muy oscura de su mente surgió la necesidad de huir y subir al primer tren que pasase para volver adonde había abandonado su propio lastre y donde se encontraría a salvo.

2

El año en que murió su padre él fue en coche a Vicksburg con un chico llamado Roscoe Sampson, al que le gustaba bailar. Una vez en Vicksburg dieron un rápido paseo por las calles bordeadas de muros de ladrillos rojos hasta el pie de la colina que los confederados habían defendido durante meses, y luego siguieron en coche junto al río, pasando por delante de los traficantes de licor clandestino, y observaron la oscuridad de Louisiana al otro lado del río, donde las pequeñas luces de los barcos habitados se balanceaban suavemente en la orilla opuesta. Roscoe Sampson dijo que quería bailar, y compraron una botella de bourbon y una Seven-Up y fueron a bailar a una sala masónica donde las luces estaban en el techo abovedado protegidas por tela metálica. Roscoe encontró a una chica y se puso a bailar con ella hasta que se le humedeció el cuello de la camisa y tuvo las mejillas rojas y un aspecto frenético. Volvió y le dijo que llevarían a dar un paseo en coche a la chica los dos. Irían hasta Louisiana, por los campos de algodón, y la chica lo haría con los dos, porque era una típica chica de Vicksburg, y eso era lo que más le gustaba. Pero cuando Roscoe le preguntó a la chica si le parecía bien, ella dijo que no y lo amenazó muy seriamente, y Roscoe vino y le dijo que si estaba listo para irse. Volvieron hacia el río en el coche y descendieron nuevamente hasta el pie de la colina por las rumorosas calles bordeadas de muros de ladrillo. Dieron dos veces la vuelta a la misma manzana pasando muy despacio por delante de una casa en cuya ventana había un árbol de Navidad con pequeñas lucecitas azules. Roscoe lanzó un silbido en la noche y se detuvo. Un negro salió enseguida a la puerta y también silbó, y ellos aparcaron el coche y entraron. Aunque en la calle hacía bastante frío, dentro de casa hacía calor y el aire olía a desinfectante. Roscoe le dijo al hombre que entre los dos tenían un dólar y setenta y ocho centavos y que les gustaría saber lo que les podía proponer por ese dinero. El hombre sonrió de mala gana y dijo que tenían suerte por seguir vivos con tanto dinero encima, y que por lo que a él se refería, con eso no podrían pagar un salvoconducto para entrar en la casa, pero que trataran el asunto con la mujer que estaba en la habitación. Cuando entraron en la habitación, había estampas de Jesucristo sujetas al cristal del tocador y una estrecha cama cubierta por una colcha de felpa. Hacía mucho calor. La mujer, que era amable y le recordó a muchas señoras que había visto esperando el autobús en la parada de la calle Northwest, dijo que un dólar setenta y ocho no era suficiente, pero que no estaba ocupada, de modo que se levantó la falda y dejó el dinero en la mesilla de noche, y primero lo hizo él, y luego se sentó en una butaca que estaba junto a la cama mientras lo hacía Roscoe y sus testículos rebotaban contra la mujer. Al terminar, la mujer se levantó de la

cama, fue a un rincón de detrás de la puerta, se agachó encima de una olla y se limpió con un desinfectante que olía mucho a pino y una esponja amarilla que olía a cera para el suelo, y dijo que era lo mejor una vez que te acostumbrabas al olor y a la sensación que te producía en el estómago.

3

Por la mañana se oyeron disparos de escopeta que venían de un punto situado como a metro y medio del depósito de algodón. Robard se había levantado y vestido antes del alba, desapareciendo en la oscuridad. A él lo había despertado el ruido del jeep de Robard, y la casa estuvo en silencio durante una hora. Luego alguien se puso a disparar con una escopeta al otro lado de la puerta, mientras gritaba y hacía ruidos como si fuera el Cuatro de Julio. Se levantó, se envolvió en la manta, y apoyándose en el marco de la puerta miró hacia fuera. El sol le hizo daño en los ojos. Su luz se abría paso entre las ramas bajas y resultaba doloroso mirar un paso más allá de la puerta. Pasados los árboles, la pista de aterrizaje era amarilla como un campo de trigo. Se extendía una leve neblina por encima de las flores. Los faros de bicicleta parpadeaban detrás de la hilera más alejada de árboles, y todo el ambiente resultaba sobrecogedor.

Mr. Lamb estaba a unos veinte metros de la puerta, de espaldas al depósito, mirando los matorrales que había entre los árboles más altos y la pista de aterrizaje. Avanzó hacia los matorrales de amelanquiers, con una escopeta en las manos y llevando su viejo capote de lona y un gorro de leñador con las orejeras rojas sujetas en la coronilla. Delante de Mr. Lamb distinguió el delgado rabo de Elinor, que se movía a uno y otro lado por encima de los matorrales, mientras el resto de su cuerpo se mantenía fuera de su vista. Detrás del viejo, que seguía a Elinor con una prudencia pasmosa, como si esperara que saliese un búfalo de entre la espesura, estaba Landrieu, aparentemente tranquilo, vestido con su mono de trabajo fumando un delgado cigarrillo, y balanceando sobre el empeine de sus zapatos una gran escopeta gris acero de dos cañones.

Se preguntó cómo se las habrían arreglado Mr. Lamb y Landrieu para superar sus diferencias, y decidió que cada uno de ellos habría pensado que los frascos los había recogido el otro, evitando ambos hacer el menor comentario al respecto.

Mr. Lamb empezó a decir:

—Con cuidado, muuucho cuidado, Elinor —como si estuviera haciendo un conjuro a los matorrales que tenía delante. La perra se ponía más y más nerviosa a medida que el viejo se iba acercando a ella con la escopeta, y era probable, pensó, que él ya estuviera viendo lo que el animal había levantado, mientras se disponía a esconderse en cuanto sonase el disparo.

Landrieu dio una última calada a su cigarrillo, tiró la colilla a la hierba, escupió, y

de repente empezó todo. Se alzaron dos pájaros de los amelanquierees, volaron en un rayo de luz y aleteando con furia se dirigieron directamente hacia la cara del viejo. Éste no tuvo tiempo de disparar y se vio obligado a agitar la escopeta delante de él para protegerse de los pájaros, que se separaron en el último segundo y se alejaron volando en distintas direcciones, mientras el viejo le gritaba a la perra, que había empezado a ladrar:

—¡Ve por ellos! ¡Ve por ellos!

Entonces alzaron el vuelo otros seis pájaros y se perdieron entre los árboles por delante del viejo, quien se las arregló para llevarse la culata al hombro y hacer dos disparos, que resultaron fallidos. Landrieu alzó cuidadosamente su escopeta de dos cañones para el caso de que otros pájaros de la misma bandada se lanzaran en su dirección. De pronto surgió uno casi de entre las piernas de Mr. Lamb, y Landrieu lo alcanzó en pleno vuelo. A él le recordó las explosiones atómicas que destrozaban sólidas casas de ladrillo. Pues el pájaro volaba allí mismo, marrón, negro y blanco, tratando de escapar, y en apenas un segundo se metamorfoseó y ninguno de sus rasgos quedó intacto. Era como si Landrieu hubiera lanzado al aire un estropajo de fregar los platos y lo hubiese hecho trizas de un disparo.

—El muy jodido... —dijo Landrieu, bajando la escopeta y frunciendo el entrecejo ante la confusión de plumas sanguinolentas que seguían colgadas en el aire sin que pareciera que se moviesen.

Mr. Lamb le lanzó una mirada patética y se puso a examinar a Elinor, que sin duda creía que quedaban más codornices en el matorral y no se había movido de donde estaba, aunque había ladrado varias veces mientras los primeros pájaros alzaban el vuelo, lo que molestó mucho al viejo. Éste se puso a gritar de nuevo y a hacerle gestos a la perra como si creyese que iba a asustar a los pájaros, haciendo que echasen a volar antes de que él estuviese preparado. Otra vez se situó justo detrás de ella, casi a la altura de su cabeza, y empezó a agitar los matorrales con el pie mientras mantenía el cañón apuntando hacia adelante en la dirección que, suponía, tomarían los pájaros apenas alzarán el vuelo. De repente, una codorniz surgió de su escondite y echó a volar hacia las pista de aterrizaje, con el cuello muy estirado y las alas tan desplegadas como le era posible. El ave había elegido la dirección ideal y, con una calma incalculable, el viejo alzó el cañón con un suave y articulado movimiento, apuntó, esperó un segundo mientras alcanzaba la distancia ideal, y disparó alcanzando a la codorniz, que cayó al borde de la pista de aterrizaje sin perder ni una sola pluma. El viejo no se molestó en mirar si Landrieu había observado el disparo. Avanzó con paso decidido, impetuoso, hacia donde había caído el pájaro, gritándole «¡Muerto!» a Elinor, que daba saltos delante de él, asomando la cabeza por encima de la hierba alta. Cuando llegó junto a la codorniz se lanzó sobre ella y comenzó a arrancarle un ala con los dientes. El viejo aceleró el paso, llegó a donde estaba el pájaro dos segundos después que Elinor y le dio a ésta un puntapié en el lomo enviándola de vuelta a las hierbas altas y obligándola a soltar la presa. El pobre

animal se alejó gimiendo al tiempo que intentaba respirar para no ahogarse.

—¡Mierda! —soltó el viejo, examinando brevemente la inerte codorniz antes de metérsela debajo del capote y volver sobre sus pasos—. Ha tratado de destrozar mi pájaro —dijo, abriéndose camino entre los árboles hasta donde estaba Landrieu, quien seguía con los restos del pájaro que había destrozado en la mano.

—Sí, señor —dijo Landrieu, tristemente—. Y éste ha quedado un poco estropeado.

—Eso te pasa por usar esa condenada escopeta Peter Stuyvesant —se quejó el viejo, deteniéndose junto a Landrieu como si estuviese posando para una foto. La luz era ahora más intensa y el terreno adquirió un tono cerúleo. Elinor salió medio arrastrándose de entre la hierba, evitó cuidadosamente a los cazadores y fue a meterse en su escondite habitual debajo de los escalones. Lanzó una triste mirada al viejo y se perdió de vista.

—Si al menos tuvieras una del calibre veinte como ésta —continuó Mr. Lamb en tono paternal, mirando el pájaro de Landrieu. Luego sopesó su pequeña Remington y sonrió con satisfacción—. Con una así no harías picadillo a tus pájaros. —La escopeta de Landrieu estaba en el suelo entre los dos hombres, y Mr. Lamb le dio un golpecito con la punta del pie como si fuera una serpiente.

—Sí, señor —se mostró de acuerdo Landrieu, sin dejar de mirar con pena el amasijo de plumas sanguinolentas que tenía en la mano.

Mr. Lamb miró otra vez el destrozado pájaro, luego dirigió la vista a la casa, hablando con Landrieu como si éste todavía siguiera a su lado.

Él volvió a entrar en el depósito de algodón, se sentó en el borde del camastro y escuchó a los dos hombres que subían ruidosamente los escalones de la casa, hablando en voz muy alta. Se cerró la puerta y se encontró en el frío de la cabaña, mirándose las puntas de los pies y pensando en cómo ocupar el día. Era hora de irse, sin duda. Coger el autobús hasta Memphis, saltar al último tren y, al día siguiente, buscar un sitio donde quedarse, pues Beebe no estaría en su casa y él no tenía llave. Después iría en tren a la facultad y prepararía a fondo los exámenes finales, tomando por fin el camino al que se sentía destinado, si no por otra razón, porque era el único que le quedaba. Había una especie de serenidad nauseabunda en todo ello, en elegir lo único que le quedaba, cuando todo lo demás había sido eliminado, y no por algo que hubiera hecho, sino por las mismas circunstancias. Era la satisfacción relativa que tiene una persona, pensó, cuando se encuentra en una playa desconocida después de pasarse semanas flotando a la deriva encima de un tronco, demasiado lejos de su país como para esperar que fuera a ser depositado en sus orillas, pero contento al menos de estar en tierra, aunque se tratase de un lugar desconocido.

El único impedimento para marcharse era que tenía que salir de pesca. Se sentía obligado con Mr. Lamb, pero la idea de estar con él en un bote le parecía arriesgada, pues al viejo le gustaba gesticular y dar saltos cuando las cosas no iban como él quería, y probablemente no iba a dejar de hacerlo por estar en un bote.

Se vistió y se dirigió hacia los árboles más cercanos, cuidando de que el depósito de algodón se mantuviera siempre entre él y el porche.

En la linde del bosque, caminó unos veinte metros hacia la derecha, de modo que pudo ver la casa sin que él fuera visible desde ella. Distinguió a Landrieu, que salía al porche, vaciaba un cubo de agua y luego volvía a meterse en la casa. Pensó que a lo mejor el viejo había decidido echar una siesta y se había olvidado de la pesca, y entretanto él podría despedirse y pedir que lo llevaran al otro lado para coger el autobús.

Anduvo en paralelo al camino y se detuvo en la zona más espesa del bosque al final de la pista de aterrizaje, entonces tomó el sendero sin que pudieran verlo desde la casa y se dirigió hacia el lago. El sol quedaba oculto por unas nubes plomizas, y sus sombras se deslizaban por el camino, seguidas de unos rayos a los que enseguida interrumpía otra nube. Más allá del bosque había otro terreno abierto rodeado de árboles y de cardos que asomaban por encima de los hierbajos y se agitaban haciendo ruido, aunque no parecía que hubiese brisa. Creyó oír el jeep de Robard y se puso a escuchar, pero el sonido se apagó inmediatamente, y desde los bosques sólo le llegó un débil silbido. Miró hacia la casa, en el camino no vio nada, y siguió adelante. En la siguiente hilera de árboles había una gran piedra de sal color rosa sujeta con una cuerda a un comedero de madera. La tierra estaba pisoteada, la corteza de los troncos arrancada y las ramas bajas rotas y mordisqueadas, aunque no había ningún animal a la vista.

Caminó hasta que percibió el olor cálido y dulzón del lago, subió a la loma donde había estado el jeep, encontró una mancha de arena y se sentó, dispuesto a quedarse allí el mayor tiempo posible.

Miró absorto más allá del lago, y sus ojos se detuvieron en el campamento que, a unos quinientos metros, se alzaba detrás de una hilera de sauces idéntica a la que había en el sitio desde donde él estaba mirando, aunque más tupida. Distinguió dos figuras irreconocibles en el claro, más cerca del embarcadero que de la casa de Gaspereau. Supuso que una de ellas sería el propio Gaspereau y trató de adivinar cuál, optando finalmente por el tipo más corpulento vestido con una camisa clara, quien parecía estar mostrándole al otro la isla, señalando con la mano más o menos en la misma dirección en que él se encontraba. Se imaginó que las dos figuras estaban hablando de él y de lo que le harían si le ponían las manos encima, y se le puso la carne de gallina. Recordó el agujero rojo y arrugado de la garganta de Gaspereau que le permitía emitir sonidos cuando apretaba el disco metálico, y pensó en lo que se estarían diciendo y si los cazadores a los que esperaba el viejo llegarían con un día de retraso. Las dos figuras bajaron al embarcadero y avanzaron por él como si fueran a subirse a uno de los botes. Decidió que el hombre que había supuesto que era Gaspereau, era Gaspereau. Señalaba hacia el desembarcadero, y agitaba su bastón igual que si fuese un puntero indicándole al otro, que era más alto y estaba ligeramente encorvado, el lugar donde debería desembarcar si quería llegar a la isla.

Entonces se preguntó si Gaspareau, en contra de todas las prohibiciones y amenazas, no estaría mostrando el camino hacia la isla a un cazador furtivo, como sospechaba el viejo. Era cómico pensar que el viejo tenía que contratar a un hombre para que vigilase a otro al que le pagaba mejor. Al cabo de unos momentos, las dos figuras se alejaron del embarcadero y desaparecieron entre los sauces en dirección a la casa de Gaspareau.

Poco después, vio un coche oscuro que volvía al dique entre una nube de polvo, para al instante desaparecer en los campos. En el campamento se interrumpieron las actividades. La ensenada de los edificios y las barcas boca arriba se ofrecían al sol y a los pliegues de deslucidas sombras, haciendo remota la posibilidad de un nuevo movimiento. Se preguntó a qué manejos se entregaría Gaspareau en aquel campamento, por el que se desplazaba con una enorme pistola plateada colgada a la cintura y un adolescente siniestro en su nómina.

Dos patos alzaron el vuelo en los bajíos que se extendían más abajo del campamento y se alejaron aleteando sobre el agua. Cuando enfilaron hacia el lago, pareció que volaban cada vez más bajo, como si estuvieran buscando algo muy concreto que se encontraba en el perímetro de los sauces. Al llegar a la altura del desembarcadero, se separaron bruscamente, como si hubieran localizado el lugar al que iban y pretendieran descender entre las alzaprimas y los árboles más altos. Entonces, inesperadamente, se encontraron con su cara solitaria e inmóvil, muy pálida y con expresión de derrota, y se dirigieron hacia la derecha, cual si pretendiesen distanciarse de lo que acababan de ver, triplicando la distancia entre ellos y aquel rostro en cuestión de segundos. Tomaron senderos divergentes por encima del agua, y aunque apenas rompía el silencio, el sonido casi metálico de sus alas hizo que él se estremeciera y deseara volver a esconderse en el bosque.

Robard bajaba dando tumbos por la carretera procedente de la casa con un cigarrillo en la boca y expresión huraña. Condujo el jeep fuera de las rodadas, pasó por encima de la raíz de un sauce, y se detuvo, dejando el motor en marcha.

—Acabo de ver a Gaspareau enseñándole el camino a un tipo —dijo él.

Robard miró hacia el embarcadero, que sólo era un punto en la orilla opuesta.

—Sería uno de esos entrenadores de fútbol —dijo, mirando el cigarrillo para ver si seguía encendido—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era más alto que Gaspareau.

—Eso no es nada raro.

—En cualquier caso, ese tipo se alejó por el dique —dijo él, lanzando una mirada hacia el largo muro de contención.

El motor del jeep se ahogó y Robard observó los puntos de luz del lago entre los sauces.

—Hay algo que te quiero preguntar, Newel. —Aplastó el cigarrillo en la hierba,

sacó otro, le dio unos golpecitos contra el volante, y se lo metió en un costado de la boca—. ¿Qué andas haciendo por aquí? —Robard se llevó el pulgar al borde de un ojo y se lo frotó enérgicamente.

—Estoy tratando de olvidarlo —respondió él, y se levantó, plantándose delante del jeep, listo para volver.

—La vida no es *tan* complicada. —Robard sacó una cerilla de detrás de la oreja y la frotó contra la cremallera del pantalón.

—Tendré que adoptar una visión más simple de las cosas —dijo él.

—Tal vez sea yo quien deba adoptarla. —Robard daba furiosas caladas.

—Tenía muchas ideas a las que no conseguía encontrar sentido. —Se acercó y se instaló con las piernas hacia afuera en el asiento trasero del jeep—. Nombres de personas, un montón de cosas dispersas.

—¿No será tu memoria? —preguntó Robard.

—Quizá, pero me empezaban a inquietar. Sólo conseguía recordar lo que me había pasado el día anterior, y algunas cosas de la facultad de Derecho. ¿A ti nunca te pasó algo así?

—No —respondió Robard, quitando la ceniza con la uña del meñique—. Nunca he ido a la facultad de Derecho.

Miró ceñudo a Robard, que contemplaba su cigarrillo.

—Da igual. Mierda, estaba obsesionado con lo que sabía, y lo único que sabía eran todas esas cosas..., momentos aislados, imágenes de personas, de lugares sin importancia, de mi padre. Uno no se puede aferrar a ese montón de porquerías. Me pasé un mes entero en mi apartamento tratando de ordenarlas en una línea de pensamiento consistente, y no sirvió de nada.

—¿Y cómo empezó la cosa? —dijo Robard, mirándole como si de verdad quisiera conocer su respuesta.

—No lo sé.

—¿Por qué te fuiste de allí? —Robard cruzó las piernas, alargándolas encima del asiento. El lago despedía un olor dulzón que parecía provenir del campamento.

—Me aburría a muerte en Mississippi. Si no, me habría quedado.

—¿Tu madre ya no vivía?

—Nunca he pensado en eso —respondió él, apartando la vista—. Un día murió. Fue la única vez que volví.

Robard suspiró como si se lo tomara todo con filosofía.

—De acuerdo —dijo.

—Estaba empezando a perder todo control allí, en el Norte, a fuerza de preguntarme si todo ese lío hacía que mereciese la pena volver aquí y tratar de aclararme.

—Y ahora prefieres Chicago, ¿verdad?

—Me da lo mismo —dijo él.

—Y has hecho todo ese camino hasta aquí abajo y ahora vuelves sin haber

resuelto nada, ¿eh?

Entrechocó los talones, observando cómo el polvo caía a la hierba.

—He descubierto algo, a alguien —dijo.

—¿Y a quién has descubierto... a mí? —quiso saber Robard.

—Ya no me importa nada —respondió él, con precisión, oyendo el aire en los sauces—. Hasta al viejo le importan más las cosas. Lo lleva escrito en la cara.

—Y eso que ya tiene un pie en la tumba —dijo Robard, y apoyó el mentón en los nudillos. Una ráfaga de viento lo despeinó un poco—. ¿Qué fue lo primero que te empujó a venir aquí? —Abrió mucho los ojos.

—La sensación de que iba a recordar cómo se vive en el Sur —respondió él—. Parecía un buen sitio.

—¿Es que allí arriba no vivías como aquí?

—Sí, pero me sentía al borde de un abismo —dijo, con desgana—. Pensé que venir aquí y participar en algo, olvidando un poco mis recuerdos, me ayudaría.

Robard lo miró fijamente como si hubiera cruzado la frontera de la locura.

—¿En qué pensabas?

—¡En nada! ¡Mierda! Creía que el viejo me podría decir algo, pero está loco. Creía que podría adaptarme al mundo.

—¿Y qué pasó?

—Que estoy hasta las narices —dijo él, sombríamente. Y me voy a largar. Todos los días pienso en una cosa nueva que es exactamente la misma. Si consiguiera volar por encima de ese lago ahora mismo, no dudaría en hacerlo.

Robard se aclaró la garganta como si se dispusiera a hablar, luego miró hacia el lago.

—Creí que tú te encontrabas con el mismo problema —dijo él.

Robard sacudió la cabeza.

—En absoluto tengo ese problema —dijo lentamente—, aunque si me pusiera a examinar mi pasado tratando de encontrar algo inteligente, estoy seguro de que no iba a encontrar nada. Me aburriría a morir o me asustaría mucho—. Alzó la vista con expresión concentrada, como si considerara que había dicho algo importante. Contrajo los labios—. En lo que a mí respecta, las cosas simplemente me pasan. Nunca aprendo nada de un minuto para el siguiente.

—Eso a mí no me gusta —dijo él, bruscamente.

—¡Mierda! Si lo único que puedes soportar es venir a este jodido lugar, creo que alguien debería hablarte seriamente. —Robard enarcó las cejas para indicarle que sería él quien le hablase—. Si de verdad querías venir a vivir al Sur, no tenías que haber elegido este sitio. Aquí todo está podrido, y te apuesto lo que quieras a que estar aquí no te servirá de nada. En Jackson no hay más que descampados y gente que vuela en Piper Comanches tratando de enriquecerse a costa de lo que sea. Eso no le puede servir a nadie de nada, y menos a ti. ¿O es que crees que porque se te ocurre una pregunta tiene que haber una respuesta?

—Ya me lo han dicho antes —dijo él, tratando de bajarse del jeep.

—Entonces deberías haber prestado más atención —dijo Robard, y lo cogió del brazo para ayudarlo a bajar.

—La nieta del viejo dice que lo que debería hacer es limitarme a acostarme con ella y olvidar todo lo demás. —Dio unos pasos hacia el lago.

—Yo no me hago ilusiones al respecto —dijo Robard, y aspiró hondo—. Ya deberías haberte acostumbrado. De todos modos, yo nunca pienso que las cosas sean tan malas.

—¿Entonces nunca echas en falta nada?

—No lo sé —respondió Robard—. Trato de suprimir lo que no es posible y aceptar lo que tengo. —Sacó otra cerilla de detrás de la oreja y le arrancó la cabeza, mirándola con aire perplejo.

—Total, que sigues tus propios consejos, ¿eh? —dijo él.

Robard se rascó la oreja con la cerilla y enseguida la tiró.

—No pierdo la ocasión de hacerlo —dijo, y sonrió—. Y siempre encuentro algo que me anima cuando todo parece estar en mi contra. —Robard pisó el pedal del acelerador, dejó que el motor del jeep se calentara, y le hizo seña de que subiese.

4

Aquel verano habían ido a Lake Charles. En el vestíbulo del Hotel Bentley su madre lo llevó al estanque de los peces y le contó que en 1923 el general Pershing había pronunciado un discurso subido al mosaico dorado que bordeaba el estanque, mientras los hombres se agolpaban a su alrededor fumando puros. Y en la calle, los soldados de Camp Polk habían formado para escucharlo antes de que los llevase de vuelta al campamento. El general habló mucho tiempo y sus palabras se oían fuera a través de unos altavoces, y cuando salió a la puerta del hotel para tomar el mando de sus hombres, éstos se habían desvanecido por culpa del calor, y había algunos sentados en el ardiente asfalto que lloraban porque le habían fallado a su jefe, y porque estaban enfermos de tanto estar en casa.

5

En Nueva Orleans, frente al mar, su padre les sacó una fotografía a su madre y a él sentados en el pequeño muro de cemento blanco, con el lago Pontchartrain detrás. Después de sacarles la foto, su padre se acercó y los tres se quedaron sentados mirando el agua y comiendo chocolatinas. Él llevaba puestas unas zapatillas marrones, y cuando empezó a quitárselas para meterse en el agua, una de ellas se le cayó y enseguida se perdió de vista. Su madre entonces lo abrazó con tal fuerza bajo el ardiente sol que creyó que lo iba a ahogar.

6

Cuando llegaron a la casa, Landrieu se preparaba para subirse a una vieja silla metálica que estaba plantada debajo de uno de los pilares de cemento que sostenían la construcción. En una de las manos tenía un rollo de hojas del *Commercial Appel*, y en la otra, lo que parecía un mechero de plata. Mr. Lamb contemplaba la escena desde una distancia considerable, detrás del capó del Willys, de modo que había bastante espacio y metal entre él y lo que estaba haciendo Landrieu.

Cuando vio el jeep de Robard, el viejo se puso a agitar frenéticamente las manos. Robard apagó el contacto y los dos se bajaron y se acercaron hasta que pudieron ver a Landrieu, cuya cara tenía una expresión de intensa inseguridad que trazaba profundas arrugas en su frente. Mr. Lamb, protegido detrás del Willys, centraba todo su interés en Landrieu, murmurando algo ininteligible por no decir prácticamente inaudible. Elinor estaba en el asiento del Willys, y miraba a Landrieu en silencio.

Landrieu se estiró encima de la silla y encendió nerviosamente el mechero, produciendo una gran llamarada amarilla que dirigió al rollo de periódicos, el cual comenzó a arder deprisa; rápidamente hundió la antorcha en el ángulo situado entre el suelo de la casa y el pilar que la sostenía.

Y súbitamente se desarrolló una actividad frenética en las cercanías de las llamas. Al meter con tanta brusquedad el rollo de papel ardiendo en el agujero, que nadie distinguía bien, Landrieu perdió el equilibrio y salió despedido hacia atrás, cayendo al suelo mientras hacía un ruido que parecía el de un paquete de periódicos tirado desde un camión. Al mismo tiempo, el aire se llenó de insectos que revoloteaban surgiendo por otros agujeros y zumbando de una forma frenética, como si buscaran aquel calor. Mr. Lamb empezó a chillarle a Landrieu que se alejara antes de que los insectos lo relacionaran con el fuego y se cebaran en él para vengarse, pero, según parecía, el negro no se podía mover. Tendido boca arriba, miraba el cielo como si esperara que alguien le fuera a preguntar cómo se encontraba. Había casi tantas avispas en la zona de las llamas como revoloteando en el aire, y parecía que un número considerable de ellas se dirigían directamente al estómago de Landrieu. Una avispa muy gorda de color rojizo pasó varias veces por delante de su cara, pero Landrieu no pareció percatarse y el insecto se perdió en las alturas.

Mr. Lamb chillaba, insultaba y amenazaba a Landrieu como si creyese que así el negro se recuperaría más deprisa. Por encima de él, la antorcha de papel todavía estaba encajada entre la casa y el pilar. Una pequeña lengua de fuego se extendía por las tablas de la fachada, y varias volutas de humo grisáceo empezaron a salir por los agujeros, haciendo que cayeran más avispas.

Landrieu pareció darse cuenta de las avispas que zumbaban sobre su vientre en el mismo momento en que se recobraba parcialmente; se levantó de un salto y empezó a darse palmadas en el pecho, el cuello y el pelo, como si un enjambre de avispas se estuviese cebando en él y no consiguiera localizar a ninguna.

—Fíjate en lo que has hecho, hijo —dijo Mr. Lamb, dejando de prestar atención a Landrieu y señalando el humo—. Le has prendido fuego a mi casa.

Landrieu dejó de darse manotazos y miró hacia donde el viejo le indicaba, como si considerara imposible que la casa pudiera arder.

Sin embargo, Mr. Lamb parecía satisfecho. Se apoyó en el parachoques del Willys y jugueteó con el cierre del capó, mientras contemplaba los progresos del fuego.

Entonces apareció Robard, quien bajaba corriendo los escalones de la casa con el cubo de metal del Landrieu en la mano, del que se derramaba agua a cada movimiento. Siguió corriendo, con los ojos clavados en el humo, llegó al pie del pilar y lanzó el contenido del cubo a las llamas, produciendo chisporroteos y mucho humo verdoso. De inmediato el agua empezó a gotear por las tablas de madera, y Robard retrocedió y se puso a contemplar atentamente la espesa masa de humo por si surgían más llamas. Durante un momento todos quedaron inmóviles.

De repente, la atención de todos se centró en la parte de arriba de las tablas ennegrecidas de la fachada, donde había una ventana cuadrada a la que acababa de asomarse Mrs. Lamb, con el ceño fruncido. Les miró durante un momento, con los auriculares en la cabeza como si fueran un compás medieval, concentrando un inmenso desagrado privado en Mr. Lamb, que quedó completamente aturdido. Y enseguida desapareció de modo tan imprevisto como había aparecido, y la ventana recuperó su apagado color verdoso debido al reflejo líquido de los árboles.

—Maldita sea —exclamó Mr. Lamb, mientras su sonrisa infantil se dibujaba en su cara—. Casi hemos quemado a *Mrs. Lamb*.

Robard volvió a la casa con aire de desagrado. Dejó el cubo en el escalón inferior y se dirigió hacia el depósito de algodón. Landrieu se puso a arrastrar su silla rumbo a su cabaña, cojeando como consecuencia de la caída. Mr. Lamb siguió junto al jeep, observándolo todo, con sus pequeñas manos apoyadas en el parachoques y la misma sonrisa imbécil en los labios, como si acabara de pasar algo muy divertido pero no pudiera decir de qué se trataba.

Cuando la sonrisa de Mr. Lamb desapareció, él comprendió que el viejo iba a sacar a relucir lo de la salida a pescar. Miró de soslayo el depósito de algodón, pero Robard había desaparecido en su interior, y el viejo lo tenía en sus manos. Quería huir de inmediato. Se acercó a Elinor, que seguía sentada en el jeep, le dio un golpecito en la cabeza y alzó la vista hacia las maderas de la casa, que todavía humeaban.

—Cosas de Landrú, ya sabes... —dijo Mr. Lamb pensativo, mirando los daños causados por el fuego y suspirando—. Landrú es de esa clase de personas que salen en plena tempestad con una cucharilla en la mano para beber un poco de agua.

—A mí tampoco me gustan las avispas —dijo él, redoblando sus esfuerzos para no mirar al viejo.

—Claro que no, mierda —respondió Mr. Lamb—. A nadie que esté en sus cabales le gustan. Pero no todos necesitamos rompernos los huesos para evitar que nos piquen.

El viejo, al que le divertía mucho la caída de Landrieu, manifestaba sin embargo

una gran admiración hacia el negro, que, a pesar de todos aquellos años de insultos y amenazas, se las había arreglado para conservar su puesto. Era una muestra de su inteligencia el que todavía fuese capaz de soportar los denuestos del viejo, pues se trataba menos de denuestos que de una forma de simpatía trastocada, que Landrieu era lo bastante listo para reconocer. Y ni siquiera él mismo estaba completamente seguro de poseer la mitad de la inteligencia del negro.

—Vamos a ver —dijo Mr. Lamb, en tono muy serio—. Tú y yo íbamos a ir a pescar, ¿no? —Tenía una expresión de alerta en la cara, como si acabaran de ocurrírsele un montón de detalles relativos a la pesca.

Aquello lo pilló con la guardia baja. El viejo sabía perfectamente que no le apetecía ir y había aprovechado el momento preciso en que pensaba se había olvidado del asunto.

—Eso parece —dijo él, volviéndose hacia el Willys.

—Entonces empieza a mover el culo. Si no sabes cazar pavos, a lo mejor aprendes a pescar.

El viejo apretó bruscamente el pedal del acelerador y el jeep salió disparado unos metros hacia adelante.

Empujó con el brazo a Elinor, que saltó al suelo, y él se acomodó como pudo en el estrecho asiento metálico, mientras el jeep arrancaba. Estiró las piernas.

—¿Y las cañas? —preguntó mirando con expresión desolada hacia la parte de abajo de la casa donde estaban colgadas las cañas.

—¿Las qué? —gritó el viejo por encima del ruido del motor.

—¡Las cañas!

—¡A la mierda las cañas! —soltó el viejo, que se dirigía hacia los servicios con las dos manos colocadas en uno de los lados del volante del vehículo cuyo control parecía haber perdido.

Se aferró al borde del parabrisas para no salir despedido del jeep.

—Me gusta llamar por teléfono a los peces —dijo el anciano en tono de broma, y con el dedo señaló la parte trasera del jeep para mostrarle una cajita metálica negra con una manivela de madera lisa y dos largos cables con el cobre medio al aire sujetos a unos tornillos dorados por la parte de abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó él. El camino había llegado a la hilera de fresnos y descendía rápidamente hacia la orilla surcado por una serie de rodadas y canales hechos por la lluvia. El jeep daba violentos tumbos y los ojos del viejo expresaban resolución.

—Eso es mi teléfono —gritó Mr. Lamb, echándose a reír. El jeep estuvo a punto de volcar y él notó que las ruedas no tocaban el suelo. El viejo lo miró con los ojos muy abiertos y se volvió a reír.

Antes de que el jeep se hundiera talud abajo, lanzó una mirada de desconsuelo a la casa y vio a Robard arrodillado delante del depósito de algodón. Vestía unos pantalones verdes a rayas y una camisa de seda con bolsillos en punta, y acariciaba la

cabeza de Elinor mientras la mantenía sujeta por el collar para que no saliese corriendo detrás del jeep. Tuvo la sensación de que cuando volviera de dondequiera que fuesen, un lugar inimaginable en el que se pescaban peces por teléfono, Robard ya se habría ido hacía tiempo, lo que hizo que sintiese algo extraño parecido a la cólera. Y, por absurdo que pueda parecer, le apeteció hacerle una señal, saludarlo con la mano, pero el jeep ya se hundía detrás del talud, y lo perdió de vista sin tener siquiera tiempo de soltar la mano del parabrisas y agitarla en el aire.

Al pie del talud, el camino seguía por una hondonada en sombra donde la mayor parte de los árboles estaban secos o medio podridos, excepto algunos brotes verdes aislados de las copas a los que el sol mantenía con vida. Las raíces asomaban entre la hierba y los troncos estaban cubiertos de un musgo amarronado hasta un metro del suelo. En los árboles más altos sólo había ramas a partir de unos diez metros de altura.

Notó que el aire cambiaba, como si las ramas secas y el alto follaje protegieran, y casi secuestraran, la hondonada en una fría y extrañamente solemne insularidad.

El camino que había tomado el viejo no era más que un sendero trazado entre los árboles por el paso de otros neumáticos, y conducía directamente hasta más allá de donde alcanzaba su mirada.

El jeep soltaba mucho humo y su chasis crujía de un modo terrible. Mr. Lamb se había refugiado en esos ruidos y parecía haber perdido toda vitalidad. Bajo la luz musgosa, su piel lucía pálida y la sangre latía con fuerza en la arteria que sobresalía en su frente. Doblaba el tronco sobre el volante y los tirantes se le aflojaban como si no tuviesen donde sujetarse.

De repente, el viejo soltó una flema y le lanzó una mirada de complicidad como si le apeteciera decir algo que quisiese mantener en secreto hasta el momento adecuado en que se lo contaría a todo el mundo.

Un pájaro carpintero descendió revoloteando de la copa de uno de los robles y continuó por el camino adelante, luchando por mantener en vuelo su cuerpo demasiado pesado. Mr. Lamb lo contempló con tanta atención que parecía que estuviera tomando nota mental de lo que veía, luego volvió sus ojos hacia él con aire malicioso como si en el vuelo del pájaro hubiera algo especial que no se podía perder.

—¿Conoces la historia del chivo en el matadero? —preguntó Mr. Lamb, quien, ya cansado de su mal humor, parecía querer reemplazarlo por una grosería cualquiera.

—No —respondió él, preguntándose si en la historia que se disponía a contar el viejo no habría alguna perfidia esperándolo.

El viejo lo miró con desconfianza para ver si conseguía detectar la menor falta de sinceridad en su actitud. Él le devolvió la sonrisa con todo el aire de sinceridad de que fue capaz, y el viejo se echó hacia adelante y pareció satisfecho.

—Es una historia verídica —le aseguró el viejo por encima del estrépito del jeep. Reunió otra flema en la boca y la escupió por uno de los costados del vehículo—. Estaba ese chivo, ya sabes, un buen ejemplar con una gran barba blanca. —El viejo

se llevó la mano a la barbilla—. Y tenían a ese viejo chivo en el matadero, para que guiase a las ovejas y las vacas por un plano inclinado hasta donde habían puesto a un negro enorme y muy fuerte con un martillo para que les diese un golpe y las liquidase. —Lo volvió a mirar con desconfianza para saber si apreciaba todos los detalles en su justo valor, y los ojos cansados y húmedos brillaron bajo los rayos del sol—. A veces, ya sabes —siguió el viejo—, un carnero viejo se ponía a desconfiar cuando empezaban a bajar por aquella tabla y parecía como si supiera adonde lo llevaban. A lo mejor había adivinado lo que le esperaba allí abajo. Entonces en aquella jodida tabla se montaba un follón de mil demonios, con ovejas que balaban y vacas Hereford mugiendo, y tenían que meterse entre el ganado para arreglar el desaguisado y que todo siguiera como siempre. Pero si tenían a aquel chivo para que guiara al ganado, todo iba tan suave como la mierda por un desagüe, y las ovejas dejaban que las matasen como a patos en un tiro al blanco, y todos estaban contentos, incluido el chivo, porque justo antes de que llegara adonde se encontraba el negro con el martillo, a un lado se abría una trampilla a lo Houdini y el chivo salía por ella con la mayor discreción, y la trampilla se cerraba enseguida, y las ovejas daban otro par de pasos y ¡pum! quedaban secas. Y el chivo llegaba al montón de los desperdicios que había detrás del matadero y le daban dos latas de sopa antes de volver al trabajo. Y, ¿sabes una cosa?, era un chivo con mal carácter —dijo el anciano—. Se ponía a dos patas y comía la guía de teléfonos de la mesa del despacho del encargado, y se comía las plumas y los cables del dictáfono, y clips, y todo lo que encontraba. Y luego se daba la vuelta y volvía a llevar a otro rebaño de ovejas tabla abajo para que las liquidasen.

Los bosques habían empezado a hacerse más bajos, permitiendo que algunos rayos de sol llegaran hasta el suelo. Los árboles secos habían empezado a desaparecer y brotes de zumaques los sustituían gradualmente a ambos lados del camino. Hasta él llegó un fuerte olor a agua estancada; no se veía de dónde provenía, pero aumentaba a medida que avanzaban hacia su invisible destino, oculto por las ramas.

—Total —dijo el anciano—, que en el matadero había algunas personas a las que no les gustaba demasiado el chivo, que casualmente se llama Newel. —Mr. Lamb lo miró traviesamente de soslayo y enseguida volvió a clavar los ojos en el sendero—. Unos pensaban que el viejo Newel tenía el culo demasiado gordo porque comía todo lo que veía, antes de volver a guiar, más contento que unas pascuas, a otro rebaño de ovejas, que eran, en cierto sentido, parientes tuyas, a su destino fatal encarnado en aquel negro implacable. De modo que un día se les ocurrió que lo harían bajar por la tabla y dejarían que el jodido negro le diese un martillazo como hacía con el resto del ganado, imaginándose que así aprendería una lección que jamás olvidaría. Lo que pasaba es que no podían hacer aquello porque necesitaban al hijoputa y no les apetecía tener que ponerse a amaestrar a otro chivo para que hiciera lo que éste ya hacía tan bien... de no ser porque era tan molesto. —Dos minúsculos hilillos de saliva se implantaron en las comisuras de los labios del viejo e hicieron que pareciese

que abría menos la boca—. Bueno —continuó—, pues pasó que decidieron gastarle una broma al viejo Newel, pensando que así dejaría de ser tan engreído. Total, que fueron y lo cogieron y lo pusieron en la tabla delante de un gran rebaño de ovejas y, claro, por allí bajó el viejo Newel con todas las ovejas detrás de él, como Moisés guiando a los judíos. Pero cuando llegaron a la trampilla a lo Houdini, que normalmente se abría para que Newel se pudiera largar en el último minuto, la puerta no se abrió, y la fuerza de todas las ovejas que bajaban empujó al viejo Newel hasta que llegó justo delante de la cara del jodido negro sudoroso que blandía el martillo lleno de sangre. Y, rápido como el rayo, levantó aquel martillo e hizo como que iba a descargarlo sobre la cabeza de Newel igual que hacía con todas las demás ovejas. ¿Y qué crees que pasó? —La voz del viejo había enronquecido de tanto gritar, y con los labios entreabiertos clavó en él sus ojos brillantes mientras el jeep salía a pleno sol.

—No tengo ni idea —respondió él, tratando de no pensar en el asunto, pues sabía que iba a terminar refiriéndose a él mismo.

El viejo lo miró de hito en hito, mientras la saliva se le acumulaba en las comisuras de los labios.

—Tuvo un ataque al corazón y murió —gritó Mr. Lamb, e hizo una mueca, enseñando la dentadura que a duras penas se mantenía unida a sus encías—. Ja, ja, ja, ja. —El viejo Newel ya no se pudo aguantar más.

El jeep dejó atrás los brotes de zumaque y se encontró de repente en un espacio despejado; el viejo tuvo que pisar a fondo el freno para no ir a parar derecho al agua, que se abría en una extensión de unos quinientos metros de largo y otros doscientos de ancho, antes de llegar a una zona de árboles secos donde el agua se fundía poco a poco con la espesura y los nenúfares, en lugar de terminar en una orilla abrupta claramente identificable.

Mr. Lamb parecía completamente desconcertado. Respiraba con esfuerzo y miraba por encima del capó del Willys con las cejas casi unidas, tratando de hacerse a la idea de que había estado a punto de irse al agua y ahogarse. Por algún motivo se había puesto a conducir sin gafas y sus ojos parecían ahora húmedos e inexpresivos, y en el lugar de su nariz donde se apoyaba la montura, se distinguían dos pequeñas ampollas muy rojas y desagradables, como si hubiera tenido que quitárselas debido a que le hacían mucho daño.

Él lo miró y vio que la mente del viejo remontaba el tiempo con esfuerzo para regresar a lo que estaba contando antes de que los dos casi se fueran al agua.

—Ah, sí —dijo el anciano, volviendo a sonreír—. ¿Y cuál crees tú que es la moraleja de esa historia sobre el chivo que se llamaba Newel?

—No lo sé —respondió él, sombríamente, resentido con el viejo por todo lo que había contado.

—La moraleja es... —dijo Mr. Lamb, convirtiendo sus ojos en dos aberturas minúsculas como para subrayar sus palabras—, pues que un chivo listo siempre ganará a uno muerto.

De repente, el viejo abrió mucho los ojos, imitando la reacción que esperaba ver y no se produjo. Él se limitó a dirigirle una mirada inexpresiva para manifestar su desagrado. Mr. Lamb empezó a mirarlo con desconfianza, irritado ante el hecho de que no lo hubiesen felicitado por haber llevado la historia a un final instructivo.

—Coge esa caja —soltó súbitamente el viejo, apeándose del jeep y empezando a caminar por los guijarros hacia donde estaba varada una canoa Traveler, sujeta a un tocón pintado de rojo que había al borde del agua.

El sol, que aparecía y desaparecía detrás de un espeso banco de nubes, iluminaba la superficie del lago y hacía soltar destellos a las telas de araña que colgaban sobre el agua más allá de donde se dirigía el viejo. Del lago llegaba un olor caliente y dulzón; el agua permanecía inmóvil, y sólo se oía el *ploc* seco de un pájaro carpintero sendero atrás, que recorría el lago para perderse en los pantanos de la otra orilla.

Se apeó, y cuando levantó la caja negra que Mr. Lamb pensaba utilizar como teléfono, encontró que era muy pesada, como si contuviera plomo. La bajó, enrolló los cables de cobre a su alrededor, la agarró bien y avanzó tambaleándose hacia el bote, al que Mr. Lamb había dado la vuelta para meterlo en el agua. El olor del agua parecía más intenso cuando el viento soplaba bajo y el sol aparecía detrás de una nube e iluminaba la superficie. El lago tenía forma de cigarro puro y el agua el color del hígado y parecía espesa y cremosa. El estar simplemente allí hizo que sintiera vértigo.

—Ven a ayudarme, hijo —pidió el anciano, y luego de dejar caer la borda comenzó a empujar la embarcación hacia el lago. Al instante la cara se le puso muy roja y la arteria de su frente se hinchó como una serpiente. Le entró pánico de que el viejo fuera a explotar allí mismo, si él no intervenía enseguida.

—Déjeme a mí —dijo, dejando la caja en el barro. Empujó con fuerza la borda y sacó el bote del barro, metiéndolo a medias en el agua.

Mr. Lamb se limitó a dar un paso atrás y a mirar el bote y la distancia que acababa de recorrer en una fracción de segundo.

—Tienes una familia que mantener, hijo —murmuró, y acercándose rápidamente a la caja negra, la cogió y se dirigió con ella a la embarcación—. Ahora yo me subiré y tú empujarás —indicó, pasando por encima de los asientos e instalándose en la proa, lo que provocó que los bajos de su pantalón se le subieran unos quince centímetros por encima de sus escuálidos tobillos, mientras consideraba las consecuencias de su pelea con el bote—. ¡Súbete, Newel! ¡Súbete, maldita sea! —gritó.

Él dejó caer la amarra en el depósito que había debajo del asiento, dio otro empujón esta vez con menos ímpetu, y la Traveler se puso a flotar entre las hierbas y las alzaprimas de la orilla; lentamente se dirigió hacia el lago, donde el reflejo metálico del sol hacía que pareciese que la luz procedía del fondo del agua.

Mr. Lamb se sentó a horcajadas en su asiento y se puso a realizar un examen minucioso del brazo oeste del lago, con una mano en su caja negra y la otra sobre la

frente protegiéndose los ojos del sol. Él empezó a preocuparse por lo que el viejo iría a hacer una vez hubiera encontrado lo que buscaba, y se preguntó si todo aquello no terminaría en más discusiones y líos. Se dejó caer en silencio en el extremo más pesado de la canoa, tocando el guión del remo a la espera de que el viejo le dijera lo que debía hacer.

Mr. Lamb pasó otro minuto sin decir nada, escudriñando la orilla como si estuviera esperando que algo se identificara y le mandase un signo bien claro.

Delante de ellos, en la soñolienta orilla norte del lago, él distinguió a una familia de tortugas que tomaban el sol subidas a la parte superior de un tronco de roble medio sumergido, en apariencia ajenas a su llegada. El pájaro carpintero hizo otro *ploc* cerca de donde habían metido el bote en el agua, y él se quedó sentado inmóvil al sol, acariciando la parte más caliente del remo, mientras observaba al viejo que seguía estudiando la ensenada, y el bote se dirigía a la deriva hacia el oeste impulsado por el aire apesadoso que venía del bosque. Mr. Lamb estuvo otro minuto mirando con gran atención, según le parecía a él, a nada en absoluto. Se había puesto las gafas y contemplaba absorto la vegetación del borde del lago, hasta que de repente volvió la cabeza sonriendo venenosamente y señalando hacia donde un montículo de barro y unas ramas emergían del agua formando un grueso montón viscoso.

—Rema hacia allí —le indicó en voz alta.

—¿Hacia aquel montículo? —preguntó él, tratando de señalar el montículo con la pala del remo.

El viejo lo miró con impaciencia.

—Es una choza de castores —susurró, y se puso a estirar los cables de cobre de alrededor de la caja y a ajustar con cuidado los tornillos dorados en sus terminales.

Mientras impulsaba la embarcación hacia el montículo de los castores, trataba de imaginar qué extraño cambio del lecho del río habría podido crear aquel lago, que probablemente, le parecía a él, era diez veces más pequeño que el que habían cruzado con Gaspereau, y en apariencia de agua estancada. A primera vista, el lago sólo era alimentado por las lluvias y las crecidas anuales que debían de inundar la hondonada y renovar su contenido. Trató de recordar si en el plano aéreo había visto ese lago, pero sólo consiguió acordarse del contorno de la isla, una mancha alargada parecida a una lágrima, limitada por el río, y nada más. También era posible que hubieran sacado la foto cuando el lago estaba seco y su fondo cubierto de musgo, aunque parecía igualmente factible que el viejo se las hubiera ingeniado para eliminar al lago de la foto, lo mismo que había conseguido suprimir la isla entera del plano oficial del cuerpo de ingenieros.

Unos metros por encima del montículo de los castores, distinguió unos cuantos envases de plástico blanco, del tipo de los que se usan para el anticongelante, que flotaban al revés y formaban un círculo irregular alrededor de otro recipiente, que parecía clavado en un palo y asomaba unos cincuenta centímetros sobre la superficie del agua, todo ello situado a unos cincuenta metros de los primeros matojos y árboles

de la orilla.

—Justo allí —susurró el viejo, señalando el envase de plástico clavado en el palo y a los otros cuatro que rodeaban a éste—. Llévame hasta allí.

Mr. Lamb levantó la caja, se la colocó entre los pies y le sonrió por encima del hombro.

—¿Qué es eso? —preguntó él, hundiendo el remo hasta que tocó el fondo.

—¿Qué? —dijo el viejo, que lo había oído y ahora dirigía su oreja buena hacia él.

—¿Que qué es eso? —repitió.

—El comedero de peces de Landrú —explicó el viejo, resoplando como si la idea de un comedero de peces fuera completamente absurda.

—¿Y para qué sirve? —preguntó él, quitando con los dedos la marga pegada al remo, que despedía un fuerte olor e hizo que se le revolviere el estómago. Volvió a meter rápidamente el remo en el agua y se limpió los dedos en los remolinos.

—¿Ves? —susurró Mr. Lamb—, a Landrú le gusta mucho pescar con caña, igual que a todos los jodidos negros. Y detrás de su cabaña ha construido una especie de depósito para herramientas, con una tapa encima. Lo que ocurre, es que en verdad no se trata de un depósito de herramientas. —Se interrumpió y examinó atentamente los recipientes de plástico blanco según se deslizaban hacia él, como si considerara que ya lo había explicado todo acerca del comedero de peces.

—Pero ¿para qué demonios sirve? —preguntó él, sacando a la superficie otra bola de lodo blando y azulado, que volvió a arrojar al agua enérgicamente.

—¿El qué? —dijo el anciano, frunciendo el entrecejo, pues había olvidado por completo la conversación y sólo estaba interesado por los recipientes de plástico.

—La caja —dijo él, alzando la voz—. La caja para herramientas que hay detrás de la cabaña de Landrieu.

—Ah, eso —dijo el anciano, como si se tratara de una broma—. Es su granja de lombrices y su granja de grillos y su granja de cucarachas y su granja de lo que se te ocurra. —Resopló—. Es uno de los motivos por lo que Landrú nunca se llevó demasiado bien con John Carter, y de todos los follones que éste armaba en Stonvall durante los partidos de béisbol. John siempre andaba cogiendo los grillos de Landrú y arrojándolos al fuego, y a Landrú aquello no le gustaba nada porque en Helena se los compraban y se los pagaban bien. Pero Johnny siempre iba y cogía un puñado y lo tiraba al fuego y se quedaba allí sentado oyéndolos crepitar, y el dinero de Landrú se iba convertido en humo. Y aquello lo ponía muy furioso. —El viejo empezó a manipular la caja como si tuviese la intención de ponerla en funcionamiento de un momento a otro y quisiera que estuviese preparada. El bote avanzaba rápidamente, cada vez más cerca de la orilla que de los recipientes de plástico o el montículo de los castores—. Total —dijo Mr. Lamb, momentáneamente distraído en hacer girar la manivela de madera de uno de los lados de la caja—, que a Landrú le gusta pescar con todas sus lombrices y cucarachas y lo que sea, pero no le gusta pasarse el día entero al sol. Así que fue y compró un cesto para melocotones y lo llenó de buen

heno y lo ató con alambre, y lo cogió y le unió unos contrapesos de ventana y lo trajo aquí y lo hundió donde está la boya del medio, y después le puso todos esos envases de Prestone para que flotase entre dos aguas, y luego metió un montón de gusanos y cucarachas y grillos en un anzuelo de tres puntas que ató a cada uno de los recipientes de plástico, y los instaló junto a su bala de heno, y los peces se mueren de ganas de picar. Viene aquí cada dos o tres días y comprueba sus «nansas», que es como las llama, aunque no sean nansas en ningún sentido.

Se preguntó que si los peces ya habían picado y esperaban a que los subieran, por qué él no se limitaba a volver a casa y olvidar todo ese asunto del teléfono, fuera el que fuese. Se quedó mirando durante un momento la nuca del viejo.

—¿Por qué no le pide un par de peces a Landrieu? —preguntó, mirando los recipientes de plástico que flotaban.

—Porque no son nuestros —soltó el viejo, agachando la cabeza y dirigiéndole una mirada de sorpresa—. Te voy a explicar una cosa —dijo, sonriendo de modo extraño—. Landrú es un tipo muy cómico. Cuando viene aquí, no se dirige directamente a donde están los envases de plástico. Monta una caña de pescar y coge el cebo que haya elegido ese día, lombrices o cucarachas o lo que tenga en su «granja». —El viejo le hizo una mueca divertida, como si Landrieu constituyera un enigma viviente que superaba cualquier otro enigma, y nadie fuese capaz de adivinar que sentía un considerable placer pescando con caña antes de dedicarse a lo que hacía de verdad, que era recoger los peces—. Le gusta venir aquí y pasarse sentado un largo rato mientras contempla los nenúfares —dijo Mr. Lamb, sonriendo para demostrar que quería sinceramente a Landrieu, pero que debía ejercer su autoridad como crítico y consejero del negro. Casi se había vuelto por completo, y sus ojos destacaban en su cara, que se le había puesto roja—. Y va y me dice: «Ahí los tenemos, Mr. Mark, esos idiotas asoman la nariz fuera del cubo para atrapar los mosquitos y hacen todo tipo de ruidos, a-cha-cha-cha-a-cha-cha-cha, haciendo hervir el agua como dos cerdos en un cenagal». Y yo le digo: «Bien, ¿y entonces qué hiciste tú?». Y él dice, con mucha pena: «Verá, Mr. Mark, yo me acerqué allí en mi bote con mucho cuidado y dejé un paquetito de lombrices encima de uno de los nenúfares, y de repente uno de esos peces sol se lanzó sobre mi anzuelo como si fuera Dios llevándose a un recién nacido paralítico». —Al viejo le divertía mucho lo que estaba contando—. Sin embargo, te voy a decir una cosa —continuó con voz ronca—. Landrú puede que sea un buen pescador con la caña, pero una tarde tuve que llevarlo a Helena con un anzuelo de tres puntas clavado en la frente. Una de las puntas le llegaba casi hasta el cerebro. Uno de esos peces sol tan grandes se había tragado un gusano que Landrú había colocado encima de un nenúfar, y Landrú se puso muy nervioso y tiró con demasiada fuerza y el anzuelo se le clavó en la frente como si fuera un clavo. Y el muy hijoputa no me dejaba que lo tocara. Yo le dije: «Landrú, traeré unas pinzas y te lo sacare». Y él respondió: «No, señor, lléveme a urgencias». Mr. Lamb lo miró, cuestionando seriamente el concepto que tenía Landrieu de la

palabra «urgencias». El viejo dio la vuelta y miró el montículo de los castores junto al cual se deslizaba el bote.

Y en cuanto la embarcación pasó al lado del montón de barro y ramas, Mr. Lamb se llevó el índice a los labios y agitó la otra mano para indicarle que no remara más y dejara que el bote avanzase por sí solo hacia los envases de plástico.

Él se volvió y miró la choza de los castores, preguntándose si habría castores dentro o si, después de oír los gritos y voces, habrían escapado precipitadamente. Luego contempló atentamente la orilla sumergida, pensando que de un momento a otro vería un enorme castor que escapaba corriendo hacia los bosques más densos, pero sólo vio un gorrión, muy agitado y ruidoso entre los arbustos secos, que aleteaba desesperado como si se hubiera metido por accidente en aquellos matorrales y ahora se esforzara frenéticamente por salir.

Mr. Lamb miró apenado al gorrión y se dio vuelta en el asiento sujetando la caja negra entre las piernas, mientras cogía con una mano los dos cables y concentraba toda su atención en dar vueltas a la manivela. El bote empezó a derivar acercándose de costado, más que de frente, a los envases de plástico. Todas las tortugas subidas al tronco seco estiraron el cuello para enterarse de lo que estaba pasando, aunque en apariencia ninguna de ellas creía que fuera lo bastante importante como para moverse de donde estaban. Por fin, una se inquietó y se movió vacilante hasta el extremo opuesto del tronco, pero Mr. Lamb no le dio importancia y ninguna de las tortugas pareció que quisiera buscar refugio en el fondo del lago. Mientras el sol le daba en la coronilla, él seguía en la popa del bote, todo lo inmóvil que podía, con el remo descansando en sus muslos.

Por fin, Mr. Lamb dio varias enérgicas vueltas a la manivela de la caja, luego separó los dos cables y los cogió, uno con cada mano por la parte cubierta de goma, con la que estaban envueltos hasta unos veinte centímetros antes del extremo.

Cuando el bote se aproximó al primero de los recipientes de plástico que formaban el círculo, y pasó a su interior, Mr. Lamb se volvió, lanzó una mirada inflamada y, con una voz teatral que hizo que una de las inquietas tortugas se dejara ir al fondo, dijo:

—Voy a hacer una llamada local.

Los párpados del viejo se entrecerraron como si no pudieran soportar su peso, y al momento metió los dos extremos de los cables en el agua, del modo en que un viejo picador da un puyazo a un toro inmóvil.

El efecto fue totalmente nulo.

Los dos miraron el agua, a la espera de algo imprevisible, pero no pasó nada. Él suponía que la corriente que circulaba entre los dos polos eléctricos haría cortocircuito en el bote y recibirían una buena descarga. Pero no notó nada, aunque experimentó cierta inquietud cuando se fijó en los ojos del viejo, por lo que apretó el culo contra el asiento por si la caja tenía una carga eléctrica más intensa de la que él creía.

Sin embargo, era evidente que Mr. Lamb notaba algo extraordinario. Miraba el agua, con los dos cables en la mano, agitando con ellos su superficie como si esperara que ésta se fuese a llenar de inmediato de peces aturcidos. Pero nada de eso ocurrió. La tortuga surgió lentamente del fondo y volvió a subirse con esfuerzo al tronco; cuando por fin encontró un sitio que le venía bien, se puso a esperar a que pasase algo.

El viejo se volvió y lo miró con expresión ceñuda, como si él fuera el único responsable de aquel sabotaje, luego volvió a meter el extremo de los cables en el agua a la espera, supuestamente, de que atrajeran hacia la superficie a los peces de la zona, para así arponearlos.

—Mierda —soltó el viejo, volviendo a emplear el mismo tono teatral y mirando las puntas de los cables—. Hoy no es un buen día para pescar. —Le lanzó otra mirada agresiva y se puso a darle más vueltas a la manivela de la caja, mientras su mano izquierda sujetaba los dos cables.

Esta vez Mr. Lamb hizo girar la manivela durante mucho más tiempo. El bote se escoró hasta chocar suavemente contra el envase clavado al palo, y después quedó inmóvil. Él mantenía el remo encima de los muslos y se pasó la mano por la coronilla, mientras observaba que el viejo cada vez se ponía más rojo por detrás de las orejas según daba vueltas a la manivela. Mr. Lamb se volvió y lo atravesó con otra mirada de enfado sin abandonar lo que estaba haciendo, y él reconoció en aquella cara una expresión de desesperación absoluta, acompañada de un rictus de fiera. La expresión de Mr. Lamb era la de un hombre que está inflando a mano un neumático mientras contempla con aire enigmático la cara de alguien que sostiene un pincho para picar hielo. Se trataba, pensó él, de una mirada que expresaba una traición secreta.

El bote, que ya oscilaba debido a los violentos giros que daba el viejo, empezó a moverse de lado a lado. Los envases de plástico subían y bajaban por efecto del oleaje y dejaban a la vista las cuerdas con las que estaban sujetos a los pesos del fondo. Eso lo obligó a aferrarse firmemente a la borda, mientras buscaba con la vista un tronco al que saltar cuando el bote finalmente volcara. Las olas llegaban hasta los árboles de la orilla y alzaban el tronco seco donde las tortugas seguían en silencio, sin dejar de mirar en dirección al bote. Consideró que tenía que hacer algo para salvarlas.

De pronto, Mr. Lamb dejó de dar vueltas a la manivela. Tenía las orejas muy rojas y el sudor empapaba el cuello de su camisa de franela. Se volvió y lo miró desafiante, luego cogió los cables con la otra mano, como si alguien se los quisiera quitar y, quizá por un error, mantuvo cogidos los extremos al aire, recibiendo en su cuerpo toda la electricidad telefónica acumulada en la caja negra.

—Up —dijo el viejo con evidente sorpresa, y soltó los cables, que cayeron al agua, golpeó con la columna vertebral el fondo del bote y allí quedó, patas arriba, con los ojos muy abiertos, como si quisiera imitar a Landrieu pero no lo consiguiese. No llegó a golpearse en la cabeza. Su columna vertebral amortiguó el golpe, de modo

que la cabeza sólo tocó ligeramente el fondo del bote, como lo hace la de un acróbata que roza la colchoneta al comienzo de uno de sus saltos mortales. Sus delgados tobillos se mantuvieron al otro lado del asiento delantero, a uno y otro lado de la caja negra, y sus brazos salieron despedidos a ambos costados antes de caer encima de las bordas. Él miró al viejo durante un momento, con el remo todavía encima de los muslos, esperando a que se levantara y empezase a soltar maldiciones. Pero el viejo no se movió.

Avanzó de rodillas, soltando el remo, mientras la embarcación se movía aún con más violencia. Tocó las mejillas del viejo; estaban calientes. Pero aunque seguía con los ojos abiertos y sin pestañear, su pecho permanecía inerte. Observó atentamente la cara del viejo, que estaba entre sus muslos, y le gritó algo en voz tan alta que una pequeña bola de saliva se deslizó desde la mejilla de Mr. Lamb hacia su oreja.

—¡Mr. Lamb! —gritó, y su voz alcanzó los árboles de la orilla, donde desapareció—. ¡Mr. Lamb! —volvió a gritar, como si el viejo estuviera en el otro extremo del lago y no lo pudiera oír.

Los ojos turbios del viejo se nublaron, y su cara pareció enflaquecer y adquirir el color del cielo. Volvió a sentarse y miró aquel rostro que tenía entre los muslos, hasta que la evidencia de la muerte del viejo hizo que sintiese frío por dentro y provocó en él el deseo urgente de actuar de modo racional, aunque sin malgastar energía, demostrando de ese modo una incontestable eficiencia a cualquiera que se encontrase a cien kilómetros a la redonda. Apretó nuevamente las manos contra las mejillas del viejo y encontró que estaban calientes, pero menos que antes. En su mente se insinuó la idea de que tal vez en la fracción de segundo entre el momento en que el viejo había hecho funcionar el circuito telefónico y el momento en que sus ojos se habían quedado fijos en el cielo, y su cara había empezado a ponerse blanca como el azúcar y luego gris, él podría haber hecho algo, podría haber pegado su boca a la de Mr. Lamb y soplar con toda la fuerza de la que era capaz para llenar de aire sus cavernosos y viejos pulmones, y conseguir así que su corazón volviese a latir gracias a la energía del aire que salía de sus propios pulmones. Pero ahora, se dijo con seguridad, ya era tarde. Un año atrás, mirando la televisión en el apartamento de Beebe, en Astor Place, vio a un futbolista morir de un ataque al corazón debajo de una *melée* en la línea de las treinta y cinco yardas; poco después los comentaristas anunciaron que el jugador ya estaba muerto antes de salir al terreno de juego, puede que incluso hubiera muerto en el vestuario, horas antes. Si aquello efectivamente había sido así, suponía él mientras el bote seguía balanceándose de modo que la cabeza del viejo se movía de un costado a otro entre sus muslos, Mr. Lamb también estaba muerto incluso antes de subir al bote, pues no había nada capaz de producir aquellos efectos devastadores en tan poco tiempo a menos que el proceso de su muerte se hubiera iniciado con anterioridad. Y a falta de cualquier presagio de origen divino, a él no le quedaba más remedio que encarar aquella muerte.

La espalda se le puso rígida y notó la tensión de sus rodillas contra las cuadernas

del bote. Se echó atrás y se frotó las arrugas de la frente durante bastante tiempo, concentrándose en su propia respiración. El viejo parecía delgado como el papel, las sienes se le habían hundido de modo considerable, y resultaba completamente absurdo allí, tumbado en el suelo, con aquellos patos volando en el cuello de su camisa y los tirantes amarillos subidos muy por encima de los hombros, como si hubiesen pertenecido a un hombre mucho más alto. Se inclinó entre sus piernas y le cerró los ojos, sorprendiéndose de lo sencillo y vulgar que resultaba hacerlo, pues los párpados del muerto se cerraron casi por sí solos y siguieron así sin el menor esfuerzo por su parte, como si no existiera diferencia entre que estuviesen abiertos o cerrados. Aunque el viejo parecía inequívocamente muerto, el deseo de hacer algo lo volvió a dominar. Tendió la mano hacia el palo al que Landrieu había clavado el recipiente de plástico, quitó el recipiente, y empujó el bote hasta donde flotaba el remo. Una vez cogido éste, dirigió el bote hasta un banco de tierra blanda, se bajó y varó parcialmente la embarcación, se quitó la camisa y tapó con ella la cara del viejo. Miró atentamente hacia el extremo del lago, de donde llegaban ruidos, pero no vio nada. Las tortugas habían desaparecido del tronco seco y el lago estaba desierto y soñoliento. El sol brillaba a cuarenta y cinco centímetros de las copas de los árboles y detrás de una alargada península de nubes aborregadas. Un olor a lluvia se mezclaba con la pestilencia que despedía el agua, notó la brisa sobre su piel, resbalando por su vientre y provocando que la carne se le hundiera en el hueco de debajo de las costillas. Se frotó el pecho y se volvió hacia el sol tratando de calentarse, pero no lo consiguió.

Quitó los brazos del viejo de las bordas y se los puso a los costados. Levantó las delgadas pantorrillas de Mr. Lamb del asiento de proa, le dobló las piernas de modo que las rodillas quedaron sobre las cuadernas y apoyó sus pies sobre la caja negra. Cogió el bote por la proa y lo empujó lago adentro, dejando que flotara entre los hierbajos, con él mismo agachado en la proa, y lo dirigió hacia el centro, hasta que ya no pudo tocar fondo con el remo, y hasta que el bote, con el viejo dentro, se alzó como una góndola que navegara por aguas fétidas y tranquilas, mientras él, con el torso desnudo, hacía las veces de gondolero corpulento y eficiente.

7

En 1953, su padre lo llevó al centro de Jackson, Mississippi, y lo dejó en el vestíbulo del Hotel King Edward mientras él subía a la entreplanta a hablar con un hombre de Alabama que quería comprar almidón. Su madre estaba en casa, en cama y enferma, por lo que no lo podía atender, así que él se sentó en el vestíbulo y observó a los hombres que se apoyaban en las gruesas columnas fumando puros y estrechándose la mano durante minutos enteros. Al cabo de un rato entró en el vestíbulo un enano con botas de vaquero y sombrero tejano, y atrajo la atención de todos mientras firmaba en el registro y le daba una propina al botones incluso antes de que éste hubiera tocado su equipaje. Cuando estaba listo para subir a su habitación, el enano se dio la vuelta y examinó atentamente el gran vestíbulo con sus columnas y sus bóvedas y sus salones, como si estuviera buscando a alguien. Y cuando lo vio a él sentado en el sillón, cruzó el vestíbulo con su paso vacilante de enano que lo hacía parecer como si llevara pañales, se acercó y le dijo que se llamaba Tex Arkana, y que trabajaba en el cine y que había sido el enano de Sansón y Dalila, y que era de los filisteos a los que Sansón mató con la quijada de burro. Él dijo que había visto la película y que se acordaba bastante bien del enano. El enano dijo que en las maletas

tenía fotos de todas sus películas y un álbum lleno de recortes de prensa que le gustaría enseñarle si a él le apetecía verlo. Cuando él dijo que le apetecía ver el álbum de recortes y las fotos, el enano se levantó y los dos se dirigieron al ascensor con el botones y subieron a la habitación del enano, que daba a la calle. Cuando se fue el botones, el enano se quitó la camisa y se sentó en el suelo en calzoncillos y abrió una maleta y rebuscó entre la ropa mientras él permanecía sentado en una silla y lo miraba. Al poco rato, el enano encontró el grueso álbum de cartoné y se subió a la cama y le enseñó fotos suyas en Sansón y Dalila y en Never Too Soon y en una película con John Gardfield y Fred Astaire. Había fotos del enano montando elefantes y subido a lomos de tigres y de pie junto a hombres muy altos debajo de una lona y en los regazos de diversas mujeres que siempre se estaban riendo. Cuando vieron todas las fotos y todos los recortes, el enano dijo que tenía sueño porque había venido en avión desde la Costa Oeste y que debía irse para dejarlo dormir. Estrechó la mano del enano y éste le dio una foto firmada en la que se lo veía subido a un elegante carruaje con un látigo muy largo con el que dirigía a un tiro de hombres de tamaño normal. Y él se marchó.

Cuando volvió al vestíbulo su padre lo estaba esperando, fumando un puro, y él le enseñó la foto del enano en la carroza, y su padre se enfadó y rompió la foto, y se dirigió al despacho con paredes de cristal de detrás de la recepción y mantuvo una larga conversación con el director, mientras él esperaba fuera. Al rato salió su padre y los dos volvieron a casa, donde su madre estaba enferma. Y avanzada la noche, oyó que su padre y su madre hablaban de la foto y del enano con las botas de vaquero, y oyó que su padre decía que el director se había negado a echar al enano del hotel, y poco después oyó que su madre lloraba.

Séptima parte

Robard Hewes

Estaba entre la casa y el almacén de algodón contemplando escépticamente cómo el cielo se iba poblando de largas nubes, purpúreas y achatadas. El aire era más frío y húmedo, y parecía cargado de electricidad. Aunque no se oían truenos, sí podía sentirse una agitación en la atmósfera, y él presintió que no llegaría a la otra orilla antes de que la tempestad estallase. En la isla reinaba el silencio, y durante un rato se paseó entre la cabaña y los escalones de la casa a la espera del viejo y de Newel, mientras observaba el cielo.

Tenía que llevarla a un motel cualquiera, pues en ningún caso tendría tiempo para ir con ella a Memphis. Se meterían en la habitación, pensaba él, con las luces apagadas, y ella haría el número habitual y no tendrían necesidad de irse de la ciudad.

Pero eso no era todo. Se sentó en el escalón inferior y miró el pálido sol al que la tormenta tragaba poco a poco. El color del cielo variaba por momentos, haciéndose más amarillado cada vez que alzaba la vista. El viento había amainado, y se imaginó que no llovería hasta que volviese a soplar con fuerza.

El problema era doble. Por un lado, cada minuto de más dedicado a su pequeño ritual con Beuna podría bastar para romper definitivamente con Jackie, de modo que a su regreso se encontraría con una casa vacía de la que ella se habría marchado sin dejar dirección. Pura y simplemente, eso sería un desastre, si bien ya antes de tentar su suerte, él había considerado la posibilidad de que algo así sucediera, o al menos eso creía, y no podría quejarse si se lo encontraba encima.

Por otro lado, no se sentía bien con Newel, quien afirmaba comprender todo lo que veía, y aunque la posibilidad de que eso fuese así era una en un millón, probablemente comprendía ciertas cosas. Y eso le inquietaba.

Mrs. Lamb apareció en lo alto de los escalones y consultó el termómetro-barómetro clavado a un poste del porche. Luego se echó las gafas hacia adelante con la mano y miró por encima de ellas el cielo para corroborar, supuso él, lo que indicaban los instrumentos. Él alzó la vista y vio que la mujer tenía el pelo aplastado y la mirada inquieta. Se levantó para volver al depósito de algodón.

—Es un día sofocante —dijo Mrs. Lamb, como si acabara de ver el ojo del huracán y no pudiera hacer nada al respecto.

—Sí, señora.

—A él le gustan estos días sofocantes —dijo ella, con tranquilidad—. Se quedará por ahí hasta la noche, siempre que no llueva, o que el otro hombre haga volcar el bote.

Él miró su jeep como si acabara de aparecer allí mismo, y luego dirigió la vista hacia el camino por el que habían desaparecido los dos hombres.

—Esperemos que no pase eso —dijo.

—¿Se marcha?

—Así es, señora.

—¿Adónde se dirige?

—A California —dijo él—. Mi mujer está allí.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó ella, para pasar el tiempo.

—Tendré que encontrar trabajo —respondió él—. En la construcción. Algo de ese tipo.

—¿Piensa traerla aquí?

—No, señora —dijo él, mirando la puntera de su zapato.

Mrs. Lamb estiró el cuello como si quisiera localizar un olor que la distraía de la conversación.

—Bien, parece que no para usted demasiado en ningún sitio.

—Así es, señora —dijo él.

Mrs. Lamb lo miró majestuosa durante un momento y luego se metió en la casa.

En el momento mismo en que ella desaparecía por la puerta se le ocurrió que podía haberle dicho que le pagara para poder irse de la isla mientras hubiera luz y no lloviera, y llegar antes de que anocheciese a Helena, donde se sentiría mejor. Pero la mujer ya había cerrado la puerta y él no tenía ninguna oportunidad de retomar la conversación y hablarle de su paga, y eso que sabía que era ella quien se ocupaba de los gastos, y que después de que regresara el viejo tendría que volver a la carga para obligarla a que sacase el dinero de donde lo tuviera escondido.

Se dirigió al depósito de algodón. Landrieu había entrado cojeando en la casa y no volvió a salir. La perra estaba enroscada debajo del jeep, pero no tardó mucho en trasladarse a dormir a su refugio, debajo de los escalones. A él no le quedaba más que esperar. Sacó la postal y la volvió a examinar. Encontraba divertido al hombre color sepia que reía. Si tuviera un lápiz, pensó, escribiría: «Vuelvo a casa. Robard», y la echaría en el primer buzón que encontrase. Con eso tal vez conseguiría que Jackie se quedara hasta su regreso.

El viento empezó a soplar desde el lago. La bandera de la pista de aterrizaje flameó señalando hacia el este. Las nubes eran más oscuras y se arremolinaban desplazándose en el aire en diferentes direcciones entre los árboles y encima de la casa. Elinor se despertó, olfateó, y se volvió a instalar detrás de uno de los pilares.

De repente, en el bosque, empezó a oír el motor del Willys. Se dirigió hasta la parte trasera del depósito de algodón para verlos venir, mientras el viento inflaba su camisa de seda y le enfriaba la espalda.

Lo primero que distinguió fueron los hombros desnudos de Newel, quien se inclinaba sobre el volante como si hiciera fuerza con los brazos para empujar al jeep hacia la casa. Cuando estuvieron más cerca vio que el rostro de Newel tenía una expresión extraña, de desesperación, que no le había visto antes, como si hubiera decidido abandonar al viejo por insoportable, y viniera solo. Por fin distinguió los pies del viejo, con sus calcetines de nylon enrollados en los tobillos, que sobresalían por una puerta. Pero la cosa no parecía que fuese muy urgente. Newel dirigió el jeep hasta donde estaba él, le lanzó una mirada furibunda, y se echó hacia atrás en el asiento.

Se estiró y vio la camisa azul de Newel echada sobre la cara del viejo. El cuerpo de Mr. Lamb parecía esquelético, las muñecas y los tobillos se le pusieron azules mientras lo llevaba hasta la casa. Sintió la necesidad de echar una ojeada, pero en vez de eso miró hacia la ventana y vio que el cristal tenía el color del agua del pantano, por lo que no pudo estar seguro de que Mrs. Lamb no estuviera observando, y hubiese visto al viejo antes de estar preparada.

El viento que arreciaba por debajo del jeep barría el terreno. A Newel se le puso la carne de gallina.

—¿Qué demonios le ha pasado? —preguntó él.

—El muy cabrón se electrocutó —contestó Newel, y se frotó las manos debajo del volante—. Estaba manipulando su jodida caja y, cuando me di cuenta, había cogido los dos cables y quedó seco. Sólo dijo «up».

—¿Que dijo qué?

—Up. —Newel sonrió, patéticamente.

Él miró desolado en dirección a la ventana.

—Voy por el negro. Llévalo detrás de la cabaña.

Corrió, con el viento empujándolo, hasta la casa de Landrieu y entró sin más. Éste estaba sentado en el borde de la cama delante de un enorme aparato de televisión, y le lanzó una mirada de una crueldad extrema, como si quedara más allá de su comprensión el que alguien se hubiera atrevido a irrumpir así en el único sitio donde se sentía seguro.

—¿Qué quiere? —preguntó Landrieu, agarrándose a la cama como si quisiera tirársela. Sobre la cabecera había una gran fotografía de Landrieu, mucho más joven, con uniforme de béisbol y sonriendo.

—Ha muerto —dijo él, en voz alta, protegiéndose del viento y respirando por primera vez el aire caliente y con olor a tocino frito del cuarto de Landrieu. El televisor estaba muy alto.

—¿Quién? —preguntó Landrieu, enderezando la espalda y mirando más allá de él, hacia la puerta.

—Mr. Lamb —dijo él, por encima del sonido del televisor, respirando aquel aire malsano—. Tienes que preparar a la vieja antes de que se entere. —El viento le arrancó la puerta de la mano, y la estrelló contra la pared.

Landrieu se puso muy serio. Se le cerró el ojo izquierdo y se le crisparon las mejillas.

—¿Dónde está? —preguntó, poniéndose de pie.

—En el jodido jeep. —Se hizo a un lado para que Landrieu pudiera ver el jeep que Newel acababa de aparcar detrás de la cabaña. Landrieu dio un paso con mucho cuidado hacia la puerta, miró pero no vio nada, se metió la camisa dentro del mono, se sorbió la nariz y salió de la casa. Se dirigió a la parte de atrás del jeep, se inclinó, y quitó la camisa de la cara de Mr. Lamb, como si esperara que el viejo se pusiese a soltar insultos y él estuviera dispuesto a participar de la estupidez. Pero en cuanto vio el rostro del viejo, retrocedió y se puso gris. El viento arreció entonces. Landrieu dio otro paso atrás y a punto estuvo de caer de espaldas, mientras su pelo se agitaba en uno de los lados de su cabeza, igual que un pedazo de esponja.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Landrieu, sonriendo de un modo extraño, como si aún no estuviera seguro de que no se trataba de una broma. Llegaba el sonido de su enorme televisor.

—Aceptó una llamada a cobro revertido —dijo Newel, con ira, y arrancó su camisa de la mano de Landrieu, volviendo a tapar con ella la cara del viejo—. Entra y díselo a Mrs. Lamb. Lo meteremos en, cuanto lo hagas.

Landrieu miró a uno, luego al otro, y luego al viejo y a la caja negra que Newel había puesto en el asiento de atrás con el muerto, y trató de imaginar cómo asignarían los papeles.

—¿Quién se lo va a decir? —soltó al fin, titubeante.

—Tú —dijo él, deseando que Landrieu no se negara—. *Nosotros* no se lo podemos decir.

Landrieu lo traspasó con la mirada, se subió el mono y empezó a andar hacia la casa sin decir nada más, cojeando de la pierna derecha. A mitad de la escalera se detuvo, los volvió a mirar y luego desapareció.

Newel se apoyó en el jeep, cruzó los brazos sobre su torso desnudo, con los músculos rígidos a causa del viento, y se frotó los ojos.

Al otro lado de la pista de aterrizaje caía una lluvia que parecía humo saliendo del bosque. Detrás, la luz verdosa del sol se hundía en la curva del horizonte. El aire tenía un olor fuerte. Él se preguntó cuánto tardaría la lluvia en cruzar el campo y llegar hasta ellos.

Miró a Newel, luego reflexionó unos instantes.

—¿Qué fue lo que dijiste de mis ojos? Algo sobre la ignorancia, recuerdo.

—Lo he olvidado —respondió Newel, apartando la vista.

—Seguro que no —dijo él. Se mordió un trocito de labio.

—¿Es que te preocupa? —preguntó Newel, sonriendo.

—¡Muérete! —le espetó él, y entró en el depósito de algodón, dejando que el viento abriera y cerrara la puerta. Se sentó en el borde de la cama, contempló a Newel por la puerta abierta y deseó no haberlo conocido.

Newel llegó al umbral y se apoyó en el marco de la puerta.

—Dije que estabas afligido por algo. —El viento había empezado a colarse entre las rendijas y las planchas de hojalata comenzaron a vibrar como si la cabaña fuese a explotar de un momento a otro—. Puede que afligido no sea la palabra exacta —dijo Newel, frotándose la nuca en el marco de la puerta—. Más bien se diría que tienes el corazón destrozado.

—No tengo el corazón destrozado —dijo él, mirándose las puntas de las botas, deseando que Newel desapareciera.

—No lo sé —replicó Newel—. De eso, sabes más tú que yo. —Se alejó de la puerta.

—Claro que sí, mierda —dijo él, en voz muy alta, tratando de adivinar qué era lo que le destrozaba el corazón.

Landrieu volvió a bajar los escalones cojeando, con los ojos hinchados, se acercó a ellos sin aliento, se subió el mono y dirigió hacia la casa una mirada nerviosa.

—Ahí viene —anunció, y de inmediato se puso al otro lado del jeep, de modo que podía ver la puerta de la casa y el cuerpo del viejo al mismo tiempo.

Mrs. Lamb descendió los escalones envuelta en un chal negro, mientras el viento le echaba el pelo hacia atrás y la boca se le fruncía en una mueca de indignación. Cruzó rápidamente el terreno sin mirar a nadie, se dirigió a uno de los costados del jeep y bajó la cabeza. Miró a Mr. Lamb de hito en hito, examinándolo detenidamente para asegurarse, quizá, de que estaba entero. Cuando quiso verle la cara, hizo un gesto a Landrieu, éste levantó la camisa y la anciana dama miró a su marido con mayor atención, sin decirle nada a nadie. Su color pareció perder poco a poco su tono aceitunado y sus facciones se endurecieron, como si en su interior los cambios se estuviesen acomodando sin que ella misma lo supiera, corrigiendo ya su punto de vista acerca del resto del mundo.

Dio un paso atrás y se envolvió en el chal, adquiriendo un aspecto oscuro e inmenso, de modo que él no era capaz de asegurar si, en diferentes circunstancias, la podría haber identificado como una mujer. Los miró como si durante un momento no pudiera decir quién era quién, y por fin fijó sus ojos en Newel, quien seguía de pie y medio desnudo en el viento.

—¿Qué le ha pasado a Mark? —preguntó, con un temblor en la voz que él atribuyó más a la cólera que a otra cosa. El viento, que la despeinaba cada vez más, arrastraba ramas y desperdicios por el terreno.

—Me parece —dijo Newel, apoyando el peso de su cuerpo primero en un pie y luego en el otro— que se electrocutó. —Señaló con la cabeza hacia la caja negra.

Mrs. Lamb miró la caja con indignación, luego volvió nuevamente la vista hacia Newel.

—¿Estaba usted delante?

—Sí, señora. En el bote, y, bueno, Mr. Lamb tenía la caja delante y cogió accidentalmente los dos cables pelados y cayó hacia atrás. Murió en el acto. —Newel bajó la cabeza.

Mrs. Lamb contrajo la boca y se quedó un rato pensativa.

—Entonces, ¿no dijo nada?

—No, señora —dijo Newel—. No tuvo tiempo. —Chasqueó los dedos suavemente.

Los eucaliptos cerca de los cuales el viejo había estado cazando aquella mañana, se inclinaban hacia la casa formando lo que parecía una urdimbre. Ramas arrancadas por la fuerza del viento cruzaron el terreno. Percibió el olor de la lluvia y hasta sus oídos llegó el estrépito de un trueno semejante a edificios que se derrumban.

—¿No dijo nada en absoluto?

—No, señora —repitió Newel, frotándose los brazos.

Landrieu, con mucha discreción, volvió a cubrir el rostro de Mr. Lamb con la camisa, la sujetó por debajo de la cabeza del muerto y se retiró.

—T. V. A. —dijo Mrs. Lamb, mirándolo antes de que el negro volviera a ocupar la posición previa—. Mete dentro a Mr. Lamb, vete a Helena a buscar a Rupert Knox, y dile que Mr. Lamb ha muerto de repente; luego vuelve a verme.

Se dio la vuelta, los miró a ambos, y luego al depósito de algodón que chirriaba y se arqueaba bajo las ráfagas de viento.

—Y ustedes se pueden ir —dijo con tono autoritario, y se alejó, mientras se sujetaba el chal e inclinaba su cuerpo ante la fuerza del viento.

Landrieu miró con ceño los fríos restos de Mr. Lamb, luego calculó la distancia que lo separaba de los primeros matorrales de catalpa que tendría que cruzar para llegar al lago, y pensó en lo que tenía que hacer.

Landrieu observó a Mrs. Lamb, que entraba en la casa, luego concentró su atención en él y Newel.

—¿Cómo me las voy a arreglar para meterlo en casa, y después cruzar el lago con todo esto que está cayendo? —Sus desesperados ojos miraron el cielo tempestuoso, para volver a clavarse en los dos hombres, esperando una respuesta.

—Vamos —dijo él. Cogió a Mr. Lamb por lo pies y esperó a que Landrieu lo cogiera por los hombros. Newel pasó los brazos por debajo de la espalda del viejo, y, luego de alzarlo, los tres cruzaron casi corriendo el terreno. Cuando llegaron a la escalera, las primeras gotas caían sobre la hierba y rebotaban en el tejado del depósito de algodón.

Llevaron al viejo hasta una habitación oscura y caliente situada en el fondo de la casa. Mrs. Lamb había decidido velar al muerto sentada en una butaca junto a la cama, después de extender su chal sobre ésta para que depositaran al viejo encima.

Una vez que lo hubieron instalado, todos se quedaron quietos un instante, contemplando a Mr. Lamb como si los sorprendiera verlo en ese estado y quisiesen

que las cosas dieran marcha atrás y se levantase. A él le pareció que los tres ocupaban todo el espacio disponible del cuarto, mientras respiraban y hacían rechinar el suelo de madera. Y deseó no estar allí.

—Landrieu —dijo Mrs. Lamb, con los ojos cerrados.

Landrieu abrió la boca como si estuviera escandalizado de encontrarse tan cerca como se encontraba.

—Diga, señora —respondió, al tiempo que les lanzaba una mirada de odio a él y a Newel, y otra muy breve al viejo.

—Vete a ver a Rupert Knox de inmediato.

—Sí, señora —gruñó Landrieu. Dio un largo paso hacia atrás y se marchó. Newel salió detrás de él.

—Mr. Hewes —dijo la mujer, con la misma paciencia, el rostro a oscuras.

—¿Señora?

—Su dinero está encima de la mesa del comedor. Mark le estaría agradecido por su lealtad. Deje la pistola en el depósito de algodón.

—Como usted diga —susurró él, y distinguió vagamente la cara de Mrs. Lamb en la oscuridad—. Lo siento mucho por él, señora —añadió, mientras oía que Landrieu y Newel bajaban los escalones haciendo mucho ruido.

—La noche pasada durmió sin darse la vuelta —dijo ella, aturdida.

—Sí, señora.

—Cuando llegaba la primavera, Mark siempre dormía con la cabeza en los pies de la cama. Creía que así equilibraba las presiones del cuerpo. Cuando desperté esta mañana, vi que su cabeza estaba junto a la mía, y le dije: «Mark, ¿por qué duermes en el mismo sentido que yo?». Y él dijo: «Porque al acostarme creía que me iba a morir, y no quería estar al revés como un idiota. Tenía la sensación de que se me iba a parar el corazón». Y es lo que ocurrió. Todo el día estuve preparándome para esto.

—Sí, señora —dijo él, paseando la vista por las sombras del cuarto, incapaz de distinguir el papel pintado de la pared—. Lo siento por él.

—No tanto como yo, Mr. Hewes —dijo ella.

En ese instante se dio cuenta de que se debía ir. Entró en el comedor, cogió el sobre con el dinero, que tenía su nombre escrito con mucho cuidado a lápiz, y abandonó la casa, pensando en las situaciones en las que uno llega a encontrarse, y como te dejan hecho un trapo, caminando bajo la lluvia sin ningún sentido.

Landrieu se acercó cojeando al depósito de algodón. Llevaba puesto su impermeable amarillo, y bajo la capucha su rostro parecía frío como la noche. Asomó la cara por la puerta y anunció que estaba listo para irse.

Él cogió su revólver de debajo de la silla, lo dejó en mitad de la cama, se puso el impermeable, y se detuvo en la puerta mientras Newel se echaba por encima de los hombros una vieja lona. Luego, los tres subieron al jeep. Conducía Landrieu, y Newel iba encogido en el asiento de al lado, ceñudo.

Cuando llegaron al desembarcadero, Landrieu miró el lago con expresión amenazadora. El agua estaba agitada y el campamento resultaba invisible, y entre la lluvia sólo pudo distinguir detalles aislados de los sauces de la otra orilla.

Landrieu soltó la amarra del Traveler, y él y Newel lo empujaron dentro del agua. Landrieu sacó el pequeño motor All State de debajo de un matorral, donde estaba metido en una gran bolsa de plástico, y lo sujetó a la popa. Luego se puso a cebar la bomba de arranque, mientras contemplaba el lago como si estuviera viendo su propia existencia destrozada.

—Empujen —gritó amenazadoramente Landrieu, ubicándose en la proa. Y ellos empujaron hasta que el bote se deslizó por encima del barro y entró en el agua y flotó. Newel se instaló, tapado con la lona, en mitad de la embarcación, mientras la lluvia resbalaba por su cara y le mojaba los pantalones. Los dos estaban frente a Landrieu, quien seguía mirándolos con malignidad, como si su simple presencia le impidiera controlar perfectamente el bote. Cuando la proa salió de los árboles, varió el rumbo con tal brusquedad para poner a la embarcación frente al viento, que Newel cayó de espaldas al fondo.

—¿Qué va a ser de la señora? —preguntó Newel, cuando volvió a instalarse en el banco. El agua chocaba con fuerza contra los costados del bote.

—¡Yo prefiero abandonarla a dejarme atrapar por ella! —gritó él, y Newel hizo una mueca amarga y desapareció dentro de la lona.

Cuando llegaron a donde el embarcadero era visible, en el bote había unos cinco centímetros de agua y la profundidad era tan escasa que el motor tocó fondo, haciendo un ruido que sobresaltó a Landrieu y casi lo hizo caer del asiento. Miró desconcertado durante un momento, y luego hizo seña a Newel de que bajara a empujar. Newel no se movió, negó con la cabeza, y señaló el embarcadero. Landrieu parecía enfadado, dio media vuelta, aceleró el motor, y se acercó al embarcadero por la parte opuesta, dirigiendo hábilmente la embarcación contra las olas. Por fin, chocaron contra los neumáticos del embarcadero y paró el motor.

Él saltó del bote, lo amarró, y con Landrieu cojeando delante se dirigió hacia la casa de Gaspereau, donde brillaba una luz.

Dejó que Landrieu continuara, mientras él se metía en la camioneta y encendía un cigarrillo. Newel subió a su lado, dejando la lona bajo la lluvia.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Newel, pasándose las manos por la cara y secándose las en la chaqueta de tweed.

Él soltó el humo en dirección al parabrisas y observó cómo se demoraba en el cristal.

—A un motel —respondió.

—¿Vas a ver a tu chica? —preguntó Newel, con voz burlona.

—Mira, tío. —Dejó que el cigarrillo le colgara del labio, mientras se quitaba el impermeable con dificultad y lo colocaba detrás del asiento—. ¿Por qué mierda no me dejas en paz? —Metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que la postal no se había mojado, y luego se echó hacia atrás en el asiento y apoyó las rodillas en el salpicadero.

—Me da la sensación de que estás bastante jodido —dijo Newel, abriendo mucho los ojos para ver mejor.

—¿Y tú? ¿Adónde vas?

—A Chicago.

—Yo no voy tan lejos. Te llevaré hasta la tienda.

Newel asintió con la cabeza; parecía desdichado.

—¿Vas a ser uno de esos picapleitos que ganan un montón de dinero? —Sacó la llave del contacto y la metió.

—Más o menos.

—Si yo tuviera dinero, me compraría una camioneta nueva.

—¿No vas a poner las matrículas? —preguntó Newel.

—Si tú no me lo impides...

—No es asunto mío.

—A ver si podemos llegar a la carretera sin que cambies de idea. —Hizo girar la llave y contempló las agujas de los indicadores.

—Una cosa —dijo Newel, seriamente—. ¿De verdad crees que el mejor modo de resolver un problema es olvidarte de él? —Newel lo miraba con un rostro brillante.

La lluvia resonaba contra la camioneta. El puso en marcha los limpiaparabrisas y distinguió a Gaspareau que hablaba en el porche con Landrieu, quien seguía bajo la lluvia con su impermeable amarillo. Miró a Newel.

—Si no hay otro... —dijo él.

—¿Crees que es lo que me pasa a mí?

—¿El qué?

—Pues que me encuentro en un callejón sin salida.

—Claro —dijo él, sonriendo—. Y me imagino que llevas mucho tiempo en él.

Newel se mordisqueó el interior de las mejillas y miró hacia adelante.

Él apartó lentamente la camioneta del Continental de Mr. Lamb, acercándose a donde Gaspareau escuchaba a Landrieu y se llevaba el dedo al disco de la garganta cada vez que quería decir algo. Cuando el anciano se percató de que la camioneta se acercaba a la casa, blandió el bastón y echó a andar, dejando a Landrieu bajo la lluvia.

Gaspareau se acercó y metió la cabeza por la ventanilla, mirando duramente a Newel. Llevaba el sombrero con la visera verde.

—Oye, tú —le dijo a él, con voz estrangulada, lanzándole una mirada a Landrieu antes de hablar—. Esta tarde vino un tipo y se pasó un buen rato mirando tu

camioneta. Le dije que estabas en la isla, con el viejo, y él me pidió que le indicara cómo llegar allí.

—Querrá comprarme la camioneta.

—Tal vez —dijo Gaspareau, parpadeando.

—¿Qué más dijo?

—Quería saber quién eras. Yo le dije que no lo sabía. Le dije que trabajabas en la isla y que no me pedías permiso para respirar.

—¿Y qué más? —Miró la lluvia a través del parabrisas.

—Eso fue todo. Se limitó a mirar la camioneta, hasta que me acerqué a él y le dije que ya estaba bien. Luego fuimos los dos al embarcadero, y yo le enseñé el sitio donde dejabas la barca.

—¿Sabe cómo se llamaba? —Llovía sobre el brazo de Newel.

—No me lo dijo. —La cara del viejo chorreaba. La lluvia era intensa.

Él aceleró un poco el motor.

—No me importaría vendérsela si me da por ella lo mismo que pagué yo.

—Claro —dijo Gaspareau, sonriendo ampliamente.

—Según usted, ¿qué pinta tenía?

—Un tipo normal, de brazos largos.

—Yo no conozco a tipos que no sean normales —dijo él, acelerando más el motor—. Excepto Newel.

—Por cierto, ¿qué fue lo que le pasó al viejo Lamb? —preguntó Gaspareau, sonriendo como si se tratara de algo divertido, con las orejas goteándole agua.

—Murió. Es muy divertido, ¿verdad? —dijo Newel, justo delante de la cara de Gaspareau.

Gaspareau dio un paso atrás, frunció el entrecejo e hinchó los carrillos. Un reguero de lluvia bajaba por su cuello hasta el disco plateado de su garganta, en cuyo agujero desaparecía. Newel puso la mano en la manivela de la ventanilla y lo miró, con las piernas cada vez más mojadas.

—La policía querrá hablar contigo —dijo Gaspareau, moviendo el bastón de un lado a otro.

—Estaré en Chicago, Illinois —soltó Newel, y subió a medias el cristal de la ventanilla.

—Yo estaré en cualquier sitio —dijo él, mirando al vacío—. Ya me pondré en contacto con ellos.

—¿Y qué hago con el tipo que anda buscándote? —preguntó Gaspareau, al tiempo que volvía a mirar a Landrieu, quien se había protegido debajo del alero y tenía un aspecto desconsolado.

—Dígale que siento mucho no haber podido verlo.

—El que lo sentirá será él —dijo Gaspareau. Se erguió y se miró los pies empapados, mientras dejaba caer un chorro de agua del ala de su sombrero encima de los zapatos. Sonrió como si lo hubiera hecho a propósito, y él arrancó bruscamente y

dejó al viejo sonriéndole al vacío.

La camioneta dio un tumbo al pasar por encima de la carroña del perro y subir al dique. Más allá de éste llovía con fuerza, y los campos que se extendían hasta Helena resultaban borrosos. La tienda de Mrs. Goodenough casi no se veía, y al tractor y la cosechadora el agua les llegaba hasta la mitad de la rueda. Una mancha de cielo azul agujereaba la lluvia por donde ya había pasado la tormenta. El sol estaba bajo en el horizonte, y detrás de la lluvia una brillante luz teñía de melocotón los campos. Condujo la camioneta hasta el camino por el que corría el agua.

—¿Quién era el que te andaba buscando? —quiso saber Newel.

Él mantuvo los ojos en el camino.

—No lo sé.

—¿Y no te interesa saberlo?

—No demasiado.

—Dijiste que no te diera consejos, ¿verdad? —dijo Newel.

—Puede que lo haya dicho.

—Si no la anunciaste, ¿qué andaba buscando? Debes de haber puesto algún anuncio.

—Estoy seguro de que no —dijo él. Trató de distinguir los contornos de la tienda bajo la lluvia, y sólo pudo ver su sombra encima del perfil ondulado de la tierra. Trató de quitarse de la cabeza a Newel y sus intentos de saber qué le pasaba, y concentrarse en el momento en que todo aquello hubiera terminado.

—¿No sería el marido de tu chica? —preguntó Newel.

Él seguía mirando hacia la tienda.

—Déjame en paz, ¿quieres?

Se sentía inquieto a fuerza de concentrarse en el pequeño rectángulo que emergía poco a poco de la lluvia.

—En Arkansas no son fáciles las cosas para un hombre que quiere birlarle la mujer a otro, si lo cogen *in flagrante delicto* —dijo Newel.

—Háblame en inglés.

—Mi abuelo conocía a un tipo de Little Rock llamado Jimmy Scales. Liquidó a su mujer de un tiro porque se la encontró en la cama con otro hombre. Este hombre saltó por la ventana y se puso a correr calle abajo y llegó al Walgreen's, donde llamó un taxi, y cuando el taxi llegó el tipo salió a la calle en calzoncillos y Jimmy Sales le pegó un tiro en un ojo. Cuando lo juzgaron, el jurado lo declaró culpable de homicidio en segundo grado porque había disparado durante un ataque de rabia. Ni siquiera lo acusaron del asesinato de su mujer. Antes de suspender la sesión, el juez lo regañó por ser demasiado nervioso. El tipo ahora se ocupa de los análisis de orina en el hipódromo de Hot Springs, si es que no ha matado a nadie más.

—¿Es eso lo que tú piensas hacer cuando seas un abogado famoso..., distraer a los jueces hablándoles de la práctica del derecho en Arkansas? Creo que harías mejor dedicándote a otra cosa.

Newel cruzó los brazos detrás de la nuca y se reclinó en el asiento.

—Creí que a lo mejor te interesaba.

—¿Cuándo vas a dejarme en paz, Newel? Si quiero andar por ahí haciendo el tonto, no es cosa tuya.

—En parte sí lo es, porque resulta estúpido andar con la mujer de otro hasta que su marido se ponga a perseguirte. ¿No sabes que es lo único que a toda costa se debe evitar? A menos que creas que todo el mundo se limita a chuparse el dedo, me parece que es algo que siempre termina por pasar. Y no me gustaría que te pasase a ti, Robard, porque antes de que te dieras cuenta, estarías muerto.

—No te preocupes —dijo él, viendo que por fin la tienda aparecía al borde de la carretera.

—¿Por qué no?

—No te enterarás si me pasa algo, porque estarás en el tren, y ni siquiera te acordarás de *mí*. Y estoy seguro de que tampoco yo me acordaré de ti. —Se detuvo bajo el voladizo, entre los surtidores de gasolina y el edificio. Mrs. Goodenough estaba en la puerta sonriendo como si tuviera planes muy concretos con respecto a ellos. Él le tendió la mano a Newel—. Y ahora, Newel, quiero que salves a todos los del Norte, ¿entendido?

Newel le cogió la mano y se la apretó contra el respaldo, como si tratara de impedir que se marchara.

—Vete a la mierda —dijo Newel, y le soltó la mano y dejó la protección de la marquesina, corriendo bajo la lluvia hasta meterse en la tienda, sin volverse a mirar.

Él se estiró para cerrar la puerta, respiró hondo, y vio que Mrs. Goodenough cerraba la puerta. Luego dirigió la camioneta fuera de la marquesina, dio la vuelta y, bajo la lluvia, condujo hacia Helena.

3

Al llegar a las primeras casas de la ciudad, ya llovía menos. Habían encendido el rótulo luminoso de la marquesina del *drive-in* donde había comido. Varios coches estaban aparcados debajo de ella, con los intermitentes parpadeando.

La inseguridad le ponía los nervios de punta y no apartaba la vista de la calle, como si algo se le fuera a echar encima. Si el que andaba por el campo era W. W., trató de imaginar adonde iría a buscarlo, si es que no iba a la isla, lo que seguramente haría. En ese caso, él podría olvidarse de W., pues llegaría a la isla sin poder explicar por qué demonios estaba allí, y se encontraría con un montón de gente yendo y viniendo —los de la funeraria, abogados, sheriffs, alguaciles—, y podría pasarse el día entero explicando por qué había invadido una propiedad privada el día que Mr. Lamb había elegido para morir, y encima en plena temporada del pavo. Era indudable, imaginó, que para cuando W. estuviera en condiciones de reanudar su

persecución, él habría sacado mucha ventaja.

Pero todo eso formaba parte de lo que hacía que se sintiese inseguro, pues W. W. nunca se dedicaría a hacer una cosa más tiempo del que otra persona, por ejemplo Gaspereau, tardaría en convencerlo de que se dedicara a hacer otra. Podría haberse limitado a contemplar la isla durante un rato, y decidido que no merecía la pena ir hasta allí, contentándose con examinar la camioneta y todo lo que contenía, para poder reconocerla en el momento adecuado, volver a casa y aparcar donde pudiera descargar su artillería en cuanto apareciese aquella misma camioneta.

Lo que llevaba a la cuestión crucial. ¿Cómo se había enterado W.? No era probable que los hubieran visto detrás de la oficina de correos. Menos probable aún era que alguien estuviese mirando cuando ella se subió al coche, pues la propia Beuna se lo habría contado. Y no había el menor motivo para suponer que Gaspereau hubiera sospechado algo, se hubiera puesto a investigar por su cuenta, hubiera encontrado al marido, lo hubiera hecho ir al campamento, y después se hubiera tomado la molestia de quedarse allí, bajo la lluvia, contándole aquella mentira sobre el «desconocido» al que había sorprendido junto al vehículo, pues eso lo habría puesto a él sobre aviso de inmediato, dándole la oportunidad de abandonar la ciudad. Y por muy malvado que fuera Gaspereau, el hijoputa nunca se habría tomado tantas molestias, estaba seguro de eso.

Por lo tanto, sólo quedaba Beuna. Pero tampoco era una explicación convincente, ya que quería ir con él a Memphis, a los baños aquellos del Hotel Peabody, para enseñarle su famoso truco. Y se dijo que no iba a echarlo todo a perder antes de hacer lo que quería, pues parecía el momento culminante de algo que llevaba toda la vida importándole mucho.

Condujo colina arriba camino de West Helena. La colina estaba llena de kudzus. La carretera coronaba una cima por debajo del saliente de un farallón, antes de doblar. Entonces distinguió la ciudad, que se oscurecía mientras la lluvia satinaba el crepúsculo. Unas lucecitas brillaban temblorosas en los depósitos del ferrocarril, como un collar vaporoso sobre el corazón de las cosas. En el cielo de jade, la lluvia colgaba de las nubes sombrías surcadas por relámpagos, que derivaban hacia Mississippi, mientras que en la distancia el puente recibía los últimos rayos del sol. Dobló hacia West Helena, preguntándose si alguna vez la situación llegaría a ser mejor de lo que ahora era.

La ciudad sólo consistía en un par de calles escasamente iluminadas. Cada una de ellas corría brevemente en ambas direcciones y luego se interrumpía. Había una tienda de ropa, un drugstore, un salón de juegos, el cine Razorback, donde parecía que la sesión estaba a punto de comenzar. Las demás fachadas que no estaban tapadas con tablas, parecían vacías. En una esquina vio un concesionario de John Deere, cerrado. Recordó que habían sido personas con nombres franceses las que en otro tiempo habían vivido en la ladera de la colina, un poco alejadas de la ciudad, y que algunas hileras de casas del extremo oeste habían estado ocupadas por negros

quienes, para ir a trabajar a los campos de Sappho, se subían de prestado a las camionetas que partían de Helena.

En la carretera, pasadas unas cabañas y el Kold Freeze, había dos moteles, uno de ellos para negros, donde se veían muchas luces y grandes coches con matrículas de Illinois y New Jersey delante de las construcciones prefabricadas de colores chillones. Cuatrocientos metros más adelante, cuatro edificios bajos flanqueaban la carretera detrás de un rótulo móvil de neón verde que mostraba a dos patos batiendo las alas en tres posiciones sucesivas de vuelo.

El recepcionista estaba borracho. Salió de detrás de una cortina con un vaso de plástico en la mano y se puso a buscar una tarjeta debajo del mostrador sin decir palabra. Por fin le tendió una llave, trató de componer la figura, exhalando un olor a bourbon que llenó la habitación, y volvió detrás de la cortina de donde venía el sonido de un televisor encendido y la voz de una mujer que hablaba suavemente.

Probó la llave en la primera puerta, y terminó delante de la última casita. Entre las losas del camino crecían hierbajos. El pequeño edificio era azul oscuro y resultaba casi invisible. Los murciélagos surcaban el aire tras los mosquitos. Oyó sus membranosas alas por encima del chisporroteo del rótulo y les lanzó una mirada. Cuando trabajaba para Rudolph y vivía en la choza que estaba junto a la compuerta del canal, le gustaba salir con su escopeta poco antes del anochecer; cruzaba el puente sobre el canal y, subido al dique del viejo, disparaba contra los murciélagos que se destacaban en el crepúsculo anaranjado como navajas de afeitar. A veces, esperaba a que dos de los murciélagos se cruzaran en el aire para disparar sobre ellos y ver cómo caían, girando igual que semillas de olmo, en el musgo del cenagal, donde golpeaban con fuerza antes de hundirse. Por la mañana, cuando volvía a cruzar el puente para cerrar las compuertas del dique, miraba el agua estancada y no veía más que tortugas negras tomando el sol en los troncos secos, y oía el chirrido de los saltamontes en la hierba, pero ningún murciélagos, aunque por la noche siempre acudían en mayor número que el día anterior.

Se subió a la camioneta y volvió hacia el motel para negros, donde había visto una máquina de bebidas. Sacó una cerveza y un paquete de Nabs, y se quedó delante de la máquina oyendo la música y las voces que salían de los cuartos. Aparcadas delante de cada puerta había camionetas oscuras con matrículas de otros estados y las cajas casi pegadas al suelo debido al peso de las cargas. Se acordó de las camionetas cargadas hasta los topes que veía en la carretera de Los Ángeles, llenas de niños negros y suegras de bocas fruncidas en el asiento trasero, que miraban el desierto como si éste formara parte de un largo sueño. Tres o cuatro kilómetros más adelante, podías encontrarte las mismas camionetas, medio inclinadas, el cric debajo, sujeto a un guardabarro, las esposas, las suegras y los niños de pie junto a la carretera abanicándose mientras un marido delgado trataba de cambiar el neumático, con la camisa rosa empapada de sudor, y oía la radio de los coches que pasaban. Ver aquello siempre le había divertido. El crédito les había alcanzado para comprar la camioneta,

pero no para financiar unos neumáticos nuevos. De modo que se arriesgaban. Y aquellos enormes Buicks y Lincolns siempre estaban detenidos a lo largo de la carretera debido a sus neumáticos gastados, que eran lo último en lo que un negro quería pensar cuando decidía cambiar de sitio.

Tomó la última galleta salada y se inclinó sobre el neumático de la camioneta que estaba junto a la suya. Tenía los dibujos lo bastante profundos como para meter una moneda de diez centavos en ellos. Dio un trago a su cerveza, pegó una patada sin fuerza al neumático y se alejó.

Fue marcha atrás hasta la puerta del bungalow y entró. La habitación era tan húmeda y olía tan mal como la que habían ocupado en casa del viejo. La lámpara del techo difundía una luz granular. Abrió la puerta del cuarto de baño, examinó la ducha, y abrió la ventana para que circulase el aire y desapareciera aquel olor a moho. Se lavó la cara, apagó la luz, y se quedó junto a la ventana mientras se le secaba la piel. Por la carretera no pasaban coches. El aparcamiento estaba vacío. Las alas de los patos chisporroteaban en la débil neblina de neón verde, y habían encendido un letrero rojo de NO. Se quitó la camisa, se echó en la cama y dejó que la corriente le diera en el vientre y se deslizara por sus piernas.

Podría alquilar un Pontiac, pensó. Podría conseguir una habitación grande en Manhattan Beach, bañarse y ver películas, y después volver mientras ella estaba excitada, hacer el amor con ella como si nunca se hubiera ido, conseguir que lo olvidara, decirle que en definitiva todo se reducía a una cuestión de elección. Un día uno se dice que jamás ha hecho ninguna elección y entonces hace una, puede que la equivocada, sólo para demostrar que es capaz de hacerla. Pero ella, pensó, le diría que las cosas nunca eran así, pues las mujeres se atan a los hombres como los hombres desean atarse al mundo. Sin embargo, si él conseguía convencerla, todavía podría hacerla feliz, pues la habría elegido después de haberla poseído, es decir, en un momento en que no existía ningún otro motivo para hacerlo excepto que tenía ganas. Encendió un cigarrillo, soltó el humo y observó cómo se deshacía en la corriente de aire. Oía el rótulo luminoso de los patos chisporroteando fuera. Sí, todavía existía algo misterioso en Beuna, una fuerza secreta que le atraía, que lo empujaba hacia ella, igual que un hombre que se pone a saquear un sitio que sabe que no debería hacerlo pero no puede evitarlo pues cree que va a encontrar algo muy importante. Algo le atraía, sin duda, por encima de los problemas y de la confusión, algo a lo que creía poder resistirse y a lo que se habría resistido si hubiese existido otro modo de acercarse a ella. Pero ella no permitía ni deseaba más que eso, y su deseo de placeres nunca le permitiría a él mantenerse a salvo. Pensó en W. W. y en que Beuna quería castigarlo y castigarse a sí misma, privándose de algo que ella nunca podría tener. Luego se olvidó de eso. Cerró los ojos y dejó que la brisa le recorriese el cuerpo, y oyó un coche que pasó zumbando muy deprisa para perderse carretera adelante, y

entonces se rindió.

4

A las tres de la mañana el radiador se puso a regurgitar y gruñir, y cuando se despertó ya era de día y tenía la cabeza pesada como si el calor fuera un somnífero que había tomado antes de echarse a dormir. Se puso la camisa y se dirigió al aparcamiento. Las nubes se habían dispersado como para huir del viento, y el cielo estaba aborregado y parecía contraerse sobre sí mismo para crear una fina neblina a ras del suelo. Pensó que iba a llover.

Se dirigió a recepción a preguntar la hora. El recepcionista tenía muy mala cara. Tenía el pelo tieso y un ojo cerrado, como si no pudiese enfocar con los dos pero necesitara ver lo que pasaba. Le dijo al recepcionista que iba a salir pero volvería a pasar la noche. La habitación olía a café.

—Si esta noche hubiera hecho frío, habría dado gritos pidiendo que encendiera la calefacción —dijo el hombre, con una taza de plástico en la mano y aspecto triste.

—No importa —dijo él.

—Si le gusta el clima de esta época del año, sólo tiene que esperar diez minutos —dijo el hombre, mostrando una herida que le deformaba la mitad de la boca y le obligaba a abrirla mucho para sonreír—. Hoy va a llover —le indicó como dando a entender que no lo había hecho durante semanas.

Le apeteció café.

—¿De qué parte de California es usted? —preguntó el hombre, y sorbió por la nariz. Llevaba la camisa desabrochada hasta la cintura y tenía un pequeño indio descolorido tatuado en la parte plana del torso.

—De Bishop.

—En diciembre de 1947 me alisté en la marina —dijo el recepcionista, mirando muy serio su taza—. Estuve allí... —hizo una pausa para calcular—, hasta hace cuatro años. Volví y compré esto. —Él paseó la vista por la habitación, admirándola. El hombre se inclinó todavía más sobre el mostrador y mantuvo la taza entre las dos manos—. No nado en oro, pero tampoco me muero de hambre. —Alzó las cejas significativamente—. Encontré una ganga en Oceanside. Pero a mi mujer no le gustaba San Diego, por culpa de esos jodidos mexicanos.

Trató de mirar por detrás de la cortina para ver a la mujer, que bien podía, pensó, conocer a Beuna, y ser de esas que reconocían a sus clientes con sólo verles la nuca apenas cruzaban la puerta de una habitación del motel, y corrían al teléfono en cuanto se enteraban del menor detalle interesante.

—¿Y a su esposa le gusta? —preguntó él, tratando aún de espiar detrás de la cortina.

El hombre se pasó la mano por el pelo.

—Ahora ha ido a Little Rock, a visitar a su hermana —dijo, sonriendo

maliciosamente con su boca deforme, mientras miraba al techo—. Soy un marino retirado. —La mitad izquierda de su boca aparecía roja y desagradable.

—Claro —dijo él. Sacó su postal, la dejó encima del cristal debajo del que había otras muchas, cogió el bolígrafo del motel y escribió: «Estaré de vuelta el martes».

El hombre abrió un cajón, sacó un sello y lo puso sobre el mostrador.

—Ahí encima pongo todas las de los que han estado aquí —dijo con cierto tono de orgullo—. Vienen, pasan la noche, y quince días después recibo una postal de Delray Beach diciendo lo agradable que es Two Ducks. —Terminó su café y lo miró con aire de camaradería—. Me gusta ver el lado bueno de las cosas —dijo.

—Muy bien —dijo él. Pegó el nuevo sello junto a los demás, pensando que así la postal llegaría antes que él, y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué hora es?

El hombre consultó su reloj de pulsera.

—Menos cuarto. —Sonrió y la boca se le abrió, como si fuese la entrada a un sitio muy desagradable.

Condujo colina abajo, y después por calles de grava bordeadas de casas de obreros con porches de anchos escalones y hortensias rosas que ocultaban los contadores del agua. La calle se estrechaba debido a unas mimosas, pero más allá habían talado los árboles y montado una tienda Red Ball, después de la cual se doblaba hacia Main Street.

Giró una manzana antes de Main y se dirigió hacia el sur, en dirección a una hilera de almacenes y a la Phillips County Coop, donde la calle terminaba en un descampado con maleza, luego dobló hacia Main y condujo en sentido contrario al que venía.

La calle lo puso nervioso de inmediato. Suponía que los de la ciudad conocerían las previsiones meteorológicas y habrían hecho lo que tenían que hacer y luego se habrían marchado a sus casas, dejándolo a él solo. El cielo estaba más alto, pero la ciudad parecía gris y amorfa, con sólo unos delgados hilos de luz surcando el aire. Trató de no mirar a los lados, hasta que distinguió el Continental marrón del viejo junto a una hilera de camionetas, con Landrieu desplomado en el asiento del conductor tratando de pasar desapercibido. El coche estaba aparcado delante de un viejo edificio de dos pisos de cristal y granito que tenía escrito «R. M. Knox» en algunas de sus ventanas. Al pasar, intentó ver el interior, pero sólo distinguió un alto mostrador metálico y una secretaria con una falda muy estrecha que cruzaba la habitación llevando un jarrón con flores en la mano. La perdió de vista donde el cristal se hacía opaco, y se preguntó qué tipo de disposiciones habría tomado Mrs. Lamb con respecto al viejo, y si ya lo habría sacado de la isla para llevarlo a Mississippi, a menos que las leyes prohibieran que se cruzase la frontera con un cadáver, y por eso había tenido que recurrir a R. M. Knox. Ahora le parecía que la

isla era un lugar en el que nunca había estado, pero del que lo sabía todo. Algo situado fuera de su existencia.

Dos hombres que estaban delante del banco lo miraron distraídamente; él alzó la mano, y uno de ellos lo saludó con un gesto, sonrió y siguió hablando.

Se puso a mirar la acera del otro lado, donde había una gasolinera Pure, el escaparate del Red Ball, y un comisionista de algodón. La calle estaba casi desierta. Un negro se había detenido a mirar el cielo y una chica blanca embarazada entró al Red Hall empujando un carrito de la compra.

Y entonces vio a Beuna, un poco más allá de la esquina, delante de una tienda de segadoras, con un pie en el bordillo y el otro en la calzada, igual que un brote blanco de peonía.

Beuna llevaba un vestido de gasa blanco con la parte de arriba de satén sujeta por encima de los pechos. Luego, el vestido se abría en una falda de frunces de gasa hasta las rodillas. Llevaba unos zapatos rojos y un ancho cinturón también rojo que casi hacía juego con ellos, y que estaba tan apretado que se preguntó si podría respirar o se habría pasado toda la mañana en aquella acera aguantando la respiración y tratando de seguir con vida. El vestido tenía dos tirantes minúsculos, y Beuna sujetaba un gran bolso blanco. El pelo le caía sobre los hombros, donde se recogía, y sonreía con los labios muy rojos como si pensara que le iban a sacar una foto.

Pasó el cruce, sin perder de vista el retrovisor, y se dirigió hacia la esquina donde lo esperaba Beuna. Abrió la puerta al llegar junto a ella, que tuvo que echarse hacia atrás para que no la arrollase.

Beuna dulcificó su sonrisa tamaño aeropuerto y él notó que tenía los dientes manchados de pintura de labios.

—¿Cómo me encuentras? —Beuna separó las piernas para que él pudiera vérselas a través de la gasa.

—Pareces una puta —dijo él, enfadado.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—¿No tengo aspecto de niña?

—Pareces una puta —repitió él, al tiempo que miraba de reojo el espejo retrovisor.

—¿No crees que soy una chica muy joven, Robard?

—Maldita sea, mueve el culo o te dejo con todos esos hijoputas que sólo esperan que se la chupen. —Miró el espejo, esperando ver a cuatro o cinco tipos cruzando la calle en dirección a ellos.

Beuna bajó la cabeza y dejó de balancear el bolso, y él pudo ver un cardenal debajo de su barbilla. Luego, ella se subió a la camioneta y cerró la puerta.

—¿Qué es lo que dijiste que parecía?

Él notó un perfume a gardenia que lo llenaba todo.

—Una puta. —Apartó la camioneta de la acera, echando una ojeada a los que estaban delante del banco. Parecía que sólo prestaban atención a un coche azul y

blanco de la policía del estado que pasaba por la calle.

—Conque una puta, ¿eh?

—Sí —soltó él, mirando con atención el coche de la policía que se acercaba al cruce.

—Oh —dijo Beuna, y se metió el bolso entre los muslos y pasó la mano por el asa—. Creía que me parecía a la chica que era cuando tú y yo nos conocimos en casa de los Willard.

—¿Qué fue de los Willard? —preguntó él. Dejó Main para dirigirse hacia el farallón. El coche de la policía tomó el camino de Memphis. La calle volvió a estar bordeada de casitas con porche y viejos Chevies delante y motores que colgaban de cadenas.

—Se fueron —dijo ella, mordisqueándose el labio y manchándose otro diente de pintura—. Él cogió un *enfitema* o algo así, y se fue a Tucson. —Parecía incómoda—. Nunca les he escrito. Sólo te escribía a ti. —Hizo un puchero.

Él se puso a buscar un buzón. Giró en la calle por la que había venido, luego subió colina arriba. En la siguiente esquina, acercó la camioneta a la acera, se estiró fuera de la ventanilla y metió la postal en un buzón que acababa de ver.

—¿Para quién demonios es? —preguntó Beuna.

—Para Jackie.

—¿Y qué le cuentas?

—Que vuelvo.

—Ah —soltó ella.

Él continuó carretera adelante.

—Tú y yo iremos a Memphis, Tennessee, esta tarde, ¿verdad? —dijo ella—. Tengo unos planes que te mantendrán muy ocupado toda la noche. —Adoptó un aire malicioso.

—Ya veremos —dijo él.

—¿Qué quieres decir con eso de «ya veremos»? —preguntó ella—. Esta noche quiero estar en el hotel Peabody mirando por la ventana al Union Planters, o te juro por Dios que no voy a ninguna parte. —Lo miró furiosa, se subió la falda y cruzó las piernas.

La camioneta siguió por un paso del farallón, y los campos de algodón quedaron a la vista, abriéndose hacia el sur y el río. Desde aquella distancia era imposible saber si los campos estaban inundados o no, aunque parecían cultivados o listos para plantar.

—Tengo que recoger unas cosas —dijo él.

Ella miraba al frente, con las mejillas pálidas, como si al dirigir la vista al fondo del río hubiera distinguido algo que no le gustaba.

La carretera doblaba en la cima del farallón en dirección a West Helena. Un viejo subido a una escalera de mano estaba cambiando las letras de la marquesina del Razorback; ya había armado la frase GRAN ÉXITO, y buscaba en una caja de cartón las

letras de otra palabra. En la línea de abajo decía: SESIÓN MATINAL LOS SÁBADOS.

Había una o dos personas en la calle. El cielo le hizo pensar en una gran catástrofe pública.

—Odio estar aquí —dijo Beuna, balanceando el bolso y volviendo un rostro compungido hacia la ventanilla—. Un poco más allá hay un Kold Freeze —añadió—. Párate, quiero uno.

Pasaron por delante del motel donde la noche anterior él había visto los coches aparcados. Ahora todos se habían ido, la luz de la máquina de bebidas estaba apagada y el motel parecía cerrado.

—Ahí se jugaba —dijo ella, mirando al motel, sin interés—. Unos negros se liaron a navajazos y se los tuvo que llevar el sheriff.

El Kold Freeze estaba a la izquierda, en medio de un terreno rectangular que permitía a los coches circular a su alrededor.

—Dame veinticinco centavos —le pidió Beuna, al tiempo que abría violentamente la puerta.

Él sacó la moneda del bolsillo y Beuna se acercó a la ventanilla con paso lento. Un cartel decía: PERRITOS CALIENTES-BANANA SPLITS-HELADOS. Una de las empleadas se asomó. Beuna le dijo algo, la chica se estiró y lo miró a través de los cristales, luego se dio la vuelta y llenó un vaso de plástico en un gran aparato plateado y se lo tendió a Beuna, quien miraba la carretera y se abanicaba con la mano. La chica se estiró y lo volvió a mirar, quitándose un mechón de pelo color fresa de la cara, luego desapareció detrás de los aparatos hacia el interior del edificio.

Beuna se dejó caer en el asiento, apoyó las rodillas en el salpicadero y dio una chupada a la paja a rayas que estaba metida en el vaso.

—No tenían cambio —dijo.

Él condujo hasta el motel, fue marcha atrás hasta el último bungalow, y apagó el motor.

—¿Has dormido en este vertedero? —preguntó Beuna, mirando a través del cristal de la ventanilla y volviendo a chupar de su paja.

—Sólo será un momento.

—¿Es que voy a tener que esperarte? —Beuna bajó la ventanilla y tiró el vaso.

—No quiero que nos vean —explicó.

—Esto es una maldita casa de citas —dijo ella, en voz alta, adelantando el labio inferior—. Podrías traer a quien te diera la gana. Él lo sabe. Pagaste por una habitación doble.

—Todavía no he pagado —dijo él, en voz baja, y miró en dirección a la recepción.

Pasó un camión cargado de negros, camino de Marvell, y los que iban en la caja miraron hacia el motel, como si fueran presidiarios. Uno de ellos le gritó algo al que conducía y saludó con el sombrero, y él oyó que los demás se reían, y el conductor hizo sonar el claxon y varios de los negros chillaron.

Beuna miraba por la ventanilla, con la cabeza vuelta, de modo que su barbilla parecía formar parte de sus pechos. De repente, la cogió por el brazo, la atrajo hacia él y la besó en la boca, pero ella continuó con los brazos caídos y el cuello rígido. Cuando por fin la soltó, en sus labios había una sonrisa.

—¿Qué mierda te pasa? —preguntó él. Volvió a cogerla entre sus brazos y apretó con fuerza hasta que pudo ver que se le ponían blancos los dedos.

Beuna abrió mucho los ojos y parpadeó, y luego se puso a temblar.

—No te conozco —gimió, casi sin aliento, mientras por su rostro se deslizaban unas lágrimas que se perdían entre sus pechos.

—Claro que me conoces —dijo él—. Me conoces perfectamente, cariño.

Ella sorbió por la nariz.

—Yo creía que iríamos a Memphis, pero no vamos a ir —dijo, y se tapó la cara con las manos—. Nos limitaremos a entrar en esa habitación.

Él se pasó el índice por el entrecejo y bajó la mirada.

—Las cosas no siempre suceden como estaba previsto.

—¿Por qué no vamos? —gimió ella.

—Ahora yo no puedo ir a Memphis —dijo él.

—Pero yo sí —gritó ella, mientras lloraba con más fuerza.

—Me gustaría cariño, pero hay cosas que no pueden ser.

—Eres un hijoputa —soltó ella—. Lo echas a perder todo, traicionas mis esperanzas.

—Vamos adentro —dijo él, mirando hacia la recepción, antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

La precedió hasta donde estaba fresco y en sombra. La cama estaba deshecha y su bolsa de ropa encima de una silla. La luz del cuarto de baño estaba encendida. Beuna entró y cerró la puerta.

Él se quitó las botas y la oyó hacer ruido en el lavabo y tirar de la cadena. Buscó una radio con la mirada, pero no había ninguna. Le apetecía café y un sandwich, y decidió que irían a Marvell a comprar algo de comer y lo traerían al motel. Atisbó entre la cortina y vio a su camioneta sola en el viento fresco. El cielo estaba ceniciento y el sol asomaba por encima de las nubes. Pasó un Cadillac negro en dirección a la ciudad y desapareció entre los dos patos.

Beuna salió del cuarto de baño, con los ojos hinchados por haber llorado y el vestido subido por atrás. Había dejado la luz encendida y su silueta se destacaba sobre la luminosidad del fondo.

—No estás loco por mí —dijo ella, y sorbió por la nariz—. Daría lo mismo aquí que en el Peabody. Quería parecerte una chica jovencita, y que me llevaras a Memphis contigo. Pero no importa.

Él observó que sus piernas temblaban bajo el vestido de gasa, y le pareció que todo flotaba a su alrededor.

—Ven aquí —dijo ella. Sacó un brazo de detrás de la espalda, en la mano tenía

una bolsita.

Él fue a donde estaba ella, que le pasó las manos por detrás de la cabeza y lo besó en la boca, aplastándole los labios contra los dientes con tal fuerza que los oídos le empezaron a zumbar. Él dejó que una de sus manos bajara por la espalda de Beuna, y ella echó hacia atrás la cabeza y separó las piernas.

—Entra —dijo, entre jadeos. Luego lo precedió hasta la luz fluorescente del cuarto de baño y abrió la ducha y probó el agua con una mano hasta que estuvo caliente y el cuarto se llenó de vapor.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó él, mirando los húmedos azulejos.

—Desnúdate —dijo ella, y dejó que sus pechos se le salieran por la parte de arriba del vestido.

Él se desabrochó el cinturón, se bajó la cremallera del pantalón y dejó que éste se le cayera, mientras Beuna le desabotonaba la camisa y se la quitaba.

A pesar del vapor que subía desde la bañera, los mosaicos del suelo estaban fríos y duros. Se sentía débil. Secó el espejo y vio que el sudor le perlaba la frente, y que sus ojos estaban pálidos y desenfocados. Deseó salir de allí.

Beuna se había desnudado y estaba arrodillada en la bañera. El agua caía sobre su cabeza, empapándole el pelo y formando burbujas alrededor de sus rodillas.

—Ven —dijo, con una voz que resonó en los azulejos.

Él dio un paso hacia donde ella alargaba el brazo con la bolsita de plástico en la mano.

—¿Qué es todo esto? —preguntó él, tratando de sonreír.

—Métemela en la boca —dijo ella, moviendo de un lado a otro la bolsa debajo del agua—. Quiero que hagas eso.

—¿Para qué? —dijo él, entrecerrando los ojos para poder verla entre el vapor y sin comprender lo que se proponía.

—Ya lo sabes —dijo ella, vaciando el agua de la bolsita.

Él dio un paso atrás y se agarró al lavabo oval para no caer de espaldas.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¡Quiero hacerlo, Robard! —gritó Beuna.

—Pero ¿qué es lo que quieres hacer, mierda? —Dio otro paso atrás hasta que sus nalgas al aire notaron el frescor del dormitorio.

—¡Sí, sí, sí! —gritaba ella—. ¡Tienes que hacerlo! Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

Se dio la vuelta y cerró la puerta mientras ella empezaba a hacer algo que él se negaba a ver.

marcharse.

Beuna estaba de pie, poniéndose el vestido blanco.

—A veces me sentaba pensando que estaba casada contigo en lugar de con él —dijo, con voz esforzada, pues se estaba subiendo la cremallera—. Es tan *jodidamente* torpe. Pensaba que si no me hubiera casado con él, yo y Robard podríamos vivir en cualquier parte. Por ejemplo, en Memphis. O en Oklahoma City. Donde fuera, menos en esa jodida caravana. —Sacudió la cabeza—. Había hecho las cosas mal. Me encontraba en este puñetero desierto, en una asquerosa casa, viviendo como perros. Y todo porque tú no eres nadie, Robard. —Lo miró con desprecio y terminó de subirse la cremallera.

Él seguía mirando la lámpara, tratando de no pensar en ella.

—Le conté que estabas aquí. —Se puso un zapato.

Él se apoyó en la almohada.

—¿Qué has dicho?

—Le conté que estabas en Elaine —dijo ella, con aire ausente—. Le dije que trabajabas en Elaine, que te había visto y nos habíamos saludado.

Él se levantó, fue hasta la ventana y echó un vistazo a su camioneta, mientras las primeras gotas de lluvia caían sobre el capot. Después la miró a ella.

—¿Y por qué mierda hiciste eso?

Ella se estaba sujetando la tira del otro zapato.

—Para fastidiarlo —dijo—, y para que se enterara de que yo hacía cosas que él no podía impedir. De todos modos, creí que iríamos a Memphis.

Él volvió a mirar por la ventana, esperando ver a W. W. allí, bajo la lluvia.

—¿Y qué hizo él? —preguntó.

Ella avanzó hacia la luz fluorescente.

—Nada —respondió—. Bueno, me obligó a que fuera a tomar unas cervezas con él, y cuando estuvo bien borracho se comportó como un cerdo, ya sabes. No me gustan esas cosas.

—Vístete de una maldita vez —dijo él.

—Ya estoy vestida. —Cogió su bolso y se detuvo junto a la puerta del cuarto de baño.

—Entonces, nos vamos —dijo él, y agarró su bolsa de ropa, abrió la puerta y asomó la cabeza.

Una vez dentro de la camioneta, oyó que gruesas gotas grises se estrellaban contra el techo. Observó con suspicacia la carretera, el terreno que rodeaba el motel y finalmente la recepción.

—¿Juega hoy al béisbol? —preguntó.

Beuna se miró las uñas y se quitó unas gotas de agua del pelo.

—Si no llueve mucho... —dijo ella.

Fueron marcha atrás y tomaron la carretera.

No le parecía bien que hubiera tenido que pasar aquello, que tuviera que seguir

preocupándolo que lo cogieran cuando ya estaba a punto de irse. Deberían de haber sido un par de horas agradables, y nada más. Le gustaría tener tiempo de comer algo.

—¿Sabes lo que ese hijoputa me hizo ayer por la noche? —dijo Beuna, olvidándose de todo lo demás.

Él mantuvo los ojos clavados en la carretera, que estaba brillante y negra bajo la lluvia. Dejó atrás la hilera de bungalows rosas y miró al doblar el último, pero no había nadie; apretó el acelerador un poco más, mientras se acercaba a las primeras casas descoloridas de los obreros.

Beuna se subió la falda por encima de las rodillas y cruzó las piernas de lado.

—Me obligó a que fuera con él a ese Blue Goose, cerca de donde trabaja, hizo que me sentara allí y se puso a tomar cerveza Falstaff mientras hacía el idiota con los subnormales de sus amigos hasta las doce de la noche. ¿Y sabes qué más hizo?

Ya no podía hablar con ella. El tipo de la marquesina del cine había dejado de trabajar por culpa de la lluvia, sólo había terminado el letrero de la fachada derecha que daba a la calle, el que decía SESIÓN MATINAL LOS SÁBADOS.

—¿Qué coche tenéis?

—Un viejo Plymouth de mierda —dijo ella—. Se lo regalaron cuando jugaba al béisbol. Yo quería un Impala, pero él ni se dio por enterado.

—¿De qué color? —La carretera serpenteaba por la ladera del farallón, y luego doblaba hacia el sur perpendicular a la pendiente más acusada. Los kudzus parecían casi negros bajo la luz plomiza.

—Verde oscuro. Verde botella. Pero déjame que te cuente lo que me hizo ese hijoputa. Él y su amigo Ronald se pusieron a jugar al billar mientras yo me quedaba en un rincón pensando en mis cosas y tomando aquella porquería que sabía a orina. Y claro, los dos se emborracharon como cerdos y empezaron a fallar bolas y a reírse y a echarse cerveza encima uno al otro. Entonces vieron a otro amigo suyo que se llama Tooky Dyre, que también entró en el bar y se sentó en la barra y se puso a mirarlos como si fueran los monos del zoo. Y W. fue a donde estaba él y le dijo algo al oído. Y al poco tiempo, Tooky vino a donde estaba yo, y eso que casi no lo conocía, porque es mucho más joven que yo. Se me paró allí delante y metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de veinticinco centavos y la dejó en la mesa, justo delante de mí, y miró hacia donde estaba W. y dijo: «Esta mesa me toca a mí después». Y se partieron de risa como si yo fuese una jodida mesa de billar en la que podían jugar todos. —Lo miró con expresión de disgusto—. ¿Tú crees que yo soy una mesa de billar, Robard?

—Yo no sé lo que eres.

—Muy amable —dijo ella. Abrió el bolso, sacó un libro, y se puso a leer. El libro tenía la foto de una chica desnuda en la cubierta, que se columpiaba en un trapecio por encima de un grupo de hombres vestidos de payaso.

Lo único que quería él era dejarla en algún sitio donde no llamaran la atención, y largarse de la ciudad lo antes posible. Los virajes de la colina llevaba a las mismas calles llenas de barro con parcelas minúsculas y porches con un solo escalón que se

extendían hasta el centro mismo de la ciudad. En cada cruce, miraba calle abajo para ver si veía el Plymouth de W., pero en ninguna de ellas descubrió nada. Volvía a recordar una vieja imagen de W. en el pequeño bungalow de Tulare, paseando de habitación en habitación con su uniforme blanco y naranja, como si tuviera una ciruela dentro de la boca y no la pudiese escupir. Entonces, él se había escapado por la puerta de atrás en plena noche y regresado en coche a Bishop sin haber pegado ojo.

—¿Adónde quieres que te lleve?

—Dobla a la derecha —indicó ella.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —dijo ella, pasando una página del libro y mordiéndose una uña.

Dejaron atrás la manzana siguiente y se encontraron en una calle exactamente igual a la que acababan de dejar, con casas bajas de madera y coches delante, que llevaba a la ciudad. Distinguió los muelles de descarga del Piggly Wiggly y no encontró nada anormal, a no ser una crispación en el pecho semejante a un sonido que él no pudiera oír pero que hacía vibrar a varios de sus órganos. Su corazón había empezado a golpear contra su caja torácica. Lamentó no haberse quedado con la pistola del viejo en lugar de haberla dejado en el depósito de algodón, pues le habría sido útil en el caso de que las cosas se pusiesen difíciles de repente.

En la siguiente manzana la calle empeoró, y las viejas casas se convirtieron en pequeñas granjas construidas en terrenos llenos de tocones que terminaban en el bosque, y gallinas y cabras metidas entre tela metálica. La lluvia había hecho que los animales se resguardaran en sus corrales. Una cabra seguía bajo la lluvia, rumiando tranquilamente, mientras miraba al vacío. La carretera atravesaba ahora un bosquecillo de árboles gomeros y distinguió un camino de entrada que se abría a la derecha, aunque las construcciones seguían ocultas por los árboles.

—¿Adónde vamos? —volvió a preguntar él, mirando el espejo retrovisor y viendo únicamente nubes algodonasas.

—A mi casa —respondió ella, cerrando el libro y metiéndolo en el bolso, al tiempo que sonreía.

La camioneta rodó al final de un camino de tierra roja y vio una caravana entre los tocones, subida a unos pilares de cemento y con un depósito de propano en uno de los extremos. El Plymouth de W. W. estaba vacío, aparcado al lado de los árboles. En el suelo había mucho serrín.

Aquello lo enfureció.

—¡Fuera de aquí! —gritó, pasando la mano por encima del regazo de Beuna y abriendo la puerta.

—No pienso caminar bajo la lluvia —dijo ella, cogiendo el zapato rojo que se balanceaba en la punta de su pie. Él levantó la pierna y le dio una patada en el hombro que la mandó sobre la tierra mojada. El contenido de su bolso se dispersó por el suelo. El zapato rojo todavía seguía dentro, y él lo cogió y lo tiró justo hacia donde Beuna se estaba poniendo de pie, con el pelo pegado a la frente y la falda de gasa

subida hasta la cintura, dejando al aire su culo bajo la lluvia.

Volvió a poner en marcha el motor. Ella tenía una mano metida en el bolso, que apretaba contra el barro, y con la otra recogía varias bolsitas de plástico que se habían dispersado a su alrededor. Tenía las cejas y la barbilla llenas de barro.

—¡Maldito cabrón de mierda! —gritó.

—¡Cállate de una puta vez! —soltó él—. Fuiste tú la que montó todo este lío. —Apretó más el acelerador.

W. surgió de la caravana. Llevaba un uniforme de béisbol naranja y azul, el pelo cortado a cepillo y en sus largos brazos sostenía una escopeta que parecía la mitad de pequeña que todas las que había visto hasta entonces.

Observó atentamente la escopeta por la puerta abierta mientras W. avanzaba sobre la broza, y decidió que se trataba de una carabina de aire comprimido. Miró a W. con expresión de interés y metió lentamente la primera. De repente. W. W. puso rodilla en tierra, se llevó la carabina al hombro y disparó. El sonido fue atronador y el proyectil entró por la ventanilla del lado del pasajero y salió por la de su lado, llenando la cabina de finas astillas de cristal y dejando las ventanillas con unos horribles agujeros en forma de estrella, mientras el resto del cristal quedaba en su sitio.

—¡Mátalo, mátalo! —había empezado a gritar Beuna, mientras él levantaba el pie del embrague y apretaba a fondo el acelerador, hasta que el suelo de la cabina se puso a vibrar, y la camioneta salió disparada como un búfalo, y él se agachaba para esquivar otro disparo, mientras en la mejilla se le clavaban trocitos de cristal como árboles diminutos de un bosque.

A unos doce metros de la caravana la carretera ofrecía la alternativa de volver por donde había venido, pero él dobló a la izquierda y se dirigió hacia la ciudad. Echó un vistazo por el retrovisor y vio el Plymouth verde de W. W. que salía tras él con el tubo de escape soltando mucho humo y el cañón de la carabina asomando por la ventanilla del conductor. A duras penas pudo distinguir a Beuna, quien simplemente se había arrastrado a uno de los lados del sendero para dejar que pasase el coche, y seguía de bruces en el barro con su vestido blanco muy sucio y aspecto de acabar de caer del cielo.

Atravesó otro bosquecillo de árboles gomeros, pasó junto a una segunda zona de granjas y casas medio en ruinas, con cabras y gallineros.

W. W. apareció derrapando en el retrovisor, mientras su Plymouth casi se hundía en el barro y perdía terreno.

Él trató de despejar su mente y pensar en lo que debía hacer. Tenía la intuición de que la carretera se uniría un poco más al sur con la River Road, y que sería peligroso volver a la ciudad y arriesgarse a que el sheriff lo obligara a detenerse el tiempo suficiente para que W. intentara matarlo de nuevo, y esta vez lo bastante cerca como para no fallar. Las pequeñas heridas que los cristales le habían hecho en la mejilla empezaron a sangrarle, y levantó la cabeza hasta que se pudo ver la cara en el retrovisor. Varios hilillos de sangre le corrían barbilla abajo. También tenía varias

astillas clavadas en el cuello, pero todavía no sangraba, aunque no tardaría en hacerlo, pensó.

Pasó disparado junto a la hilera de unos matorrales, con el viento silbando entre los dos agujeros de bala, en dirección a la lluviosa lejanía. Un gran camión diesel salía de Helena y se dirigía al puente, con un largo penacho de humo gris encima de él.

Estaba disgustado por no habersele ocurrido que todo chico respetable siempre tenía detrás de la puerta un 30-06 por si algún venado viejo decidía acercarse a su casa, en cuyo caso tenía perfecto derecho a disparar contra él para proteger su propiedad de los depredadores. Se quitó una pequeña esquirla de la cara y la tiró por el agujero de la ventanilla, mientras echaba otro vistazo al Plymouth, que sólo era una mancha borrosa entre salpicaduras de barro. El agua iba más crecida que el año anterior, lo notaba por las señales del puente, y sobre la superficie sólo eran visibles las plantas leñosas.

Cuando llegó al cruce, apenas distinguía a W., que seguía en la carretera, pero al menos a dos kilómetros de él.

Dobló hacia la derecha bajo la intensa lluvia, apretó el acelerador y la camioneta zumbó junto a la línea telefónica en dirección a Elaine.

Gracias al plano del viejo sabía que la 185 se perdía en un lío de caminos y senderos forestales, de los que no sabía nada, pero que W. podía conocer ya y aprovecharse de ellos. Pensó en volver a Mississippi, pero había muchas posibilidades de que al otro lado de la frontera lo detuvieran y lo pusieran en cuarentena por culpa del gorgojo del algodón, sobre todo teniendo en cuenta su matrícula, y que W. se le echase entonces encima disparando como un loco. Y, por si fuera poco, si cruzaba la frontera no conocía ningún lugar adonde ir.

Lo mejor sería, decidió, tratar de abrir la suficiente distancia entre él y W. y volver a la isla, recuperar el revólver del viejo, y apostarse en la otra orilla, esperando que se olvidase de él al cabo de algún tiempo y volviese a casa.

Distinguía con dificultad a W., cada vez más atrás, despidiendo barro, como si tuviera un tornado sujeto al tubo de escape. A los ciento treinta por hora, el chasis de la camioneta empezó a vibrar, y el viento que se colaba por los agujeros arrancaba esquirlas de cristal, así que lo puso a ciento veinte, pues no le apetecía nada meterse en una de las cunetas y que W. W. lo liquidase como a un conejo. Lo cual lo llevó a pensar por vez primera en el serio peligro en que se encontraba de que se lo llevase la crecida, exactamente igual que a su padre. Y, después de eso, comprendió que la maldad de Beuna quería arrastrarlo a su perdición, como si de esa forma pudiese convencerlo de que la vida de los dos estaba destrozada pero todavía podían divertirse un poco. Acababa de comprender la trampa que trataba de tenderle. Si él se negaba a lo que ella le propusiera, incluido lo de la bolsita de plástico, entonces se negaba a que los dos estuvieran en el mismo barco. Y eso fue lo que hizo que lo condujese hasta W. W. Un deseo de terminar la discusión rompiendo la baraja. Beuna

había decidido que si tenía que vivir sola, demostraría al mundo entero que sus vidas eran igual de miserables. Y, en su caso concreto, estaba dispuesta a decírselo directamente a la cara, haciendo que él exhalase el último aliento mientras ella gritaba caída en el suelo.

Encendió un cigarrillo. La sangre se le congeló en las sienes y sintió escamosa la piel. Cuando pasó el cruce hacia Mississippi, ya no podía distinguir a W. La carretera bordeaba el antiguo curso del río, luego doblaba hacia el oeste, impidiéndole ver lo que pasaba a sus espaldas, lo cual lo llenó de preocupación pues no podía calcular la distancia que los separaba, ni tampoco las oportunidades que tenía de cruzar el lago antes de que W. empezara a dispararle.

La carretera doblaba hacia el este, atravesaba una marisma de cipreses, y luego corría en línea recta en dirección a Elaine, donde distinguió la tienda a media distancia, por encima de los campos de algodón.

Arrojó el cigarrillo y volvió a mirar por el retrovisor, pero sólo vio la lluvia. Más allá de la tempestad, hacia el oeste, divisó manchas alargadas de luz descolorida. Pensó que el día se volvería cálido y que despejaría antes de la caída de la noche.

Pasó por detrás de la tienda de Goodenough y miró a través del escaparate hacia donde solía estar la vieja contemplando los cambios del cielo, pero no vio a nadie, y se dirigió directamente hacia el dique.

Se inquietó por Newel y no le gustó acordarse de él, pues entre ellos no había nada. En otro momento habría pensado en Beuna, aunque ella nunca le había interesado de verdad, y por lo tanto no le había roto el corazón.

Pasó junto a las dos máquinas atascadas. Un coche salió apenas de los cipreses, con una columna de lluvia detrás, pero no llegó a distinguir de quién se trataba. Limpió el cristal pero siguió sin ver.

Cuando llegó al otro lado del dique, le inquietó la idea de tomar prestada una embarcación sin pedir permiso. La carretera seguía llana entre el bosquecillo de sicomoros y cruzaba un foso. En la casa de Gaspereau no había luces y ninguno de los perros estaba fuera, y la hilera de cabañas parecía tan vacía como siempre. Condujo por debajo de los sauces y miró repentinamente en dirección a la última cabaña, en cuya puerta le pareció ver movimiento, pero no distinguió nada más.

El Traveler de Mr. Lamb estaba amarrado al final del embarcadero, con el motor All State sujeto aún a la popa, chorreando bajo la lluvia. Se puso la chaqueta, dejó la ropa detrás del asiento, y se apeó.

Trató de oír el murmullo del Plymouth de W. pero sólo distinguió el sonido de la lluvia y las gotas de agua que caían de las hojas de los sicomoros.

Bajó al embarcadero, examinó el fondo del bote y decidió que no perdería el tiempo achicando agua. Soltó la amarra, saltó a bordo y apoyando un pie en la orilla tomó impulso para alejarse. El bote comenzó a derivar de costado empujado por la brisa y él se encontró en precario equilibrio en la popa. Tiró del arranque y dejó que la bomba se llenase de gasolina. Volvió a mirar la hilera de cabañas y tiró

nuevamente del arranque. Esta vez el motor se puso en marcha, soltando humo y levantando barro del fondo, y se alzó antes de que él pudiese coger la caña y cubrirlo con la capucha.

Viró en redondo y se dirigió hacia el centro del lago siguiendo el mismo rumbo que Landrieu, evitando los bajíos y aumentando así la distancia entre él y W., por si éste llegaba mientras el bote estaba todavía en medio del lago y decidía ponerse a disparar de inmediato.

Volvió la cabeza, esperando verlo en lo alto del dique, entre los sauces, pero en lugar de eso vio a alguien que no era W. W., ni Gaspareau, y al que nunca había echado el ojo encima antes. Pronto dejó atrás los bajíos, se dirigió al centro del lago y aceleró. La lluvia volvía a arreciar, y el bote avanzaba alzando unas ondas que se dirigían hacia la orilla, que quedaba a unos cuatrocientos metros.

Miró hacia la figura del embarcadero. Era un hombre alto y esbelto y sólo llevaba camiseta y pantalones, y nada con lo que protegerse de la lluvia. Al hombro tenía una larga carabina con mira telescópica. Él miraba al hombre, preguntándose qué estaría haciendo y quién sería, cuando de repente se dio cuenta de que era el chico que había visto junto a la nevera, el chico al que Gaspareau había mandado para que trabajara de guarda para el viejo. Parecía claro que estaba vigilando el campamento, y probablemente debía de tener la impresión de que le estaban robando el bote para ir a la isla, en apariencia tan desierta como el propio campamento, y por ello abierta a todo el que quisiera cruzar y hacer una auténtica carnicería.

El chico se quedó bastante rato inmóvil, con la carabina al hombro y mirando por la mira telescópica, mientras el bote se alejaba más y más. Él miraba ceñudo al chico, tratando de imaginar qué hacer, sin tener que virar en redondo y volver y arriesgarse a que se le echara encima W., antes de poder aclarar que no estaba robando nada, y volver al agua.

El bote ya había hecho la cuarta parte del camino, y el tamaño del chico disminuía, lo que hizo que se sintiese más tranquilo. Aunque todavía podía ver claramente cómo lo observaba a través de la mira telescópica, bajando de cuando en cuando el cañón y mirando directamente como si estuviera calculando la distancia real a la que se encontraba lo que veía por la mira. Luego, alzó la vista hacia el dique pero no vio nada, lo cual lo volvió a inquietar.

De repente, hizo girar el bote noventa grados para alinear su eje con el del lago, apagó el motor, y ofreció al chico una vista longitudinal de la embarcación. Se puso de pie, miró hacia el embarcadero y extendió los brazos para que el chico lo pudiera observar con claridad por la mira, verle la cara, y reconocerle como al empleado del viejo que cruzaba el lago para ocuparse de sus cosas.

Pero el chico disparó.

En un punto entre las costillas y la clavícula notó una gran conmoción, un tumulto de moléculas que se reajustaban y desprendían, y en medio de esto, una sensación parecida a lo que uno experimenta al darse un fuerte martillazo en el pulgar, cuando

el dolor no se produce de inmediato sino se mantiene inerte en el dedo durante interminables segundos antes de estallar, y uno tiene que tumbarse y prepararse para sentirlo. Eso, hasta que cayó al agua. Entonces sintió dolor y frío, todo a un tiempo, y delante de él la superficie del agua pareció una línea que se ondulaba subiendo y bajando, y bajando todavía más, igual que si fuese un lazo lanzado al aire que se cerraba encima de su cabeza. Y distinguió un rugido poderoso y tremendo, y a él mismo que decía: «Oh, oh», mientras trataba de ver por encima del agua y más allá del bote que se balanceaba allí cerca, pero no podía.

EPÍLOGO

En el Hotel Roosevelt de Nueva Orleans salió con su padre de la habitación que compartían y avanzaron por el pasillo oscuro donde estaban los ascensores, pues iban a tomar ostras al Sazerac Bar. Y en el pasillo había unos hombres que se amontonaban y daban codazos delante de una puerta mirando hacia algo que había dentro de la habitación y que no conseguían ver, pero que era objeto de los disparos del flash de una cámara de fotos. Y cuando su padre llegó a donde estaban los hombres, miró por encima de ellos y dijo:

—Fíjate en esto.

Y los hombres se apartaron y lo dejaron entrar y mirar, y vio a un joven de unos treinta años con el cabello rubio muy corto y una carnosa cara cuadrada, tumbado a medias sobre la cama, y con los pies estirados como dos estacas, con una pistola en la mano, la habitación estaba fría y olía como a jabón barato, y el hombre parecía raro, allí tumbado en aquella postura. Y él le dijo a su padre:

—¿Qué pasa?

Y de repente el negro de la cámara de fotos estiró la mano para mover al hombre que estaba tumbado a medias en la cama, y su padre dijo:

—Escucha, escucha con atención, y podrás oír su último estertor.

Y él escuchó, y cuando el hombre con la cámara de fotos movió al hombre que tenía los pies en la cama, de modo que ya no quedó tumbado de cara, hubo un débil sonido que llegó de algún sitio, como si alguien en la habitación se hubiera tragado una mosca y tratase de expulsarla tosiendo sin hacer el menor ruido, y su padre dijo:

—¿Has oído? ¿Has oído?

Y él nunca estuvo seguro de haberlo oído o no.



RICHARD FORD (16 de febrero de 1944 en Jackson, Mississippi). Novelista y escritor de relatos estadounidense que se agrupa entre los autores etiquetados como practicantes del «realismo sucio». Obtuvo su grado de Bachelor of Arts en la Universidad de Michigan y posteriormente un Master of Fine Arts en escritura creativa, en 1970 en la Universidad de California, Irvine, después de un breve paso por la Facultad de Derecho.

Se inició escribiendo relatos para las revistas *Esquire*, *The Paris Review*, y *The New Yorker* antes de terminar su primera novela, *Un trozo de mi corazón*, en el año 1976. Su experiencia de trabajo en la revista de deportes *Inside*, le sirvió de base para escribir su primera novela de éxito *El periodista deportivo* (1986), que fue nominado uno de los cinco mejores libros de ese año por la revista *Time* y luego la novela *Wildlife*, traducida al español como *Incendios* (1990). El reconocimiento mundial le llegó con *El día de la independencia* (1995), novela que obtuvo el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner para ficción.

En el género Relato, destacan sus títulos *Rock Springs* (1987), *De mujeres con hombres* (1997) y *Pecados sin cuento* (2002) además de una breve obra autobiográfica, *Mi madre* (1998).